

No olvido, recuerdo

Crónicas universitarias
desde la tercera edad



EDITORIAL
UNIVERSITARIA

Libros que transforman

UDGVIRTUAL

Universidad
de Guadalajara



THE
MAY 2014

No olvido, recuerdo

Crónicas universitarias
desde la tercera edad



Izcóatl Tonatiuh Bravo Padilla
Rectoría General

Miguel Ángel Navarro Navarro
Vicerrectoría Ejecutiva

José Alfredo Peña Ramos
Secretaría General

Manuel Moreno Castañeda
Rectoría del Sistema de Universidad Virtual

José Antonio Ibarra Cervantes
**Coordinación del Corporativo
de Empresas Universitarias**

Javier Espinoza de los Monteros Cárdenas
Dirección de la Editorial Universitaria

Primera edición, 2013

Coordinadores
Manuel Moreno Castañeda
Laura Topete González

Autores
© Carlos Vevia Romero, Consuelo Plascencia Vázquez, Fernando Gabriel Miranda Valdez, Luis Benjamín Flores Isaac, Humberto Ponce Adame, Isidro Casillas Limón, Juana Cordero Baltazar, Jesús Mario Rivas Souza, Olga Tello Araujo, Juan Rosales Corona, Elda Castelán Rueda, María del Rosario Covarrubias, Ricardo Figueroa Rosales, Benigno Rogaciano Gallardo González, Javier Eduardo García de Alba García, Álvaro Fernando Gutiérrez Villaseñor, Mario Eduardo Mejía Íñiguez, Joel Robles Uribe, Francisco José Zamora Briseño, Óscar Espinoza de Santiago, Ana María de la Paz Huerta Orozco, Benjamín Flores Briseño, María Llamas Gutiérrez y Cecilia Plazola Rodríguez

Entrevistas
Gabriela Rojo Díaz

Fotografías
© Luis Alberto Dorantes Meza

No olvido, recuerdo: crónicas universitarias desde la tercera edad / Carlos Vevia Romero... [et. al.] ; [coordinadores] Manuel Moreno Castañeda, Laura Topete González ; presentación Manuel Moreno Castañeda. -- 1a ed. - Guadalajara, Jalisco : Editorial Universitaria Libros que Transforman : UdeG Virtual, 2013. 280 p. : fots. ; 23 cm. Entrevistas y ensayos ganadores del Certamen "No olvido, recuerdo" crónicas universitarias desde la tercera edad, realizado en 2012.

1. Universidad de Guadalajara-Historia 2. Universidad de Guadalajara-Crónicas y reportajes. I. Vevia Romero, Carlos. II. Moreno Castañeda, Manuel, coord. III. Topete González, Laura, coord.

378.097.235 .N73 CDD
LE7 .G8 .N73 LC

D.R. © 2013, Universidad de Guadalajara



Editorial Universitaria
José Bonifacio Andrada 2679
Colonia Lomas de Guevara
44657 Guadalajara, Jalisco

www.editorial.udg.mx
01 800 UDG LIBRO



Sistema de Universidad Virtual
Av. de la Paz 2453
Col. Arcos Sur
44140, Guadalajara, Jalisco

www.udgvirtual.udg.mx
33 32 68 88 88

ISBN 978-607-450-741-6

Abril de 2013

Impreso y hecho en México
Printed and made in Mexico

Se prohíbe la reproducción, el registro o la transmisión parcial o total de esta obra por cualquier sistema de recuperación de información, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia o cualquier otro, existente o por existir, sin el permiso por escrito del titular de los derechos correspondientes.

No olvido, recuerdo

Crónicas universitarias
desde la tercera edad



Libros que transforman



Universidad
de Guadalajara

Índice

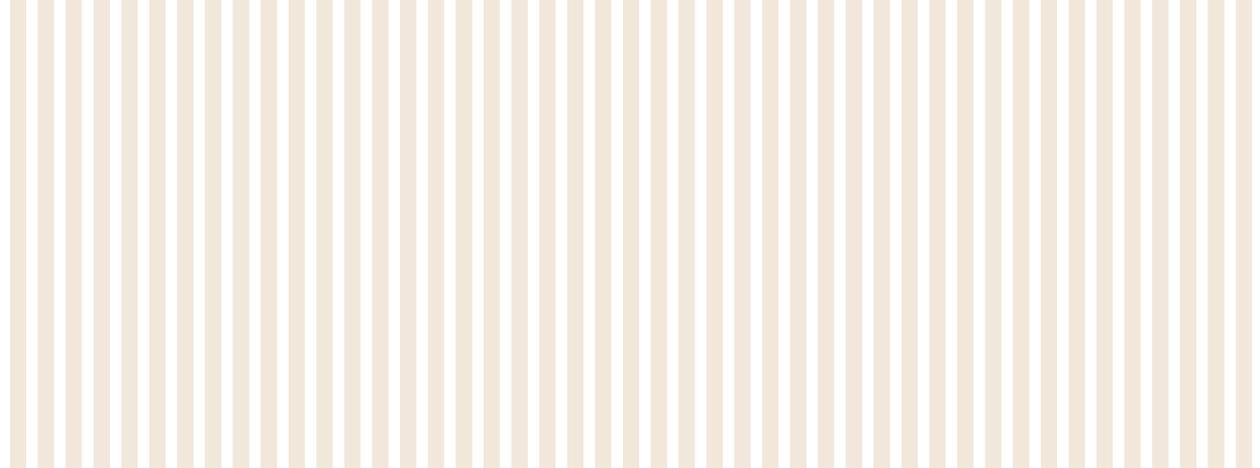
- 13 Presentación
- 13 Manuel Moreno Castañeda

No olvido, recuerdo | Ceremonia de premiación

- 17 No olvidamos lo aprendido
- Elda Castelán Rueda
- 19 Acervo de historia viva
- Benjamín Flores Isaac

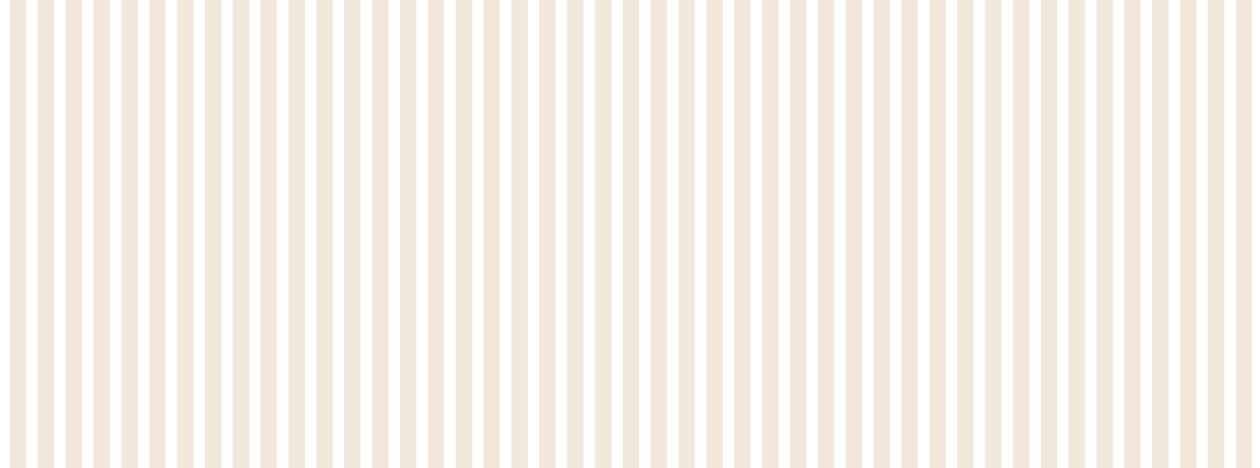
Voces y relatos | Entrevistas

- 23 La filosofía, la historia, las letras
- Carlos Vevia Romero
- 33 La dignidad del Trabajo social
- Consuelo Plascencia Vázquez
- 45 Pensar y trabajar
- Fernando Gabriel Miranda Valdez

- 
- 51 Paseado y bailado
Luis Benjamín Flores Isaac
- 63 Una nueva disciplina para cambiar el mundo
Humberto Ponce Adame
- 73 Hay que hacer caso a los empleados que saben
Isidro Casillas Limón
- 81 Un alumno es un ser humano
Juana Cordero Baltazar
- 97 Entre la medicina y las leyes
Jesús Mario Rivas Souza
- 107 Entre libros y responsabilidad sindical
Olga Tello Araujo
- 115 El ser humano no tiene límites
Juan Rosales Corona

Memorias en papel | Crónicas

- 123 Estas teclas que ves
Elda Castelán Rueda
- 139 El exilio chileno en Guadalajara
María del Rosario Covarrubias
- 149 Programas de promoción, divulgación y organización de los campesinos de Jalisco. Escuela de Agricultura de la Universidad de Guadalajara, 1973-1976
Ricardo Figueroa Rosales
- 163 Remembranzas, 1964-1971
Benigno Rogaciano Gallardo González
- 177 Las «grajeadas» en Medicina
Javier Eduardo García de Alba García
- 185 Sobre la identificación de los vampiros en el occidente de México
Álvaro Fernando Gutiérrez Villaseñor
- 201 Recuento de pasos
Mario Eduardo Mejía Íñiguez

- 
- 213 Experiencia inolvidable de un viaje con el sabio Amado Ruiz Sánchez
Joel Robles Uribe
- 219 Testimonio pedagógico de un libre pensador
Francisco José Zamora Briseño
- 233 Recuerdos de una docencia decretada
Óscar Espinoza de Santiago
- 245 Un código universitario, una historia de vida
Ana María de la Paz Huerta Orozco
- 255 Estudiante, ingeniero, padre, profesionista y docente: una mirada desde y para mi Universidad de Guadalajara
Benjamín Flores Briseño
- 263 Breve historia de la Escuela de Agricultura
María Llamas Gutiérrez
- 271 Yo presidenta
Cecilia Plazola Rodríguez





"NO OLVIDO, RECUERDO" CRÓNICAS UNIVERSITARIAS DESDE LA TERCERA EDAD

Universidad de Guadalajara

Rectoría General / Secretaría Técnica
Centro Universitario de Ciencias Sociales y Humanidades
Sistema de Educación Media Superior
Sistema de Universidad Virtual

CONVOCAN

AL CERTAMEN: "NO OLVIDO, RECUERDO" CRÓNICAS UNIVERSITARIAS DESDE LA TERCERA EDAD

A todos los miembros de la comunidad universitaria mayores de sesenta años, se les invita a narrar algún suceso histórico, o bien, compartir algunas de sus experiencias vividas a lo largo de su trayectoria laboral dentro de la Universidad de Guadalajara, por medio de un ensayo o entrevista.

Requisitos para la presentación de los escritos

- Extensión entre 10 y 15 cuartillas.
- Letra Arial de 12 puntos.
- Interlineado de uno y medio.
- Márgenes del texto (a cada lado) de 2.5 cm.
- Presentarlo en formato digital en versión Word para Windows XP o Vista.
- Pueden incluirse hasta 10 fotografías que formen parte de la narración.
- El escrito debe contener: título, nombre completo del autor, fecha de elaboración, una fotografía y breve semblanza del participante.
- La titularidad y autoría del ensayo deberá ser del participante que lo redige.
- El participante deberá ser el titular de los derechos de las fotografías que se incluyan en el ensayo.
- Anoyar una carta de autorización para la publicación del ensayo y las fotografías; de lo contrario, no se considerará la participación.
- En caso de no contar con herramientas informáticas, se podrá enviar el documento escrito a mano con letra legible.
- Contar con algún documento que demuestre que formó -o forma parte- de la comunidad universitaria.
- La participación en este concurso implica la aceptación de estas bases.

Premiación y reconocimiento

- Para los escritos se premiarán los tres primeros lugares:
1er. Lugar: \$20,000.00
2do. lugar: \$15,000.00
3er. lugar: \$10,000.00
Para las entrevistas el premio económico de los tres primeros lugares consistirá en:
1er. Lugar: \$15,000.00
2do. lugar: \$10,000.00
3er. lugar: \$5,000.00
- Se otorgarán constancias a todos los participantes.

Requisitos para solicitud de entrevistas

- El participante deberá comunicarse vía telefónica a los números (33) 31 34 22 60 y 63, extensiones 12182 y 12180, o por correo electrónico a la cuenta sectec@redudg.udg.mx, para solicitar la entrevista.
 - Deberá expresar los motivos por los cuales desea participar.
 - La duración de la grabación deberá ser máximo de 45 minutos.
 - Contar con algún documento que demuestre que formó -o forma parte- de la comunidad universitaria.
 - Anoyar una carta de autorización para la publicación del ensayo y las fotografías; de lo contrario, no se considerará la participación.
 - La participación en este concurso implica la aceptación de estas bases.
- Publicación de un libro impreso con los 30 trabajos que a juicio del jurado sean las mejores.
 - Publicación de un libro electrónico con todas las crónicas participantes.

Los ensayos en formato electrónico, se enviarán por medio de correo electrónico a la cuenta: sectec@redudg.udg.mx; además, deberá incluir en su mensaje datos personales como número de teléfono, dirección postal y correo electrónico.

Para el envío de documentos escritos, se deberá enviar a la siguiente dirección: Av. Juárez 975, C.P. 44100, Zona Centro, Planta Alta, Secretaría Técnica de la Rectoría General.

Fechas

6 de julio: Fecha límite de recepción de trabajos
20 de julio: Valoración del jurado
25 de julio: Publicación de resultados
Octubre de 2012: Publicación y presentación del libro



UNIVERSIDAD DE GUADALAJARA

INFORMES

Tania Regalado Hernández
Secretaría Técnica de la Rectoría General
Av. Juárez No. 975, Planta Alta
C.U. Centro, C.P. 44100
Guadalajara, Jalisco, México
Tel. y Fax: (33) 31 34 22 60 y 63 ext. 12182
tania.regalado@redudg.udg.mx

Presentación

Manuel Moreno Castañeda

El propósito de la convocatoria «No olvido, recuerdo. Crónicas Universitarias desde la Tercera Edad», cuyos resultados publicamos en este libro, fue la recuperación de las experiencias y las vivencias de personas que tienen mucho que contarnos desde distintas áreas laborales en la Universidad de Guadalajara. Historias que le han dado color, alegría, emotividad y sentimientos a la ya larga vida universitaria.

En los contenidos de esta obra se rescatan relatos, algunos escritos directamente por sus protagonistas y otros recuperados mediante entrevistas, que nos permiten observar la gran diversidad de actividades que realiza la comunidad universitaria en los ámbitos académico, administrativo, directivo y de apoyo a todas estas actividades.

Diez entrevistas y trece ensayos; biografías, prácticas docentes, experiencias estudiantiles, anécdotas, trabajos de campo, actividades artísticas... en suma, un crisol multifacético que nos da cuenta de la diversidad de vidas que han confluído en la Universidad de Guadalajara desde sus primeros años.

La relevancia de testimonios como éstos radica en todo lo que nos dicen de personas y actividades que suelen pasar inadvertidas, aunque convivimos diariamente con ellas, y que propician las condiciones para desempeñar las labores esenciales de la universidad. En ese sentido, esta publicación se caracteriza por la variedad de vivencias, la pluralidad de visiones, la frescura de sus narraciones, la autenticidad de sus autores, la espontaneidad de sus emociones y su cotidianidad tan vigente.

No se pretendió hacer una crónica o una historia universitaria, porque ésta no puede ser única. La finalidad fue abrir y propiciar un

espacio en el que pudiera mostrarse un abanico amplio de esas historias vividas y contadas tanto por personajes muy conocidos como por personas de las que quizá sabemos de ellos por primera vez. Así, sin jerarquías, todos ellos son universitarios que de distintas maneras y desde distintos campos vivifican y le dan rostro humano a la Universidad.

Aquí se muestran los diferentes modos de ver a nuestra máxima casas de estudios. Los hay que hablan de cambios en la estructura institucional y los que nos cuentan de cómo el lugar donde trabajaron fue siempre el mismo, aunque haya cambiado de nombres y de jefes. Es ésta una rica antología de percepciones y expresiones. No es lo mismo ver a la Universidad desde dentro, por parte de quienes aún laboran aquí, que la visión de los ya jubilados. Es muy distinto, también, observarla desde puestos directivos o de los cubículos académicos que desde los pasillos y oficinas testigos del esfuerzo de quienes han apoyado las incontables tareas dentro de la Universidad. Hay puntos de vista que son llamadas de atención y que nos obligan a mirar críticamente nuestra institución, pues todos y cada uno de los trabajadores universitarios desempeñan una labor esencial; el trabajo de unos no tendría sentido sin el de otros, del mismo modo como hay trabajos que no podrían realizarse sin otras labores que los apoyan.

Ésta es una primera recopilación de crónicas, relatos y testimonios, aunque sabemos que existen miles más en los distintos espacios de la Universidad, pero la intención es que esta publicación inicial sea sólo el principio de una colección de recuerdos históricos, una recuperación permanente de la memoria universitaria que alimente los proyectos del futuro. He aquí una valiosa fuente de conocimientos vivos donde abreviar para la construcción de nuevos horizontes.

CEREMONIA DE PREMIACIÓN
No olvido, recuerdo

No olvidamos lo aprendido

Elda Castelán Rueda

Muy buenas tardes, señoras y señores.

Con su venia, señores miembros del presídium.

Hoy me invade una alegría inmensa, pues para mí recibir un primer lugar no ha sido cosa de todos los días. Espero que la emoción no me cierre la garganta y pueda continuar hablando.

Recibí un primer lugar hace 55 años por motivos similares: mi gusto por la lectura y la escritura, hábitos que me fueron inculcados, de manera lúdica, en el seno de mi hogar.

Otra alegría que me causa este premio es el reconocimiento que ganamos todos los convocados. Agradezco a las personas que organizaron este concurso porque tuvieron la gentileza de tomar en cuenta a los mayores de sesenta años, al personal administrativo, a los pensionados, ese grupo vulnerable que en otros sectores está olvidado.

Gracias por tomarnos en cuenta. Nosotros, los adultos mayores, como nos llaman en el lenguaje «políticamente correcto», somos personas a las que algunas veces se nos olvida apagar el agua para el té o cerrar la puerta con llave. Pero todavía no olvidamos lo aprendido, y no me refiero a lo académico, sino al conocimiento adquirido a través de las lecciones de vida y de los años. Bien reza el viejo refrán: «Más sabe el diablo por viejo que por diablo».

Muchas gracias, pues, a los organizadores. Y espero que este concurso siga por muchos años. Edificar la historia de nuestra Universidad es una tarea difícil y es un legado de suma importancia para las nuevas generaciones. Estoy feliz de haber aportado un granito de arena para la reconstrucción de esta historia.

Dudé mucho en participar, no me gustan las competencias (menos esa palabra de moda: «competitividad»). Mis hermanas y personas muy cercanas leyeron mis primeros borradores y me animaron a no desistir. Muchas gracias a todas ellas. Aun así, hubo días en que pasó por mi mente no enviar nada.

Pero la idea de que me leyeran, aunque sólo fueran los miembros del jurado, me impulsó a decidirme. Además, como dijo García Márquez en una ocasión: «Escribo para que me quieran».

Cuando comencé a escribir mi ensayo me invadieron las confusiones. Me di cuenta de que lo que no está escrito se olvida. Llamé a varias amigas que habían entrado a la Universidad antes que yo. Me reuní con unas, les envié correos a otras, así entrelacé mi historia. Muchas gracias a todas ellas. En algunas fechas y en otros detalles no coincidíamos, por eso tuve muchas dudas. Yo no quería contar mentiras, algo muy típico en los mexicanos...

Me siento afortunada de haber trabajado en la Universidad de Guadalajara en los años ochenta, noventa y en el primer decenio de este siglo. Esas tres décadas marcaron una diversidad de cambios en el mundo, en la institución y en general en el comportamiento humano; en el lenguaje y, principalmente, en las tecnologías, que en los trabajos administrativos y académicos provocaron movimientos y sentimientos nuevos y por ende muy extraños.

Para terminar, me atrevo a dar una recomendación al personal administrativo, cualquiera que sea su nombramiento: busquen el cambio de oficinas y de actividades. Quien no se mueve produce moho, y éste no sirve para nada. Les recuerdo las palabras de Abraham Maslow: «Uno debe de luchar contra lo estereotipado, nunca debe permitirse llegar a acostumbrarse a algo».

Muchas gracias a los miembros del jurado, y gracias nuevamente a los organizadores de este concurso.

Muchas gracias a quienes hoy me acompañan, gracias por compartir mi alegría. Ya lo dijo Saramago: «La alegría, si uno está solo, es nada».

Muchas gracias.

Acervo de historia viva

Benjamín Flores Isaac

Buenas tardes.

No olvido, recuerdo, pero también disfruto, y mucho...

Muchas gracias a las personalidades que conforman el presídium, muchas gracias a las personalidades que se encuentran en la parte inferior, muchísimas gracias por todo, por su asistencia. Esto que culmina, si lo vemos desde una dimensión real, creo que es una cosa tremenda, inconmensurable, todos estamos más o menos vibrando en la misma frecuencia, todos hablamos de cosas similares, hablamos de permanencia, hablamos de que se extienda, hablamos de que se institucionalice esto, sería fabuloso, porque esto conforma verdaderamente la historia viva de los quehaceres universitarios.

No sólo es una compilación de evidencias, no, es un pedazo de historia de cada uno de los que ahora participamos, ojalá y en la siguiente convocatoria se duplique y hasta se triplique la participación de todos los universitarios.

Ésta es la historia de nuestras vivencias, porque muchos así lo vivimos, así lo sentimos y en algunos casos, claro, como el mío, lo disfrutamos y lo disfrutamos muchísimo y lo disfrutamos tanto que a la hora de hacer la entrevista casi me dijeron: Maestro, córtele porque ya se acabó el tiempo, ya se acabaron los 45 minutos.

Permítanme ahora unos momentitos de pensar en voz alta y para retomar lo que se dijo, qué pasaría si esto ya que se institucionalice, se agranda un poquito más y, como dijo la persona que me antecedió, quizás no como concurso, sino como muestra y entonces invitar a todos los maestros, que si nos pudiesen enseñar aquel papelito que guardan, aquella nota que alguien les dejó, aquella hoja que ustedes

encontraron en algún pupitre, es parte de nuestra vivencia, es parte de la historia, es parte de la universidad, el quehacer universitario, eso vendría también agrandado. Si esto se abre también hacia el terreno de la fotografía — todos tenemos fotografías del primer grupo que tuvimos, fotografías del primer salón a donde entramos, fotografías con nuestro primer maestro y con nuestra primera maestra también. Tendríamos un acervo de historia viva, muy interesante y valiosa.

Definitivamente creo que todos los que participamos tuvimos una cierta duda o una cierta inquietud: Bueno, qué voy hacer, qué voy a decir, qué voy a platicar; a nosotros que nos hicieron la entrevista, qué voy a platicar, no sé, pero ¡híjole!, la Secretaría Técnica y sobre todo la persona que nos entrevistó, ¡híjole!, qué bonito nos condujeron. ¿Y usted qué hizo?, y nomás le dan cuerda a uno y solito se va uno por ahí. Es fabuloso y eso de ser fabuloso se convierte en mucha de nuestra actividad, como un elemento motivador, pero además de que es motivador también es vivificante. Dados los días que nos acompañan no quisiera utilizar la palabra... nos hicieron revivir nuestra historia, no, mejor nos hicieron vivificar nuestra historia, ojalá nos permitan seguir vivificando nuestra historia.

Muchísimas gracias.

ENTREVISTAS
Voces y relatos



La filosofía, la historia, las letras

Carlos Vevia Romero

Doctor en Filosofía por la Universidad Pontificia Comillas de Madrid; docente e investigador de la Universidad de Guadalajara desde 1974 en los departamentos de Letras y Filosofía. Fue Premio Jalisco en 2009 en el área de Literatura. Es miembro del Consejo Estatal para la Cultura y las Artes de Jalisco y Maestro Emérito de la Universidad de Guadalajara.

¿Cuál fue su primer acercamiento a la Universidad de Guadalajara?

Fue como una telenovela. Yo tenía muy poca idea de México en general. Entonces se hablaba mucho de que había venido a México un número considerable de españoles después de la Guerra Civil. Yo estudiaba en Hamburgo, Alemania, el doctorado en Filosofía (para la filosofía clásica es muy importante el alemán) y para subsistir daba clases de español en una escuela de idiomas. Un día la directora me dijo: «Mire, ha venido una señorita de México de intercambio y va a estar en la escuela dando cursos de español; acompáñela usted y enséñele la escuela». Se trataba de una joven que había estudiado en la Universidad de Guadalajara durante las primeras promociones de la Facultad de Filosofía y Letras, cuando los alumnos eran tan poquitos que todos se iban juntos a tomar café: los de Historia, Filosofía y Letras.

Trabajamos juntos unos tres años y acabamos casándonos. En un viaje que hicimos a Guadalajara para visitar a sus papás, mi esposa se encontró a Adalberto Navarro Sánchez, que había sido su maestro y cofundador de la licenciatura en Letras; él le comentó su propósito de abrir la maestría en Letras y le dijo: «Oiga, tráigase a su esposo aquí, que dé un semestre y que vea cómo es esto». En ese entonces no había relaciones diplomáticas entre México y España y todos los documentos tenían que pasar por la embajada de México en Lisboa, Portugal, por ello se complicó mucho y tardé tres meses en arreglar los papeles. Esto ocasionó que no llegara al primer semestre de la maestría en 1974 (que todavía existe y es una de las más antiguas de la Universidad). Me incorporé en el siguiente semestre y aquí he estado durante treinta y ocho años, es decir, toda una vida.

El director de la maestría era el doctor Amado Ruiz Sánchez, que también estaba a cargo de otra maestría en la Facultad de Medicina. El doctor fue un personaje ilustre, incluso hay una Cruz Verde que lleva su nombre. Era muy humanista y apoyó mucho a la maestría en Letras para que saliera adelante. Nos trató con mucho cariño. Los primeros años fueron muy bonitos y ésa es la razón, como dije, de que pareciera una telenovela.

¿Cómo fueron sus primeros años en la Universidad?

Mi primer semestre en la Universidad se convirtió en más semestres. Yo tengo dos especialidades: una en Filosofía y otra en Letras, las cuales están muy relacionadas. Algunas veces daba cursos en la carrera de Filosofía y otras en la maestría en Letras o en el doctorado en Letras. Poco a poco fui conociendo a más gente, recibía invitaciones a congresos y coloquios en la zona centro de la república, por ejemplo, en la Universidad Michoacana de San Nicolás Hidalgo, en Morelia; también he estado en Querétaro y Zacatecas.

Recuerdo que una temporada me iba a Aguascalientes los viernes en la tarde al terminar aquí la maestría, ya que tenía clases todo el sábado en esa ciudad, donde estaba empezando la Facultad de Letras. Así, recorrí esa parte del país que tiene historia y mucho prestigio académico.

¿Cuál fue su primera impresión de México?

Vine directamente a Guadalajara, ya que estuve sólo unas horas en la Ciudad de México. Me pareció una ciudad tranquila comparada con Hamburgo. Lo maravilloso era el sol, todo era primavera, aunque la gente decía: «¡Uy, qué frío hace!», lo que me hacía mucha gracia, pues venía de una ciudad donde pueden pasar tres años sin salir el sol, literalmente hablando, porque unas veces hay lluvia, otras hay niebla o cae nieve.

Nosotros tuvimos suerte porque no nos tocó un clima tan cerrado cuando vivíamos allá, pero sí es un clima muy duro. Al llegar aquí era la primavera y me llamaban mucho la atención todas esas bebidas elaboradas con frutas, las aguas famosas, de sandía, por ejemplo. Recuerdo unas en la calle Morelos; cuando vi esa copa tan grande, dije: «¿Esto qué es? ¡Esto va a costar un millón de pesos por lo menos!» No, son las aguas normales para la comida.

¡La jamaica, qué cosa tan exquisita! ¡Las nieves! ¡Los helados! Cuando uno va a otro país, si permanece en él una semana puede es-

cribir un libro; después, anécdotas, diferencias y todas esas cosas. Si pasa un mes, puede escribir un artículo; si es un año, una notita, y si pasa más tiempo, ya nada, porque ya no se sabe nada realmente, se va descubriendo la complejidad del país. Por ejemplo, la sociedad mexicana es muy compleja, no es fácil entenderla de primer momento. Me quedé deslumbrado por todas estas cosas externas, que me llamaron la atención. Creo que ha habido una evolución muy fuerte, sobre todo el crecimiento de las universidades en la zona centro. Por desgracia, no conozco ni el norte ni el sureste de la república, pero sé por referencias que por todas partes se han multiplicado y replicado maestrías, doctorados, una cantidad de gente que tiene ganas de aprender; eso ha sido en estos treinta y tantos años una evolución clarísima.

Cuando llegué a la clase de Letras, inicialmente eran 25 alumnos: 23 eran hombres y dos chicas. Ahora se han invertido; la mayoría son mujeres y hay dos o tres muchachos. Fíjese cómo ha crecido Filosofía (uno dice ¿eso qué es? y ¿para qué sirven todas esas preguntas?), que tuvieron que abrir cursos durante la mañana porque no hay salones para recibir a tanta gente. Esto es en verdad muy bonito, aunque tiene sus contras y se podría hacer críticas, pero creo que más allá de todas éstas, México está evolucionando.

Dicen que algunos estudian para ganar más en su carrera, que les paguen más, y digo yo ¡que es maravilloso! Si la gente para subir de nivel en una sociedad estudia más, es maravilloso, qué más queremos; lo feo es que suba porque es amigo, hijo, sobrino o tío de alguien, mejor que suba porque tiene una maestría y otra maestría. Ha sido una grata experiencia estar en contacto con la juventud; la educación es la ventaja que tiene: renueva, porque los alumnos están friegue y friegue, quieren saber más: ¿por qué? y ¿por qué? Esto hace que el maestro, para satisfacer esas necesidades, tenga que estar constantemente estudiando, mejorándose. Es maravilloso el mundo de la educación.

Doctor, usted que venía de una universidad europea (de pronto se piensa que aquí el nivel es más bajo), ¿cómo ve la evolución de la Universidad desde su llegada hasta ahora?

Es distinto, por las personas. Una universidad alemana está habitada por alemanes y por gente del centro de Europa, que son muy diferentes; por lo tanto, todo lo que hagan va a ser distinto; tienen capacidad de concentración y de trabajo. Quizás aquí no se note al principio, pero no lo veo como hace años; ha habido una evolución increíble, un aumento de la calidad. Si viera usted cómo organizan, por ejemplo, los

muchachos de la licenciatura en Filosofía todos los años un coloquio. La cantidad de gente que traen. ¡Qué bien lo organizan! Eso exige un nivel muy grande en el sentido de que no lo hacen por prestigio o algo así, sino porque conocen la materia y saben la importancia que tiene que se conozca muy bien a un autor, o una época, por decir algo, todo dentro de sus medios limitados, pero con un interés y ellos solos trabajando, con la bendición digamos de arriba. Por la crisis, es muy difícil conseguir apoyos, pero ellos se apañan y lo buscan y hacen cosas extraordinarias.

En Letras, la problemática es distinta. Los alumnos han evolucionado; son más académicos, más serios, y verdaderamente estudian literatura. En los años setenta el ideal del hombre de letras era muy bohemio, romántico, se dejaba el pelo largo, andaba en los cafés con frecuencia y ese tipo de cosas; ahora se ve otra clase de gente, que sabe estudiar los textos con metodologías que no sólo sirven para soltar el ojo y decir: «¡Ah, Cervantes, qué maravilla!», sino hacer ver por qué Cervantes es una maravilla.

¿Por qué es una maravilla Juan Rulfo? Eso es precisamente desmenzarlo. Conocen a la perfección métodos que hay en otras partes. En ese sentido, creo que ahora hay un emparejamiento enorme en estos dos campos. En otros, no me atrevería a opinar. Veo, por ejemplo, el CUCEA, de Administración de Empresas, un centro que organiza congresos importantes, pero no conozco más. Medicina siempre ha tenido su prestigio; ellos van aparte. Las ingenierías, creo que también podría citar el caso del doctor Víctor González Romero, que fue secretario de Planeación; él es doctor en Química. Estudió su doctorado en Estados Unidos y, siendo rector de la Universidad de Guadalajara, todos los días a las siete de la mañana daba su clase de química. Es un ejemplo.

Yo nunca he tenido un compañero así en Letras o en Filosofía, pero es una maravilla que el rector esté dando su clase a las siete en punto, con la lata que es levantarse temprano, sobre todo en ciertas épocas del año. Por otra parte, ya casi se ve como imposible que un profesor en cierto nivel no sea doctor, no tenga un doctorado, eso es una evolución y más aún en una universidad gratuita. Esto no es para alabar a la Universidad de Guadalajara ni adular a nadie, porque ya estoy afuera.

Las universidades europeas son carísimas, incluso la Universidad de Madrid, por ejemplo, donde yo estudié. Por ser yo de familia muy numerosa había muchos descuentos, pero aun así era muy cara. Cuando volví a hacer el doctorado allá y presenté la tesis, me costó 25 mil pe-





setas la inscripción para el examen. De esto hace veinticinco o treinta años y ya entonces era mucho dinero. ¡Caramba!, se queda uno viendo visiones.

Aquí ve uno a taxistas mayores que dicen: «Mi hijo estudió, es médico de la Universidad de Guadalajara», esta frase vale todo el esfuerzo que pongamos y todos los sacrificios que hagamos. Tuvimos un jardinero, don Isidro, tenía noventa años, pero seguía yendo diario a hacer el jardincito con sus tijeras; él tenía un hijo médico de la Universidad. Eso es increíble, en otros países es inconcebible. Por tanto, hay que apoyar a la Universidad del Estado mientras se mantenga así.

Doctor, el prestigio que pueda tener una universidad o institución es gracias a la gente que está ahí, porque al final las personas son las que le ponen cara y color a una universidad. Gracias a personas como usted, que le han aportado tanto a la Universidad de Guadalajara, es que esta casa de estudios tiene cierto prestigio. Cuando lo hicieron Maestro Emérito, ¿cuáles fueron sus sentimientos, qué pasaba por su cabeza?

Siempre he sido muy frío para ese tipo de emociones, yo no tenía ni idea ni me lo podía imaginar. Fue una propuesta de personas amables. Recuerdo que fue muchísima gente, alumnos, se llenó el auditorio grande; habían puesto una cinta al principio para que sólo se llenara una parte del centro y pensaron que vendrían unas treinta o cuarenta personas, no de pie.

Trinidad Padilla, que era rector en aquel entonces, dijo: «Esto es lo que necesitamos en la Universidad». Esto que se transforma en una fiesta, que no es esa especie de liturgia del Maestro Emérito con unos maestros con barbas blancas largas, sino la juventud apoyando al maestro que ha estado tantos años y esa comunión de alumnos y maestros que antiguamente se hacía; por eso se llamó universidad, la fórmula de la universidad era universidad de maestros y alumnos, *Universitas-profesorus et alumnorum*.

Pienso, por ejemplo, en Fernando del Paso, un excelente escritor; en él se ve claramente que está muy bien lo de Maestro Emérito, o en Emmanuel Carballo, un hombre interesantísimo, que conoce muchas anécdotas de la vida literaria cuando empezaba con Octavio Paz, sus revistas; él vivió en México y luego en Guadalajara. En fin, todos estos hombres, pero la gente reacciona así: «¡Éste qué!, pues es un profesor... Sin embargo, la producción ha sido enorme, y no es falta de modestia, porque ha sido mucho trabajo; es otro tipo de escritor, porque no es un escritor de novelas o de poesías, sino de ensayos. También es

bueno que se reconozca a los ensayistas y su producción en un sinnúmero de páginas. Hay libros que traduje de más de seiscientas páginas, y si las sumamos son miles de cuartillas de traducción de filosofía y temas relacionados que no estaban al alcance de la mano.

Algo que me dio una «sacudida» muy agradable fue un libro de la historia de los judíos en el occidente que compré y cuyo autor citaba una de las obras que yo había traducido; dije: «¡Pero esto lo he escrito yo!» Era una cita muy extensa, claro, del autor en alemán, pero yo hice la traducción. Se siente una emoción grande cuando tu trabajo puede ampliarse y ayudar a otros.

Una vez me llegó una cartita de un señor de Venezuela que había visto en internet el libro y le interesaba; afortunadamente, tenía un ejemplar y se lo mandé. Antes ¡quién iba a pensar!, pero ahora con internet es mágico, es más fácil.

He tenido muchos alumnos de quienes he aprendido mucho, aunque parezca una frase hecha. Pienso en las primeras promociones, por ejemplo, y vienen a mi mente Raúl Bañuelos, Dante Medina, José Minero y Pepe Bruqui, que aún viven e hicieron varios proyectos de revistas. Ellos se han hecho famosos. Hoy precisamente leí en el periódico que Raúl Bañuelos participaría en un homenaje al músico Juan Pablo Moncayo, nacido en Guadalajara, autor del *Huapango*. Algunos otros alumnos son ahora profesores de profesores, doctores en Letras. Cuando llegamos eran profesores, por ejemplo el maestro Navarro, que se había preparado a sí mismo, porque antes no había sitios de formación.

Lupita Mejía, Lupita Mercado, Gómez Loza y Dolores Padilla, todas ellas, dan clase aquí y todas tienen doctorado. Ya puedo morir tranquilo porque queda en buenas manos la enseñanza. Lo mismo pasa en Filosofía. George Steiner ha escrito muchos libros, por ejemplo, *Después de Babel*, *El silencio*, libros sobre la maravilla del lenguaje, problemas del lenguaje a veces muy profundos. Él tiene una página bellísima en sus memorias y dice que el rozarse en los corredores con los profesores de Chicago, cuando él estudiaba ahí, era una experiencia y motivación para él, y saber que él está en buenas manos, que no está perdiendo el tiempo, sino que en verdad está aprendiendo, es casi un deber, y para el país, ¡no digamos! Aunque de repente no se nota, cuando uno mira después de cincuenta años, dice: «¡Ah!, caramba, sí funciona!», sobre todo con materias como filosofía e historia.

Recuerdo un documental que vi sobre Nueva York en el que se habla de una ciudad debajo de otra en donde se encuentran los con-

ductos de electricidad y los de agua limpia y sucia. En ella se trabaja constantemente, día y noche; están ahí los ingenieros más capacitados, si no se produciría un caos, pero nadie lo sabe, nadie lo ve. Las personas van caminando por la calle y no saben que debajo a cincuenta o cien metros debajo del río, incluso, está todo eso. Lo comparo con algunas materias de las que dicen: «¿Esto para qué sirve?», pero son las que están formando en realidad el sustrato que se verá en personas que luego sepan convivir, que sean tolerantes, que, como políticos, busquen dentro del ser humano el bienestar de todos. Todo eso se cuece aquí en las facultades.

Así se entiende la diferencia de una persona antes de entrar a la facultad y después cuando termina una carrera. Comprende uno muchísimas cosas que parece que no tienen nada que ver, pero es porque estudió algunas materias que ahora comprende estas otras. La vida siempre está presentando problemas nuevos; eso es cierto, pero aprendiendo a disolver problemas antiguos se aprende a atacar problemas nuevos.

Por otra parte, quiero señalar que le tengo mucho cariño al Centro Universitario ubicado en Ciudad Guzmán, ¡se me hace tan bonito! Así, tan chiquito y luego cuando mira uno para un lado y se ven los montes y mira para el otro, y también. ¡Ah, caramba! Me invitaron a un curso hace dos o tres años para la apertura de la carrera de Letras, con el doctor Vicente Preciado Zacarías, quien, aunque es dentista, es un gran literato, escribe precioso, por ejemplo, sus recuerdos y memorias. Él fue quien me hizo la invitación. Como dentista, fue el primero en introducir la endodoncia como especialidad en la Universidad. Antes hacían un agujero, tapaban ¡y ya! El doctor escribió un tratado sobre ese tema que fue utilizado durante veinticinco años en todas las universidades latinoamericanas. Cuando se retiró se dedicó a escribir. Fue amigo íntimo de Juan José Arreola y cuenta anécdotas de él que no acaban nunca. Dice que se reunían durante la tardecita y le decía: «Vicente, ¿ha leído usted esto? [¡cosas rarísimas!, como las cartas del Conde Ruso], ¡pues léalas porque le encantarán!» Así era Arreola, leía y leía, y le ponía tareas todos los días.



La dignidad del Trabajo social

Consuelo Plascencia Vázquez

Estudió la carrera de Trabajo social en la Universidad de Guadalajara. Se desempeñó como docente e investigadora en el Departamento de Trabajo Social de la misma universidad. También desarrolló su profesión en la administración pública en el área penal. Fue subdirectora del Centro de Observación y Diagnóstico para Menores. Cursó una especialidad en el campo psiquiátrico en la Ciudad de México.

Hace un buen número de años egresé de la carrera de Servicio social. En la tesis que presenté para mi examen recepcional me permití plasmar unas frases que seguramente han oído y que entonces, como ahora, me parecieron de un profundo significado. Escribí como dedicatoria: «Gracias al ser que me dio la vida y gracias a la vida por lo que me ha dado». Sigo creyendo así: la vida me ha otorgado oportunidades extraordinarias; me ubicó en el seno de una familia unida, nutrida por el amor de una mujer extraordinaria, que fue mi madre, de quien me sorprendió siempre su cualidad inagotable para enseñar con el ejemplo y con la palabra sin proponérselo. Fue el modelo más significativo, ya que de ella aprendí la tenacidad, la honradez y la sencillez.

Así, después la maternidad salió a mi encuentro y me permitió reconocerme como mujer y como madre; desde entonces entiendo más el quehacer de una madre. Se requiere sabiduría para saber conducir a otros, para apoyarlos en la búsqueda de sí mismos y que alcancen su bienestar. Tal vez por eso elegí dos campos en mi vida académica: ejercer la profesión del trabajador social y mantenerme en la actividad docente formando precisamente a trabajadores sociales.

Recuerdo una mañana, hace casi treinta y tres años, cuando me dirigí a la Escuela de Trabajo Social. Muy decidida, me presenté y le manifesté a la oficial mayor: «Maestra, yo quiero dar clases». Sorprendida, me aclaró que no estaban solicitando trabajadores sociales. Muy segura de mí le respondí: «No, no estoy necesitando trabajo, yo quiero dar clases, formar alumnos a través de la descripción de lo que hace el trabajador social». En mi memoria de estudiante siempre me interesé en que mis maestros, en esa cotidianidad ejercida en el univer-

so del aula, me dijeran que, como alumna que más encerraba el ser trabajador social, ahora yo estaba en condiciones de hacerlo, había decidido abrazar la profesión de trabajo social y, además, atesoraba la poca experiencia que fui capitalizando al quedarme trabajando en prácticas en los dos últimos ciclos escolares.

Más tarde habría de aceptar los retos de un servicio en la administración pública, y cuando menciono retos viene a mi mente la llegada a la Policía de Guadalajara como única mujer de funcionarios de esta dirección. Recuerdo que frente al director, hombre de figura y corazón fuerte, dije con voz suave, pero firme: «Quiero decirle que, de quedarme en Prevención Social, yo no me presto a ninguna irregularidad». Con tono pausado, disimulando tal vez su asombro, me respondió: «Tenga la seguridad de que nunca voy a pedirle algo así», y de este modo transcurrieron tres años de intenso y gratificante apoyo del señor director.

Elegí y amo esta profesión, también la práctica del trabajo social jurídico, que fue en lo que me desempeñé. Ésta es un área apasionante y difícil, la mayoría de las ocasiones muy cerca del dolor humano de quienes viven privados de su libertad, cuántos momentos tristes y cuántas satisfacciones, algunas están y seguirán conmigo. Lo positivo y lo no agradable me confirmaron que mi elección en la vida fue acertada.

Una experiencia significativa en otro campo de trabajo la tuve en la Penitenciaría de Oblatos, que tenía una sección que daba hacia la calle Josefa Ortiz de Domínguez. Esa sección era para mujeres, era un pasillo largo, muy largo, en donde había máquinas industriales, porque una buena forma de sobrevivir para las internas era llevando maquilas del exterior para que ellas trabajaran con un pago muy bajo y mucho trabajo. Se trataba de guantes gruesos industriales. Había dos dormitorios para procesadas y sentenciadas, eso era todo, además de un patio muy grande, un restaurante al extremo, un área acondicionada para visita íntima, pero que propiamente era el dormitorio de las custodias —les llamaban celadoras en ese entonces; mucho de la terminología ha cambiado en la actualidad.

Debió de ser a principios de 1980 cuando se suscitó un motín en la femenil. Esto obedeció al cambio de directores; la directora que estaba en funciones era una persona que actuaba con una serie de irregularidades y éstas se reflejaban en toda la institución: había una clara separación de quienes tenían determinado poder de adquisición y quienes absolutamente no tenían nada. De quienes no tenían nada,



sus expedientes estaban sin duda guardados o había poca disposición en informarles y avisarles sobre sus asuntos jurídicos, muchas de ellas carecían de abogado, aun si estaba asignado por ley.

Recuerdo que... ahora que digo la palabra recuerdo, esto va ser muy recurrente, y alguna vez se los dije en clase a los alumnos: recuerdo es volver a tocar el corazón: «Si más de una vez ven que hago eso, pues entiendan que los años han pasado y probablemente a gente de mi edad nos es significativo volver a regresar al corazón».

Recuerdo que llegamos un equipo de trabajo social, tres personas, dos compañeras y yo. Entonces, cerca de sesenta personas o menos, hicimos el cambio de Oblatos a la nueva prisión de Puente Grande, al Centro de Readaptación Social, como se le llamaba. Debieron ser unas cuarenta y tantas personas con una división marcada muy claramente. Unas cinco internas, junto con la directora, tenían el poder y eso era muy evidente. Cuando sucedió el motín se vio la necesidad de intervenir y cambiar de directora; claro que esto provocó la inconformidad de las internas, porque las que tenían mayor posibilidad y privilegios iban a dejar de tenerlos.

Al anuncio del cambio de directora, en la noche, supongo que trabajaron en hacer mantas, hicieron una cantidad de cosas. Al amanecer estaba tomado el lugar, tan pequeño, e impedían algún cambio. Ya estaban las autoridades del llamado Descopres, lo que era el Departamento de Servicios Coordinados de Prevención y Readaptación Social. Las gentes del femenino impidieron esto y fue una situación muy difícil, la autoridad no pudo entrar, no hubo manera de dialogar, sólo mantas y agitación en general. Traían palos de escoba, una de ellas estaba al teléfono hablando al programa *Chimeli Informa* y daba toda la crónica de lo que pasaba. Era una interna, esposa de un exintegrante de la Liga 23 de Septiembre, una mujer pensante, quizá muy diferente a todas las demás internas, porque siempre estaba observando, reflexionando. Alguna vez le vi un librito que decía *Comunismo científico*. Yo no sabía qué era. Entonces busqué el libro y lo conseguí; me puse a leerlo y dije: «¿Qué ve la interna, qué sabe ella que yo no tengo ni idea de lo que está haciendo y trabajando?»

Durante ese motín yo ya estaba en la docencia, y casi a la par se dio mi entrada al sistema penitenciario. Antes tuve otros trabajos como profesional del trabajo social y ahora estaba como docente y profesional. Mis clases eran de siete a nueve en Belenes, muy temprano, pero muy rico, fresco, había manera de estacionarse muy fácilmente. Impartía Metodología de la investigación y técnica de la entrevista; me

decían: «¡Maestra, se va ir a trabajar a la cárcel!», y les contestaba: «Sí, ya me voy a la cárcel a trabajar». Donde ahora es el CUCEA, antes era nuestro, todo. Debió quedar una pintura sobre el trabajo social, un mural que hizo un compañero alumno en la sala de maestros.

Volviendo al motín, las autoridades decidieron que tenían que entrar y tomar el control de la institución. Nos citaron a todos en la Dirección de Seguridad Pública Municipal (no recuerdo cómo se llamaba); ahí estuvimos con el director general, un hombre de apellido Santamarina, quien, muy decidido, dijo que se iba a entrar con armas y gases a someter a las internas. Esto me dio mucho susto; me imaginé a las internas con quienes yo ya había tenido trato, y estaba muy cerca de ellas. Conocía perfectamente a las cuarenta y tantas, sus asuntos de familia y su composición familiar. Yo estaba en el equipo del licenciado Sánchez Galindo, que había venido de México para reestructurar el sistema, con el antecedente del 77 de los motines de varones en Oblatos, que dejaron una huella de sangre difícil de superar por las autoridades, ya que fue una cuestión muy seria, incluso se conoció en el plano internacional.

Me atreví a enfrentar a las autoridades. No lo pensé y les dije que había niños, que había internas que tenían sus niños, algunos recién nacidos, que no era posible entrar con gases, que si no había otra manera. Sánchez Galindo me dirigió su mirada como preguntando ¿Usted quién es? Yo no era directiva, era jefa del trabajo social del área, y bueno, aceptó. Entraron en la madrugada, nos comunicaron que debíamos estar listas. Un vehículo pasó por nosotras alrededor de las dos de la mañana y, cuando llegamos, estaban todos reunidos, cuerpos policiacos algunos de ellos, después lo supe por las internas —ahora son policías investigadores, antes agentes judiciales—, estaban de civiles, cuestión que no impidió que algunas internas los reconocieran como gente que las había torturado, me lo dijeron: «Cuando vi entrar a fulano de tal y me interrogó esto y esto me pasó o esto me hizo». Situaciones muy serias, muy salvajes; nosotros estuvimos ahí listas con la bata blanca que nos dijeron que debíamos usar.

Entraron primero los antimotines, no con gases, aunque sí traían macanas o toletes. En todo el perímetro de la institución había agentes, policías o investigadores, no sabría. Recuerdo haber volteado al techo y estaban todos rodeando y otros más que entramos por la puerta. Cuando llegamos, nos sorprendimos de ver a la directora durmiendo, pues antes no había una habitación como ahora, creo que estaba en el área de sentenciados en el dormitorio, un salón grande con literas

de madera. Las personas mayores utilizaban la parte de abajo y las más jóvenes la de arriba. No tenía nada en especial, las condiciones eran las mismas: una serie de literas.

Entramos el equipo técnico, vestido con bata blanca. Las interinas estaban en el patio y las hicieron salir del dormitorio, algunas se cubrieron con cobijas, otras abrazaban a sus niños, porque para nada que los dejaron, los levantaron igual que a ellas. Cuando entramos una de ellas nos miró y le dijo a la compañera: «No nos va a pasar nada, ya llegaron las trabajadoras sociales». A mí esas palabras me llenaron mucho: qué pensaban que les iba a pasar, aunque no hubiéramos permitido que les pasara algo, a pesar de todo el resguardo del cuerpo policiaco. Fue una experiencia muy especial.

Otras experiencias que se quedan es cuando alguna recobraba su libertad. Cuando una de ellas se iba le entregábamos sus papeles. Recuerdo que en una ocasión una de ellas estaba sentada en la banqueta y le preguntamos: «¿Qué estás haciendo aquí?» Nos respondió: «Es que tuve miedo, a dónde me voy a ir». Se suponía que se iba a ir con una madrina, y que la investigación ya estaba hecha para que ella llegara con la madrina. Nos dijo que no pudo irse ni tomar el camión, por eso se regresó. Entonces buscamos a alguien para que la acompañara; eran las seis de la tarde, sólo así se atrevió.

Les decía yo a mis alumnos que si un hombre llega a prisión, las cosas cambian en su casa, por supuesto. Hay desintegración o se acentúa la que ya había, pero si una mujer ingresa a prisión se fragmenta todo, se acaba todo, absolutamente todo. No es posible entender o suponer que sigue una cohesión cuando la mujer es encarcelada; primero, es más reprobada socialmente, señalada, abandonada, marginada y pierde a la pareja.

Eso sí, por experiencia, alguna vez le decía a los alumnos que una fuente de las hipótesis es la experiencia: si yo les digo que si el hombre entra a prisión, la mujer sigue y lo apoya, y si la mujer entra a prisión, el hombre abandona, ¿es una hipótesis? Decían que sí y era muy clara para entender, porque la experiencia me ha dicho que cuando ella llega, los que siguen son los hijos, algunos, y los padres por lo general abandonan. Muchas de ellas están absolutamente solas; el hombre, su pareja, no espera, no sé si porque la carga social sea mucha.

También tuvimos que hacer el rescate de algunas de las parejas, pero hasta de nombre y trabajo se cambiaban, o eran cubiertos por la complicidad de los trabajadores de los compañeros. Por ejemplo, en un taller aseguraban: «No, no, ya no trabaja aquí. Qué pena, usted viene

de Puente Grande». Después fuimos un poco más listas, pues dejábamos el vehículo y caminábamos sin darles tiempo de que le avisaran: «¡Oye, ahí vienen!» o «¡Escóndete!» Entonces nos aseguraban que sí irían, pero no cumplían. Después tomaban más precauciones y no los volvíamos a localizar. En cambio, vemos a mujeres en el cruce con bolsas de comida, unas embarazadas, otras con un chiquito en brazos y otro caminando. Ellas van, no hay restricción ni limitación, la mujer da de manera completa, pero el hombre no es recíproco.

Pasó el tiempo y seguí en la sección femenil. Cuando decidí separarme pedí licencia, pero me dijeron que no era posible. ¿Por qué mi separación? Contesto a esta pregunta en un capítulo de mi tesis de maestría cuyo tema de estudio fue Oblatos, en particular los testimonios que dejaron los internos varones en las paredes de Oblatos. En el caso de las mujeres, ni en los baños vi graffiti ni dibujos ni obscenidades, eran limpias. También conocí los baños y las regaderas de Puente Grande en el área de mujeres y había mayor control que en la de los varones.

Muchas veces les comenté a mis alumnos sobre la salud mental de los internos y las internas. Nosotros trabajamos muy cerca del dolor y a veces nos contaminamos, es duro. En una ocasión platicué con una joven que estaba en Puente Grande y me dijo que una persona estaba enferma y que le faltaban todavía tres años para jubilarse, tenía veintitantos años en el sistema penitenciario. Les explicaba a mis alumnos la importancia de la salud mental de quienes trabajamos con personas y con el dolor.

Después de la muerte, la pérdida de la libertad debe ser el dolor más grande y, en ocasiones, ese dolor se vive como yo lo vivía, con la familia, con las internas, para entender sus reclamos. Recuerdo una de sus frases: «Ya les pagué [su condena], ya tengo tanto tiempo aquí», pero había asuntos muy serios que no gozaban del beneficio de la ley. Así llegué a hacer mío el dolor de la familia por las escenas que presencié más de una vez.

Durante un tiempo ocupé la subdirección interina pues me pidieron que apoyara en esa área. Llegaba el martes, con mis cambios de ropa, y salía hasta el sábado, ahí me quedaba a dormir (claro que hay dormitorio). Atendía de quince a dieciséis audiencias en Puente Grande, que tiene grandes dimensiones comparado con Oblatos. Hubo un momento en que yo me contaminé o no sé qué pasó, y me enfermé del dolor de las familias.

No pude ya con esas despedidas de los hijos con las internas, sentí que había perdido la objetividad y que necesitaba terapia, pero tuve

pena o temor de decirlo: «Ya no puedo con esto». Por la ventana de la dirección observaba, con los ojos húmedos, a un niño que se despedía de su mamá, una interna, quien tenía que ser muy enérgica para hacer que se soltara de sus piernas, porque su hijo se le abrazaba y le decía: «Yo me quedo contigo».

Estos hechos se repetían una y otra vez, hasta que me dije: «A mí esto me duele, me duele más», lo que no debía de ser porque yo era subdirectora, además, ya no me era suficiente tener otros campos de actividad, como la docencia. Aquí estaba pasándome algo. Solicité una licencia y me dijeron que no, entonces presenté mi renuncia. No lo comenté con nadie porque sentía temor. Firmé la renuncia y me fui a México a estudiar una especialidad en el campo psiquiátrico. No obstante, era tal mi necesidad que hablaba por cobrar al reclusorio y me recibían la llamada con mucho afecto. Preguntaba: «¿Cómo está fulanita? ¿Ya le llegó su sentencia? ¿Y zutanita?» Hasta que reflexioné y me pregunté: «¿Qué estoy haciendo? ¿Cómo desde México estoy hablando?» Llegó un momento en que dije *ya*.

En la docencia, pedí licencia un año y regresé supuestamente mejor. Luego me llamaron para el área de menores y volví al reclusorio como subdirectora del Centro Tutelar (Centro de Observación y Diagnóstico para Menores). Continué en la administración hasta 1997, cuando llegó una nueva administración y hubo cambios. Quedamos fuera mucha gente con experiencia, pero, bueno, también llegaron otros y supongo que aprendieron, y si no, tuvieron que pasar momentos difíciles, como nosotros.

En ocasiones me encontraba en el camión a internas que ya habían salido y me saludaban: «¿Cómo está, ya no está en la penal?» «¿Fulanita salió? ¿Zutanita salió?» Alguna vez, también en el camión, me tocó ver a una carterista. Acompañada de dos o tres sujetos, yo sabía a qué iba. La conocía porque ella me había dicho en una entrevista qué hacía, cómo y con quién estaba relacionada; cómo entraba y salía y cómo tenía la protección de gente de aquí. Ella tenía a sus hijos en colegios muy caros de la Ciudad de México. A veces me he enterado de que alguna interna apareció muerta y muchas otras historias.

Cuando usted regresó de México, ¿se dedicó otra vez a la docencia?

Volví revitalizada y, por supuesto, regresé a la docencia. Para mí, los alumnos siempre han sido un impulso de vida. Treinta y tres años permanecí dando clases.

Supongo que toda esa experiencia para los alumnos resultaba triplemente enriquecedora, porque su profesión era su pasión.

Así es. En algunas evaluaciones que aún conservo, sabe Dios desde hace cuántos años, los alumnos expresan: «Por usted conocí el trabajo social, por usted me quedé en el trabajo social». «Maestra, ¿se acuerda cuando nos llevó a...?» No me acuerdo, a lo mejor a algún lugar de policías o alguna celda de detenidos o algo así. «Maestra, yo me di cuenta de que quería trabajar en el campo». «Yo estaba muy indecisa, iba a dejar trabajo social, y cuando usted fue mi maestra me convencí y me quedé». «Yo, maestra, ¡por usted me quedé!» ¡Ah caray!, pues es muy agradable oírlo y pienso que es real, no tenían por qué decirlo.

Destacaba el respeto que debían tener hacia la persona que entrevistaban. Les puse el ejemplo de un caso en el que se entrevistó a un chico vestido de mujer y que fue detenido por ejercer la prostitución y por faltas administrativas. El trabajador social, torpemente, le preguntó si era hombre o mujer. Por favor, ¡imagínense! Si un trabajador social hace ese tipo de preguntas con una persona detenida, ¿cuál puede ser el principio de atención, de apertura, de empatía para un trabajador social con esa pregunta de si eres hombre o mujer? Indudablemente, no es un buen principio de relación.

¿Usted tuvo algún profesor igual de significativo como usted lo fue para sus alumnos?

No. Cuando iba a pedir clases les decía que quería que me hablaran de lo que es el trabajo social, que me dijeran qué, pero no lo que dice el libro, sino que alguien lo haya vivido, que alguien haya ido a hacer la visita. Yo fui a México a visitar a los Manzano Muñoz, uno era Eduardo y el otro no recuerdo su nombre. Ellos habían hecho un estudio en el que relataban toda la rutina: desde dónde los aprendieron, las calles que recorrieron, el chofer, todo ello. Como no los encontré, me regresé, ¡qué más! Los alumnos decían que si la maestra lo hizo, entonces también ellos podían. Sin duda que había gente muy profesional, pero había otra que lo olvidó y traspasó la barrera de lo profesional porque se cansó, porque no estaba a gusto con la vida o porque no quería ejercer su profesión.

Antes, en la carrera de Trabajo social, un buen número de aspirantes no habían podido entrar a otra carrera; ahora ya es menos porque hay una selección y también hay rechazados. En mi tiempo había cabida para quienes no entraban a Psicología o a Derecho. En una ocasión hice un sondeo y como unos nueve no tenían que estar en esta carrera.

Yo les decía: «¿Saben cuál es el reto?, que se enganchen en el trabajo social, y si de mi parte queda, voy a hacer lo posible porque se enganchen». Unos tres o cuatro se quedaban y otros se iban muy desilusionados a volver a hacer trámites, o desertaban.

Cuando estuve en Prevención Social y en el Tutelar me llevaba a los alumnos a prácticas. Ellos, a veces, entraban por la puerta grande; llegaban con el director, en este caso. Hicieron muy buen papel, ya que los muchachos trabajaban, tenían vocación, lo que se manifestaba en su solidaridad hacia el otro.

¿Cree que ahora ya está más dignificada la profesión de Trabajo social en la Universidad?

Yo no diría más dignificada, sino más reconocida. Alguna vez lo dijo la fundadora, Irene Robledo: «Este mundo es de hombres y mujeres, lo que pasa es que los hombres se sirven con la cuchara grande». A lo mejor así es, habrá profesiones que se sirven de manera voraz; a los trabajadores sociales nadie nos va a dar nuestro lugar, nadie.

Si nosotros llegamos a un lugar y nos conformamos con servir café, con llevar correspondencia o archivar, tareas que no tienen nada que ver con la profesión... nos es muy grato que nos escojan para sostener las tijeras con que van a cortar un cordón en un acto inaugural, pero nos tenemos que distinguir por saber trabajar, por nuestro compromiso con el otro, por tener la posibilidad de hacernos notar y que expresen: «¡Ah!, es un trabajador social».



En la policía tuve una experiencia de trabajo en un programa enfocado a las sexoservidoras, a quienes llamaban trabajadoras de la vía pública. Ellas recibían información en una base de la policía, en donde estaban expuestas a comentarios de los uniformados. Fui con el director general a pedirle que me autorizara trabajar con las prostitutas en su área de trabajo. Exclamó: «¿Cómo?» Le solicité que me permitiera trabajar en los hoteles donde ellas estaban. «¿Va ir allá, Consuelito?» Le respondí que sí y que me acompañaría un equipo de psicología, de trabajo social y un médico. Aceptó. Comenzamos en un prostíbulo de la calle 5 de Mayo, al principio acudían sólo ocho, pero luego eran más de ciento cincuenta.

Eran puras mujeres y entre ellas mismas establecieron el uso de preservativos como regla para estar en el grupo, aquella que no usara el preservativo no podía estar en ahí. Como parte de las actividades, ofrecíamos una charla informativa en la que se hacía un ejercicio relacionado con el desarrollo de la personalidad; era una especie de dinámica, no exactamente terapia, una técnica que se llama «círculo mágico». Así empezamos a trabajar y fomentar, sin proponérselo, nuevas conductas. Tiempo después hicimos una investigación sobre este programa, que luego fue motivo de una tesis de licenciatura, en la que se encontró que la mayoría de personas que entonces ejercía la prostitución no eran de Guadalajara, sino de otros municipios de Jalisco, con edades entre los dieciséis y los treinta años. Según su versión, dejaban la prostitución después de los treinta porque la competencia era muy grande, ya que cada vez más llegaban mujeres jóvenes.



Pensar y trabajar

Fernando Gabriel Miranda Valdez

Licenciado en Derecho por la Universidad de Guadalajara. Trabajó como actuario, ministerio público y auditor en distintas dependencias de la administración pública, como la Secretaría del Trabajo y Previsión Social y el Supremo Tribunal de Justicia. Se ha desempeñado en esta casa de estudios como profesor de historia e inglés.

Empecé a trabajar en la preparatoria número 1 cuando era secretario mi compañero Miguel Jiménez Gallegos, pues yo tenía experiencia en historia de México. Para dar mis clases me basaba en el libro del licenciado Peña Razo, que en ese entonces era director de la preparatoria 2. Posteriormente, me cambiaron a la Escuela de Agricultura y después a la preparatoria 2, donde impartí historia.

¿Usted ya había salido de la Universidad?

Estaba todavía dentro del sistema universitario.

¿Dónde nació?

En Pachuca, Hidalgo. Tenía más de tres meses cuando a mis padres, empleados bancarios, los cambiaron a Guadalajara. Así que puedo decir que aquí he vivido toda mi vida.

¿Qué carrera estudió en la Universidad de Guadalajara?

La licenciatura en Derecho. Cuando salí de la carrera empecé a dar clases, primero de historia, como ya comenté, y últimamente en lenguas extranjeras, en particular inglés.

¿Qué recuerda de la Universidad de Guadalajara en ese entonces?

Lógicamente, con el tiempo ha cambiado. Yo conocí a los licenciados Pedro Vallín Esparza, Santiago Camarena, Belón González y Alberto Orozco Romero; ellos fueron mis maestros, quienes moldearon mi carácter y mi forma de ser. No cito a los demás por no cometer las injusticias que el olvido ocasiona, pero éstos son los más representati-

vos. Ignacio Maciel Salcedo era entonces el director de la Facultad de Derecho. Yo me desligué de la facultad en cuanto obtuve un título y seguí ya como profesor.

¿Ejerció su profesión de abogado al mismo tiempo que la docencia?

No, aunque soy abogado, me he dedicado más a la docencia. Iba a cumplir veinticinco años cuando me titulé. Entonces se presentó la oportunidad de que iban a abrir la preparatoria 13 y solicité una plaza de maestro. Al director no lo conocía, pero el sindicato me apoyó. En la preparatoria me dijeron: «Nada más hay lenguas extranjeras». Correcto, quería entrar a la Universidad de Guadalajara porque necesitaba un buen trabajo, con prestaciones, porque ya a mi edad, ¡no comoquiera! Entré como profesor de inglés y así he seguido hasta la fecha.

¿Cómo compara aquel tiempo con el de ahora respecto de los maestros?

Cada persona es distinta. En aquel tiempo eran maestros reconocidos. El ser maestro moldeó mi carácter. Ahora conozco algunos compañeros, pero aquellos maestros tenían un sello distinto, una formación, una cultura que impresionaba y yo, sencillamente, me dejé impresionar. A la Universidad le debo lo que tengo y lo que soy; además, mi padre, Miguel Miranda, que en paz descansa, fue profesor en la Facultad de Comercio y Administración. Por cierto, tengo entendido que un salón de la Cámara de Comercio lleva su nombre. Cuando se dio el conflicto entre la Universidad de Guadalajara y la Autónoma mi padre empezó a trabajar como profesor en el Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Occidente (ITESO), que acababa de fundarse.

¿Cómo ve a la Universidad ahora?

La Universidad no ha perdido su esencia, pero las nuevas instalaciones me sorprenden. Claro que con el paso del tiempo así tiene que ser y me alegro porque es un bien de la Universidad. El alumno, y lo digo como profesor, que no sepa valorar y aprovechar eso, pues simplemente pasa el tiempo y se va.

¿Qué recuerdos tiene de la época en que era un estudiante universitario?

Los recuerdos son de mis compañeros, que ahora son muchos de ellos profesores de la Facultad de Derecho; a otros los he perdido de vista.



Supongo que ésa es la ley natural: la vida nos lleva por diferentes caminos a cada uno sin que sepamos por qué, pero así es.

¿Qué recuerdos tengo? Son tantos. Aprendí a conocer mejor a las personas, a valorar el contraste entre ellas, y esto no sólo como profesor; dicen que enseñando aprende uno y es cierto. Desde la facultad empecé a valorar cómo era cada persona, cómo reaccionaba, cómo pensaba. Dicen que por el hilo se saca el ovillo. Cómo es una persona en las pequeñas cosas, que no dicen mucho, a veces se fija uno, y yo me he fijado en eso. Pasó el tiempo, pero ya quedó esa impresión. Hay alumnos que saben valorar y aprovechar el tiempo. Yo conocí profesores en la facultad y ahora no sé cómo sean, pero los que yo conocí me hicieron bien.

¿Usted tomó como ejemplo a algún maestro para ser el profesor que quería ser?

El maestro Santiago Camarena, en una de sus clases, siempre nos decía: «No hay mejor escuela que la vida misma», y siempre lo repetía. Yo al principio decía: «Bueno, eso es cosa de él»; después le pregunté a Alberto Orozco Romero, y me dijo que así era.

¿Usted dominaba el idioma inglés?

Cuando yo estudiaba en la preparatoria 1, el Instituto Cultural México-Americano estaba otorgando becas y malamente a mí me tocó una. Después estuve en Proulex dando clases y me afinaron el oído para que me hablaran en inglés. Tengo diecinueve años de profesor.

¿Qué es lo que más disfruta de ser docente?

La disparidad entre las personas. Me gusta estudiar el carácter de las personas, lo que hacen. Repito, los pequeños detalles hablan mucho. Como docente, hay muchos detalles en mis alumnos.

¿Cuál fue su experiencia cuando ocupó cargos públicos en los años setenta?

Lo sintetizaría en el lema de la Universidad de Guadalajara, muy bueno, por cierto: «Piensa y trabaja». Yo he trabajado mucho, ayuda a salir a flote y a ver las cosas en su justa dimensión.

Mucha gente dice que conoce a sus mejores amigos en la Universidad.

Sobre eso, yo soy muy selectivo, pero sí, mis amigos, los que tuve, los conocí en la Universidad de Guadalajara, en la preparatoria 1, y actualmente los compañeros docentes.



Facultad de Economía
1961

Apartmento de Guadalajara

¿Algo más que le gustaría añadir?

En una ocasión asistí a una ceremonia en el Paraninfo y uno de los oradores dijo la siguiente frase: «Los alumnos son tan numerosos como las estrellas del cielo o las arenas en el mar»; es una cita parabólica, pero la hice mía.



Paseado y bailado

Luis Benjamín Flores Isaac

Estudió dibujo comercial en la Escuela de Artes Plásticas de la Universidad de Guadalajara. Obtuvo el grado de maestro en la Escuela Normal de Jalisco; cursó la maestría en Tecnologías del Aprendizaje en el Centro Universitario de Ciencias Económico Administrativas. Fue uno de los fundadores del Ballet Folclórico de la Universidad. Actualmente se desempeña como docente en el Centro Universitario de Arte, Arquitectura y Diseño y en la Preparatoria 7.

Soy orgulloso tapatío. Nací en el barrio de la Purísima Concepción, donde ahora se instala el tianguis de la avenida Obregón, frente al Cuartel Colorado. Mi primer contacto con la Universidad de Guadalajara fue en la preparatoria número 2 y después fui a estudiar dibujo a la Escuela de Artes Plásticas.

En esa escuela una de mis compañeras se salía a cada rato, a las siete agarraba sus cosas y se iba: «¡Quiubo, a dónde vas, Pato!» «A ensayar», nos contestaba. En la parte baja se oía ruido. Cuando bajé con mis compañeros a «echarle carrilla» a Pato nos dimos cuenta de que había carencia de personal masculino en el grupo en el que ella bailaba. Cuando supimos que acababan de regresar de una gira en Los Ángeles pensamos que a lo mejor ahí estaba la oportunidad de salir a viajar, conocer y aprender... así que nos hicimos el ánimo de entrar al grupo.

¿Qué era lo que bailaban?

En aquel entonces, era muy curioso porque estaba dividido por regiones conforme a los estratos de poder. Era baile folclórico, pero teníamos que empezar bailando Michoacán y Jalisco, y sólo los muy duchos llegaban a Veracruz y Tamaulipas. Se bailaba con todos los cánones del baile folclórico; por ejemplo, en Tamaulipas se tenía que bailar a contratiempo forzoso porque así lo marcan las reglas de la danza folclórica. Era un estatus muy interesante.

Entre mis primeros recuerdos está el campeonato nacional que ganó el grupo. Bellas Artes lanzó una convocatoria por zonas y nosotros ganamos la zona occidente, en donde participaban grupos de

Michoacán, Colima, Jalisco y Nayarit. En seguida, nos mandaron al Distrito Federal a competir, incluso con grupos de danza clásica, pues no todo era folclor. Nos presentamos en el Teatro del Bosque, sede del concurso, y también nos trajimos el primer lugar. Resultó muy interesante el desarrollo del grupo. En 1969 nos fuimos al Festival de Viña del Mar, en Chile, en el cual se presentan hoy los grandes artistas en la Quinta Vergara. En ese escenario estuvimos, claro que fue de las primeras versiones del festival.

¿Por qué decidió entrar al grupo, le gustaba el baile folclórico? ¿Era el ballet folclórico de la Universidad de Guadalajara?

No, no, todavía no. Uno de mis compañeros era el vicepresidente de la Sociedad de Alumnos y nos dijo: «¡Métnense, no sean coyones, al cabo que no se les cae la mano!» Entonces volteó con Ramón Orones y le dijo: «¡Oye, aquí hay unos que quieren entrarle!» Él le respondió: «¡Vénganse, para algo han de servir!» Nos agarró a coscorrones y ahí fue cuando yo empecé a mover los pies. Nunca había participado en un baile. En la primaria y la secundaria había estado en escuelas exclusivas para hombres, no teníamos contacto con mujeres para nada. Por eso éramos medio reservados, retirados. Ahí, de repente, ¡zaz!

Me encontré con una señorona del folclor jalisciense: Guadalupe Vargas, *la Gata*, le decíamos. Era una señora con unos calzonzotes: «¡Acérquese, no sea coyón!» Nos hacía que entráramos. Antes bailábamos con nuestra pareja y nos divertíamos con ella. Claro, la danza ha evolucionado y ha cambiado, ahora bailan para el público y quitate porque me tapas. Allá no era más que el convivir y gozar el baile. En los primeros bailes no nos preocupábamos por las coreografías: que la línea, que vete para allá, eso no. Entonces era: tú baila con ella, diviértete con ella. El maestro Emilio Pulido nos decía: «Mira, si tú te vas a divertir bailando con ella, la gente que te vea se va a divertir». Era muy padre porque se dio una comunicación con la gente, eso fue lo que me animó a entrar.

Otra de las razones por las cuales me uní al grupo fue el hecho de que salían de gira. Nosotros también queríamos salir, aunque fuera a Hostotipaquillo. Se llamaba Grupo de Bailes y Danzas Regionales de la Escuela de Artes Plásticas. Después de que ganamos el primer concurso de la zona occidente, la Universidad nos prestó un camión que tenía el nombre de la Universidad. Nos permitieron colgarle una manta a los lados que decía «Grupo de la Universidad de Guadalajara». Fue la primera vez que, por presencia, nos pusimos así. Al regresar

nos recibió el rector, Ignacio Maciel Salcedo, y nos dijo: «Muchachos, lo que quieran», y empezamos: queremos salón, tocadiscos, un salón con duela. De este modo comenzó a fluir el apoyo de la Universidad, y fue tremendo, ya que se dio en toda esa etapa. A Viña del Mar fuimos ya como Grupo de la Universidad de Guadalajara. Eso le dio auge al grupo.

En 1968 se celebraron las Olimpiadas en México y la bandera olímpica se guardó durante cuatro años en la Ciudad de México en el Palacio federal. En 1972 había que cederla al país que las organizaría en ese año. Por costumbre, es entregada por cadetes, soldados y mandos militares. En ese entonces era presidente Luis Echeverría, cuya esposa, María Esther Zuno, hija del fundador de la Universidad de Guadalajara y jalisciense, no aceptó y propuso que la portaran personas vestidas de manera folclórica. Lanzó una convocatoria para ver qué grupo tenía mejor presencia. Nos pagaron el viaje a muchos grupos y la exhibición fue en el teatro Jiménez Rueda, de la Ciudad de México. Después de que nos presentamos nosotros, todos los demás grupos nos dijeron que teníamos unas tablas tremendas y mucha experiencia. La señora Zuno, cuando nos vio, preguntó de dónde éramos. Al escuchar que de la Universidad de Guadalajara se le abrieron los ojos y exclamó: «¿De dónde?» Así fue como nos eligieron para entregar la bandera, lo cual fue una gran experiencia.

¿Recuerda la canción que bailaron?

Bailamos de varias regiones, sobre todo de Jalisco, Tamaulipas, Veracruz y Michoacán. Todo un repertorio, por ejemplo, la «Danza de la pluma». Llevábamos un programa perfectamente estructurado. También contó que antes ya nos habíamos presentado en el Teatro Degollado, después de haber ganado el Primer Concurso Nacional de Danza y gracias al apoyo del rector Maciel Salcedo; esto fue a principios de 1967. Durante quince años estuvimos en el teatro cada domingo. Eso nos dio muchas tablas para hacer un buen papel en 1972. Desde ese año la señora Zuno nos tomó como sus muchachitos, incluso nos pidió que le dijéramos tía.

La bandera se entregaría en el estadio olímpico de Múnich. También haríamos una presentación en el Circus Chromeo, aunque era un espacio circular y nosotros estábamos habituados a un escenario con un frente; el público estaría alrededor. Tuvimos que reestructurar todo y ensayar de nuevo, hasta los domingos y días festivos. A veces empezábamos un sábado y terminábamos un domingo en la mañana.

Nuestros papás nos tenían toda la confianza porque éramos como una familia. Había chicas que eran menores de edad y las dejaban ir con toda la tranquilidad del mundo. Recuerdo que durante los ensayos a una chica se le soltó el rebozo y se cayó; a pesar de que se fracturó la mano fue a Alemania.

Nuestro director artístico era Alberto Vega López, que ya falleció. A él le tocó llevar la bandera olímpica a petición de Octavio Senties, que era el jefe de Gobierno de la Ciudad de México.

La salida de Guadalajara fue apoteósica. Se suspendió el tránsito alrededor de la Escuela de Artes porque había no menos de cien carros de los familiares que nos iban a despedir; fuimos 73 personas a Alemania. Nuestro viaje causó una gran expectación; nos llevaron en autobús a la Ciudad de México, donde también mucha gente nos despidió con mariachi en el aeropuerto.

En Alemania nadie nos conocía. Nos hospedamos en el hotel Taxer. Empezamos a desempacar, llevábamos alrededor de tres toneladas de vestuario, eran unos baúles inmensos.

¿Cómo conseguían el vestuario?

Todo nos lo pagó la Universidad. Como nos decía el rector: «Lo que quieran, muchachos». Nunca nos negó nada ni puso ningún pero, así que llevamos muchísimo vestuario, hasta la «Danza de la pluma», que se baila con unos penachos grandísimos, llevábamos doce de éstos. Por el vestuario tan vistoso la gente empezó a curiosear.

Los mexicanos somos bullangueros e hicimos una pachanga a todo dar. Los mariachis sacaron sus instrumentos y empezaron a tocar. Nosotros, en el vil piso, nos aventamos «El son de la negra». Qué filas ni qué entradas ni qué salidas, nada. Uno agarraba a su pareja y ahí donde estábamos nos poníamos a bailar.

La gente pensó en un principio que éramos una bola de muchachos, pero cuando se dieron cuenta de que entregaríamos la bandera olímpica surgió la curiosidad. Todo cambió cuando nos vieron bailar, las ganas que le echábamos y cómo nos divertíamos al bailar; así, al divertirnos nosotros se divertía toda la gente y nos la pasábamos muy bien.

Antes de entregar la bandera nos invitaron a tomar una cerveza en la mejor cantina de Múnich, la Ophra's House. Esto fue cuando nos habituamos, porque fueron dieciséis horas de vuelo y nos descompensamos. Nuestro director, que ya tenía experiencia, decidió que nos fuéramos tres días antes para que nos acostumbráramos al horario nor-



mal. Tres días la pasamos organizando y promoviendo. Fue entonces cuando nos invitaron a la cantina y dijimos: «Vámonos a echarnos unas cervezas». Uno llega, se sienta y le ponen un litro de cerveza en una jarra, no le preguntan a uno qué va a querer.

Después de dos cervezas, los del mariachi sacaron sus instrumentos y le pidieron permiso al gerente que si les permitía hacer ruido. Ellos no querían hacer un presentación ni nada, querían hacer ruido para tocar «Qué lejos estoy del suelo donde he nacido» [la «Canción mixteca»] para alegrarnos. El dueño les comentó que nunca habían tocado otros músicos que no fueran los de ellos, quienes estaban en un quiosco en medio de la cantina. Les sugirió que les pidieran prestado a los músicos su lugarcito, y éstos aceptaron.

Yo creo que entramos a la cantina más o menos a las tres o cuatro de la tarde, después de la comida, y quién sabe a qué horas salimos, quizá a la una o dos de la mañana. Eran mesas larguísimas, tablonces en los que pueden caber treinta o cuarenta personas. Ahí se presentó la oportunidad de romper una de las grandes tradiciones, que después fueron muchísimas durante toda mi permanencia en el grupo, por el gusto de bailar. Eso es lo que a uno no se le olvida.

Antes de la inauguración fuimos a ensayar. En uno de esos días nos encontramos al grupo folclórico de Alemania, que después de recibir la bandera bailarían para corresponder con nosotros. Cuando ellos empezaron a tocar su música, nuestros mariachis los imitaron. Al rato era un orquestón de los alemanes y los mariachis mexicanos tocando la misma canción; tienen una facilidad para tocar esos muchachos del mariachi Los Toritos, ¡qué bárbaros!

También nosotros nos pusimos a bailar lo que ellos estaban bailando. Ellos quisieron bailar con nosotros la «Danza de la culebra», pero no les salió nadita, lo cual se prestó para que se hiciera un ambiente bien padre. Incluso el día de la inauguración, a tal grado de que yo no me di cuenta de lo que estaba pasando en el estadio, pues estábamos platicando y vacilando en los vestidores y los pasillos cuando nos dijeron: «Muchachos, ya van a salir». En cuanto empezaron a oírse las primeras notas de «La culebra» y salimos al estadio la gente comenzó a gritar. El sombrero se le hacía a uno como rehilete. Hubo quien se paró, no lo esperábamos. Salimos a echarle las ganas. El video lo pueden ver en YouTube.

A la par de la deportiva se llevó a cabo la Olimpiada Cultural, en la cual nos reunimos numerosos grupos. Hicimos amistad con el de Chile, de la Eucamar, y muchos más.

Los organizadores, el público y los mismos alemanes, ¿qué les dijeron después de la presentación?

Los alemanes son fríos a morir y difícilmente les puedes sacar una sonrisa. El primer gran acto que se realizó fue cuando la bandera de México se izó en la Villa Olímpica. Nos invitaron a bailar, fueron nada más tres parejas que hicieron garras a los organizadores y a todos porque llevábamos un ambiente muy especial. Bailamos «El son de la negra» y «El jarabe tapatío», las de rigor, puesto que íbamos vestidos de charros. Después, los mariachis tocaron «La raspa» y jalaron a muchachos y muchachas, así como a organizadores, y se armó una pachanga.

Entonces los organizadores dijeron «Tiempo, tiempo, porque tenemos que irnos», pero si nos hubieran dejado, nosotros le habríamos seguido. Recuerdo que los Juegos Olímpicos de Múnich fueron los primeros que se transmitieron en forma directa. Por eso, donde nos presentábamos, la gente nos pedía que bailáramos. Por primera vez los alemanes sonreían y se acercaban a saludarnos, la gente se contagiaba. Los del grupo de Alemania sí se aprendieron «El baile del machete», lo bailaron mucho tiempo con nosotros. Esos son los detalles que marcan y reflejan la idiosincrasia del pueblo mexicano.

Los organizadores llegaban y nos decían: «Muchachos, hoy pueden bailar». Respondíamos: «Señores, si no hay necesidad de que nos lo pidan; usted díganos dónde y pónganos que y nosotros nos encargamos». Esas cosas uno las guarda. Representábamos a México y también a la Universidad, es decir, la Universidad iba representando a México. Cuando regresamos, el rector nos dijo: «Lo que quieran». Ya no era Maciel Salcedo, creo que era don Rafael García de Quevedo. El director artístico le pidió: «Yo quiero entrar a Medicina». «¡Sale! Libre entrada a Medicina». Nosotros más tiernos, más tranquilos, le salimos con que queríamos un viaje al mar: «Ay, un viaje al mar... Váyanse una semana». Nos mandó una semana a Puerto Vallarta. Entendimos lo importante que resulta la proyección de México a través de la cultura.

La señora Zuno nos adoptó como sus representantes culturales. Atravesábamos fronteras y nunca hacíamos cola, ni siquiera nos revisaban. Éramos libres de pasar cualquier cosa. Ese detalle nos hizo entender lo grandioso que era estar en un grupo que se había convertido en una institución de representación cultural en México, por medio de la Universidad de Guadalajara. Por cierto, este año cumplimos cuarenta años.

El día que regresamos también se detuvo el tráfico. Nos recibieron nuestros padres, maestros y compañeros, con serpentinas y globos. *El*



Occidental publicó una foto en la que estamos bajando del autobús. La gente nos aventaba serpentinas y confetti. Fue completamente fuera de lo normal.

¿Siguieron estudiando y con sus presentaciones en el Degollado?

Las presentaciones en el Degollado siguieron durante quince años. No dejamos de bailar ni un solo domingo. Salíamos de gira y se quedaba un grupo para suplir y estar presentes. De ahí salió la idea del grupo residente y del grupo oficial. El director decidía cuántas parejas se iban y los que se quedaban, continuaban con las funciones del Degollado, que era el principal compromiso que teníamos, sobre todo con la Universidad.

En el viaje que hicimos a Atlanta, antes de regresar, hablamos por teléfono con nuestras familias para que nos llevaran ropa limpia al aeropuerto porque aterrizando cambiábamos velices y nos íbamos a otro país. Salíamos como tres o cuatro veces al mes. A mí me tocó conocer 38 países en quince años. ¡Hacíamos giras a lo loco! La última de las giras grandes que me tocó fue a Europa, por tercera vez. La primera fue en 1972, la otra en 1977; en la tercera, duramos tres meses allá. No es de sorprender el tiempo, sino el aguante, porque tres meses sin probar frijolitos fritos, de la olla y chilitos jalapeños, destrampa. A algunos se nos perdió el piso por no saber de nuestros papás y de nuestras familias.

No recuerdo a algún otro grupo que haya soportado tres meses, por la falta de ubicación y capacitación. Habíamos tenido mucha capacitación artística. En ese entonces teníamos la conciencia de que estábamos saliendo de nuestra casa a diario, cada mes, salíamos dos o tres veces. Para nosotros era normal, pero, claro, no tan normal estar tres meses fuera, incluso el administrador del grupo llegó a llevarnos un cambio completo de vestuario porque el que teníamos «ya se paraba solito», ya que no podíamos lavar por andar de aquí para allá.

Recorrimos toda Europa, desde la punta, España y Portugal, hasta Israel. En este país nos tocó celebrar el 16 de septiembre. Fue increíble, porque gente de toda América que estaba viviendo allá ese día se convirtieron en mexicanos. Estaban con nosotros salvadoreños, puertorriqueños, canadienses, argentinos y peruanos. Un mes entero estuvimos viajando por Francia en un camión. En los Alpes franceses nos bajamos a esquiar, pero con zapatos.

Al regresar de Alemania, en una publicidad por primera vez se refirieron a nosotros como ballet, y de ahí en adelante nos llamamos así.

Entendimos que ese nombre se le da como distintivo al grupo que hace presentaciones en un teatro, no forzosamente que baile ballet. Era un grupo de bailadores que se presentan en un teatro, por eso era ballet y así se le quedó.

¿Son ustedes los fundadores de esa institución llamada Ballet Folclórico de la Universidad de Guadalajara?

Sí, somos los fundadores. Ojalá lo puedan entender los muchachos que integran ahora el ballet. Ellos tienen esa fama gracias a nuestro sudor, a nuestra sangre y a nuestras lágrimas, porque hubo de todo en las giras. En una ocasión los bomberos tuvieron que ir y sacar a una de nuestras alumnas de una crisis nerviosa que tenía, porque no todas las niñas, de entre dieciséis y diecisiete años, tenían la mentalidad suficiente para mantenerse quince o veintidós días fuera de casa.

Lamentablemente, mucha gente no conoce la historia del grupo porque no se ha querido preservar como debe ser. Perdón, muchachos, pero no pueden por un solo caso echar fuera quince o veinte años. Ustedes forman la generación actual, pero antes que ustedes a mucha gente nos costó mantenerlo.

¿Cuál fue su última presentación?

Mi última presentación fue a principios de 1980. Lamentablemente, el director artístico, actual director del grupo, el maestro Carlos Ochoa, tenía la idea de que si estás chaparro no te ves bien. Así, a todos los chaparrillos nos empezó a pedir nuestro lugar para dárselo a personas más altas, y bien por él, pues era el director en ese momento. A la hora que me dijo que otra persona iba a entrar en mi lugar le dije Muchas gracias y, con toda la tranquilidad del mundo, lo paseado y lo bailado, ¿quién me lo quita? Nadie. Después nos tocó seguir con otras experiencias, pero otra vez en Artes Plásticas, donde formamos otro grupo. Anduvimos también de gira artística, pero ya como director y coordinador artístico.

¿Logró terminar su licenciatura?

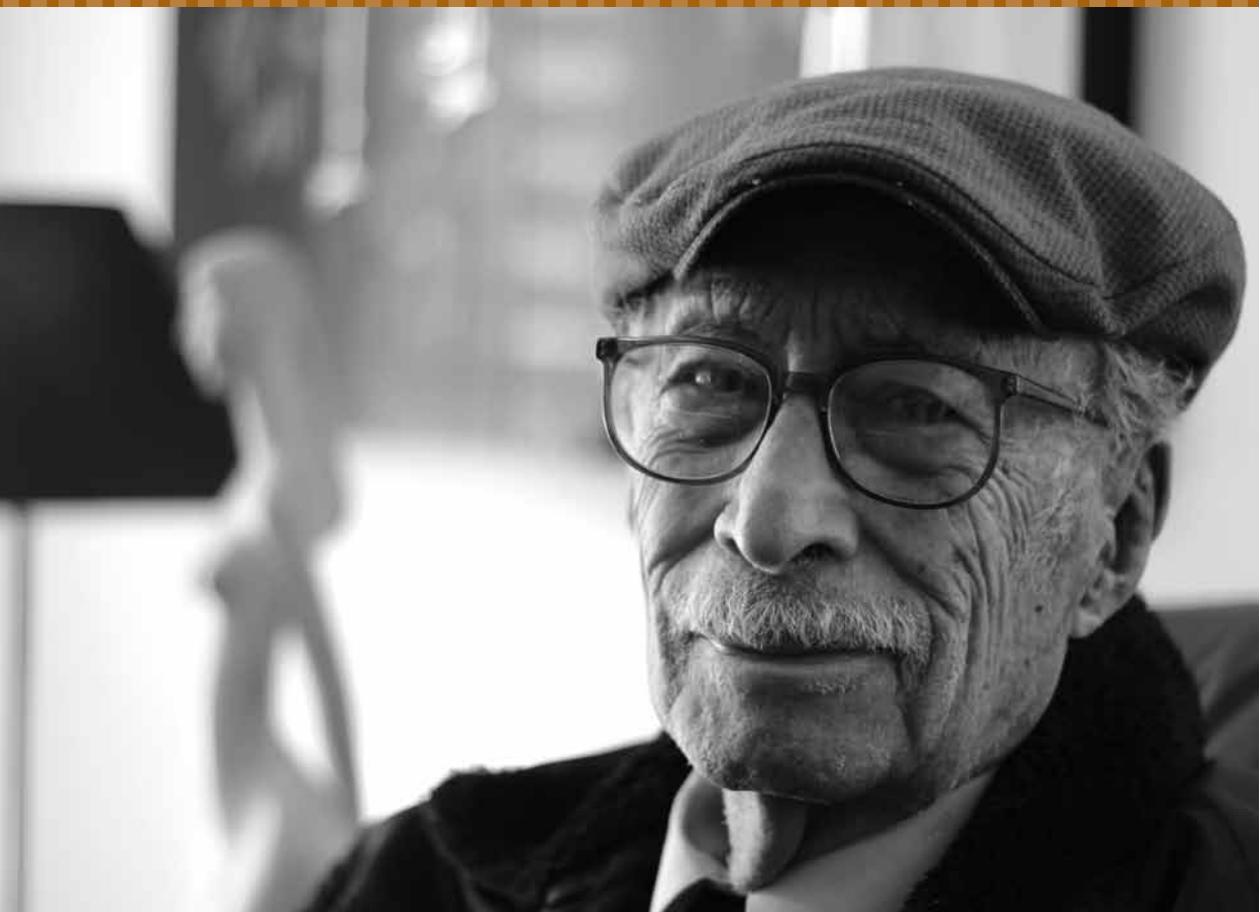
Sí, pero no en la Universidad de Guadalajara. A la par de la primera carrera que estudié en la Universidad, Dibujo comercial, entré a la Normal, donde logré mi grado de maestro. Ahí obtuve mi primer empleo y con eso pude pagarme muchas cosas que se necesitaban, también por eso permanecí en el grupo, porque tenía un sueldito que me llevaba. Después de llegar de Alemania, en 1973, me dieron mi primer nom-

bramamiento, de maestro en danza, pero en el aspecto teórico, no en el práctico. Impartí clases de historia de la danza en sustitución del grandioso Onésimo González, que es el pionero, el pilar y lo máximo de la danza contemporánea en la Universidad de Guadalajara. Él formó el primer grupo de danza contemporánea en la Universidad. Fue un orgullo y una responsabilidad suplirlo en las clases. En el CUCEA estudié la maestría en Tecnologías para el aprendizaje.

Cuando nos dijeron: «Muchachos, qué quieren», a nosotros nos llamaba otra cosa y no pensábamos en la cuestión administrativa ni burocrática u oficial. Lo que nos interesaba era divertirnos y seguir con la pachanga, bailando. Además, la gente que nos contrataba nos daba viáticos para comer y, en lugar de comer, los guardábamos. Por cuestión de dinero jamás sufrimos, porque todos los gastos eran pagados, así que nos dedicábamos a divertirnos. Creo que por eso fue tan grande el grupo, porque íbamos sin ningún problema emocional.

Le echábamos las ganas del mundo, por eso se hizo tan grande la institución, incluso no había separación. Algunos decían que nuestro grupo era mejor que el de Amalia Hernández, pero quizá no era mejor, éramos diferentes. A ellos les pagan por hacerlo, a nosotros no; nosotros lo hacíamos por gusto y ese simple hecho hacía la diferencia.

Yo tengo dos grandes orgullos en el grupo: ser el único bailaror que tiene un disco grabado cuando montaron los corridos mexicanos y ser el cascabelito de «La culebra» cuando bailábamos, por chaparro me aventaron al final. Para mí era un orgullo bailar «La culebra» al final y la canción que grabé la interpretábamos sólo mi pareja y yo en el escenario del Degollado, bailábamos y cantábamos. Estoy pasando a la historia más por «el que cantó lindita» que por bailar. Lo paseado y bailado permanecerán por siempre.



Una nueva disciplina para cambiar el mundo

Humberto Ponce Adame

Egresado de la primera generación –1948-1954– de la Escuela de Arquitectura de la Universidad de Guadalajara, de la cual fue director de 1963 a 1970. Profesionalmente se ha destacado en el ámbito del urbanismo y el paisaje, la planificación regional y los planes gubernamentales, el diseño de edificios y la restauración. Se desempeñó en la docencia en la Universidad durante 42 años, de 1955 a 1994. Miembro fundador del Primer Colegio de Arquitectos de Jalisco, así como de la Sociedad Mexicana de Planificación. En 2004 recibió la presea «Irene Robledo García» por Servicios a la Universidad y a la Sociedad.

Nací en 1929 en Guadalajara. Mis estudios de primaria los hice en el Colegio Americano con becas, porque mis padres siempre fueron de recursos muy limitados. La secundaria la cursé en la escuela del gobierno del estado, la número 1, la única que existía en ese entonces. De ahí pasé a la preparatoria en el mismo edificio, ya era de la Universidad de Guadalajara. Entonces eran dos años. Por mis notas escolares me nombraron representante estudiantil en el Consejo General Universitario y de ahí pude operar algunas cosas desde la prepa; por ejemplo, la formación de la Escuela de Arquitectura, pues mi hermano estaba estudiando ingeniería y yo estaba muy relacionado con la obra civil. Cuando cursaba el primer año de la prepa encontré accidentalmente una revista en la que aparecía el proyecto completo del Templo de la Paz, construido por el arquitecto Ignacio Díaz Morales. Me pareció muy bonita la obra y desde ese momento me interesó la arquitectura.

Conseguí una beca en Estados Unidos por mi idioma inglés, pero mis padres no querían que me fuera porque tenían que aportar dinero, además, deseaban tenerme a su lado, ya que era la edad difícil del adolescente. Un día, el rector, doctor Luis Farah Mata, me habló a mi casa para decirme que había buenas noticias, que se iba formar aquí una buena escuela de arquitectura, que si me interesaba participar porque el proyecto lo tenía un caballero que tenía fama de ser un muy buen católico. El rector temía que también fuera fanático y me estaba

nombrando a mí como representante alumno junto con José Guadalupe Zuno como representante profesor para revisar, con el arquitecto Díaz Morales, su proyecto. Nos gustó mucho, estaba totalmente carente de amañamiento ideológico, o sea, era laico. Entonces, echamos a andar la Escuela de Arquitectura con un proyecto muy bonito de Díaz Morales, basado en la Escuela de Arquitectura de la UNAM, que fue nuestra madrina. Eso sucedió en 1948, cuando yo estaba terminando la preparatoria, de modo que de inmediato estudiamos el proyecto como un mes y lo autorizamos al licenciado Zuno y yo.

La escuela nació el 2 de noviembre de 1948 y yo fui de la primera generación. Hubo treinta solicitantes, luego fueron quince, porque los demás se salieron por lo difícil de los estudios. De los quince que quedamos, seis años después nos recibimos sólo tres, llegamos cinco limpios al último año, pero nos recibimos tres: uno era Gabriel Chávez de la Mora, que actualmente es un excelente diseñador, se volvió monje y ha construido muchos templos, auditorios; el otro era Enrique Navarrete y yo, que fuimos los primeros en recibirnos, en 1955. Tardamos siete años en salir.

¿Así que fue partícipe de la elaboración y creación de la carrera de Arquitectura y después fue alumno?

Fue un tanto circunstancial, también la gente le puede llamar providencial. Tuve la buena suerte de participar dinámicamente en el proceso y aprovechar el fruto de ese esfuerzo en mi formación como arquitecto.

¿En ese entonces cómo veía a la Universidad?

Desde que entré a la preparatoria me sentí muy universitario. Como le dije, por mis notas, me nombraron representante alumno, de modo que fui universitario desde un principio, cuando cursaba la preparatoria.

Después de haberse titulado, ¿fue director de la Escuela de Arquitectura?

Me dediqué mucho a mi carrera, pero nunca dejé la escuela, a la que traté de servir como profesor de dos o tres materias: geometría descriptiva, teoría de la arquitectura e historia de la arquitectura. El entonces director, Ignacio Díaz Morales, me nombró profesor en esas cátedras. Después de él hubo dos directores más; con el tercero, Salvador de Alba Martín, hubo un problema y tuve que entrar como relevo contra mi voluntad porque yo estimaba mucho a Díaz Morales, en contra de

quien iba el movimiento. Él era sumamente perfeccionista, entonces se dificultaba mucho la recepción, hubo un momento en que se juntaron como cien pasantes que no se titulaban. La Universidad hizo un cambio y apoyó a los estudiantes agraviados. Me correspondió ser el director, pero él seguía manejando la escuela, como el poder tras del trono. Estaba tan enamorado de ella que dominaba a los directores. En mí no ejercía ese dominio, aunque seguimos siendo buenos amigos hasta el último día de su vida.

A Ignacio Díaz Morales lo considero mi segundo padre. Me enseñó mucho la parte espiritual de la vida y a trabajar lo más limpiamente posible como arquitecto. Le guardo una grata memoria. Trajo siete profesores de Europa. Cuando yo estaba en el segundo año de arquitectura ya trabajaban con nosotros cinco profesores europeos, entre alemanes, italianos y franceses. Él dejó a un lado la profesión en la que ganaba bien para dedicarse de lleno a la arquitectura; es el personaje al que más le debemos. Me gustaría que la Universidad lo nombrara Doctor Honoris Causa *post mortem* y voy a hacer el intento al respecto.

En la licenciatura, ¿qué cosas descubrió, cómo se fue enamorando de su profesión?

Desde la teoría de la arquitectura... En realidad, en Estados Unidos y en Inglaterra se encuentran las pocas universidades que imparten esa materia, le llaman de plano filosofía de la arquitectura. Eso explica todo: es el pensamiento profundo de la raíz de la arquitectura, su esencia y su futuro. Ésa era la materia que más me gustaba. Las otras eran geometría descriptiva, en la que muchos sufrían, y estructuras.

¿Había alguna que le costara trabajo?

Le confieso que diseño, la esencial en arquitectura. Nunca he sido un diseñador de primera, pero al mismo tiempo gozo diseñando porque en el diseño concurren tanto filosofía, geometría, proyección y todas las instalaciones y las estructuras, todo eso es un mundo. Estoy muy enamorado de mi profesión y creo que Dios me ayudó a orientarme bien en lo que más me gusta en mi vida.

¿Cuál era la tendencia en la arquitectura cuando usted estaba estudiando?

Como todavía se estaba viviendo el reflejo de una reacción sembrada allá por los años treinta contra el academicismo, entonces nació una escuela de diseño que se llamó el Bauhaus, en Alemania. Mi director,

Nacho Morales, era un seguidor de esa doctrina, a la que también se le llamó funcionalismo, en la cual la obra debe expresar lo que en realidad está ocurriendo adentro. Por ejemplo, que una casa no parezca templo, que un templo no parezca gasolinera y que una gasolinera no parezca templo, sino que exprese la función que está albergando. Ésa era la tendencia.

Una vez que se graduó, ¿en qué se desempeñó?

En primer lugar, diseñé muchas viviendas, incluyendo viviendas populares. Eso me ligó mucho al urbanismo. Obviamente, el urbanismo es mi segunda pasión, llegué a tomar cursos de urbanismo. Cursé una maestría en Diseño urbano y ha seguido siendo mi disciplina colateral a arquitectura, la que más he disfrutado y en la que he tratado de servirle a mi país, con encargos incluso federales, ya que fui secretario técnico del Instituto Nacional para el Desarrollo de la Comunidad, al que se le encomendó el urbanismo de todo el país. Ahí trabajé durante cuatro años en la Ciudad de México. Además, he participado en varios asuntos de urbanismo tanto en el sector público como en el privado, que es el que más trabajo nos cuesta por la codicia que siempre hay de usufructuar del poco suelo y obtener el mayor beneficio. Son las constructoras y las inmobiliarias las que obtienen gran provecho del poco terreno y destruyen el equilibrio ecológico y urbano.

¿Era académico en la Universidad y fue director de la Escuela de Artes Plásticas?

Estuve cuarenta y dos años como académico. Lo de Artes Plásticas fue accidental, porque en un momento de problemas magisteriales y del alumnado me llamó el rector (creo que Guillermo Ramírez Valadez) para que fungiera ahí y metiera orden. Puse demasiado orden al grado de que a mí tampoco me quisieron, me salí pronto, estuve nada más año y medio ahí.

¿Veía algunas diferencias cuando usted era estudiante?

Cuando fui director comprendí que la arquitectura había avanzado. Por el inglés, que yo dominaba, conseguí una beca para ir a Estados Unidos durante tres meses a visitar centros de enseñanza de arquitectura y urbanismo. De ahí me traje algunas ideas y cambié el plan de estudios. Lo hice muy técnico porque se había abandonado la parte tecnológica y sobreabundado la artística. Traté de equilibrar y creo que sí lo logré. Después vino otro director que mejoró aún más el plan,



el arquitecto Serapio Pérez Loza, que perfeccionó lo que yo le dejé. Después hubo más cambios, aunque siempre estuve como docente o técnico en algunas funciones, por ejemplo, en becas. El director en turno me llamaba a colaborar.

¿Qué siente ahora por la Universidad de Guadalajara?

Es mi Alma Mater, mi segunda madre. Así como Díaz Morales es mi segundo padre, la Universidad entera es mi segunda madre. La Universidad de Guadalajara me llena de orgullo, de recuerdos y de emoción.

Cuando lo nombraron representante en la preparatoria, ¿cuáles eran sus actividades?

Me nombraron integrante de la Comisión de Educación. Ahí pude opinar cuando era medio adolescente, tenía dieciocho o diecinueve años. Opinaba sobre lo que se estaba manejando en el Consejo. Ahí me hice muy amigo de don Guadalupe Zuno, de un descendiente de Enrique Díaz de León, ya un personaje histórico, y también de Constancio Hernández, todos ellos ya grandes; los admiraba mucho. Ahora que ya llegué a viejo, qué bueno que no me admiran para que me dejen en paz. Mi trayectoria es accidentalmente distinta.

Ésa es la diferencia de hacer lo que en verdad le gusta...

No es carga, es un gozo diseñar y construir. Siempre me ha gustado mucho construir. He sido residente de obras grandes, no de proyectos grandes, sino para vigilar que las constructoras trabajen bien. He participado en edificios, como el Hospital Civil, la Torre de Especialidades, que forma parte del conjunto del hospital Fray Antonio Alcalde, el viejo. Coordiné esa obra y también el Hospital de Dermatología, así como la remodelación y el aprovechamiento del hospital que ahora se llama Juan I. Menchaca, que es parte del Centro Universitario de Ciencias de la Salud. Este hospital es grande y el edificio estaba abandonado; lo reforzamos y readaptamos a las circunstancias porque estuvo abandonado cerca de treinta años, y aprovechamos la estructura. Me gusta mucho la construcción, soy medio ingeniero en ese sentido.

Actualmente colaboro todavía con la sociedad a través de mi hijo, que es arquitecto. Él ha hecho varios diseños para la Universidad y se deja aconsejar, orientar por su padre, al que ve como un amigo, un colega que simplemente tiene más experiencia que él, pero la genialidad es más bien de él.

¿Su hijo estudió también en la Universidad de Guadalajara?

Claro, somos «UdeG» por completo, hasta la perrita que está afuera lo es. Mi hija le tejió un suetercito para el invierno que dice «UdeG».

La Universidad de Guadalajara lo nombró Maestro Emérito, ¿qué sintió?

Fue en 2006, tengo entendido. Representó una gran oportunidad para expresar en público mis inquietudes de orden humanístico. Para mí, uno de los hombres modelo es Bertrand Russell. Él decía que lo que más lo había motivado en la vida era la ciencia y el amor a los demás. Hice una alocución a ese respecto en la que decía que lo estaba tomando como modelo porque yo quisiera ser, aunque fuera un poco, como él. Fue un inglés que murió a los noventa y seis años, y todavía un año antes de morir dio un discurso incendiario en contra de las pasiones derechistas y conservadoras en Inglaterra.

Su familia, ¿qué le dijo?

Estaban calladitos, pero con la sonrisa de oreja a oreja. No me comentaron nada, pero sentían orgullo y satisfacción.

Si hiciéramos una comparación de cuando usted entró a la Universidad y ahora, ¿cuál es su sentir?

La Universidad ha tenido el mérito de haberse dejado conducir por gente que ha merecido dirigirla. Me refiero a Carlos Ramírez Ladewig, a Raúl Padilla y a Trino Padilla, a estos dos los admiro mucho. La creatividad de Raúl es increíble; su concepto del Centro Cultural de la Universidad, sus logros del Auditorio Telmex y la biblioteca, que es una maravilla de institución, ya está equipada. Aparte, recordemos que Raúl Padilla fue el que más impulsó la descentralización; la Universidad tiene ocho o más sedes en el interior del estado, una delegación en Los Ángeles, California. Todo es obra de Raúl, también la enseñanza departamental. Le debemos mucho y a quienes han estado en contra de él nada más les ha faltado preguntarnos a los universitarios qué opinamos de él.

Hay que recordar que su hermano, Trino, recibió una ovación cuando leyó su último informe. Es al que se ha ovacionado más, por su gran labor. De modo que hay líderes y eso es mérito de la Universidad, el saber escogerlos. Les llaman conductores morales; yo, líderes, que están al frente para bien y para mal.

Conozco el medio de la UNAM porque di clases dos semestres, y el del Politécnico, y le aseguro que la Universidad de Guadalajara sí es

la segunda del país, pero la primera en calidad académica. Creo que en número de profesores investigadores, proporcionalmente la UdeG tiene más que la UNAM.



¿Encontró en la Universidad amigos para toda la vida?

Sí, claro, sobre todo colegas, por la razón normal de convivir con ellos durante el proceso educativo, como después en el trabajo profesional, que facilita la prolongación de las amistades. Actualmente tengo un grupo (de mis ocurrencias, a pesar de la edad) que se llama Programa Integrador de Experiencia. Hemos logrado que el Centro Universitario de Ciencias Sociales y Humanidades lo eche a andar institucionalmente. La idea es rescatar del olvido a muchos viejos cuya experiencia se está desperdiciando, que las experiencias que andan divagando se concentren en ese programa. El rector, en su último informe, habló de la universidad de la tercera edad, pero en realidad el nombre es Sistema Universitario para la Tercera Edad, hubo un *lapsus scriptus*. En él he intervenido como ponente de inquietudes, y su representante, García de Alba, ha hecho muy bien su trabajo.

¿Cuáles son las construcciones o monumentos que a usted más le gustan?

Hay varios, no es el tamaño, sino su calidad en el diseño lo que más me ha llamado la atención. Uno de ellos es el CAPSE, el edificio donde se aloja, por la avenida Alcalde. Es del arquitecto Salvador de Alba. Otro que me gusta, y que está mal que yo lo diga porque participé en él, es el edificio donde se aloja el CUAAD, que originalmente fue diseñado

por mis alumnos, a los que yo coordiné, para la Escuela de Arquitectura, que es la madre de todo lo que es el CUAAD. Su ubicación fue, a propósito, al borde de la Barranca. Es de las escuelas de arquitectura que tienen un mejor paisaje integrado al mundo, no tiene nada que le estorbe, la vista es increíble por la belleza natural de la barranca, eso no se cambia. Otro más es el conjunto universitario situado en Alcalde, frente a la Normal, donde está la Facultad de Derecho. También el Teatro Experimental, en el Agua Azul, diseñado por uno de mis profesores, Erick Ubfal. El Hospital de Especialidades, al cual, por desgracia, lo orientaron mal, no me hicieron caso de orientarlo al norte y al sur, sino al oriente y al poniente, de modo que se calienta mucho.

¿Tiene algún otro proyecto en mente?

De momento no. Quiero hacer un breve ensayo sobre la urgencia de que las universidades en el mundo instituyan una nueva disciplina para contener el caos mundial, por las guerras, los conflictos religiosos y raciales, la hambruna, las enfermedades no dominadas, etcétera, se requiere una visión holística del conjunto. Este ensayo se referirá a una disciplina que se podría llamar ambiciosamente «axiolotaxia»: *axio*, por axiología, o sea, valores, los valores dominantes del todo, los valores relativos a la vida, a la utilidad, la lógica, la verdad, la belleza y la ética, en función de que todas las actividades del mundo contemporáneo y previsible para un futuro sean ordenadas; *olo*, del conjunto, y *taxia*, de *taxis*, es orden. Ésa es mi última ocurrencia, que se instituya esa nueva disciplina para que los estudiantes de todo el mundo se den cuenta de lo mal que andamos y cuál es su papel, no sólo en la localidad —la ciudad es el conjunto de todo el ámbito multiurbano, el Estado, la nación—, sino en todo el mundo. La universidad es lo máximo del pensamiento humano, así como el pensamiento es el productor de ideas, es lo máximo, una maravilla que se llama cerebro.

¿Quisiera añadir algo más?

Agradecer mucho que escucharan mis limitados conceptos y, desde luego, a mi universidad.



Hay que hacer caso a los empleados que saben

Isidro Casillas Limón

Ha laborado durante veinticinco años en la Universidad de Guadalajara. Tiempo en el que ha desarrollado el gusto por la lectura, sobre todo se ha adentrado en obras de Dostoievski y Nietzsche. Actualmente trabaja en la Coordinación General Académica.

Entré a la Universidad en 1987 a la edad de cuarenta y tres años, con la consigna cruel de quienes me indujeron al trabajo y que le dijeron a la persona que me recibió: «Ahí te mando a este viejito, ojalá que sepa leer y escribir para que te sirva de algo». Curiosamente, el día que me presenté en esa oficina acababa de pintar una pared, por eso iba como todo un albañil, en buen cristiano. La señorita que me recibió me dijo: «El director no está ahorita, venga usted el próximo lunes». Ese día ya fui sin manchas de mezcla y hasta con una corbata. Me preguntó: «Oiga, ¿es usted el que vino el viernes?» Le respondí: «Sí, yo soy». «¡Ah!, pues pásese. Mire, aquella persona que está allá es la oficial mayor, ella es quien lo va a recibir».

La señorita, atenta a la recomendación, me hizo llenar una hojita con mi nombre, mi dirección y mis datos, se me quedó mirando y volteó con la secretaria, le dijo: «Miren, esto se llama saber escribir, vean esta forma de letra». Me dejó pasar ahí el primer día y el segundo. Lo primero que se ofreció: «Ayúdenos a limpiar aquí, a trapear y barrer».

Entré a trabajar al Centro Regional de Tecnología Educativa, el mismo en el que estoy ahorita. Curiosamente, los veintiséis años que tengo en la Universidad han sido en la misma dependencia, por lo cual no han surgido muchas novedades. Le han cambiado de nombre una o dos veces: primero, Centro Regional de Tecnología Educativa, y después Dirección de Educación Superior, ahorita es Coordinación General Académica. Durante todo ese tiempo he tenido la dicha de estar en la misma dependencia. He visto pasar por aquí maestros, incluso el señor vicerrector, al que conocí en ese tiempo que era maestro todavía.

He tenido la ventaja de tener dos veces la misma persona como director. Las novedades surgen de la presión que tenga uno en el trabajo, porque hay que saber que cada director que llega trae diferente criterio y modo de pensar, de hacer las cosas, y entonces nos ha tocado a los compañeros y a mí pues nada más observar, adaptarnos a sus necesidades. De ahí para delante, empieza, dependiendo el tipo de criterio de los directores, el modo de ordenar, de mandar las cosas. En fin, unos llegan cambiando chapas, puertas y traen su equipo de trabajo; por ejemplo, las secretarías, como son las secretarías del jefe, se creen jefas y quieren imponer su criterio.

Me tocó la suerte de que me preguntaran por qué yo traía llaves de la puerta, por qué hace esto, por qué está aquí y, digo, es que tengo aquí toda la vida. Conozco el edificio, todos los rincones, me dejan la llave de los privados, incluso del baño.

Dependiendo del criterio de cada director, van surgiendo las novedades. Ellos confían en su secretaria y creen que ella se lleva bien con todo mundo y sucede que es al revés, porque a veces cometen imprudencias y no creo que sea por enfadar. Si un director es imprudente, hace a un trabajador desobediente —y eso está comprobado.

Tuvimos una temporada borrascosa porque los señores directores en su mundo y aquí los señores jefes administrativos en el de ellos. Dejan al trabajador a su libre albedrío y eso también es malo. Otras veces no cumplen como debiera ser con el perfil, incluso no tenemos vehículos ni pinzas para cortar un cable de luz, mucho menos una llanta de refacción.

Me he visto en la necesidad, no por capricho, sino por necesidad, de «tirar» la camioneta oficial en un potrero porque no podía echarla a andar; no traía ni unas pinzas. Casualmente, pasó un compañero y él me trajo. Para mi desgracia, al día siguiente el señor director fue a una actividad a Villa Primavera y lo primero que vio fue la camioneta tirada a medio potrero. Preguntó de quién era y quién la trajo y le dieron todita la razón. Bueno, pues cuando vine aquí me mandaron llamar: primero fue la reprensión, luego se atacaban de la risa ya que les comenté por qué la había dejado.

Yo no sabía que la señorita de aquí era familiar muy allegada del señor director y él me había preguntado cómo nos la llevábamos con la secretaria, porque él decía que todo perfectamente, pero no sabía que hasta le habíamos puesto un sobrenombre, no la soportábamos. No voy a decir cómo le decíamos porque todavía trabaja aquí. Tanto ella como el director mis respetos, pero esos detalles hacen que uno incurra en ciertas imprudencias.

En una ocasión me mandaron al aeropuerto a recoger a unas personas que venían de fuera. Yo hice changuitos para que me alcanzara la gasolina de regreso y otra vez al aeropuerto, ya que nos daban dinero muy limitado para la gasolina. Así fue, se me acabó todo: la gasolina y la batería, y largué la camioneta. Al otro día tuve que conseguir de mis gastos un mecánico para ir a recoger la camioneta porque el señor director se había dado cuenta y hasta me habían mandado llamar. Cuando les platicué todo el *desmadrito* se reían. Él no se daba cuenta de que no teníamos ni siquiera unas pinzas para cortar un cable, menos una llanta de refacción.

Un día me pidió el director que lo llevara al aeropuerto. Yo le advertí que la camioneta se ponchaba inmediatamente, así que tuvo que tomar un taxi porque no traía llanta de refacción. Nos exponíamos a salir a carretera y traer a esas personas tan ilustres en un vehículo todo desordenado. Hubo otra ocasión en que me mandaron a Ciudad Guzmán a traer otra camioneta, que traía las llantas disparejas y todas boludas. En cuanto quería acelerarle parecía que bailaba rocanrol ranchero, pero así me la traje. Cuando llegué aquí, ya al anochecer, le advertí a la secretaria que esa camioneta no servía para carretera, pero a ella no le importó. A día siguiente se la facilitaron a otra persona que iba al norte del estado. La carretera en ese tiempo en esa zona estaba poca más que inservible, igual que la camioneta, y les comenté las condiciones en que estaba la camioneta, pero no me hicieron caso y así se la llevaron. Al día siguiente, tal vez por la falta de pericia de la conductora, se volteó y murió.

A veces las sugerencias del empleado las toman como rebeldía. Para empezar, lo juzgan a uno de loco y después de agresividad. Sin embargo, uno es el que anda manejando los vehículos y sabe a lo que se expone cuando no se tiene dinero extra para un imprevisto o, incluso, para un desayuno o comida cuando es un viaje. Tenemos que aguantar el hambre hasta que llega uno a la ciudad. Esos detalles hacen que surjan ciertas inconformidades.

¿Desde que entró a trabajar a la Universidad ha estado en el piso 8?

Antes estaba en el edificio de Valentín Gómez Farías, de allá nos cambiaron al edificio de Madero y Escorza, y de ahí nos trajeron a este piso.

¿Qué sucede cuando hay cambio de director?

Hay que toparle a lo que venga. Hay ocasiones que nos dicen que van a dar de baja al personal. Por ejemplo, cuando entró Raúl Padilla co-

mentaron que iban a ver cuántos tenían nombramiento y cuántos eran empleados de confianza. A nosotros nos necesitan porque lo primero que hace un director es ordenar trabajos, sacar copias, engargolar, en fin.

Los directores pocas veces han tenido la gracia de juntarnos a todos antes de empezar sus labores y preguntarle a cada quien cuál es su nombramiento o su ocupación aquí. Ha habido directores que poco les veo la cara, para empezar. Uno de ellos duró aquí más de un año, y sólo unas tres veces tuve la gracia de verlo.

Por buena suerte o para mi satisfacción, nunca es conveniente apearse a lo que dice el nombramiento, porque jamás se utiliza, así de sencillo. Si yo sé manejar una máquina copiadora y al señor se le ofrece que maneje el vehículo y ande de chofer con él, olvídense de las copiadoras. Me siento más conforme con ser servil que con decir que por mi capricho me voy a sujetar a lo que dice el nombramiento.

Ahora me he dado el gusto de dedicarme a la lectura un poco más. He leído muy buenos libros, los clásicos de Dostoievski y Friedrich Nietzsche, en fin, montón de lecturas, que no quiere decir que influyan en mi personalidad porque a esta edad ya es muy difícil que le borren a uno las intenciones o los criterios, imposible ya. A mi edad, quisiera tener capacidad para aprender algo más de lo que pueda hacer. No sé ni manejar una computadora, ni prenderla siquiera, y siento que ya no me hace falta porque, para empezar, ya le empieza a fallar a uno la vista. Entonces, al prenderla, la letra pequeña, imagínese usar lentes para estar viéndola... es más la entretención que el beneficio para mí.

Hicieron hace poco una campaña y a todos los compañeros les dieron la oportunidad de comprar una computadora a crédito, pero yo no tengo hijos. Imagínese el gasto que estaría haciendo. La secretaria y los directores quisieran que uno fuera la persona ideal y preparada para todo, pero hay cosas que no necesitan tanta preparación, sólo buena voluntad.

Mi nombramiento decía técnico especializado o técnico administrativo. Administrativo puede ser todo lo que existe en la dependencia: agarre la camioneta, vaya al correo, vaya a pagar esto al banco, a cambiar los cheques. Preferible eso que estar sentado esperando indicaciones para utilizar las máquinas fotocopadoras o engargoladoras. Antes había que compaginar a mano, qué cosa tan cruel, sólo quienes lo hemos hecho sabemos lo pesado que es. Hay quienes dicen qué tanto se va a cansar de estar hojita por hojita, lo que no saben es que cuando ya es una cantidad considerable de documentos y de hojita por hojita se cansa uno de las manos, de la espalda y la mente.

¿Ha pasado algún momento difícil dentro del trabajo?

Difícil en el aspecto de organizar trabajo. Cuando nos vinimos a este piso duré dos noches y tres días sin poder bajar por el exceso de trabajo. Se fueron toneladas de hojas haciendo el reglamento de la Universidad, había que elaborar mínimo 300 documentos, y cuando los revisaron los jefes y se dieron cuenta de que un inciso no concordaba con un artículo, entonces tuvimos que volver a hacerlos. En este entonces estaba de director el maestro Carlos Moyado Zapata. Tanto él como la maestra María Esther Avelar Álvarez disponían que cuando se empezaba un trabajo, éste tenía que terminarse a la hora que fuera, dos o tres de la mañana, o hasta el día siguiente. No nos podíamos ir hasta terminarlo. Si nos equivocábamos o se equivocaban ellos, había que corregirlo y volver a hacerlo. Así, pasamos cerca de un año elaborando este tipo de documentos, sobre la red, el reglamento y los estatutos.

Un día, el director me llamó la atención por un trabajo malhecho. El secretario le dijo que yo me había equivocado, pero él fue el del error. Yo ni siquiera sé prender la computadora, menos elaborar un documento, pero el secretario se quiso cubrir. Yo sabía que era por demás la discusión de aclarar, pero, como dicen, eso es parte del trabajo.



¿Hay situaciones divertidas que recuerde...?

No, ninguna es divertida porque todo lo que le comento ha sido producto del trabajo. Nunca hemos tenido la oportunidad de contar chistes con los directores. Entre los compañeros ha habido épocas que no tenemos tiempo ni de salir a comer, menos de contar chistes. Esto, porque cuando llega otro director, dice: «Yo no quiero saber nada de esto, vamos a elaborar otro tipo de trabajo», lo que pasó en la administración pasada a la basura y a elaborar otra clase de trabajos.

Entiendo que la Coordinación General Académica es la dependencia que tiene que dar la cara de la Universidad ante dependencias públicas, por ejemplo, la Secretaría de Educación Pública y el Conacyt. Entonces, hay que adaptarnos a cada voluntad.

¿Estos veinticuatro años que tiene en la Universidad qué satisfacciones le han dejado?

La satisfacción de no tener la necesidad de andar preguntando o pidiendo para el sustento de su casa. Desde niño tuve trabajos más pesados que los que estoy haciendo ahorita. Me crié en el cerro, en Valle de Guadalupe. En el rancho había trabajos que hacían que me escurriera la sangre de los brazos cargando piedras, cuando tenía trece años. Había que trabajar igual que los grandotes y medianos, y utilizar las mismas herramientas que todos, incluso un arado de madera que arreaba con una yunta de bueyes. Todos los trabajos que aquí hacemos para mí son resbalosos y en nada me mortifican. Ni modo que me salgan cayos de manejar la máquina o la engargoladora.

Cuando llegué a la ciudad me acomodé en un establecimiento de los más célebres de la ciudad, Farmacias Guadalajara. Imagínese un ranchero trabajando en una empresa de ese tipo, en donde debía tener en mente todo ese montón de frasquitos en los anaqueles. Cuando llegaba el cliente con una receta y decía déme esto, tenía usted que buscar dónde estaba este producto.

La persona que me recomendó en la Universidad me dejó muy bien acomodado. Había compañeros con cuatro o cinco años y no les daban la oportunidad de adquirir el puesto que a mí me asignaron desde el día que llegué. Desde ese día hasta ahorita no me ha faltado el pan y el sustento para mi familia. Yo sé que nunca se va a acabar... Me acabaré yo, generaciones, pero la Universidad, no.

Los jefes imprimen su carácter con su modo de trabajar. Ha habido directores divertidos, distraídos, revoltosos, muy serios o muy correctos en su comportamiento. A todos hay que darles su lugar

tal como se lo merecen y se lo granjean. Han pasado pocos tiempos borrascosos. Ahora el trabajo es diferente porque hay máquinas que nos han ayudado bastante a elaborar lo que antes hacíamos a mano, el compaginar los documentos hoja por hoja era cansado y entretenido, aquí amanecíamos con los alteros de hojas. Después nos trajeron esta máquina que sola va compaginando. Todo eso cuenta.

En general, ¿ha estado a gusto?

Sí, bendito sea Dios nunca me ha faltado el vestido y el sustento para mi casa. Es una satisfacción muy grande y el trabajo para mí no es pesado. No se compara con andar, por ejemplo, todo el año con un arado de palo en la mano tras la yunta de bueyes, o reforzando cercas de alambre y cargando los rollos de alambre o sacar piedras con un barreno. Allá no había horario, empezaba desde la cinco de la mañana hasta que oscurecía.

Recuerdo que en una ocasión estaba haciendo el aseo aquí en la Universidad, terminé de trapear y una secretaria muy soberbia, con la punta del zapato, me tiró el bote de la basura. Me quedé nada más mirándola hasta que no aguanté mi ira y le dije: «Mire, señorita, si no me recoge esa basura que acaba usted de tirar, ahorita la voy a acusar con su director de su estupidez que anda haciendo nada más por humillarme o no sé cuál sea su intención, pero no la voy a juntar, la va a juntar usted», y la juntó.

Otra experiencia no muy grata fue con la camioneta descompuesta y el accidente. Me dio pesar que una persona haya perdido la vida por no hacer caso de lo que uno dice. La culpa recae en las secretarías, que son las encargadas de estos menesteres y de ofrecerle a uno las herramientas de trabajo.

Por lo demás, estoy muy feliz y me he pasado la vida muy tranquilo, con detalles que me satisfacen. Por ejemplo, cuando me pidieron ordenar un minutarío, duré poquito más de una semana en ordenarlo y lo recuerdo con agrado. También ha habido menos presión porque ahora todos los centros universitarios son individuales y cada uno tiene su propia coordinación académica y nosotros no tenemos que hacer todo el trabajo.

Qué bueno que tuve esta oportunidad de expresar lo que la gente ignora sobre el trato entre directores y empleados. Creo que esta dependencia será la última en la que labore porque ya empiezo a sentirme cansado y no tengo el rendimiento suficiente, aunque estoy más a gusto aquí que en mi casa. Se me hace más fácil adaptarme a la disciplina de la dependencia que a la del hogar.



Un alumno es un ser humano

Juana Cordero Baltazar

Estudió en la Facultad de Comercio y Administración de la Universidad de Guadalajara; pertenece a la generación 1957-1965. En 2004 cursó la maestría en Auditoría. Su pasión ha sido la docencia, labor que desempeñó durante muchos años en el Centro Universitario de Ciencias Económico Administrativas de la Universidad.

Como egresada de la institución, siempre fui una enamorada de ella. Me siento muy orgullosa de haber pertenecido a una función que para mí es bella, no es porque tengas vocación. Yo no fui a la Normal, pero me gustaba comunicar lo que en alguna ocasión la Universidad me enseñó para enfrentarme dignamente a la vida. Lo poco que yo podía transmitir para mí era un gran gusto. No me pagaban por ir a trabajar, me pagaban por desplazarme a otras mentes, por aprender las cosas positivas de la vida, por tener una meta en algo que me interesaba y me gustaba hacer.

Los muchachos son vida, son jóvenes y tienen menos responsabilidades que nosotros. Me quedó bien grabado que mis maestros de la carrera fueron de la época de oro de la Facultad de Comercio y Administración y me daban ejemplo con su rigor, sabiduría, sus enseñanzas y su forma de pensar la vida.

Soy de la generación 1957-1965, hace ya mucho tiempo. Cuando entré a la vida docente procuré que mis alumnos, desde el primer día, hicieran una especie de contrato: qué me vas a dar, qué te voy a dar, qué quiero de ti, qué quieres de mí. Por razones de género y de respeto, primero hablaba yo de mis condiciones: «Necesito de ti tu atención, si no me estás poniendo atención, estoy hablando en balde, necesito tu disciplina. Aquí no es la prepa grande, ya es el último tramo de tu vida profesional, de aquí depende que estructures toda tu vida futura, económica, social y familiar».

Les decía que íbamos a cambiar actitudes, formas de hablar, de pensar, personalidad, desde el vestir y el lenguaje. Vienen del último semestre de prepa y no saben leer: dicen «niños *hérues*» en vez de

niños héroes; hablan pésimamente: *edá, neta, Hétor y Vítor...* ¿Esto es lo que vamos a mandar al mercado laboral? Te dan ganas de agarrar tus libros y salirte. Los pasas al pizarrón a hacer una operación matemática sencillísima sin calculadora y se destiñen: Sácame un 25 por ciento de esa cantidad. ¿25 por ciento? ¡¿Qué es eso, güey?! No sé.

Les decía: Con el cambio de personalidad vas a dar una revolución total. El día del examen quiero que vengas como si fueras a una entrevista de trabajo, no vas a ir así. Tienes que vestirte con lo mejor. Acuérdate de algo fundamental: como te ven te tratan. Así, debes ir como profesionalista. Es indispensable que vayas limpio. Vamos a ir a oficinas a tratar asuntos muy importantes de dinero y de negocios. El buen vestir, la buena apariencia te da seguridad, pero si vas y te ves en el espejo como diario... Mira, entra en el espejo a ver si estás conforme con tu imagen. Te voy a decir cómo yo te veo. Veo la imagen del abandono moral, intelectual, a lo mejor económico. Te veo sin ninguna meta. Vienes porque, como me han dicho en otra ocasión, de estar en mi casa a aquí, pues mejor aquí, como si aquí fuera guardería, ¿verdad? Mira, no te voy a admitir con pelo largo, con aretes, con correíta de cuero, con huaraches. ¡Eso atenta contra mi libertad!, me dicen... No estoy atentando contra nada. A mí me pagan por hacer de ti un verdadero profesionalista y así no vas a cambiar. Si cambias tu estructura, vas a cambiar aquí o como lo quieras invertir: de aquí hacia acá.

Mis respetos a los muchachos que traen una formación de su casa, pues nosotros no vamos a dar formación. Recibimos un adulto que ya está formado. Nosotros tratamos de dar educación que, en algunos momentos, casi casi es instrucción. No es lo mismo formación que educación o instrucción. Yo tomo mi papel de instructora porque ya es lo último que tienes. Hay muchachos que desde su casa se nota que, aunque sean humildes, son muy empeñosos y en lugar de perder el tiempo en el jardín se van a la biblioteca, al CAI —Centro de Autoaprendizaje de Idiomas—, y el que quiere va y aprende los idiomas que hay disponibles, de algo le van a servir, porque muchos de ellos no hablan inglés. En el área en donde nosotros nos movemos, sin inglés estás en la prehistoria, porque en los grandes negocios se habla en ese idioma. Se da por hecho que ya debes saber el inglés, pero ahora te piden el chino mandarín, y el muchacho apenas habla español: *edá, güey, neta*. ¿Así vas a educar a tus hijos? Le estamos dando al olvido nuestro lenguaje. Los muchachos creen que toda la vida es así, fácil, rápido, ¡qué rica vida! ¿Verdad?

Las estudiantes tienen que venir con vestido formal, si es posible traje sastre, medias y zapatos de tacón: eres una dama, te tienes que ver como tal. El empresario quiere un trabajador, no una modelo, pero vete acostumbrando porque en los negocios te van a decir: éste es el uniforme de la compañía, si tú no quieres, pues no entras. Hay cosas que hacemos aunque no nos guste. Tienes que pensar: me conviene, me sirve, me gusta, es mi lugar, es lo que me toca, lo voy a hacer mejor.

A partir de ahí ubicamos qué era lo que yo quería con ellos y entonces empezaba. Quiero hacer la aclaración de que la clase que impartía no era para los muchachos que van a ser contadores. Nosotros tenemos clases del tronco común. Hay varias licenciaturas que se interconectan, pero no son especialidades. Sin embargo, por el currículo del programa, la clase de contabilidad 1, obligadamente, la tienen que llevar todos. Ya en segundo cada quien se va a su especialidad. Contaduría está de este lado, todo lo demás está de aquel lado, porque, por razones de cupo, durante mucho tiempo Contaduría estaba saturadísima; tenía tres turnos. Todo lo demás, que era un poco más pequeño, estaba allá.

Nunca me tocaron los grupos que iban para Contaduría. Yo tenía el doble problema de que el muchacho me pusiera atención y aprendiera, le gustara o no. Difícilmente a alguien le gustaba y empezaban los pretextos: «¡A mí no me gusta su clase!» «Yo no hice los currículos. Aquí está y a mí me pagan por eso». «¡Es que para qué me sirve!» «Bueno, tú sabrás en la vida futura dónde lo vas a aplicar». A muchos les preguntas ¿Pasaste? Sí, entornan los ojos y responden que pasaron con seis y están encantados. Siempre les decía: «Seis es la calificación del mediocre. A qué le tiras, ¿a saber o a pasar? Si dices a pasar, estás perdiendo el tiempo, ¿eh? Porque yo no te voy a pasar si no sabes, te voy a repetir el examen, no te voy a calificar; si no la haces, te lo vuelvo a repetir». Se los repetía cinco veces sin calificar y ahí los traía.

¡Y no reniegues! Anda a ver qué maestro te repite dos veces el examen. A mí me interesa que sepas, no que pases. Si era el semestre de enero a junio, yo de aquí al primero de septiembre que empiezo el otro semestre no tengo nada que hacer más que estar sentada aquí, a ver a qué hora me respondes. A ver quién se cansa. Aquí no vienes a pasar, vienes a saber. ¿Cómo le voy a hacer? Ése es mi problema, tú nada más obedece lo que yo te digo y vas a saber.

Lloraban, se enojaban y me increpaban: ¡Usted hizo esto! ¡Y disfruta esto! ¿Cómo fue su examen de contabilidad? Noooo, ni te digo, mi examen duró cuatro horas, empezó a las siete y salí a las once y fui

la primera y no creas que porque sabía, porque mis compañeros ya se iban. Entrábamos de trece años, tendría como quince. A los quince años de aquel tiempo, pues era una mocosa y la calle me daba terror. Yo vi que se empezaban a salir los que vivían por ahí, pues me salí, pero no porque fuera muy inteligente, entonces yo te estoy dando un tiempo medido, porque sé que en ese tiempo tienes que hacer tu trabajo. En la empresa no te van a dejar ahí a ver cuándo quieres. Te van a decir: Ahorita necesito estos datos... Por eso pon atención, porque ustedes tienen una atención dispersa. Les digo algo y me dicen: ¿Me lo repite? El empresario no te va a repetir nada. Imagínate que está en otra ciudad y por teléfono te dice: Quiero esto así. ¿Entendió? Y tú le sales con: ¿Me lo repite? ¿Cómo dice que dijo? Tienes que ser así ¡eh! Y en este mundo de los negocios, pues ¡achísplate!

A partir de ahí nos empezábamos a identificar, pero dentro de lo que yo tenía que hacer. Cuando estuve estructurando las anécdotas que quería contar, unas, pues no cómicas, divertidas, otras muy sentidas, otras muy tristes, otras muy dramáticas, pero muy de la vida real, cada una que pasaba me hacía reflexionar.

Un muchacho traía bucles hasta aquí y diario le decía que se los cortara. Ni en cuenta, ya era un muchacho grande. En un examen de admisión me anoté para aplicarlo. Como no pasan todos los muchachos a la vez, va una edecán como en los Juegos Olímpicos y señala el número de folio, los muchachos se forman y empiezan a ingresar a los salones, por orden. Primero el primer piso, el segundo, el tercero. Yo estaba en la puerta del aula que me correspondía y vi pasar a los muchachos del siguiente piso, pero les vi nada más la espalda. En una de ellas vi unos bucles que me parecieron conocidos, aunque no pensé que fuera a ser el muchacho que yo conocía. Al llevar la cédula a que las revisaran en la mesa correspondiente, pasé por el salón donde ese muchacho estaba sentado cerca de la ventana y me di cuenta de que era mi alumno. En la mesa en la que verificaban los documentos estaba otro maestro, que también era de él. Fui y le dije: «Oiga, y este muchacho». «¿Cuál?» «El de los bucles». «¿Qué está haciendo ahí?» «Es lo que yo pregunto, él está ahí sentado presentando el examen por alguien».

Fueron por el jefe de Control Escolar. En menos de diez minutos ya lo habían agarrado y compararon las cédulas, la que tenían en Control Escolar con la que traía el muchacho. Se descubrió que el retrato de él estaba muy bien puesto en la del nuevo aspirante, lo hizo coincidir con el sello de la Universidad de Guadalajara. La primera

instrucción que se recibió del jefe de Control Escolar era que lo dieran de baja inmediatamente. A mí me mortificó porque yo imaginé que el muchacho lo había hecho por dinero, porque se veía que lo necesitaba. Le supliqué al jefe que no lo sacara, que le pusiera una sanción, pero que no lo sacaran. Le aclararon que lo iban a tener en observación y a la primera que volviera a hacer o que lo cacharan, ¡fuera!

Después entendí la razón; el maestro me dijo: «Mire, nosotros estamos preparando profesionistas que sean honestos y esto que él está haciendo es una trampa, nos deja mal parados a nosotros porque no estamos preparando a gente tramposa y él mismo también quién sabe hasta dónde llegan sus trampas. Acuérdesse de que nosotros vamos a manejar millones de pesos por cuenta de empresas que nos van a pagar».

Por eso, le aplicaron la sanción y le dijeron que lo iban a tener en observación.

Otra anécdota, muy agradable, es de un alumno que también me conflictuaba por el pelo, porque lo traía largo. Claro, no lo podía sacar, simplemente le hacía la advertencia: «Por ti cambia de imagen, porque tienes que ir preparándote», pero no me hizo caso. En todo el semestre llegaba con los pelos una semana amarillos, otras veces verdes, otras veces rojos, y yo nada más esperando a ver cuándo se quedaba calvo, pero no me hizo caso, terminó y se fue. En una ocasión le platicué a una maestra que ese muchacho me había hecho renegar todas las veces que podía. «¡Ay, maestra, no les haga caso!» Pasaron los años y en un desayuno, también de una aplicación de examen de admisión, estuvimos juntas ahí y entonces ella me comentó.

—Oiga, maestra, ¿se acuerda de aquel muchacho que la hizo enojar?

—No, pues tantos que pasaban que no me acuerdo.

—Fíjese que yo nunca le comenté, pero soy vecina de su mamá y me dijo que él había venido ahora en diciembre y la estuvo buscando, que se acuerda mucho de usted.

—¿Bien o mal?

—Muy bien, quería darle una disculpa por lo mal que se portó.

—¿Por qué me busca, no vive aquí?

—Él se hizo chef internacional y vive seis meses en un trasatlántico de lujo, es el chef principal, y seis meses descansa en Australia. Está muy agradecido porque usted lo hizo reflexionar y lo hizo cambiar.

Yo me emocioné. Si por algo que me oyó, poco, mucho o nada, yo lo hice cambiar como persona, eso es mío, porque a mí me costó trabajo, pero me enorgullece mucho más saber que él en donde está

tiene que decir dónde estudió: la Universidad de Guadalajara, y si él está desempeñando bien su labor, eso nos da prestigio.

Así como hubo satisfacciones, también se dieron situaciones que me entristecieron mucho. Por ejemplo, una de mis alumnas era extrovertida. A diario la estaba callando y finalmente ella se quedó callada, muy triste. La mamá era más joven que el papá, que ya estaba jubilado, y un día la señora, que tenía otra persona en su vida, los dejó. La muchacha, muy joven, de diecinueve años, esas cosas no las entendía, no sabía cocinar ni hacer nada. Era la mayor. Tenía el temor de que su papá, que estaba muy triste y no aceptaba la infidelidad de la señora, se suicidara, no sabía qué hacer. Le llevé un recetario de cocina sencillo y traté de estructurarle una vida, no normal, pero por lo menos que se pudiera reorganizar.

Le aconsejé: «Antes de que vengas a la escuela, déjale a tu papá qué hacer. Que se entretenga, sácale la ropa, que la lave, que vaya al mercado, que compre la verdura, cueza la carne y que cuando tú vengas, ya las cosas estén adelantadas, cuidar a tu hermana, que es más chica que tú». La señora regresó con la mentalidad tonta de los adultos, que no pensamos más que en nosotros mismos. «Como no se organizan, mientras nos adaptamos, ya volví», pero mejor no hubiera vuelto, porque le hablaba por teléfono el amante y ella como muchacha de quince años agarraba la bolsa y se salía. Mi alumna un día contesta el teléfono y, con razón, le dice a la persona que habla que ya no moleste a su mamá, pero entonces sale la señora de la cocina y le dice: «Tú no te preocupes, ahorita yo me entiendo con ésta», cuelga el teléfono y cachetea a mi alumna: «Tú no te metas en mi vida, es mi vida y yo sé lo que hago».

Otra anécdota es de una alumna que se dormía en la clase, de dos a tres. Yo pensaba que se dormía por el calor, porque estaba agobiada, venía de trabajar. Sucede que a esta niña desde los cinco años la violó el padrastro. Ella decía que era su papá, pero yo creo que no, y le decía que era la manera que tenían los adultos de decir te quiero. ¡El desgraciado le dijo te quiero desde los cinco hasta los doce años!

Cuando entró a la secundaria ella quiso entender qué es lo que estaba pasando, pero como en la secundaria se habla de funciones, no de sensaciones ni de sentimientos, no comprendió. Al llegar a la prepa, sucede que el fulano la embarazó y una maestra intervino. Descubrió que la mamá consentía el hecho al darle anticonceptivos. Como se complicó el embarazo, tuvo que abortar. Se fue a vivir a una pensión que, curiosamente, estaba habitada por puros hombres estudiantes.



Todo mundo pensaría que entre puros hombres le iban a causar otro perjuicio, al contrario: estaban al pendiente de ella, a qué hora llegaba y cuando llegaba a horas no convenientes todos la regañaban. Le daban para el camión, actuaban de papás. La muchacha era tranquila y sencilla. Un día llegó bañada en llanto a la clase. Saqué a todo el grupo y le pregunté qué le pasaba, me contó que había ido su mamá a culparla de que su papá estuviera en la penal, que ella ya no tenía para darle de comer a sus hermanos, y como era día de pago, vino a quitarle su dinero. Como ella se negó, la cacheteó.

Una tercera anécdota concierne a una muchachita muy platicona. El día del examen llegó con un vestido, muy bonita, y me dio una disculpa. Me dijo que platicaba mucho porque estaba muy nerviosa, tenían a su papá en el penal porque había apuñalado a su mamá en el cráneo. Imagínate una niña, ella y su hermana, viendo que apuñalan a su mamá. El señor les había enviado un recado en el que las amenazaba con matarlas. Ella estaba nerviosísima y no hallaba cómo disipar los nervios, por eso se ponía a platicar con quien podía.

Esos tres casos te hacen reflexionar: cómo es posible mejorar la sociedad cuando conoces gente que puedes ayudar a transformar. Es por demás que les digas que la vida es bonita, que ellos son parte de ella. ¿Cómo?, si desde niños ya vienen dañados de la mente. Haces lo que puedes, pero el corazón ya no lo tienen. Entonces, no puedes poner sentimientos positivos, metas alcanzables, no puedes hacer que un ser humano sea integral. Haces lo posible porque las cosas cambien, aunque te toque vivir situaciones que a veces parecen irreales.

Usted menciona la importancia de observar en los profesores.

Yo siempre recomendaba, y creo que fue una lucha hasta el final, que, por el método que se eligiera o como fuera, viéramos en los alumnos antes que nada un ser humano, que tiene lados positivos, a los que hay que fortalecer, y tiene lados negativos, a los que hay que transformar para que sean positivos. Mientras veamos nada más un número con ojos, pies y cabeza, sentado ahí, al que nada más le transmitimos muchos o pocos conocimientos, no estamos haciendo nada, estamos perdiendo el tiempo.

Aquí lo triste no sólo es que con nuestra actitud, de ser apáticos, el tirano detrás del escritorio, regañándolos, reprobándolos, ridiculizándolos, eso como ser humano me baja mucha autoestima. La gente que no tiene valores se siente feliz, pero si tú evalúas en la proporción adecuada que eres un ser humano, que tienes vida, que te has levantado

solo y te has esforzado, lucha toda tu vida, pues eso te debe denigrar porque el que está en frente de ti no sólo es un igual a ti, sino que es tu responsabilidad, ya que empieza a caminar en la vida, que ya se te olvidó o que nadie te dio la mano mientras te fuiste desarrollando. Entonces no puedes llegar nada más a: copien el pizarrón, agarren su libro y plantéense sus dudas.

Antes que nada tienes que ver qué es un ser humano y tratar de ver cómo es para saber a qué te estás enfrentando, porque no hay uno igual a otro, no son uniformes. No son cosas, son seres humanos. Tienes que aprender a observar, es una de las cualidades de un buen docente: observar al muchacho, en esa edad es muy transparente, se vuelve niño. Nada más párate enfrente y empieza a platicarle, y si le tocas el punto débil, solito con los ojos te lo dice y te habla de sus desgracias, de sus dudas, sus inquietudes. Fíjate en él, en los ojos, y verás que tiene un mundo de interrogaciones porque está empezando a vivir. Algunos se van de la mano solos porque creen que todo está muy bien, pero tú que tienes experiencia dices: lo voy a dejar a ver a qué horas se estrella, tiene que venir con los viejos.

Un día, en un ejercicio de civismo, les pregunté: «Oigan, si ahorita hubiera una invasión a nuestro país, quién creen que debe ir por delante». Rápido, un espontáneo respondió: «Los *rucos* deben ir adelante». Le expresé: «Muy bien, entonces quiere decir que después de los *rucos* deben ir los bebés, y ustedes, ¿cuándo van a ir?» Para los jóvenes, los adultos estorbamos mientras no necesiten de nosotros, por eso no se cortan la mano del dame, dame. Estorbamos, pero proveemos, y cuando se equivocan, dan la mano a torcer y con quién vienen, con los *rucos*, porque tenemos que enmendar la plana, ayudar a vivir. Mientras no veamos en los muchachos un ser humano al que podemos ayudar, claro que si ya viene bien formado de su casa, trae disciplina, valores, ponte a un lado de él y dile: cuentas conmigo, qué necesitas, qué te puedo transmitir, qué te hace falta, qué ignoras. De hecho, aunque mi clase me la sabía después de tantos años, todos los días la tenía que leer porque los grupos no eran igual. A algunos les debes dar más que a otros.

¿Cuántos años duró dando esa clase?

En esa clase en específico duré como quince, porque mis primeros años cambiaba mucho de materia. No teníamos en aquel momento las estructuras de las plazas de base y como yo era de asignatura, te cambiaban de un semestre a otro. Regalé los libros que tenía porque



llegaba y decía: «Vengo por mis clases, oiga, pero yo daba administración...» «Ah sí, pero ahora va a dar costos». Qué hacía, pues corría a comprar los libros que necesitaba y me los comía. Recuerdo muy bien una tarde que me preguntaron si no me interesaban unas clases. Yo tenía muy poquita carga horaria así que pregunté cuál era la materia y resultó ser administración I, que empezaba a las seis de la tarde, ¡y eran las cinco! Yo no era administradora y esa materia no la llevé cuando estudié. Me dio risa, pero me las ingenié. Salí que no supe ni cómo me llamaba. Al principio me cambiaban todas las materias. El día que me jubilé me tuvieron que hacer una relación de todas las materias que impartí. En el área de jubilaciones me dijeron: «Oiga, maestra, usted sí que le chambeó». Son cinco hojas de todas las materias que di en quince años.

Una anécdota muy divertida que me emociona contarla es la siguiente: yo he tenido bastantes problemas de salud y en una ocasión me afectó una parálisis facial, el iris del ojo se me volteó y me internaron en el hospital Ayala. Aparte de la enfermedad, me mortificaba que los muchachos se atrasaran. Cuando estás en frente de ellos, no te hacen caso, te juzgan. Cuando les dejaba algún ejercicio de tarea, nadie la llevaba. Como mi recuperación se estaba tardando, mandé llamar a los concejales de los cinco grupos. Les dije que iba para largo y que no quería que se atrasaran. Les propuse hablar con el jefe de departamento para que les cambiaran de maestro. Se inquietaron y de inmediato cambiaron de actitud: «No, no maestra, si usted es nuestra maestra, nosotros la vamos a esperar, déjenos tarea, nosotros nos hacemos cargo». Venían cada jueves y ya les tenía listos los cerros de tarea. Los muchachos cuando saben que hay necesidad sí colaboran, nada más es que tú les plantees su necesidad porque ellos son los que se atrasan.

En el hospital, mi cama daba al corredor. Un día estaba yo muy triste pensando en el deterioro de mi salud (estaba mi hijo de diez años conmigo), y cuando me iba a poner de pie empecé a ver unas sombras que venían caminando por el corredor. Nada más veía con un ojo. Vi que venían buscando algo y, cuando se acercaron, me di cuenta de que eran tres de mis alumnos impecablemente vestidos de traje. Uno de ellos, con tristeza, haciendo pucheros, me dijo que me iba a aliviar. Me conmovió mucho. Les di las gracias. Cuando salí del hospital, lo primero que hice fue ir a darles las gracias a todos mis alumnos por sus saludos. Uno de ellos se levantó y exclamó: «Oiga, nosotros no mandamos decir nada, todos fuimos, nada más que no nos dejaron entrar». Habían estado ahí cuarenta personas, los hombres vestidos

de traje y las mujeres, impecables, de vestido, porque sabían que me iba a dar mucho gusto verlos así.

En mi tesis de maestría en Auditoría, en 2004, incluí una frase que para mí fue como mi orientación o mi guía y que nunca la había plasmado: «Educar es convertir a alguien en persona, enseñar es dejar aprender». Yo les pediría a los maestros que tengan mucho en cuenta que quien está en frente es un ser humano y es una responsabilidad para nosotros. Para mí, siempre significó relajarme entre los muchachos, es decir, me pagaban por hacer lo que a mí me gustaba hacer. De nosotros depende que la institución tenga más prestigio y que la sociedad cambie, que tengamos seres integrados a una sociedad de la que forman parte y que con los valores, las responsabilidades y los conocimientos que nosotros transmitimos vivamos en un mundo mejor. Dejemos a nuestros hijos un mundo mejor del que a nosotros nos tocó.

Cuéntenos la anécdota del muchacho que en el salón se refería a la UdeG como «mugre g».

Llegué a tener exalumnos del Tec en cuya casa ya no tuvieron los recursos para continuar ahí. En una ocasión un funcionario importante fue a buscarme a la escuela, yo no sabía ni quién era. Me pidió que le ayudara con su hijo porque estaba en un equipo de fútbol por allá en Veracruz y no podía asistir a las clases. Le respondí que sí y sólo que se aprendiera cuatro hojas de un libro para no pasarlo así nomás. Hay mucha gente que así se ha titulado: es alumno de lista, pero lo van pasando porque es hijo de algún conocido. Eso nos desprestigia porque se va corriendo el rumor de que resulta fácil.

Una vez alguien me dijo que había tenido que ir a la «mugre g» y a mí me disgustó mucho que la llamara así. Me daban ganas de retorcerle la boca. Le dije: «Mugroso tú y antes de decir UdeG, lávate la boca, porque ya estás ahí. A ti quién te dijo que nada más los ricos son los inteligentes, tú crees que en el Tec no hay gente floja, burra, vaga... Allá con más razón, no tienen necesidad de trabajar, allá hay gente de mucho talento, aquí también, allá hay gente floja, burra, vaga, aquí también, no es la institución, son las personas, en la medida en que tú estés comprometido con la institución, te dignificas contigo mismo, a nosotros no nos complace que nos digas ‘mugre g’, respeta la institución. Por ejemplo, ve la Autónoma, si no tienes mínimo ochenta, te dan de baja, aquí con un seis estás feliz. Imagínate afuera cuánto quieres ganar, vas a hacer el *milusos*, nada más no digas que estudiaste aquí».

La otra anécdota que me faltaba era de un muchacho que se sentaba en la banca de adelante, acomodaba su mochila tipo almohada y se acostaba a roncar. Yo dando mi clase y él dormido. Un día me molestó y le ordené que se saliera. Me dio la típica respuesta: «¿Por qué?» Como no me iba a aceptar el motivo y no quería discutir, le ordené que se saliera y se acabó. Entonces se apoltronó y respondió que lo sacara. Con estas actitudes te das cuenta de que esa gente no está dispuesta a disciplinarse, a adaptarse, a tolerar ni a nada. Son autoritarios. Los estamos preparando para que vayan a las empresas, allá sí van a tener disciplina, autoridad, don de mando, porque un día ellos van a ser empleadores. Ahora son empleados, se van a dar cuenta de qué difícil es tratar con la gente cuando no quiere hacer las cosas. Volviendo con el chico, le saqué la mochila de jalón y la aventé hasta el piso de abajo, todo mundo abrió los ojos. Me dije: «¡Qué barbaridad!» Fue un impulso. Tu carácter habla de ti, saben a quién sí se le ponen al brinco y a quién no.

En otra ocasión estaba dando mi clase y debajo de mi salón había un área destinada al comité, cuyos integrantes jamás entraban a clases. Ellos estaban escuchando música y cantando, no me dejaban dar la clase y mis alumnos se estaban distrayendo. Bajé para pedirle por favor que me dejaran dar mi clase. Me contestaron que sí, pero al siguiente día sucedió lo mismo. Entonces sí me molesté más porque tenía que bajar. Les dije a mis alumnos que en seguida regresaba. Uno de ellos le comentó a otro: «Vamos a acompañarla» y el otro le respondió: «Ella puede sola». Te vas haciendo una imagen y yo sí tenía la fama de que me los traía cortitos y no les permitía bromas que los denigraran entre sí o que al pasar al pizarrón se burlaran. También ya sabían que conmigo tenían que pasar si había aprendido. «Su clase a mí no me importa», le contesté: «Pues a mí menos que no te importe, ése es tu problema, tienes que aprender, no sé cómo le vas a hacer, yo ya te expliqué, te puse ejercicios, me senté contigo, ya no tengo nada más que hacer. Todo esto viene porque no estudias y no estudias porque no te interesa, entonces qué haces aquí, yo ya hice mi trabajo, ahora haz tu función». Lloraban, se enojaban, me maldecían, pero finalmente aceptaban.

Tengo muy buenos recuerdos de muchos de ellos que, al salir, me daban las gracias, me llevaban flores, me echaban porras, me escribían en el pizarrón al entrar yo al examen. Una muchacha que venía de Autlán, que sí se notaba que tenía muy buen nivel económico, muy seria, nunca me dio ningún problema, y al terminar me dijo en su acento

muy campirano: «Usted me cae bien y sabe qué, no cambie, me cae muy bien por *huevo*». En mi vida había oído esa palabra. Los muchachos se vuelven como niños y pues tienes que imponer disciplina. Cuando tú estás hablando como tonta y no te ponen atención, no van a entender tu explicación:

Yo no te presto el micrófono, aquí nadie habla más que yo y si tienes algo que decir, qué hacer por tu interés, salte, llévate a tu compañero, compañera, arregla tus asuntos, pero aquí calladito te ves más bonito. Te repito, las clases, las veces que quieras si no me entiendes, si yo hablo tibetano y tú tojolabal, pero si no me entiendes porque estás platicando, no te voy a repetir ninguna, si no me entiendes veinte veces, te repito veintiún veces, pero ponme atención.

Se imaginan al salir de la prepa que ir a la licenciatura era la prepa grande, y como en la prepa cada quien hace lo que se le pega la gana y aquí no, estamos en una lucha contra el tiempo, los semestres tan cortos, tanto que hay que saber. La materia de Contabilidad es del tronco común, pero el currículo está mal estructurado, es muy irregular. Por ejemplo, los de Turismo no quieren saber nada de costos, creen que contabilidad es sumar y restar. Yo les argumentaba que cómo planteaban un proyecto turístico si no sabían costos. Si vas a poner un restaurante, cómo manejas tus costos. Éstos tienen que estar lo más bajo posible, con calidad, para que haya buenas utilidades. Si tienes costos muy altos, tus utilidades van a bajar.



La vida ya los enseñará porque así aprendimos todos, con golpes de la vida. Mientras estás al frente en el salón te da mucha seguridad pensar que lo que estás haciendo sirve y mucha satisfacción ver que lo haces con gusto. Fui muy feliz con mis alumnos. Me retiré no porque me enfadaron. Fue un ciclo que acabó y supe retirarme a tiempo. Mi salud no ayudaba y ellos necesitaban a alguien que los atendiera todos los días. Cuando un maestro va un día y cuatro no desmotiva a los muchachos. A veces leo sus escritos y me causan satisfacción, olvido los cansancios: empezaba a las siete de la mañana y terminaba a las cuatro de la tarde. A veces mal comía y corre y corre, pero en general para mí fue una de las etapas más bonitas. Me dio muchas satisfacciones y mucho orgullo ser parte del personal docente. Quiero mucho a mi institución porque me enseñó a enfrentarme a la vida con un trabajo digno y eso para mí valió más que nada. Quise regresar lo que yo había aprendido con el ejemplo de mis maestros: Raúl Acosta Vallardo, Irene y Paquita Robledo, Alejandro Hernández Alvirde, hermano de don Constancio, Angelita Castillo, las hermanas Castellanos, todos ellos gente impecable en su trato, en su ética, valores y conocimientos. Ellos fueron un ejemplo para mí. Yo traté no de ser un ejemplo para los muchachos, sino una guía o una parte que orientara su vida, ya que de su profesión depende su futuro.



Entre la medicina y las leyes

Jesús Mario Rivas Souza

En 1946 comenzó sus estudios profesionales en la Facultad de Medicina de la Universidad de Guadalajara y se graduó en 1952, primera generación del Plan Mendiola. Trabajó en la delegación Jalisco de la Cruz Roja, cuando ésta inauguró su edificio. Fue jefe del Departamento de Medicina Legal del Supremo Tribunal de Justicia del Estado y director del Departamento de Medicina Forense de la Procuraduría General de Justicia del Estado. Desde su fundación, en julio de 1998, hasta la fecha, se ha desempeñado como director del Servicio Médico Forense del Instituto Jalisciense de Ciencias Forenses. Doctor Honoris Causa por la Universidad de Guadalajara.

En aquel entonces no permitían la entrada a la Universidad a alumnos de colegios particulares, y yo venía del Instituto de Ciencias. Cuando terminé, traté de entrar. Era rector Constancio Hernández, el papá del que fue presidente municipal de Zapopan en 1946, y fungía como gobernador don Jesús González Gallo, quien señaló que la Universidad era para todos, que nos tenían que recibir. Así fue como ingresé a primer año de Medicina viniendo de un colegio particular. También estaban Rodolfo Morán, conocido como *el Burro Morán* y Antonio Mora Fernández, del Instituto de Ciencias. Desde esa fecha, nunca me he salido de la Universidad un solo día.

¿Por qué eligió entrar a la Universidad de Guadalajara y no a otra?

Yo tenía un hermano que era médico, Carlos Rivas. Lo veía estudiando sus libros y pensé que eso era lo que tenía que hacer; además, mi hermano me orientó para que cursara la carrera de Medicina en la Universidad de Guadalajara. En aquellos tiempos las «grajeadas» en la escuela eran terroríficas, eran grupos de cuarenta personas y grajeban a cinco diarios. Nos enchapopotaban, nos ponían plumas, nos encueraban, nos metían al Panteón de Belén y allí nos tiraban con guayabas, que porque era «la cacería de la zorra». Luego nos llevaban hasta Palacio de Gobierno sólo con trusas y todos embarrados de chapopote. Al día siguiente ya nos decían doctores. Eran las llamadas novatadas, nada más que les decían grajeadas. Así fue mi ingreso a la Escuela de Medicina.

A mí me toleraron mucho porque yo era deportista. Jugué basquetbol en el equipo de Medicina, era el rey de las canastas. Mis compañeros eran muy buenos y me toleraban. Tiempo después, sucedió algo muy curioso, nos echaron del equipo a cinco jugadores: Alfredo Aceves, *el Mickey*, Jorge Rubio y a mí... no recuerdo los nombres de los otros dos. *El Ciego*, el entrenador de basquetbol, nos dijo que ya no nos quería ahí, por eso formamos el equipo de Leyes, del cual fui uno de sus fundadores. Nunca jugué con otro equipo que no fuera de la Universidad de Guadalajara. En el mismo año en que nos sacaron del equipo de Medicina, los de Leyes les quitamos el campeonato.

Tengo muchos amigos en Leyes. Yo empecé a dar clases primero en la Escuela de Leyes, cuando estaba en el Paraninfo, en la esquina que hacen Tolsa y Vallarta, ahí se ubicaba la dirección de la escuela. A mí me invitó a dar clases de medicina legal el licenciado León Aceves Hernández, todo un personaje, y Víctor Manuel Santana. De hecho, yo fui el primer profesor de medicina legal porque el que estaba asignado antes nada más iba a cobrar los días 15.

Me recibí el 20 de diciembre de 1952 y el 1 de marzo de 1953 ya estaba trabajando en el Departamento de Medicina Legal. Desde entonces no me he salido ni de Medicina Legal ni de la antigua Escuela de Medicina, del Hospital Civil ni mucho menos de la Universidad de Guadalajara. Estoy muy agradecido con la Universidad porque me educó, me formó y me hizo gente. A las personas que ahora la dirigen los conocí de chiquillos. Por ejemplo, a Raúl y a Trino Padilla; su papá estaba en México y llegaba todos los sábados, e íbamos Gabriel Ayala, Jorge Delgado y tu servidor a recogerlo al aeropuerto. Raúl siempre ha sido una gente del otro mundo, él ha formado la Universidad.

Cuando usted entró a la Escuela de Medicina, ¿pensaba ser médico forense?

No, jamás. Donde ahora está el anfiteatro de la Escuela de Medicina hacíamos disecciones los que estábamos en primer año. Usurpé ese terreno, porque a mí me lo prestaron, cuando me invitaron a dar clases a Medicina. Tengo ochenta y seis años y todavía voy a dar clases los jueves. No se imaginan cómo se portan conmigo, hagan de cuenta como si estuvieran tomando el catecismo, bien portados. Nadie grita, nadie comenta, nadie hace nada. Hasta se pelean por irse conmigo. A mí me da gusto que lo hagan porque llego con mi bastón y pongo mis

transparencias, que son mías, yo las he tomado, tengo una colección de transparencias con las cuales doy clases. La medicina legal la hacemos los médicos, pero quienes la disfrutan son los abogados, los que le sacan provecho son ellos.

En aquel entonces, en el Departamento de Medicina Legal éramos tres personas: el doctor Miguel Quezada Ochoa, que ya murió, yo era el secretario y la secretaria era Carmen; otra persona llevaba los oficios a la antigua penal, que estaba en Javier Mina, directamente a los juzgados. Ese departamento ha tenido varias historias. Cuando yo empecé a trabajar ahí dependíamos del Supremo Tribunal del Estado, después pasó a la Procuraduría de Justicia y luego se independizó. Ahora es un organismo público descentralizado.

Una vez me pasó una cosa. Estaba dando una clase, cuando todavía separaba los grupos de Leyes y Medicina, en la antigua Escuela de Medicina, y llegó al salón un cuate con una metralleta. Les dije a los muchachos: «Saben qué, no va a haber clases porque acaba de llegar un compañero de ustedes con una metralleta y a la mejor no le parece lo que estoy diciendo y me mata». Se pararon los muchachos y lo echaron para fuera con todo y su metralleta. No pasaron ni dos meses cuando mataron a ese tipo.

De sus profesores, ¿tiene algún recuerdo?

Desde luego, el maestro Mendiola, luego don José Barba Rubio, ya se me olvidan muchos nombres, y el doctor Juan I. Menchaca. A mí me tocó Mendiola cuando era rector de la Universidad, yo ya estaba en Medicina Legal; lo quise profundamente. Bátiz y Güereca era un sabio; era tan exquisito que cuando teníamos examen, llegaba y nos ponía las preguntas, se fijaba hasta en el tiempo en que tardábamos en contestar y en la ortografía. Yo tengo mala ortografía. Otro que nos dio clases fue el papá del que fue presidente municipal, Guillermo Reyes Robles; nos dio clases de bacteriología en la antigua Escuela de Medicina y era médico laboratorista. Había otro profesor, Ernesto Villaseñor Vidrio, *el Birrias*. Tenía un coche nuevo, un Buick negro. En ese entonces no había tantos autos en Medicina, tres o cuatro. De repente, uno de los compañeros gritó: «Ahora sí, a clases, huevones», y se echó en reversa *el Birrias* y preguntó: «¿Quién me dijo así?» Pues que fulano. Entonces exclamó: «No vengas a clases porque no te voy a pasar». Él era cirujano y operaba en el Hospital Civil.

¿Estudiaron muchas mujeres en su generación?

No, había una muchachita y se recibió conmigo: Virginia Pizarro Karam, ya se murió, la queríamos y la respetábamos todos. Nos la llevábamos a las cantinas. Eso sí, no había ninguna mujer de profesora. Otros profesores que ahora recuerdo eran los Ruiz Sánchez, don Amado y don Francisco, los dos sabios. Para mí, don Francisco era más inteligente y tenía su laboratorio ahí; él compraba todos los tiliches que necesitaba. Hay hasta una estatua en la entrada con la imagen del maestro. Soy amigo de su hijo, quien me ayudó con las medicinas ahora que me puse muy mal.

¿Había alguna materia que le costara trabajo?

No, yo siempre he sido muy machetero. Me levantaba a las cinco o seis de la mañana y en el parque Revolución nos poníamos a estudiar Alejandro González, *el Ciervo*, y yo. De ahí nos íbamos a clases a pie porque en aquel entonces no había camiones. Nuestras mamás no nos daban para los camiones, pues cómo si apenas nos mantenían. La escuela no estaba tan cerca. Yo vivía en la calle de Morelos 1245, tres cuadras abajo de Chapultepec, en la esquina ahí está todavía la casa de mi mamá. Terminaba de jugar basquetbol en el antiguo Coliseo Olímpico a altas horas de la noche y me venía a pie desde allá hasta la casa yo solo. Nunca nadie me faltó al respeto ni me hicieron nada ni me molestaron. Entonces, Guadalajara era otra cosa.

Cuándo salió de la facultad, ¿qué sensación tuvo? Fue la primera generación del Plan Mendiola, ¿verdad?

Normalmente eran seis años y a nosotros nos dieron cuatro años de clase y dos de práctica. Nos hicieron más prácticos para la vida. Tuve un tiempo de mucho trabajo porque mi hermano Carlos era el médico del Banco Refaccionario de Jalisco (que ya no existe) y yo hacía las consultas de los enfermos del banco y tenía que reportarlos: «Fulano de tal no fue porque estaba borracho». Cuando me recibí, me pagaban 350 pesos por un apéndice, y por un parto, 300. Todavía tengo muchachos que atendí que me van a saludar porque se acuerdan de que yo los traje al mundo. Esto era cuando los médicos éramos médicos, ahora lo único que quieren es centavos. No se imaginan ustedes la cantidad de demandas que hay contra los médicos porque cobran cantidades exorbitantes.

Cuando yo era chiquillo, iban a darnos consulta a la casa de mi mamá el doctor González Aréchiga, papá de Luis, que fue mi compa-



ñero, y el doctor Farah, y cobraban la consulta a cinco pesos. Llegaban y los pasaba mi mamá a la sala y les ofrecía un cafecito. Ahora cobran 1,700 o dos mil pesos, y por una operación cien mil o 200 mil pesos, ¡hasta escalofríos da!

Ahora hay dos o tres grupos de la materia de medicina legal, pero ya no les doy clases a todos porque no alcanzo. Me mandan un grupo de Leyes y otro de Medicina, por eso los junto en el auditorio, les doy a las nueve de la mañana. No me voy a jubilar, me daría vergüenza que me pagaran por no hacer nada, aunque ande con bastón y con todo.

¿Cómo nació su inquietud por dedicarse la medicina forense?

Fue casualidad. Cuando Miguel Quezada fue director de la Facultad de Medicina, me invitó a esa área. Yo me iba a dedicar a partero.

¿Cuándo tuvo su primer contacto con la medicina forense? ¿Qué recuerdos tiene?

En aquel entonces, donde hacíamos las disecciones, y que ahora es el anfiteatro del Departamento de Medicina Legal, teníamos un cuartito en donde puse un incinerador, había una mesa y ahí hacíamos las autopsias. En todo el año eran 200 autopsias; ahora en un solo día tenemos veinte o treinta.

¿Es el único lugar en todo Guadalajara y en Jalisco en donde se realizan autopsias?

Sí. Se fundó un área de trasplantes. Cuando se mueren en el Seguro Social o en el ISSSTE, los del hospital me los llevan, pero muchas veces los familiares quieren que vaya al hospital. Entonces mando a un médico a que haga la autopsia y tome las vísceras que quieren donar para el trasplante de órganos.

En Jalisco hay módulos de medicina forense en Ocotlán, Puerto Vallarta, San Juan de los Lagos y Lagos de Moreno. Soy enemigo de las dispensas de las autopsias. Los mismos familiares son los que piden que se haga una exhumación para hacer la autopsia porque las compañías de seguros no pagan si no se hace, o si una persona murió balaceada o atropellada, las compañías de seguros no les pagan si no se le practicó la autopsia. Yo tengo que firmar todos los papeles.

De estudiante, cuéntenos alguna anécdota con sus compañeros.

Como estudiante era de los macheteros porque nunca me he sentido privilegiado científicamente, tenía que estudiar más para poder res-

ponder en clase cuando preguntara el profesor. Nuestro grupo era de cuarenta y había subgrupos. Al nuestro le decíamos el famoso grupo C y éramos puros Rivas, Payares, Pérez y Pérez y «el Polaco» Horacio Padilla. Yo tenía un cochecito que le compré a uno de mis hermanos en mil pesos, en abonos de cien pesos, que no le acabé de pagar. En ése nos íbamos a La Primavera a bañarnos en agua caliente y a tomar cerveza, comprábamos un barril de cerveza y botanas.

Otro recuerdo es sobre el equipo de basquetbol de Leyes, en el cual todos eran abogados, menos yo. De ellos, tengo presentes *al Canario* Aceves, Antonio Fernández Aceves, y al Mickey.

De su época de profesor, ¿hubo alumnos que le causaron problemas o de los que se sintiera orgulloso?

Yo soy medio trabajoso para las calificaciones. Paso lista a las nueve exactamente —antes era a las siete de la mañana. Un día, cuando pasaba lista, llegó uno y me dijo: «Oiga maestro, empezó a pasar lista antes de las siete», y le respondí: «Fíjate que no, lo que has de hacer, pon tu reloj con el mío, el que pone el horario soy yo, no tú». Los califico de acuerdo con las faltas, si una persona tiene quince asistencias y una falta, le pongo cien, pero uno que tiene quince faltas y fue dos veces a clases, «pos no». Les digo: «El que quiera quedarse, que se quede y el que no, que se vaya, ni sobran los que se quedan ni faltan los que se van».

¿Qué memorias tiene del anfiteatro?

En el anfiteatro me tocó hacerle la autopsia al señor cardenal Posadas y tuve hasta pleito con el entonces procurador general de la república, ya que mencionó que los balazos se los habían dado por la espalda, pero no fue así. Otro caso importante que me tocó fue el de la muerte de un estadounidense, quien presuntamente fue asesinado por unos huicholes.

En las explosiones de abril de 1992 fueron más de cien muertos. A éstos no les hicimos la autopsia por disposición del entonces gobernador, sólo los marcamos, pues todos habían muerto en el estallido. Los cadáveres los teníamos en el campo de basquetbol en el CODE, ahí los entregábamos a quienes los reclamaban mostrando la documentación requerida. Los muertos que quedaron los llevamos a Medicina Legal y ahí los metimos a los refrigeradores. Hubo un caso de una persona que primero fue a reclamar a un pariente al CODE y luego esa misma persona fue a reclamar otro a Medicina Legal. Lo identifiqué y le hablé a la policía. Se lo llevaron preso por sinvergüenza, porque el gobierno del estado les estaba dando en aquel entonces cuarenta mil pesos por cada muerto.

Otra cosa interesante. Aquí en Guadalajara no había hornos crematorios, entonces se los llevaban a México y de allá los traían ya incinerados. El primer horno incinerador que hubo en esta ciudad lo fundé yo, cuando era presidente municipal Guillermo Reyes Robles. Le comenté: «¿Por qué no me das dinero para comprar un horno crematorio y poder incinerar los cuerpos que nadie reclama?» «Hágalo, maestro», me respondió. Lo hicimos en el panteón de Mezquitán. Al principio, nadie lo quería prender porque decían que se iban a condenar.

También le hice la autopsia a Carlos Ramírez Ladewig. Carlos había sido mi compañero. Nada más que él se fue a Leyes y yo seguí en Medicina. Cuando lo mataron, él venía del Seguro Social, porque era delegado. Lo mataron en la esquina de avenida Alemania y Niños Héroe. Tenía balazos por todos lados, por delante y por detrás. Fue una época difícil en Guadalajara, mataban en la entrada de la Escuela de Leyes, hasta en las escaleras.

¿Cuántos años tiene de profesor?

Empecé en 1953 y hasta la fecha.

¿Qué satisfacción le ha dejado la Universidad?

Yo estoy satisfecho con la Universidad. La gratitud y honradez profesional se las debo a esta casa de estudios porque me enseñó lo que sé, lo que hago. Nunca he recibido dinero de nadie. Hay muchos sinvergüenzas que, en vez de darle categoría a la Universidad, la desprestigian.

La Universidad le debe mucho a usted... Me imagino que lo buscan expertos de otros países.

He ido a Sudamérica, a un congreso, pero no me gustan mucho esas cosas.

¿Qué es lo que más le gusta o disfruta de su profesión?

Disfruto mucho continuar trabajando en la Universidad, donde me hacen mucho caso y me aprecian, a pesar de que ya podría jubilarme.

¿Ve alguna diferencia de la Universidad que usted conoció y la de ahora?

La Universidad ha crecido desmesuradamente, ahora entra una gran cantidad de alumnos a la carrera de Medicina. En aquel entonces éramos cuarenta nada más. Antes nos conocíamos todos.

¿Cuál fue su sentimiento cuando lo nombraron Maestro Emérito?
Estoy muy agradecido con la Universidad porque todo lo que he sido,
lo que soy y los días que me queden por vivir seré de la Universidad de
Guadalajara.





Entre libros y responsabilidad sindical

Olga Tello Araujo

Laboró en la Universidad de Guadalajara desde 1976 hasta 2004, en el área administrativa del entonces Departamento Editorial. Fungió como delegada sindical. Una de las vivencias más importantes para ella fue su participación en la primera Feria Internacional del Libro.

No estudié en la Universidad de Guadalajara. Estudié una carrera corta de contador privado. Un día me encontré a un amigo de mucho tiempo y me preguntó si no sabía de alguien que pudiera ser su secretaria, ya que él estaba dentro de la Universidad. Le propuse a mi hermana, que tenía dieciséis o diecisiete años y había estudiado programación de computación. Así, mi hermana empezó a trabajar en Obras y Proyectos en aquel tiempo. Por mi parte, yo seguí en un fideicomiso federal, pero cuando entró como presidente Luis Echeverría cerró el fideicomiso y me quedé sin trabajo. Me dieron una muy buena indemnización y anduve un año de *play girl*.

Un día me habló mi hermana y me dijo que cerca de la casa, en la colonia Olímpica, en el CUCEI, estaban solicitando una persona para trabajar. Entonces estaba fusionándose la imprenta universitaria, que fue como empezó el área donde yo estuve: el Departamento Editorial. En una sola planta estaba todo el personal, incluso el director, solamente divididos por cubículos, enfrente de las ingenierías: civil, mecánica y otras.

Fui y de inmediato me quedé, con un horario de cuatro horas nada más. Entré al área administrativa. Ya tenía experiencia porque era una mujer treintona y con práctica. En ese tiempo, 1976, era director Juan Solórzano Anguiano, que fue el primer director cuando se fusionó la imprenta universitaria con el departamento, y que permaneció en el cargo hasta 1979. En ese entonces era rector Enrique Zambrano Villa.

Las cosas caminaban normalmente y el departamento se siguió construyendo. Éramos aproximadamente setenta u ochenta personas, medio amontonadas. Después de Solórzano llegó Genaro Cornejo García. En ese tiempo, fue una sorpresa para mí cuando unos compañeros me lanzaron como candidata para secretaria femenil en el sindi-

cato, que se había fundado en 1978 por Daniel Caballero Encinas, me parece. Éramos muy borloteros. Perdí, pero no me importó porque yo no sabía nada de política, lo hice porque ellos me impulsaron, en particular un compañero que se llamaba Raúl Arias, quien me preguntó si quería ser candidata cuando ya tenía hecha toda la propaganda: lápices, plumas, volantes con mi nombre. Ésa fue una de las primeras experiencias gratas en la Universidad.

Estuve muy contenta cuando estaba en el CUCEI porque trabajaba entre puros jardines y jóvenes estudiantes. Además, los fegistas y pistoleros también eran muy alegres y bullangueros. Hacíamos nuestras fiestas en los jardines. Asimismo, me tocaron balaceras de los fegistas. Cuando se fue el licenciado Genaro se quedó como director Antonio Chávez Anaya. Con él fue un trabajo normal, de rutina.

La función de la editorial era la parte cultural de la Universidad, un trabajo muy bonito. Había muchos departamentos: el libro en original pasaba a corrección, después se transfería a las computadoras, volvía a pasar a corrección y luego a diseño, a diseñar portadas, y de ahí a impresión y finalmente salía el producto. Era magnífico, me encantaba mi trabajo, aprendía y leía, teníamos muy buenos libros.

Cuando estaba el licenciado Genaro me tocó el gusto enorme, junto con otro compañero, Antonio Venzor, que todavía está dentro de la Universidad, de ir a la primera Feria Internacional del Libro (FIL). Llevamos los títulos que teníamos. Creo que todavía no había países invitados porque fue la primera feria, aunque estuvieron aquí del Palacio de Minería de México. Fue una vivencia muy grata que me dejó muchos recuerdos. Me considero un granito de arena en la fundación de la FIL.

A Raúl Padilla ya lo conocía porque desde que fue presidente de la FEG iba mucho con nosotros al Departamento Editorial. Era una persona, debe de seguir siéndolo, muy generosa, siempre estuvo buscando la superación de la Universidad y siempre se pasó muchas navidades, yo creo que todas las que pudo, con nosotros. Nos volvimos a ver en la FIL y fue un gusto saludarlo. Cuando te encuentras a una persona que conoces de hace mucho tiempo es maravilloso, algo muy bonito.

Con Chávez Anaya seguimos asistiendo a la FIL, y durante su periodo parece ser que no hubo hechos muy destacados. Él seguía imprimiendo libros.

¿Hubo algún libro al que usted le tuviera un cariño especial?

Sí, varios. Había controversia con muchos de la FEG porque querían sus trabajos así de ya, y si no se los teníamos, así nos andaba yendo.

Presionaban mucho y amenazaban, querían sus trabajos en doce horas. ¡Oye, pues no!

Durante el periodo de Chávez Anaya hubo dos o tres muy importantes: uno del arquitecto Zambrano Villa, un libro de arquitectura de lujo, ha de haber tenido unas quinientas páginas de todo el historial, con pasta gruesa, en papel couché, un papel brillante. Fue uno de sus primeros libros, no me acuerdo del título. Otro libro fue el de *Memorias de la Nueva Galicia*, que tenía mapas desde que llegaron aquí los españoles y de todo lo que habían recorrido en su travesía por el mar buscando las Indias. Cómo habían descubierto primero Santo Domingo y luego Puerto Rico y Veracruz, muy interesante.

Un libro más que recuerdo es el del hijo del pintor José Clemente Orozco, el ingeniero Clemente Orozco hijo. Nos traía en friega a todo el personal porque nos puso a trabajar y tuvimos que sacar alrededor de trescientas bibliografías. Yo estaba ahí casi de día y noche: que aquí no está bien, que aquí está mal. Me invitó a su casa para que le aclarara cómo se hacía una bibliografía, vamos a consultar bibliografías, libros, a ver la historia de mi papá, los años que vivió, porque parece que le tocó parte de la revolución de Emiliano Zapata. Él no lo reconocía, pero también fue una parte muy interesante de la vida de su papá. Ésos son libros que te dejan huella.

¿Siempre estuvieron en CUCEI?

Estuvimos ahí hasta 1994, más o menos. A mí me dio tristeza cambiarnos de lugar porque era un sitio muy agradable, estábamos rodeados de jardines, del Coliseo Olímpico, el deportivo, el estadio y la alberca olímpica. Podías caminar tranquilamente. El licenciado Genaro implantó los sábados, para estimularnos, un proyecto de deporte para los hombres y, para las mujeres, actividades que nos gustaran, como tejer o bordar. Después de que finalizaban esas actividades creativas y recreativas comíamos y convivíamos mucho. Los muchachos se echaban sus cervezas y nosotras también, una que otra.

Un día, durante las elecciones para delegado sindical, estaba yo sentada entre los libros leyendo los títulos, distraída completamente, porque a mí no me llamaba la atención, no me preocupaba quién quedara. Entonces me dijo un compañero: «Oye, levántate, te están nombrando». Respondí: «¿A mí? ¿Para qué?» «Para subdelegada sindical». Me levanté y me preguntaron si aceptaba. Pregunté qué hacía una subdelegada sindical. «Nada más sustituir al delegado cuando no está». ¿Cuáles eran las funciones del delegado? Resolver problemas entre el

sindicato y los trabajadores. Yo la vi fácil, pero resulta que el delegado fue dejando a un lado su cargo y me encomendaba más tareas.

Al principio no hubo muchos problemas, pero después sí hubo algunos conflictos fuertes entre los jefes y los trabajadores. Fui tratando de solucionar algunos, por ejemplo, instalamos teléfonos públicos. Yo observaba que muchos de mis compañeros en la imprenta eran alcohólicos y de preparación escasa, entonces conseguí que les dieran orientación con un muy buen psiquiatra que teníamos en la Universidad, en el Departamento de Psiquiatría, de mucho prestigio, el doctor Carlos Corona. Él accedió muy amablemente y con sencillez a darnos charlas, a veces una vez por semana, otras cada quince días. Estuvo yendo quizás unos seis meses, no sé si funcionó.

De igual modo, cuando yo estuve como subdelegada sindical conseguimos otro horario. Yo entré trabajando cuatro horas, medio tiempo, y con el paso de los años se nos emparejó a todos a ocho horas de lunes a viernes, y cuatro los sábados. Tuve mucho contacto con el secretario general del sindicato para que nos dieran otro horario a petición de los compañeros diseñadores y correctores, cuyo oficio en ese tiempo era una especialidad, pues se sentían el *plus* de la Universidad y empezaron a hacer presión para que les pagaran más. En aquel entonces, en la empresa privada un diseñador ganaba entre doce y quince mil pesos. Logramos que en lugar de mayor sueldo se les rebajara tiempo, nos quedamos con un horario de seis horas.

Desde 1981 nos prometieron a todos los empleados de la Universidad un aumento de sueldo, entonces era secretario del sindicato Adolfo Díaz Moreno. No obstante, pasaron ocho meses y no llegaba, sólo recibimos un oficio del secretario general en el que se nos informaba que pronto tendríamos nuestro aumento, pero pasaba el tiempo y éste no llegaba. A los diez meses se reavivó la inquietud y el delegado de plano se descargó en mí. Yo estaba a vuelta y vuelta al sindicato para saber cuándo se aplicaría el incremento. Casi al año recibimos un oficio que notificaba que al día siguiente aparecería ya en la nómina, con retroactivo a partir de enero, pero no fue verdad.

El secretario general no sabía con quién se metía. Los compañeros, algunos de ellos muy bravos, políticos, aguerridos y atrevidos, de inmediato convocaron a una reunión. A la primera que llamaron fue a mí. Les dije que yo no era delegada y me respondieron que iba a fungir como tal: «Esto es una burla de la Universidad, del secretario general del sindicato; no somos unos tontos y no vamos a permitir que esto suceda. En este momento nos organizamos». Chávez Anaya

era director y Enrique Alfaro rector. En ese mismo momento, seis u ocho compañeros decidieron actuar. Escogieron a los que tenían carro para ir a dependencias alejadas del CUCEI, otros hicieron pancartas de protesta. Uno de los compañeros empezó a hablar a todas las dependencias para estimular a los trabajadores a que se comunicaran con su delegado sindical: «Mira, cuánto tiempo tienen prometiéndonos el aumento, es una burla, ve el oficio que nos llegó, no sé si a ustedes les llegó el oficio».

A las dos de la tarde la Universidad entera estaba parada. En el Departamento Editorial apagamos máquinas y detuvimos todos los trabajos, y afuera colocamos pancartas rojas: «Estamos en huelga, nos paramos por la informalidad, la poca palabra del secretario general [...] No vamos a continuar trabajando hasta que se nos resuelva el problema». Como a las tres de la tarde nos habló el rector: «Muchachos, por favor, vénganse, vamos a platicar». Nombraron una comisión a la que tuve que ir como delegada sindical. Fuimos ocho compañeros a Rectoría y estuvimos platicando con el licenciado Alfaro. Yo me puse medio brava porque era sistemático que los políticos hablaban y hablaban, y a ti no te dejaban decir nada, pero que se me sube lo Tello y que le manoteo en la mesa para exponerle: «Bueno, señor rector, ahora nos toca hablar a nosotros. Tanto tiempo que nos han estado prometiéndolo, nosotros estamos trabajando, el sueldo que tenemos no es el correcto, somos una dependencia especializada porque es la cultura de la Universidad de Guadalajara». Él solucionó el problema y a la siguiente quincena nos llegó nuestro aumento, y retroactivo.

En 1987 entró otro director muy capaz, una persona muy especial que había sido asistente del arquitecto Zambrano Villa. Era el arquitecto Serapio Pérez Loza, y su secretario también era arquitecto, Fernando Jurado. Llevaron muy bien la dependencia y le dieron una imagen de arquitectos, muy agradable, muy grata, muy creativos, con un trato muy refinado. Era otro mundo con ellos, aunque duraron poco. A mediados de 1988 se eligió a Raúl Padilla como rector y con él, en 1989, entró su equipo: el licenciado Gabriel Vallejo, también una experiencia muy agradable. Era una persona muy activa, sobre todo para la FIL, estuvo con nosotros hasta 1994, más o menos. Hubo años en que sacábamos hasta dieciocho o veinte títulos nuevos para la Feria. Con él empezó a subir mucho, había gente muy preparada. El departamento estaba compuesto por gente muy preparada, salvo la parte administrativa y los impresores, que no éramos tan preparados, pero los diseñadores, tipógrafos y correctores, mis respetos.

¿Qué satisfacciones le brindaba trabajar en la Universidad?

En primer lugar, era un trabajo que me gustaba mucho. Cuando estuvo el licenciado Genaro, me encargaba actividades para conocer material editorial de otros países. A mí y a otra compañera de confianza nos dejaba organizar las actividades. Me encantaba porque me movía mucho: ir al lugar donde va a ser, cuántos días, quiénes vienen, lo mismo con la FIL. Cuando se acercaba la Feria el departamento era una locura, porque todo el personal, no nada más el administrativo, sino los diseñadores, correctores, usaban los teléfonos a toda su capacidad, ya les salía humo a los pobres teléfonos en la administración. Quién hacía las reservaciones de los hoteles para los extranjeros, quiénes venían, de qué países, cuál era el país invitado, bueno, todo lo que significa el movimiento de la FIL. Cuando llegaban los invitados extranjeros no sólo traían su material editorial, sino materiales típicos, a veces artesanías, plantas, pulseras o aretes.

No me gustaba mucho ser delegada sindical, pero me lo dejaron y ni modo, tuve que entrarle y hacerme responsable. Esto me enseñó muchas cosas: cómo manejar personal, cómo tratar los problemas, incluso hubo quienes me amenazaron. Por ejemplo, los muchachos que se alcoholizaban. Después de haber conseguido un horario de seis horas, nos dieron treinta minutos para desayunar. Muchos se salían a desayunar y no regresaban sino hasta las doce o una de la tarde con sus cervezas, con ellos tuve problemas muy fuertes porque los amonestaban, les quitaban días, los mandaban a descansar a sus casas y eso no les gustaba. Me pedían que los ayudara y yo les respondía que no, y que si yo tuviera autoridad en la Universidad ya los habría corrido. Era un abuso lo que hacían. Me empezaron a amenazar, que me iban a meter zancadilla y a golpear, que cuidara mis pasos. Un día fui con el secretario general y le dije: «Aquí le dejo su cargo, ya no quiero ser delegada sindical».

Yo nunca falté con el pretexto de que era delegada sindical, nunca se me dio un vale de gasolina, porque yo traía mi carro. Mi familia es pequeña, mi hermana ya estaba dentro de la Universidad y un hermano laboraba en la empresa privada. Nunca metí a un familiar mío a trabajar a la Universidad. Cuando fui con el secretario le expliqué que estaba recibiendo amenazas y muchas majaderías. Me contestó que le comentaría al rector lo que estaba pasando. A los cuatro días llegó el secretario general con unas quince personas, empistoladas, y convocaron a todo el departamento: «A ver, hemos recibido una queja de la delegada sindical de que está ocurriendo esto y esto... Si hay problemas con ella, quien tenga ahorita que decirle algo, que lo diga». Nadie se animó más que uno solo, el hijo del fundador

del sindicato. Yo me defendí y dije que teniendo un horario tan flexible y un trabajo muy tranquilo, en el que sólo había presión durante la FIL, vergüenza les debería exhibir ese comportamiento.

Cuando la Universidad descentralizó muchas dependencias, en 1994, también se consideró la nuestra. A mí me dio mucha tristeza pues yo estaba muy a gusto allá. Nos cambiamos a Calderón de la Barca. La Universidad rentó una casa, hicieron recorte de personal y los indemnizaron, aunque algunos ingresaron otra vez y todavía están trabajando en la Universidad, así, ¡se quedaron con la indemnización y con el trabajo! Después de Vallejo, entró el doctor Armando Zacarías, que estuvo unos tres años, de 1994 a 1998. Al dispersarse el departamento fuimos quedando pocos, luego se integraron los parauniversitarios.

Yo estuve en la Universidad hasta 2004, pero sigo en contacto con algunos compañeros. Me los he encontrado y a otros los llamo, hemos organizado reuniones muy gratas, que me dan mucha alegría, recuerdos muy bonitos. Yo quiero muchísimo a la Universidad de Guadalajara. No tuve ningún problema fuerte ni con jefes ni compañeras. Me pensioné por enfermedad, no porque tuviera ganas de salirme. Batallé para conseguir mi pensión, no me la querían dar porque no tenía la edad, y además empezó a cambiar el sistema en la Universidad de manera drástica. Finalmente, conseguí mi pensión y recuperé mi salud.



PREPARATORIA DE JALISCO



El ser humano no tiene límites

Juan Rosales Corona

Estudió cuatro carreras en la Universidad de Guadalajara: Químico farmacobiólogo, Médico veterinario, Filosofía y Sociología. Se ha desempeñado en el sector privado, en hospitales como el Santa Margarita y el del Carmen, así como en el Hospital Militar y el ISSSTE, en donde ha ejercido su profesión de químico.

¿Cuándo fue su primer acercamiento a la Universidad de Guadalajara?
¿Estudió ahí o dio clases?

En mis tiempos nada más había dos preparatorias. En 1960 ingresé a la Universidad de Guadalajara, en la preparatoria número 1. La Universidad me ha dado mucho, yo me siento comprometido a dar un poco de tanto beneficio.

Cuando entró a la preparatoria, ¿se acuerda de lo que pensaba?

Desde la secundaria ya tenía elegida mi carrera, quería estudiar Ingeniería química, pero en la preparatoria el profesor de psicología me dijo: «No le conviene estudiar ingeniería porque México actualmente no es un país desarrollado, no está industrializado, usted no va a encontrar empleo. Yo le aconsejo que estudie para químico farmacobiólogo». Eso estudié. Mi carrera me dio gran satisfacción. Si yo volviera a nacer, la estudiaría de nuevo. Yo creo en la reencarnación, me fundamento en lo que conocí de las leyes naturales.

¿Cómo fue su paso por la preparatoria? ¿Cuáles fueron sus experiencias?

Tengo muchas, muy bonitas. En la preparatoria había un compañerismo que actualmente ya no veo. Ha cambiado toda la psicología estudiantil, no es la misma que antes. Ahora los jóvenes necesitan buena orientación, en aquel entonces los jóvenes nos dedicábamos, le entrábamos duro al estudio, con mucha fe. Yo tenía que trabajar para poder sostenerme y, aun así, en todo momento trabajé y estudié. Fui de los últimos, de los de más bajas calificaciones, porque no me ajustaba el

tiempo, pero yo le echaba ganas al estudio, tenía fe, tenía la esperanza de realizarme como químico. No me iba bien en matemáticas pero así, con todo mi esfuerzo, terminé la carrera.

¿Qué recuerdos tiene del CUCEI, de sus profesores?

La Universidad de Guadalajara no le pide nada a ninguna universidad del mundo porque tiene buenos profesores. Teníamos profesores especializados que habían estudiado en Alemania y en Estados Unidos. Ellos nos transmitieron mucho de sus enseñanzas. Conozco muchos jóvenes a quienes no les interesa y les digo que se pongan a estudiar, que la Universidad tiene hasta carreras virtuales. Ya son otros tiempos y ahora hay facilidades para todo mundo.

Siempre quise seguir estudiando, pero no pude. Yo quería estudiar la maestría y el doctorado en Bioquímica. Trabajé en cuatro instituciones al mismo tiempo, no por obsesión por el dinero, sino porque me solicitaban, día y noche.

Por lo mucho que recibí, me siento comprometido. Siempre quise trabajar en la docencia, enseñar, pero Dios no me dio licencia de enseñar química, porque es tan fácil que todo mundo puede comprenderla.

¿Le costó trabajo pasar alguna materia?

Al llegar al tercer año, porque antes eran anualidades, nos tocó una profesora que gozaba de buena reputación pues se había doctorado en Alemania y ella tenía la última palabra. Siete alumnos, no sé por qué motivo, estábamos rezagados con ella y nos decía: «Por mí, no van a salir de esta facultad». Nosotros pensábamos: Bueno, pues vamos a ver. Ya nos sabíamos de memoria el libro de texto de Fisher, por ejemplo, la tensión de las aminas terciarias sin pasar por este proceso, o pasando por este proceso. La actitud de ella me hizo reaccionar positivamente. Por fin, cuando se cansó de tanto tenernos ahí, pasamos, yo ni lo creía. Terminé la carrera e hice mi tesis.

¿Sobre qué fue su tesis?

Acercas de cómo teñir los tejidos de órganos. Por ejemplo, extraen un órgano en una sala de operaciones y el médico especialista, el patólogo, saca muestras, me las entrega a mí, las proceso y las pongo en laminillas para su estudio microscópico. Ése fue mi trabajo durante diez años. La tesis la realicé durante un año y me titulé. Después empecé a trabajar en distintos lugares: el Hospital Militar, el sanatorio Santa Margarita, el Hospital del Carmen y el ISSSTE.

¿Hacia lo que investigó en su tesis?

¡Sí! Por ejemplo, teñir los tejidos para que se vean exclusivamente los depósitos de uratos, de ácido úrico. Esta especialidad se llama histoquímica, técnicas sintoriales. Se tiñen las fibras elásticas con la técnica gallega, es todo un arte. El teñido ayuda mucho a la medicina. Desde luego que la histología tiene que apoyarse en los resultados de un estudio tisular a través de los patólogos.

¿Qué vino después?

La Universidad da armas para que uno las maneje, instrumentos, el capital humano que le llaman. Después de esa carrera, mis padres decían: «Ya tenemos un químico, ahora queremos un médico, aquí en la casa hace falta un médico». Presenté la solicitud en la Facultad de Medicina, pero me rechazaron por mi bajo promedio, llevaba un 85 y se requería de 90 para arriba. Entonces ingresé en la Autónoma, pero no me gustó, porque su plan de estudios no se compara con el de la Universidad de Guadalajara, es muy pobre. Duré un semestre y no me explicaba cómo era posible que estuvieran enseñando con tan poca calidad académica. Sin embargo, lo que yo quería ser en verdad era médico veterinario, después de la química, y Dios me dio licencia y me concedió estudiar esa carrera.

Cuando aún estaba la facultad en Ramón y Cajal terminé la carrera y la ejercí muy poco tiempo en una clínica ubicada en la avenida Unión, que cerró porque el dueño se fue a vivir a Inglaterra, de donde era su esposa. Desde entonces no trabajo como médico veterinario, sólo en casa, adonde llegan mis vecinos: «Oiga, mi gatito, oiga, mi perrito». Yo los atiendo y no les cobro nada, soy médico de corazón veterinario.

Como disponía de tiempo, entré a estudiar Filosofía. ¡Cuántas cosas le enseñan a usted! La forma de pensar del ser humano desde que el hombre existe hasta la actualidad. Cinco años de la carrera... A mí lo que me impactó fue el pensamiento de los griegos, y entre ellos Aristóteles; también Marx, Descartes y Freud.

Así que tiene tres licenciaturas.

Sí. Mire, la verdad es que yo hice mi tesis de veterinario en el rancho Los Gavilanes, en el establo San José del padre Orozco —la mejor leche que aquí se produce y la llevan al seminario, tienen instalaciones muy modernas. Terminé mi tesis, titulada «Búsqueda de linfocitosis en un hato lechero», pero no hallé linfocitosis —leucemia—, hice rastreos y

no los encontré en las vacas. Yo no me sentía satisfecho: presentar una tesis y no encontrar lo que buscas resulta insatisfactorio. En esos días murió mi director de tesis, el doctor Aquiles Merlus. Tuvo un accidente en carretera, se le atravesó una vaca y, por no matarla, se volteó y se fue a la cuneta, eso me impresionó mucho. Con una tesis que no me gustaba y mi director de tesis muerto, ya no me titulé. Pensé: «El título qué me va a dar, si ya tengo el título de químico». Me quedé como pasante de médico veterinario.

Como veterinario, aclaré muchas dudas con Aristóteles. Él estudió la naturaleza y no ha habido pensamiento tan perfecto como el griego ni habrá, porque en aquel entonces el ser humano llegó al máximo desarrollo intelectual. Ahí fue cuando me di cuenta de que los animales no son tan animales, son semejantes al ser humano. Siendo veterinario, hacía el enlace entre mis conocimientos de veterinaria y la filosofía de Aristóteles. Los animales, de cualquier especie, son hermanos del hombre, por eso san Francisco de Asís decía: «Mi hermano el lobo». La carrera de Filosofía me aclaró muchas dudas.

¿Por eso decidió estudiar Filosofía?

Sí. Salí en 1977 de médico veterinario y duré mucho tiempo sin estudiar, fue en 1991 cuando ingresé a la carrera de Filosofía.

¿Qué diferencias encontró entre estudiar una carrera y otra? ¿A qué retos se enfrentó?

Muchísima diferencia. Cuando entré a Química era mucho cálculo. En aquel entonces no había muchas facilidades, ahora hay computadoras y calculadoras. Nosotros teníamos que resolver miles y miles de problemas de física, química, físico-química, pero con el apoyo de una regla de cálculo. En nuestros días, todo se reduce a apretar botones y ya. El mundo de ahora es mágico. Si me hubieran contado en aquellos años lo que estamos viviendo no lo habría creído. Lo que nosotros hacíamos en una marcha analítica que duraba hasta diez horas, ahora con el sistema de códigos nada más pone usted la muestra y le da de cien a trescientas determinaciones en tres minutos. Otro ejemplo de avance es la Universidad Virtual.

De mis compañeros de la carrera de Filosofía, muchos de inmediato se fueron a Leyes o a otras carreras, y no hicieron caso de tesis pues ya había modalidades de titulación. A mí me hubiera gustado una tesis sobre los griegos, por ejemplo, una comparación del pensamiento entre dos filósofos, pero decidí mejor estudiar la carrera de Sociología.

¿Después de Filosofía?

Sí, porque creía que yo llevaba armas para la sociología, pues me gustaban, por ejemplo, Durkheim y Weber. El pensamiento filosófico de los alemanes me maravilla.

Así que tiene cuatro licenciaturas, ¿verdad?

Sí, Químico farmacobiólogo, Medicina veterinaria, Filosofía y Sociología, aunque no he podido hacer la tesis de Sociología. Me hubiera gustado diseñar un plan de estudios para la facultad, porque no estaba satisfecho con el que yo llevaba, dejaba mucho que desear, muchas materias que no tiene caso estudiar. Un sociólogo es un psicólogo de masas, y no nos dieron nada de psicología ni tampoco antropología.

También terminé la carrera técnica de pintor en la Escuela de Artes Plásticas, fueron seis semestres.

¿En qué le ha servido todo lo que ha estudiado?

Como satisfacción personal, como apoyo, en mi familia. Me casé grande y tengo dos hijos hermosos. Mi esposa era veinte años menor que yo. Por eso, la vida no me debe nada. Dios fue mi apoyo y la Universidad de Guadalajara, mi Alma Mater.

A su paso por diferentes centros universitarios y en distintas etapas, ¿cómo ha visto la evolución de la Universidad?

Ha cambiado mucho. El avance tecnológico se da a pasos agigantados, pero, irónicamente, el hombre avanza también hacia su propia destrucción. Un ejemplo es el mundo cibernético: los jovencitos se la pasan en la computadora y ¿qué es lo que pasa?, se están destruyendo porque no hacen caso de comer ni dormir, incluso ya hay clínicas para curar la ludopatía. Tenemos también las armas químicas, tan poderosas. Las armas químicas ya no son de hidrógeno, ahora mezclan sales de fósforo y son potentísimas, queman seres humanos y los dejan hechos polvo. En ese sentido, el avance tecnológico permite que el hombre se destruya. Cuando nos dan el título, nos hacen jurar que los conocimientos que nos ha dado la Universidad nos sirvan para el bien de la humanidad, de no ser así, que la sociedad nos lo demande. Esto debe ser así en todas las carreras.

¿Alguna otra anécdota, algún recuerdo?

¡Dios mío! Muchos compañeros ya no están, ya murieron. Dice uno, la muerte no existe. En lo particular, yo creo que la muerte no existe,

es una transición: tu cuerpo muere y se pudre o lo incineran, pero tu esencia sigue en otro plano, no la vemos, pero ahí está. El *Topos Uranus* del que hablaban los griegos, como Platón.

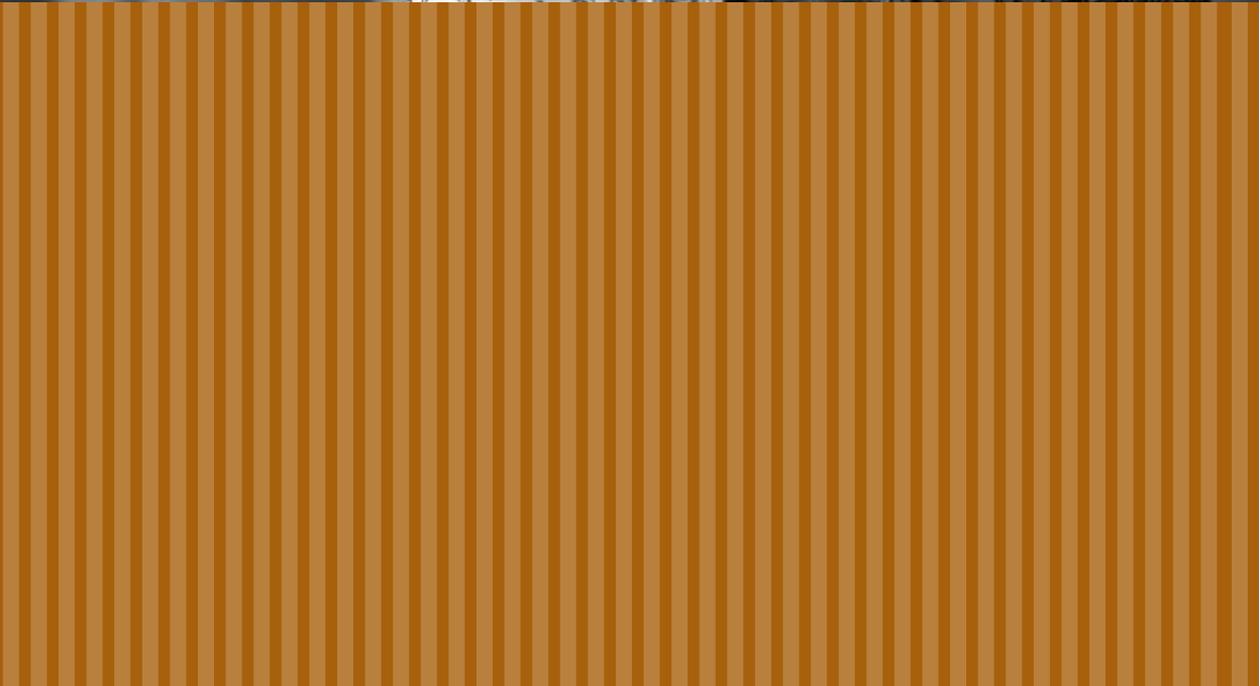
El hombre nunca puede estar solo, siempre tiene que vivir en sociedad, conviviendo unos con otros, ya sea religiosamente, con la familia, los hijos o la pareja. La vida es bella, no cabe duda y tiene muchas satisfacciones.

Por último, ¿cuáles son sus inquietudes en esta etapa de su vida?

Quisiera formar parte de un consejo que infunda ánimos a los jóvenes para que le echen ganas. El ser humano no tiene límites. La Universidad de Guadalajara tiene las puertas abiertas para estudiar.

CRÓNICAS

Memorias en papel



Estas teclas que ves*

Elda Castelán Rueda

En 1984 se incorporó a trabajar en la Universidad de Guadalajara, institución en la que laboró durante casi veintisiete años, con nombramientos y trabajos administrativos y académicos, como maestra. Diseñó cursos y materiales; impartió cursos y charlas sobre redacción, y publicó un manual para documentos de oficina.

El tiempo es un misterio profundo.

La historia de la vejez y de lo viejo es compleja.

Arnoldo Kraus

En la década de los sesenta la tele se veía en blanco y negro, en Guadalajara no había ningún túnel vehicular, Las Fuentes era un fraccionamiento campestre, la *pizza* no se conocía y yo vestía minifalda. En esa época estudié la carrera de secretaria ejecutiva bilingüe en una escuela particular durante tres años. Acabábamos de llegar de Xalapa, y yo fui la única de mis hermanos que no quiso estudiar una licenciatura en la Universidad de Guadalajara, pues ninguna me atrajo. Nunca he estado peleada con los libros de grandes autores ni con las lecturas de artículos y ensayos inteligentes. Soy autodidacta. Trabajé para la iniciativa privada (IP) desde los quince años de edad. Me casé muy joven y, durante unos años, me dediqué a las labores de la casa y a educar y cuidar a mis dos hijos. Así se acostumbraba, sobre todo en Guadalajara, y en la IP, si una mujer anunciaba su matrimonio le pedían su renuncia.

En los comienzos de los años ochenta, cuando María Esther Zuno de Echeverría (nótese el «de» que debían portar las mujeres «dignamente casadas») había ayudado a las mujeres a «liberarse» pero un amplio sector de mujeres casadas aún continuaba preocupándose sólo por organizar reuniones con las señoras del *tupperware*, así que yo decidí regresar al trabajo en las oficinas. Me sentía segura de seguir orga-

* El título me lo inspiró Jorge Ibarguengoitia (*Estas ruinas que ves*), de quien aprendí a utilizar la ironía, sobre todo para la burocracia.

nizando a mi familia y trabajar como medio de crecimiento personal. Ya había aprendido a cocinar y las conversaciones en torno al lavado de ropa no me satisfacían. Mis hijos eran preadolescentes, podían ir y venir solos a la secundaria y yo tenía más tiempo «libre». Primero regresé a la IP, después opté por entrar a trabajar en la Universidad de Guadalajara por la comodidad del horario (de 9 a 15 horas en todas las oficinas administrativas). Nunca imaginé que la UdeG llegaría a ser mi casa fuera de casa durante casi veintisiete años.

¿Y la Sala Juárez *apá*?

En los últimos días de junio de 1984 llegué a trabajar al Edificio Cultural y Administrativo de la UdeG, sito en la avenida Juárez 976. Años después le quitaron lo cultural y quedó como Edificio Administrativo. En sus dos espacios culturales (el piso 2 y el *lobby*) disfruté exposiciones, recitales, conferencias, proyecciones de cine (el Cineforo se inauguró en 1988) y hasta un concurso de platillos de hongos en el cual participó uno de mis hijos. Además, en la explanada del edificio se celebraban conciertos con artistas nacionales y extranjeros, todo de manera gratuita. La justificación para quitar los espacios culturales fue que... ¡llegaron las tecnologías! Hoy el piso 2 corresponde a la Coordinación de Tecnologías de Información y en el *lobby* se encuentran los servidores y las oficinas que manejan redes y telecomunicaciones. Me pregunté: ¿Y el placer de la cultura gratuita que ofrecía la Universidad irá a desaparecer por completo?

En esa época el inmueble estaba casi nuevo, tenía tres años de construido, aunque recuerdo que lucía descuidado y mi impresión al entrar fue de desagrado, quizá porque afloró mi subconsciente al recordar que en ese mismo lugar, años atrás, asistía a disfrutar recitales en la Sala Juárez del maravilloso edificio que albergaba la Escuela de Música y la de Trabajo Social. Éste fue demolido en una noche... Si eso sucedía con edificios «protegidos» de una institución educativa, ¿que más seguía? Nadie supo... Cuando se abrió el elevador en el piso 8 (Intercambio Académico), adonde acudí para una entrevista, la angustia me sorprendió. El ruido formado por el rumor de tantas voces, el sonido de las teclas de las máquinas de escribir y los timbres de los teléfonos que eran como alarmas provocaba un ambiente desaparecible.

La oficina ochentera

Una vez pasada la primera impresión me di cuenta de que el mobiliario era moderno. En otras oficinas gubernamentales todavía se usaban los muebles metálicos, pero en la UdeG los escritorios, archiveros, portapapeles, portalápices y hasta los botes de basura eran de madera color natural, pero cuando entré por vez primera y observé las docenas de escritorios acomodados en hileras, unos enfrente de otros, rodeados de otras docenas de archiveros altos (tres o cuatro cajones) y el humo de los cigarros que formaba un ambiente gris... me causaron pánico, pensé: esto es la burocracia.

Los equipos de oficina eran pocos pero más voluminosos que ahora, algunos mecánicos y otros eléctricos: máquinas de escribir, una cafetera eléctrica y una sola fotocopiadora, ambas de uso casi exclusivo para el titular, teléfonos (sólo dos líneas por dependencia) con discos para marcar; las secretarías que tenían una extensión telefónica eran contadas. Aun en estas condiciones, nunca faltaban las personas inconscientes colgadas a las bocinas durante largos minutos en pláticas vanas. Junto a algunos teléfonos se leían letreros que decían: «El teléfono sirve para acortar distancias, no para alargar conversaciones», o el clásico: «Sea breve». El titular de la dependencia y su secretaria tenían unos teléfonos con dos botones en la parte superior, por medio de los cuales él solicitaba una llamada o ella le preguntaba si podía recibir equis llamada. Este tipo de teléfono, la oficina enorme y los escritorios enormes eran símbolo de estatus. ¿Continúa el tamaño siendo símbolo de poder?

El área administrativa tenía dos relojes *checadores*: uno para registrar en unas tarjetas especiales las entradas y salidas del personal, y otro para registrar la hora en que se recibían los oficios, un par de calculadoras eléctricas, un carrusel donde se colocaban como cinco o seis sellos y una protectora manual de cheques. En ese momento eran oficinas modernas y trabajar ahí era el sueño de muchos. Además, la cercanía con el edificio de Rectoría no estaba de más, ni el posible contacto con funcionarios, pues *a quien buen árbol se arrima...*

Mi entrada «triumfal»

Después de la entrevista me informaron que debía realizar todos mis trámites ante el sindicato y presentar un examen en Bolsa de Trabajo. Me sentía muy segura, pues apenas había dejado la iniciativa privada.

No obstante, al presentarme en el sindicato fue espantoso, me ningunearon; el personal que trabaja en los sindicatos siempre se ha sentido poderoso. ¿Por qué, si son las personas más maleducadas de la institución? Lo primero que me preguntaron fue mi edad (treinta y tres años); el tipo buscó en los lineamientos y me dijo que estaba a punto de no ser aceptada por ese motivo. Las secretarías debían ser jóvenes...

El examen me pareció como un juego. Supuestamente, evaluaban tres habilidades: mecanografía, archivo y ortografía. La evaluación consistió en escribir un oficio en una máquina mecánica (lo común eran ya las eléctricas), ordenar alfabéticamente unas tarjetas maltratadas y sucias y, por último, escribir una lista de veinte palabras dictadas. Este examen se venía aplicando desde hacía varias décadas y lo siguieron utilizando otros quince años después de que yo ingresé. A finales de los años noventa formé parte de la Comisión Mixta de Ingreso y Escalafón; entonces pude promover el cambio en la forma de evaluar al personal administrativo que aspira trabajar en la UdeG. La modernidad se tardó en llegar... o a lo mejor se prefería que no llegara.

Secretarías, ¿seres en extinción?

Cada secretaria, según el área, tenía actividades diversas. Las primeras que yo desempeñé en la institución consistían en el manejo de oficios, contratos, nómina —que era confidencial—, inscripciones al IMSS y la documentación del personal de esa dependencia, todo archivado en forma tal que quien llegara pudiera ponerse al tanto en un día. Además, controlar las llamadas de larga distancia, pues era complicadísimo y carísimo; había que solicitarlas al conmutador, que estaba en otro piso, y, por ejemplo, enlazar una llamada a la UNAM era un verdadero triunfo. También se hizo necesario empezar a controlar las copias que, por la novedad, empezaban a sacarse sin ton ni son. Aun así no faltó el «chistosito» que fotocopió su mano con una seña obscena y la hizo circular por toda la oficina.

Antes de retirarnos, quienes utilizábamos máquinas de escribir eléctricas debíamos quitarles el cable y las «margaritas» o «bolitas» por medio de las cuales se imprimían las letras, y cubrirlas con sus fundas. Quizá para que no desaparecieran o corrieran la misma suerte del primer teléfono con botones para marcar que se adquirió, rojo, liviano y delgado para aquellos entonces, fue un lujo que duró muy poco. Un día amanecieron los puros cables, alguien «muy listo» los cortó y se apropió el nuevo aparatito.

Todo esto viene a cuento porque en aquellos ayer una secretaria estudiaba una carrera específica para desempeñar su puesto. En la actualidad, las secretarías son seres en extinción (la UdeG las designa como auxiliares administrativos), quizá por lo mucho que se les ha menospreciado. No me sorprendería que al rato inventen que decir secretaria es discriminatorio o políticamente incorrecto; ahora prefieren llamarse asistentes y la mayoría son licenciadas en Psicología, en Turismo o dentistas. Me pregunto qué tanto pueden ayudarles los conocimientos sobre extracciones de muelas a la hora de llevar el orden que se requiere en una oficina, tomar decisiones, contestar un teléfono de manera adecuada y escribir documentos administrativos. ¿Alguien les enseñó cómo redactar oficios? Otro cuestionamiento que siempre me hice fue: si en la IP la secretaria privada o particular de un ejecutivo hace exactamente lo mismo que las secretarías privadas o particulares en las instituciones, ¿por qué algunas dependencias todavía prefieren hombres y las mujeres con este puesto o se nombran secretarios (así en masculino) o pintan su raya para distinguirse de las demás? ¿Por qué?

¡Llegaron las computadoras!

A principios de 1985 llegó la primera computadora de escritorio al piso 8 del Edificio Cultural y Administrativo. ¿Y por qué ahí? En julio de 1984 se creó el Sistema Nacional de Investigadores (SNI), por tal motivo en ese piso se instituyó el Departamento de Investigación Científica e Intercambio Académico (DICSA). El titular de esa dependencia era joven y con ideas muy innovadoras para su tiempo. Ahí se formó el área de informática. Empezaron a llegar a trabajar (procedentes del extranjero, de la UNAM y del Instituto Politécnico Nacional) maestros de reconocido prestigio, aunque también hubo algunos sin prestigio, extranjeros y nacionales, que se alcanzaron a colar.

Recuerdo que fue todo un acontecimiento cuando un compañero, joven, por supuesto, sacó la computadora de su caja y la acomodó arriba de un escritorio. Como veinte personas alrededor observábamos ese aparato parecido a los que se veían en películas futuristas una década antes. «¿Por qué no hay fotos?», se apresuraría a decir mi nieta adolescente o cualquier otro joven, porque antes no se acostumbraba tomar fotos de todo, como sucede ahora. Nadie cargaba una cámara en el bolsillo ni las oficinas contaban con una, cuyo costo, además, era oneroso debido a que se compraban por separado flashes, rollos y el envío al revelado.



¿Cuántas copias se necesitan?

Los documentos que más se redactaban eran los oficios, pero aun así no se producían las toneladas como ahora. Tal vez porque antes se cuidaba más su redacción y no cualquiera sabía escribir a máquina, menos utilizar papel carbón (dos o tres copias, era lo usual). El manejo del papel carbón tenía su gracia; algunas personas terminaban con los dedos negros y otras hasta la cara manchada por el carbón. Las hojas membretadas se enviaban a imprimir en lo que era el Departamento Editorial (ubicado en el área donde hoy es el Centro Universitario de Ciencias Exactas e Ingenierías, CUCEI); también se les imprimía en la parte superior un «cuadro» que contenía número, sección y asunto, y al margen izquierdo una leyenda que decía: «Sírvese contestar este oficio a más tardar en cinco días». Estas hojas se contaban y se cuidaban con mucho celo.

Los oficios los escribían las secretarías; ellas los redactaban con las ideas de los jefes; otros los dictaban y los revisaban bien antes de firmarlos y, cuando no estaban de acuerdo, los regresaban. Por lo general llevaban dos firmas, director y secretario, la del director se resguardaba con el sello. Los oficios se controlaban con un número que otorgaba la oficialía mayor (o unidad administrativa) de cada dependencia; esos números se anotaban en una libreta (sistema que todavía utilizan muchas dependencias). Los originales se entregaban a los destinatarios dentro de sobres tamaño oficio o los llamados sobres bolsa. Una copia se guardaba en el archivo del área correspondiente y otra en un consecutivo (o minutario), que debía coincidir con la libreta. Se trabajaba sobre la confianza, sin copias de recibido. ¡Qué diferencia de unos años después, cuando las copias de recibido llegaron a ser indispensables! «Asegúrate de que te firmen de recibido», se recalca a quien iba a entregar el documento.

Quizá los oficios eran menos porque, además, se redactaban memorandos (en hojas impresas tamaño media carta) y circulares, aunque tenían diferentes usos; se supuso que ambos documentos los supliría el correo electrónico. Creo que no fue así. También se escribían avisos; en la actualidad se acostumbra fotocopiar los oficios y pegarlos en los tableros donde duran meses... Otro documento usual eran los telegramas. ¿Alguien recuerda la emoción al recibir uno? Su uso comercial y personal era muy común. En el edificio de la actual Biblioteca Iberoamericana Octavio Paz estuvieron las oficinas de Telégrafos Nacionales algunos años; en diez palabras se expresaba lo necesario

para que el destinatario lo recibiera en veinticuatro horas —digamos que era el *twitter* de ahora.

Los primeros centros de investigación

En el DICSА se crearon los primeros centros de investigación de la UdeG. Llamaban mi atención porque en ellos trabajan personas con ideas innovadoras. Además, físicamente eran como «islitas», estaban en lugares nuevos y las reglas las ponía cada titular. Se trabajaba bastante, pero de manera comfortable. El Centro de Investigación y Desarrollo en Lenguas Extranjeras (CIDLE) fue de los primeros; a mediados de 1985 pedí mi primer cambio a este nuevo espacio, que se localizaba en donde hoy se encuentra el Departamento de Lenguas Modernas, dentro del Centro Universitario de Ciencias Sociales y Humanidades (CUCSH). Años antes había sido la sala de cine de la Facultad de Filosofía y Letras. Ahí llegó en ese mismo año una computadora. El titular era un extranjero, como la mayoría de los profesores; por lo tanto, él decidió que la computadora sólo la utilizarían los profesores. Esta regla no duró; una extranjera volcó su refresco en el teclado, éste se dañó y las reglas cambiaron...

Por ser un centro de investigación en lenguas, los equipos no podían ser los mismos de una oficina administrativa. Entre ellos se contaba con una plastificadora, un reproductor de estencil, un reproductor de casetes (reproducía cuatro al mismo tiempo en pocos minutos), una engargoladora y una fotocopidora. Todos estos aparatos estaban a cargo de una persona; eran muy importantes debido a que se empezaba a innovar la enseñanza del inglés; por consiguiente, se requería reproducir algunas páginas de libros y casetes comprados en el extranjero; además, se diseñaban materiales y métodos novedosos.

Mi trabajo consistía en auxiliar a las maestras del Adiestramiento en Inglés, aunque éste dependía de las famosas áreas del Centro Vocacional de Áreas Administrativas y Humanidades (CVAAH); por tratarse de la enseñanza de un idioma se incorporó al CIDLE. Mis tareas eran muy diversas: practicaba un poco mi inglés al orientar a los extranjeros sobre lo que era la institución y a realizar sus trámites, mecanografiaba las listas y las llenaba con calificaciones y promedios para entregarlas a tiempo al llamado Departamento Escolar. Pronto comencé a impartir clases de español y correspondencia en ese adiestramiento. Además, mecanografiaba los exámenes en estenciles (se decía «picar», porque se debía quitar la cinta de la máquina para marcarlos o perforarlos).

Los estenciles eran unas hojas especiales, después de mecanografiarlos, otra persona los reproducía en un aparato con un rodillo que se entintaba. Para ahorrar dinero, una maestra mandaba a hacer unas gelatinas entintadas (un trabajo aún más rústico), todas las reproducciones eran en papel revolución, lo que bajaba el costo. Desde mi casa seleccionaba revistas para recortar fotos que las maestras seleccionaban, después se plastificaban y así diseñaban sus *flashcards*.

El CIDLE contaba con un área de traducción; las traductoras hacían su trabajo a mano, después lo pasaban a una secretaria para que lo mecanografiara, ella lo regresaba a la responsable del área y, si había errores, se repetía. Todos estos trabajos «rústicos» se continuaron realizando durante varios años, quizás hasta principios de los años noventa cuando cambió de centro a escuela.

En fin, tales descripciones justifican la emoción vivida de un cambio radical en nuestros trabajos. ¿Significaba también cambiar en nuestras actitudes? ¿Dónde se aprende eso?

Como pez en el agua

Era el año de 1989 y yo llevaba cuatro años tratando de entender al monstruo de la burocracia. Trabajaba entonces en el Centro de Estudios de la Información y Comunicación (CEIC), donde entré como secretaria del director, quien venía de una estancia doctoral en el extranjero y fue el primero que me enseñó a utilizar la computadora (Word Perfect era el programa para documentos). Después fungí como oficial mayor de ese centro. En esas fechas la UdeG contaba sólo con cinco personas doctoradas.

Recuerdo que en ese año José Sarukhán tomó posesión como rector de la UNAM y en su discurso resaltó la importancia del trabajo administrativo de las universidades. Dijo que éste era el Talón de Aquiles de las instituciones. Lo comenté con mi jefe y me sentí halagada de que por fin un académico pensante tomara en cuenta este trabajo.

A inicios de los noventa cambié a otra dependencia, donde me terminaron de enseñar el manejo de la computadora. El titular también venía de una estancia en el extranjero. Yo empecé a sentirme como pez en el agua, sabía realizar a la perfección cualquier trámite administrativo; me tocó apoyar a investigadores que comenzaban con sus funciones directivas sin previa capacitación (error que aún comete la institución), y a otro jefe le enseñé a utilizar la computadora.

¿Todo es oficio en la UdeG?

Esta pregunta me la hizo un nuevo jefe que también venía de radicar en el extranjero. Lo que sucedió es que, al llegar las computadoras, a todo el mundo se le hizo «fácil» redactar oficios para todo. Además, los empezaron a llenar de negritas y cursivas sin criterio alguno. Se lo comenté.

Se suponía que las computadoras vendrían a facilitar el trabajo y, por ende, a mejorar la calidad de los documentos. Continuamente lamento y no deja de sorprenderme la pésima redacción de los oficios actuales, y todavía peor, ésta es desdeñada al igual que los oficios. La palabra oficio viene de oficial. La palabra oficial, según el diccionario de la Real Academia Española, significa: «Que es de oficio, o sea que tiene autenticidad y emana de la autoridad derivada del Estado, y no particular o privado». Por lo mismo, un oficio se respetaba, se cuidaba. Las iniciales de responsabilidad sólo eran dos (ahora he visto hasta cinco iniciales ¡y con rúbricas! ¡¿Quién inventó eso?!): de quien lo firmaba y de quien lo redactaba, pues era la persona responsable de su envío, de verificar que fuera recibido, contestado y archivado. Se llamaba seguimiento. ¿Quién hace eso ahora? Con frecuencia, los oficios recibidos quedan sin repuesta, y los que se responden no son «a la brevedad posible». Es aquí donde cuestiono el mal uso o desaprovechamiento de las tecnologías.

¿Por qué tantos oficios? Es mi pregunta constante. ¿Por qué un oficio para solicitar una tarea de un titular a otro dentro de la misma dependencia? Siempre sonrío al recordar un oficio de una funcionaria mediante el cual «solicitaba la intervención» del titular de tecnologías porque su computadora «estaba bloqueada ni para delante ni para atrás». ¿Por qué un oficio se fotocopia centenares de veces? ¿Cuándo tendrán validez oficial los correos electrónicos? ¿Por qué los imprimen? ¿Cuándo autorizarán oficios con firma electrónica? Estas preguntas se las hacía también a otras personas dentro de la institución. Nadie me pudo ofrecer una respuesta adecuada. «Así lo hace todo el mundo», me contestaban a menudo.

Los archivos «bien» muertos

El invento de las cajas de «archivo muerto» fue de alguien muy listo que se hizo rico de una forma inteligente. El archivo o es vigente o se desecha. Esas cajas sólo sirven para trasladar documentos, no para ar-

chivarlos, pues se ha comprobado que los documentos necesitan ventilación; en esas cajas se humedecen y se echan a perder. La Universidad empezó a utilizarlas en los años noventa. El archivo en esa época era desdeñado, quizá por ser trabajo administrativo y no considerado académico; esa separación en la institución ha sido fatal...

En 2002 surgió la Ley de Transparencia y Acceso a la Información y con ella la preocupación por los archivos. ¿Qué mostrarían si alguien solicitaba equis documento? En ese entonces trabajaba como encargada de la correspondencia personal del rector general y cada vez me interesaba más por los procesos de documentación. Fui al Distrito Federal a capacitarme. Estuve en el Archivo Histórico de la Ciudad de México (que se situaba en el Palacio de Lecumberri, lugar inapropiado para un archivo). De nada sirvió, mi voz no fue escuchada... Los archivos de documentos del personal y algunos de las rectorías pasadas estaban ¿o están? en el piso menos uno del Edificio Administrativo, donde muchos documentos, bien guardaditos en sus cajas de archivo muerto, han terminado de morirse..., se han humedecido, las hojas se pegan y es imposible leerlos.

Hoy en día diversas dependencias archivan las mismas fotocopias. ¿De qué sirven si siempre se requiere el original? En algunas oficinas los archivos son anaqueles metálicos con carpetas Lefort, unas de colores muy elegantes (que se vean bonitos), pero al terminar la administración, ¿a dónde van los archivos? Supongamos, mil oficios por año de cada dependencia, ¿dónde están esos seis mil oficios más todos sus anexos? En los servidores, me contestarán algunos. Entonces, ¿por qué la institución sigue siendo un mundo de papel?

En el mismo lugar y con la misma gente

Por un lado, la Universidad empezaba a «moverse» para generar cambios (así en plural), pero, por otro, muchas personas oponían resistencia y ejercían la endogamia. Romper la inercia de la burocracia ha sido (y sigue siendo) muy difícil. En la burocracia, cambiar quiere decir ser inestable; para mí, cambiar significa conocer, crecer. Cundía (y cunde) el miedo cada que llegaba un nuevo titular o cambiaban las administraciones. Algunas personas no querían moverse del espacio donde llevaban veinte años ¡haciendo lo mismo! Esas personas, que por desgracia conocí muchas, me causaban lástima. Tenía razón Alfonso Reyes: «Nada prostituye tanto como esa seguridad del sueldo fijo, trabájese o no». Lo triste es que quienes sí querían cambiarse no podían o se

topaban con mil trabas porque los titulares de las dependencias son «dueños» de las plazas y, por ende, de las personas. Esto provoca que varias personas muy preparadas renuncien a la institución; las depresivas se deprimen más; otras se vuelven agresivas...

La modernidad nos rebasó...

Al comenzar la década de los noventa la modernidad empezó a invadir a la institución: grabadoras, casetes, CPUs, computadoras con disco de arranque, monitores voluminosos y monocromáticos, faxes (su impresión era en un rollo especial y no se podían archivar porque al poco tiempo se borraban), impresoras de matriz de punto, papel *suajado* (perforado especial para esas impresoras), disquetes, copiadoras, tóner, empezaron a ser neologismos de uso común. Le siguieron computadoras más modernas, PC o Mac, con ratón, *no breaks*, laptops, agendas electrónicas, escáner, impresoras de tinta, etcétera. Y más adelante, teléfonos inalámbricos con correos de voz (nadie los revisa), celulares, videocámaras de vigilancia dizque para que no roben y aun así las laptops «desaparecen»...

Aunque en 1989, en el piso 5, se había creado Cómputo Administrativo, el avance fue lento. Recuerdo que en 1994 yo visitaba a una amiga en Comunicación Social, en el piso 9, donde todavía escribían los boletines de prensa y las notas periodísticas en máquinas eléctricas. En 1995 empezaron las cuentas de correo electrónico; lo lamentable es que a la fecha muchos funcionarios se resisten a su uso, o el correo oficial lo utilizan para enviar correos basuras ¡y en horas de oficina! No recuerdo en qué año comenzaron a exigir a los funcionarios sus informes con gráficas en colores y con presentaciones en Power Point; después con un video. La consigna era ser modernos y que todo se viera bonito.

¿Y qué sucedía con esos aparatos? ¿Estábamos preparados para usarlos? Evidentemente no. Una anécdota que me gusta contar es que en una ocasión recibí una llamada de La Habana y me pidieron tono de fax; apenada, les respondí que no podía porque el rollo (especial que requerían los primeros aparatos) se había terminado. El cubano, sorprendido y con su acento marcado, me dijo: «¿Cómo es posible? Eso nos pasa en Cuba, ¡pero ustedes en México que son más ricos! No entiendo». Lo siento mucho, repetí.

En aquel tiempo empecé a darme cuenta de que los titulares de las dependencias presupuestaban una computadora y una impresora,



o un fax, pero olvidaban presupuestar el regulador de voltaje, el tóner, el gasto del papel, y sucedía que, de repente, ahí se quedaban los aparatos sin utilizarse por falta de insumos. Esto me parecía igual a cuando una persona compra un colchón para dormir y olvida el costo de las sábanas, las almohadas y la colcha que, en ocasiones, cuestan más que el propio colchón. Lo platicué con un jefe y tomó mi idea como tema de una conferencia que dictó en la Feria Internacional del Libro. En la actualidad planean publicar revistas en línea, con la creencia de que no implican gastos ni trabajo extra por no imprimirse...

Dentro de la «modernización» y de que todo se viera bonito, surgió la «brillante» idea (creo que de una mujer) de uniformar al personal administrativo, ¡pero sólo femenino y subordinado! ¿Cómo se llama eso? Por supuesto que yo jamás me puse uno. La sumisión no cuestiona... Algo que también me pareció inaudito fue en 2001 cuando en una dependencia, «de cuyo nombre no quiero acordarme», quitaron el internet porque algunos varones lo utilizaban para ver pornografía. También quitaron un sistema de mensajería instantánea, que era muy útil para trabajar, porque la gran mayoría lo utilizaba para chismear. ¡Vaya soluciones! ¿Y qué de quienes juegan solitario? Parecido a aquellos candaditos en los teléfonos de disco, que siempre alguien los quitaba.

El desenlace del día

Coincidió con Denise Dresser cuando dice: «Escribir requiere valor y escribir sobre uno mismo lo requiere aún más». Creo que soy la trabajadora administrativa, en la UdeG, que más cambió de dependencias y de puestos durante los casi veintisiete años que sirvió a la institución. También tuve nombramientos y trabajos académicos como maestra. Diseñé cursos y materiales, impartí cursos y charlas sobre redacción en maestrías, y a finales de los años noventa publiqué un manual que se agotó. En 2001 se reimprimió y está agotado nuevamente, pero eso no cuenta. Lo hacía en mis ratos libres.

En el trabajo administrativo fue donde dejé el alma. El motivo por el cual ingresé (el horario) pronto quedó en el olvido; seguido me marcaron horario de entrada, pero el de salida llegó a ser, durante varios años, en la madrugada. Entre algunos de los cargos que desempeñé recuerdo haber sido oficial mayor, secretaria particular de un reconocido escritor, administradora de una revista literaria (ahora representativa de la institución), capacitadora de personal, responsable de la corres-

pondencia personal de un rector general, correctora y editora de una revista en línea, coordinadora de personal, directora fundadora de una gaceta en un centro foráneo, guionista y conductora de radio, editora de libros y al final dejé inconcluso el diseño de un programa de redacción para licenciaturas. Para esto me autocapacité de forma continua. Demostrar mis conocimientos fue una tarea muy difícil. Toqué muchas puertas... Las personas que me apoyaron y confiaron en mí provenían de estudios en el extranjero o de otra ciudad. Aunque parece una paradoja, mis tratos más difíciles fueron con mujeres. Sí, encontré *udegeñas* abiertas, pero fue como hallar una aguja en un pajar.

Epílogo

Hace casi dos años que una enfermedad discapacitante me motivó a tramitar mi retiro en cuanto cumplí sesenta años. La semana pasada cumplí un año oficialmente pensionada (que no es lo mismo que jubilada). Ahora mi enfermedad está controlada. Estos meses me han resultado muy emocionantes, apenas empiezo a saborear las mieles de la tranquilidad de mi hogar, de convivir con mi familia y amistades, de cuidar mi salud física y mental, de leer por placer, en ningún momento me ha sobrado tiempo.

Considero que crecí y cambié junto con la UdeG; la siento como mi *hermana mater*... Siempre me subí «al barco» que iba navegando hacia lo que me parecía un mejor futuro cercano. Me queda la satisfacción de que me fui adaptando y utilizando las nuevas tecnologías; nunca me resistí a probar, a innovar, pese a mis limitaciones. También tuve la oportunidad de colaborar con personas de diversas profesiones y edades, con quienes la amistad aún perdura.

Siempre recordé las palabras de Abraham Maslow, quien decía: «Uno debe luchar contra lo estereotipado, nunca debe permitirse llegar a acostumbrarse a algo». Estas palabras y muchas otras que cargaba conmigo en libros, tarjetas o en la memoria, me ayudaron en mis travesías *udegeñas*.



El exilio chileno en Guadalajara

María del Rosario Covarrubias

Empezó a trabajar en la Universidad de Guadalajara en 1963, en la entonces Facultad de Comercio y Administración. En 1981 su adscripción cambió al Departamento de Informática, donde permaneció hasta 1993, cuando se jubiló. En esos treinta años de servicio vivió la transformación de la Universidad y conoció a muchas personas.

Escoger una historia fue más difícil de lo que imaginé, pues una vida unida a la Universidad de Guadalajara está llena de anécdotas e historias que tal vez podrían llenar un volumen completo. No quiero parecer falta de humildad y que piensen que esto de la escritura es una actividad de lo más natural para mí, más bien son pocas las oportunidades en que los protagonistas de las pequeñas historias podemos compartir nuestras experiencias.

Actualmente soy jubilada de esta honorable institución. Me parece que comencé a trabajar en la Universidad siendo casi una niña, tenía apenas quince años cuando el 16 de agosto de 1963 me presenté por primera vez a prestar mis servicios en la que por entonces se llamaba Facultad de Comercio y Administración, ubicada en el edificio que hoy ocupa la Escuela de Música. Un par de años después, en 1965, la sede cambió a lo que hoy es el Centro Universitario de Ciencias Sociales y Humanidades. No fue sino hasta 1985 cuando nos mudamos a la actual sede en el núcleo Los Belenes.

Ingresé a la Universidad con un nombramiento inicial de taquimecanógrafa (sin duda, esa actividad ya ni existe), labor que cumplí a lo largo de casi veinte años hasta 1981, cuando me trasladé al Departamento de Informática con un nombramiento de capturista, el cual conservé hasta el año de mi jubilación, en 1993.

Mi vida siempre ha estado ligada a la Universidad de Guadalajara: treinta años de servicio, casi veinte años de jubilación y una familia que está relacionada con la institución de una u otra manera no me permiten olvidar ni por un momento esta casa de estudios que tanto me dio —y que hasta la fecha me sigue dando.

Durante esos treinta años en que trabajé en la Universidad (de 1963 a 1993) vi el mundo cambiar: el mío, el de mi país, el de mis amigos, el de mi familia; incluso un mundo que ni siquiera me imaginaba que existía. Fueron numerosas las anécdotas y las historias que sucedían y se desarrollaban a mi alrededor, desde los disturbios estudiantiles de 1968, en los que era muy común encontrar estudiantes armados en los planteles educativos (pertenecientes a la llamada Liga 23 de Septiembre); rectores que iban y venían; luchas por el poder de grupos universitarios y tantas y tantas cosas, pero nosotros, las personas «pequeñas», seguíamos ahí.

Esos grandes acontecimientos en realidad no eran muy de mi interés. Yo tenía suficiente con ocuparme de mi familia. Me parece que las narraciones basadas en marido, hijos y una madre enferma son mucho más comunes. Lo que quiero relatar es una historia que no es propiamente mía porque yo no la viví, a mí me la contaron, fui un personaje más dentro de ella. Decidí contarla porque creo que no queda ya nadie más quien pueda hacerlo.

A mediados de los años setenta era poco lo que yo sabía del golpe de Estado en Chile y de la llamada «vía chilena al socialismo», y a decir verdad, creo que no me importaba mucho. La cuestión es que no sabía que tarde o temprano mi opinión cambiaría de manera radical. En 1978 llegó a nuestra oficina una mujer singular. Más bien menuda, con una apariencia poco común y un acento que debido a nuestra ignorancia confundíamos con un muy jacarandoso acento costeño. Su nombre era Rosa Irma Castro Villanueva y no fue hasta tratarla un poco más cuando nos dimos cuenta que de costeña ¡no tenía nada! Era oriunda de Rancagua, una población muy cercana a Santiago de Chile, según recuerdo sus propias palabras.

Además de sus singulares maneras y su entrada tan imprevista a la Universidad (y con un muy buen nombramiento, dicho sea de paso), no había en ella nada demasiado llamativo; fueron los años de convivencia los que nos unieron en una entrañable amistad.

De cariño, todos en la oficina le decíamos Rosy «la Chilena», y es justamente la historia de Rosy «la Chilena» la que quiero narrar.

Espero que me excusen por mi falta de precisión histórica, pero los años se me confunden un poco. Prometo que haré mi mejor esfuerzo para narrar la historia de mi amiga y cómo es que fue a parar a la Universidad de Guadalajara.

Según lo que he leído, la victoria de Salvador Allende, obtenida el 4 de septiembre de 1970 con un poco más de 36 por ciento de los

votos, se alcanzó proponiendo transformar a Chile en un régimen socialista, con un curso distinto al común de los regímenes que abrazaron el socialismo, y al cual se dio en llamar la «vía chilena al socialismo, con sabor a empanadas y vino tinto». Esta *nueva vía al socialismo*, por medios pacíficos y democráticos, tuvo inicialmente el visto bueno de gran parte de la Democracia Cristiana, que también fue parte de procesos de cambio históricos como la reforma agraria.

Mi amiga Rosy y su marido eran miembros activos del partido socialista Unidad Popular (UP) y trabajaban en las grandes minas de cobre al norte de Chile. En los primeros años del régimen de Salvador Allende las cosas lucían prometedoras, pero la sombra del intervencionismo estadounidense pesaba en el cono sur por su afán de impedir la proliferación de la ideología comunista en el continente americano. Ante severas represiones financieras y conspiraciones internacionales, orquestadas principalmente por Estados Unidos, y en medio de una severa crisis económica, se desató la violencia entre grupos radicales de adherentes y opositores al gobierno, como el Movimiento de Izquierda Revolucionario y Patria y Libertad, de ultraderecha, lo cual provocó un clima de confrontación que se fue expandiendo a todos los ámbitos de la sociedad, y que llegó incluso a los sectores de élite, que siempre habían estado al margen de las convulsiones sociales, económicas y políticas del país.

En ese periodo los enfrentamientos callejeros entre grupos de extrema izquierda y de ultraderecha daban como resultado heridos e incluso la muerte de algunas personas. El 11 de septiembre de 1973, bajo las órdenes del general Augusto Pinochet, primero se tomó la ciudad portuaria de Valparaíso, luego la Casa de la Moneda en Santiago fue atacada y sitiada. Sin encontrar otra salida, Allende ordenó dejar las armas y finalmente se rindió.

Después del golpe de Estado, de inmediato se declaró el toque de queda en todo el territorio nacional a partir de las 15 horas del 11 de septiembre de 1973. Se permitió a los civiles abandonar el centro de la ciudad y dirigirse a sus casas. Las instalaciones de las radios y las estaciones de televisión fueron silenciadas y sus operadores, locutores y directores, detenidos y llevados al Banco del Estado de Chile. Los diarios fueron allanados y sus prensas destruidas. En las zonas rurales se detuvo a muchos dirigentes de la reforma agraria, y muchos de ellos fueron ejecutados en el lugar de detención.

Cientos de miles de allendistas tomaron sus registros y carnés del partido, libros y propaganda comprometedoras y se deshicieron de

todo enterrándolo, quemándolo o arrojándolo a los ríos. Se declaró ilegales a los partidos Comunista y Socialista; los partidos Nacional, Demócrata Cristiano y Radical fueron suspendidos cuando se disolvió el senado, y se conminó a todos los ciudadanos a entregar sus armas de fuego en las comisarías de Carabineros.

Se llamó a denunciar ante las comandancias y cantones a los simpatizantes del gobierno de Allende por ser *traidores a la patria*, según decía el comunicado militar, y se publicaron bandos que exhortaban a la población a delatar a los líderes más prominentes de la Unidad Popular. Se llamó a aquellos que tuvieran cargos y representatividades de grupos sociales a entregarse a las comisarías para regularizar su situación. Se detuvo a miles de personas que fueron conducidas al Estadio Chile y luego al Nacional; a aquellos que fueron llamados a viva voz y que respondieron de entre la multitud fueron ejecutados en el mismo lugar.

Mi amiga Rosy, que ya preveía el golpe de Estado, pasó los meses anteriores eliminando las fotografías de todos los miembros del partido que trabajaban en las minas de cobre, de manera que fuera más difícil la identificación y persecución posterior. Cuando no hubo otra opción, ella y su marido tuvieron que huir de pueblo en pueblo, siempre en silencio, siempre sin nombre, sin rastros y con miedo.

Contaba que era preciso pasar el menor tiempo posible en alguna población, ya que la gente podía denunciar actividad sospechosa y en unas horas el ejército se presentaba. Pasaron algunos meses huyendo de aquí para allá hasta que los militares aprehendieron al padre de su esposo para asegurar su captura. Con la tensión y el cansancio auestas, decidieron regresar a Santiago; ella con miedo y con un embarazo recién descubierto; su marido con la intención de entregarse. La determinación de Rosy de seguir adelante ante todas las circunstancias la llevó a decirle a su marido que si él se entregaba, ella abortaría; la idea de quedarse sola en esas circunstancias la aterrorizaba.

La pareja se separó de momento y acordaron reunirse durante la tarde en un parque de la ciudad. Para sorpresa de mi amiga Rosy, su marido, Carlos Sepúlveda, nunca llegó. Los días pasaban y la esperanza de volverlo a ver se hacía cada vez más tenue. Finalmente, se enteró de que Carlos había logrado asilarse en la embajada de México en Chile. Su marido, al menos, ya estaba a salvo en la embajada, pero ahora ella tenía que ingeniárselas para lograr reunirse con él de nuevo. Al principio le pareció casi imposible entrar a la embajada mexicana y así poder asilarse, pero se le ocurrió un plan muy sencillo con el que no tenía mucho que perder.





Con el poco dinero que le quedaba decidió ir a comprar víveres y algunas frutas para llevárselas a su marido a la embajada, pues al parecer la entrega de comestibles a los asilados estaba permitida (al menos a través de las rejas). Compró toda clase de artículos, pero puso un interés especial en cosas de gran tamaño y volumen. Se dirigió con su bolsa llena de melones, piñas y sandías, frutas que ella calculaba no cabrían entre las rejas de la embajada. Al llegar al portón del edificio, tocó para explicar a los guardias que traía comida para su esposo, pero que los alimentos elegidos no cabían por las rejas. En plena negociación llegó un diplomático a la embajada, por lo que tuvieron que abrir el portón. En cuanto Rosy vio la puerta abierta corrió hacia dentro sin importarle nada más que reunirse con su marido de nuevo; corrió lo más rápido que pudo y dejó tras de sí una bolsa de melones en el suelo, un par de suecos y un país que se empeñaba en perseguirla.

Después de pasar esta pequeña aventura, Rosy logró reunirse con su marido. La vida en la embajada no era menos dura que afuera; tenían que pasar la mayor parte del día pechotierra, ya que la amenaza de los disparos hechos por los carabineros desde el exterior permanecía latente.

Los días pasaron uno igual que el anterior y parecía que tal vez estarían confinados eternamente dentro de las paredes de la embajada mexicana. La primera en obtener el salvoconducto fue mi amiga Rosa Irma Castro. Así, sin más ni más, sólo con la promesa de un futuro sin persecuciones, pero lejos de la patria. Abandonó Chile y llegó a la Ciudad de México. Según recuerdo, ella llegó a México un 19 de noviembre, ya que lo primero que vio en la mañana siguiente al salir del hotel fue el desfile del 20 de noviembre. El gobierno del entonces presidente José López Portillo era bastante receptivo con los refugiados chilenos, a quienes se les otorgaron todas las facilidades, o al menos a Rosy.

Su hijo nació unos meses después y fue el primer niño «chileno» nacido en México. La suerte parecía sonreír de nuevo, sólo faltaba que Carlos, su esposo, obtuviera el salvoconducto para poder viajar a México. Casi un año después de haber conseguido el asilo en la embajada mexicana en Santiago, Carlos logró el salvoconducto y fue trasladado a México, en donde por fin se reuniría con su esposa y conocería a su pequeño hijo.

La vida en México era tranquila. No tenían nada, pero al menos no eran perseguidos y contaban con el apoyo del gobierno. Al principio Carlos trabajaba para las brigadas de salud de la Secretaría de Salubridad y en alguno de los viajes hacia el interior de la república llegó a Guadalajara. En esa época, el rector era el arquitecto Jorge Enrique Zambrano Villa (1975-1983) y su ideología, que comulgaba con las

izquierdas, era más que conocida. Fue entonces cuando el arquitecto Zambrano acogió a varios exiliados chilenos, entre los que se encontraban mi amiga Rosy y su esposo.

Rosy comenzó primero en la sede ubicada en la calle de Guanajuato y continuó cuando nos trasladamos a Los Belenes. Ella trabajaba en el mismo departamento que yo y su marido era chofer de los camiones de la Universidad. Los años transcurrieron y Rosy tuvo dos hijos, ambos en México; parecía que la situación iba mejorando y la familia alcanzó una relativa bonanza económica. Carlos abrió un negocio de comida llamado el Rincón Chileno, que se ubicaba en la colonia Seattle, en Zapopan. El negocio iba bien y todo parecía ir mejor, pero los malos manejos sacudieron a Carlos, quien puso en peligro el patrimonio que habían logrado formar.

A finales de los años noventa hubo en la Universidad un programa de retiro voluntario, con el cual, al renunciar a tu plaza, la institución te liquidaba con una suma considerable. Debido a las deudas acumuladas y con la esperanza de salvar su negocio, mi amiga Rosy decidió participar. Tristemente, ese dinero no alcanzó para salvar su negocio ni su matrimonio.

Después de su salida de la institución, el contacto con Rosy fue cada vez más esporádico y, por decirlo de alguna manera, le perdí la pista. Lo que sé es que su situación económica se deterioró mucho, su matrimonio terminó en divorcio y ella murió en Guadalajara en 1998. Rosy era asmática y siempre cargaba su medicamento en caso de una emergencia. Al parecer, sufrió una crisis severa y decidió que ya no valía la pena seguir luchando, ya lo había hecho lo suficiente a lo largo de su vida y, tristemente, murió por asfixia.



De Carlos no sé mucho. Parece que su padre murió en México. Carlos heredó algo de dinero tras su muerte, pero no le sirvió de mucho. Carlos también murió en México, aproximadamente hace seis años. De sus hijos no sé nada.

Cuando asistí al funeral de Rosy había poca gente. De los chilenos ya no quedaba casi ninguno; en su mayoría habían partido a Europa o Canadá. Sus amigos nos contábamos con los dedos de una mano.

La historia de la vida de esta amiga tan entrañable es digna de recordarse, no merece caer en el olvido. Es triste que seamos pocos los que aún la conservamos viva en la memoria. Siempre la recuerdo con gran cariño, pues además de brindarme su amistad cambió mi manera de percibir al mundo; hizo que me diera cuenta de que allí afuera había una infinidad de historias mucho más grandes y despiadadas de lo que yo había podido imaginar. Con ella aprendí lo que significa un golpe de Estado, lo que es vivir perseguido, lejos de la patria, vivir e incluso morir por tus ideales. Mi historia en la Universidad de Guadalajara continúa hasta la fecha, pero jamás podré olvidar el tiempo que compartí con este maravilloso ser humano lleno de ganas de vivir y con un espíritu inquebrantable.

Escribí el presente relato en memoria de Rosa Irma Castro Villanueva, víctima de un mundo convulsionado, luchadora incansable y siempre una gran amiga.



Programas de promoción, divulgación y organización de los campesinos de Jalisco. Escuela de Agricultura de la Universidad de Guadalajara, 1973-1976

Ricardo Figueroa Rosales

Fue el primer jefe del Departamento de Desarrollo Rural de la Escuela de Agricultura de la Universidad de Guadalajara. Fundador del Programa de Desarrollo Integral Campesino Universitario dirigido a los agricultores, ejidatarios y pequeños propietarios del estado.

El panorama de la educación agrícola fue un antecedente de la revolución de 1910 porque puso de manifiesto los esfuerzos aislados para lograr la capacitación en técnicas agronómicas. De 1876 a 1926, es decir, en cincuenta años, además de las escuelas superiores de agricultura de Chapingo, Hermanos Escobar, en Ciudad Juárez, y Antonio Narro, en Saltillo, se crearon tres escuelas regionales en Veracruz, Morelos y Nuevo León. En la tradicional de Chapingo se titularon en ese lapso 323 personas, que hacen un promedio anual de 6.46 profesionales, entre hidroagrimensores, ingenieros topógrafos, agrimensores teóricos, ingenieros agrónomos, peritos agrícolas, médicos veterinarios, mariscales inteligentes, administradores y mayordomos de fincas rústicas.

La mejor distribución de la tierra y la educación de las masas campesinas fueron dos de las necesidades nacionales que motivaron el movimiento revolucionario.

Durante los años de 1910 a 1920 los trastornos bélicos, políticos, económicos y sociales derivados de la propia revolución, aunados a la inestabilidad de las autoridades y las instituciones, impidieron el desarrollo de acciones coordinadas y eficaces tanto con respecto a la tenencia de la tierra como a la educación, en general, de la población rural. No fue sino hasta 1925 cuando se establecieron los primeros planteles de enseñanza agrícola práctica, con el definido propósito de educar a la nueva generación de jóvenes campesinos a fin de que pudieran explo-

tar racionalmente la tierra. Estas instituciones nacieron bajo la dependencia de la Secretaría de Agricultura y Fomento. Se fundaron ocho escuelas centrales agrícolas y a lo largo de sus siete años de existencia se matricularon en ellas 6,888 alumnos, de los cuales se graduaron 763.

Como se observa, el fruto de esas instituciones fue limitado debido, entre otras razones, a la inadecuada ubicación, la desproporción entre la enseñanza que se pretendió impartir y el atraso del medio que le rodeaba y la admisión de un porcentaje considerable de jóvenes procedentes de familias adineradas que deseaban prepararse para administrar sus fincas, en perjuicio de otros jóvenes que vivían en el medio rural.

Ante esos problemas, la Secretaría de Agricultura se lavó las manos y los planteles fueron entregados a la Secretaría de Educación Pública en 1932, la cual los reorganizó y fusionó con las escuelas normales rurales para formar, así, 33 escuelas regionales campesinas, que tenían el doble propósito de preparar prácticos agrícolas y maestros rurales.

El volumen de población juvenil de uno y otro sexo que absorbían como promedio estos 33 planteles fue de 4,086 alumnos; de éstos, se graduaron alrededor de 650 prácticos agrícolas anualmente, los que, en su mayoría, continuaron sus estudios hasta titularse como maestros rurales.

En 1938 la Secretaría de Agricultura y Fomento estableció seis escuelas elementales de agricultura y ocho escuelas vocacionales de agricultura; en las primeras se admitía a jóvenes analfabetos que recibían enseñanza primaria durante dos años y en las segundas recibían a muchachos con escolaridad de tercero y cuarto año de primaria. Los alumnos permanecían en estas escuelas durante tres años. No duró su existencia, aunque en el tiempo que trabajaron dieron cabida a 3,464 alumnos en cada periodo lectivo y únicamente 321 terminaron su preparación.

En 1941 estas escuelas y seis de las regionales campesinas, previa reforma de sus planes y programas de estudio, se fusionaron para formar doce escuelas prácticas de agricultura, entre otras: Huichapan, Hidalgo, y Santa Teresa, Coahuila; de nuevo, con la dirección de la Secretaría de Educación Pública.

De 1941 a 1945 las escuelas prácticas de agricultura funcionaron con un plan de tres años, durante los cuales se trató de dar a los jóvenes de catorce a diecisiete años la educación correspondiente al quinto y sexto grado de primaria; los alumnos eran elegidos de áreas rurales apartadas y que contaran con el cuarto grado de primaria. Además de recibir el adiestramiento necesario para la mejor explotación agrope-



cuaria y de ciertas industrias derivadas, algunos estudiantes recibían conocimientos correspondientes a la educación secundaria.

Esta amplitud de miras no fue plenamente lograda, por lo que en 1946 se hizo necesario modificar el sistema de educación agrícola práctica de la siguiente manera: se creó un curso complementario con duración de dos años, destinados a impartir la preparación adecuada a fin de terminar la primaria; al mismo tiempo, se proporcionaba las destrezas, habilidades y conocimientos básicos para que los alumnos, al terminar el curso, pudieran comenzar la carrera de Prácticos agrícolas y crear, a la vez, cursos optativos de especialización y uno preparatorio para el ingreso a las escuelas superiores de Agricultura (Chapingo) y Medicina veterinaria (UNAM).

De nuevo, el gobierno de la república consideró de suma urgencia reorganizar y fomentar la educación agrícola en el país, pues México era predominantemente un pueblo rural y, por tanto, de ocupación agropecuaria, considerando además que sufríamos un gran atraso técnico, acompañado de bajos niveles de vida en ese sector. El 31 de diciembre de 1945 se promulgó la Ley de Educación agrícola, que disponía que los egresados de las escuelas prácticas de agricultura fueran acomodados en colonias agrícolas de Tezonapa, entre Oaxaca y Veracruz; Pichucalco, Chiapas; El Barretal, Tamaulipas; Plutarco Elías Calles, Durango, y Tepalcatepec, Michoacán. Se congregó una población de 129 colonos.

Estas agrupaciones no prosperaron como se había planeado por dos razones: deficiencias en su conducción técnica, porque intervinieron factores políticos, y falta de adaptación de los jóvenes que las formaron: los del norte fueron enviados al sur, y viceversa.

Continuó el apremio de mejorar las condiciones de vida campesina. Habían pasado más de tres décadas y hasta esa fecha poco o nada se había logrado. En 1946 los técnicos que estaban atrás de un escritorio reorganizaron nuevamente el sistema de educación agrícola práctica de la siguiente manera:

- Se eliminaron las barreras de la escolaridad.
- Se suprimió el curso complementario.
- Se dio contenido eminentemente práctico al curso agrícola.
- Se establecieron orientaciones para las distintas ramas de la agricultura, ganadería y agroindustria.
- Se reestructuró el curso preparatorio para carreras superiores de agricultura y medicina veterinaria.

Todo parecía ir bien, pero este plan tampoco pudo ponerse en marcha debido, otra vez, a dificultades de tipo político que lo detuvieron y obstruyeron. Las autoridades superiores le dieron otro sesgo y ordenaron encauzar la educación agrícola práctica hacia dos grandes vertientes:

- Extraescolar. Se integraron brigadas de promoción agropecuaria e industrial, centros de difusión agrícola y pecuaria, y un servicio de divulgación y resolución de consultas destinadas a la población rural.
- Escolar, que se dividió en dos ciclos:
 - Ciclo de iniciación agrícola.
 - Ciclo agrícola vocacional, integrado por las materias correspondientes a la educación secundaria y a un grupo de asignaturas de carácter específico, distribuidas en tres años de estudios, en los que se enfocaban a captar los conocimientos y técnicas por analizar y la búsqueda de soluciones a los grandes problemas de la agricultura nacional, regional y local.

Esta organización funcionó desde el segundo semestre de 1956 hasta fines de 1958. El 11 de febrero de 1959 se expidió un decreto presidencial que sustentaba que la educación agrícola debía asumir un carácter plenamente social y aplicarse directamente al mejoramiento de las técnicas de trabajo de la gente del campo y a la superación de sus niveles de vida. Para cumplir este mandato se formó una comisión intersecretarial con la representación de la Secretaría de Educación Pública, la Secretaría de Agricultura y Recursos Hidráulicos, la Secretaría de Salubridad, así como el Departamento de la Reforma Agraria y el Instituto Politécnico Nacional, la UNAM y la entonces Escuela Superior de Agricultura de Chapingo con el fin de centrarse en la reestructuración de la educación agrícola práctica y de la educación agrícola superior. Como resultado inmediato, la comisión perfiló la nueva fisonomía que caracterizaría, a partir de 1959, el sistema de educación agrícola fundamental y superior. Se diseñaron y regularon los centros de demostración agrícola, el funcionamiento de la extensión agrícola, las pequeñas empresas ganaderas tipo, las instalaciones para el adiestramiento en industrialización de productos agropecuarios, talleres de beneficio colectivo, laboratorios de análisis de tierras, aguas, abonos y fertilizantes, creación de bibliotecas y la inclusión en las carreras agrícola y ganadera de materias sociales como economía, sociología, antropología, administración y pedagogía rurales, con el propósito de forjar un nuevo tipo de ingeniero agrónomo, interesado y comprometido con los problemas del campo mexicano.



De esa manera, a partir de la década de los sesenta surgió con bríos crecientes y brillo inusitado nuestra Escuela de Agricultura de la Universidad de Guadalajara. Narraré someramente la maravillosa experiencia de haber creado y puesto en marcha, en esta escuela, los siguientes programas:

- Programa de Desarrollo Integral Campesino Universitario.
- Batalla de los Cien Días.
- Semana de Superación Agronómica.
- Fiesta de la Amistad Campesino Universitaria.

El 31 de octubre de 1973, en la asamblea efectuada en el Colegio de Enseñanza de la Escuela de Agricultura de la Universidad de Guadalajara se acordó crear el Departamento de Desarrollo Rural, y se me designó su primer jefe. Antes de este acontecimiento ya habíamos concebido la realización de varias acciones en unión de los compañeros alumnos del quinto año de la carrera, estimulados por la idea de crear formalmente un programa que permitiera el feliz encuentro de nuestros alumnos con los productores agrícolas y pecuarios de Jalisco.

Vale la pena aclarar que ese programa no nació como un producto de la improvisación y con sólo buenos deseos, sino que nos ocupó mucho tiempo de investigación y estudios, a fin de recabar información y sumergirnos en nuestros antecedentes históricos. Como resultado de esta labor, escribimos las siguientes reflexiones protocolarias que presentamos a nuestro director, al Colegio de Enseñanza y demás maestros y alumnos de la escuela:

Decálogo del estudiante de Agronomía

- 1º La Universidad debe formar al estudiante de Agronomía como persona comprometida con sus padres, su escuela, con Jalisco y con México, con un amplio sentido de solidaridad social.
- 2º Se debe promover el desarrollo armónico de la personalidad de los estudiantes para que ejerzan con plenitud sus capacidades humanas, creándoles una conciencia de servicio y amor a México.
- 3º Inspirarlos para que acrecienten y protejan los bienes y valores que constituyen el acervo cultural de la nación.
- 4º Fomentar el conocimiento y respeto a las instituciones nacionales, promoviendo actitudes solidarias para el logro de una vida social justa, armónica y equilibrada.

- 5° Enriquecer su cultura con impulso creador con la incorporación de ideas y valores universales. No concebimos a un universitario extraño a las necesidades y cultura del pueblo.
- 6° Concientizarlos sobre la necesidad de un mejor aprovechamiento social de los recursos naturales y contribuir a preservar el equilibrio ecológico.
- 7° Aumentar la necesidad de promover las condiciones sociales que lleven a la distribución equitativa de los bienes materiales y culturales, dentro de un régimen de libertad y democracia.
- 8° Vigorizar sus hábitos intelectuales para que permitan el análisis objetivo de la realidad rural.
- 9° Proporcionarles las herramientas indispensables para el impulso de la investigación, cuya finalidad sea aprender a conocer, descifrar, explicar, interpretar y resolver los problemas de la población que vive de y para el campo.
- 10° Fomentar y orientar su actividad científica y tecnológica de manera que responda a las urgencias del desarrollo local, estatal y nacional independientes, enfocando la finalidad principal de la ciencia como propulsor y dinamizador de las sociedades rurales marginadas sobre el conocimiento de la naturaleza y su entorno.

Este decálogo circuló libremente entre maestros y alumnos. Estos últimos comenzaron a aglutinarse y formar grupos para la organización práctica de actividades creadoras en el campo de Jalisco. Junto con ellos iniciamos la concreción programática de nuestras metas: qué queríamos, cómo lo haríamos y dónde trabajaríamos.

Trataré de sintetizar los resultados en cuatro postulados doctrinarios, filosóficos e ideológicos que nos centraron en nuestro accionar:

- Crear en nuestros estudiantes una nueva y renovada conciencia social crítica.
- Implementar actividades productivas con los habitantes del campo jalisciense.
- Promover pequeñas obras de beneficio social en las comunidades trabajadas.
- Abrir su mente para aceptar la enseñanza del campesino y para aprender de él su acervo de conocimientos basados en la experiencia que el tiempo le dio, enriqueciéndolos.

La conciencia social crítica debe ser considerada una actitud permanente de servicio a la comunidad. La orientación de esta conciencia en el estudiante debe basarse en un mecanismo operativo factible y acorde con la realidad del campesino de nuestra entidad, que impulse y desarrolle una actitud y una conducta cimentada en un espíritu cooperativo que rebase la mera posibilidad de obtener únicamente ingresos económicos; implicará el conocimiento de lo que sucede en su mundo, de lo que pasa en la sociedad en que finca su vida, y explicarse de modo racional los problemas que se le presenten y sus mejores soluciones.

La conciencia social crítica dará como resultado el nacimiento de una mentalidad analítica y reflexiva dispuesta a la acción, redundando en una actitud activa y actuante, vale decir, no sólo investigar la problemática campesina para cumplir un requisito académico, sino conocer, reflexionar y actuar.

En cuanto a estimular al estudiante para realizar actividades productivas, comenzamos por conceptuar qué era una actividad productiva y concluimos que es aquella que, de una manera directa, proporciona al campesino el aumento de su ingreso y beneficia a un grupo importante del poblado, e indirectamente a todos los pobladores. Para lograrlo, de acuerdo con la realidad se formulará el diseño de pequeñas empresas pensando en el capital existente con que cuente; además, el crédito que se pueda solicitar, analizando previamente el proceso de producción, el conocimiento de las leyes del mercado, así como la comercialización de sus futuros productos; diseñar con conciencia y responsabilidad una estructura organizacional que las haga rentables o cuando menos auto-suficientes y perdurables en términos económicos y sociales.

En cuando a la realización de pequeñas obras de beneficio colectivo, observamos que éstas deben ser modestas obras de infraestructura que generen beneficio directo para todos y que eleven su nivel de vida.

El último postulado entusiasmó a los muchachos porque se refería a su actitud frente a la comunidad, pensando en que era necesario quitarse la mentalidad de tecnócratas, que todo lo saben, para entablar conversación sincera con las personas de la comunidad de quienes recibirían consejos, conocimientos prácticos y una manera de ver el mundo y la vida.

De esta manera nació el Programa de Desarrollo Integral Campesino Universitario; en éste, con bríos solidarios y poco comunes, nos hermanamos conjuntando cariño verdadero por la gente del campo. Pusimos en marcha, entre otras muchas cosas, las siguientes acciones

operativas: la elección de 45 unidades ejidales y distribución entre ellas de equipos estudiantiles de trabajo, dirigidos éstos por un coordinador general y un jefe de cada grupo. Eran alumnos de cuarto y quinto grado de las diferentes orientaciones que había en la escuela. De 1973 a 1976 obtuvimos los siguientes resultados:

- 48 cursos de multiplicadores campesinos.
- 38 cursos de recreación y organización del tiempo libre de la juventud rural.
- 65 cursos de cooperativismo para campesinos.
- 75 cursos de industrialización de frutas y legumbres.
- 68 cursos de organización de productores rurales.
- 22 cursos teórico-prácticos de educación agropecuaria.
- 56 talleres sobre orientación en cultivos específicos.
- 66 cursos de organización empresarial y manejo de crédito.
- 106 labores culturales.
- 876 huertos familiares, zahúrdas y explotación de especies menores.
- Edición de 32 folletos de orientación y divulgación agropecuaria.
- Publicación del periódico *La Voz del Ejido*.
- 112 programas de radio de media hora de duración a través de la estación El Gallito del 82 del grupo Las Cinco Ondas de la Alegría.
- 26 parcelas demostrativas.
- Como algo especial y por el propio alumnado motivado por su elevación académica, se estructuraron la primera, segunda y tercera semanas de superación agronómica, con la participación como conferenciantes de profesionales connotados del país, a saber: Ramón Fernández y Fernández, Natalio Vázquez Pallares, Miguel Ángel Cuadra Palafox, Rosendo Rojas Coria, Felipe Pardinás Illanes, Edmundo Flores y Carlos Chalita Tovar.

En estas actividades participaron 4,680 ejidatarios y pequeños propietarios.

Inolvidable para muchos productores agrícolas e ingenieros agrónomos —ayer estudiantes y ahora destacados profesionales— fue la Fiesta de la Amistad Campesina Universitaria. Logramos que 45 ejidos representados por 869 ejidatarios y pequeños propietarios acompañados de sus familiares se trasladaran a los campos de demostración de nuestra escuela, ubicada entonces en Los Belenes, en donde los alumnos y maestros de la Escuela de Agricultura convivimos con ellos y compartimos los tacos, las enchiladas, la birria, el pozole, los tama-

les y el atole. En esa ocasión tuvimos como invitada a la compañera María Esther Zuno de Echeverría, quien presidió un acto de encuentro campesino-estudiantil; después, se trasladó a San Nicolás de Acuña, municipio de Cocula, donde comprobó cómo nuestros alumnos estrecharon los lazos de amistad con los ejidatarios, vio las zahúrdas porcinas, los programas avícolas, de especies menores, el mejoramiento de suelos y cultivos, todo con el patrocinio técnico y económico del Programa de Desarrollo Integral Campesino Universitario de la Escuela de Agricultura de la Universidad de Guadalajara. Recuerdo que el señor rector de nuestra universidad y el director de nuestra escuela rebosaban alegría y satisfacción.

Para terminar esta sucinta reseña, deseo señalar como realización óptima la ejecución de la Batalla de los Cien Días. Este programa fue una experiencia llena de logros en el cual, en forma continua, 102 alumnos se integraron por completo a la actividad agropecuaria de 75 ejidos, con la participación de 918 ejidatarios y 364 pequeños propietarios, 1,282 agricultores en total, además de 33 ganaderos. Las actividades durante esos cien gloriosos días fueron:

- Orientación sobre uso y manejo de suelos, aplicación de insumos y demostración del rendimiento en toneladas por hectárea de maíz, sorgo y otros cultivos. Al final, se determinó cuáles fueron los cultivos más importantes en superficie; le dedicaron a cada uno el uso de fertilizantes comparados con predios que no los usaron a fin de equiparar rendimiento por hectárea.
- Observación de los principales problemas agronómicos que aquejaban a los agricultores: plagas y malas hierbas, por ejemplo. Su manera tradicional de combate y las diversas alternativas para su control.
- Se implementó el mejoramiento genético de cultivos con trabajos de investigación en colaboración con los centros de investigación de la Secretaría de Agricultura y Recursos Hidráulicos existentes en la zona.
- Se estudió el funcionamiento del crédito agropecuario, su operación, vicios y manera de mejorar su aplicación.
- Se identificaron los factores de la producción y productividad, como la fertilización, tomando en cuenta nutrientes, siembra, época de aplicación, primera y segunda escarda, etcétera, control de plagas y enfermedades, intensidad en el manejo de malas hierbas, etcétera.

- En el aspecto pecuario se establecieron asesorías técnicas permanentes sobre especies mayores y menores.
- Se implementaron pequeñas empresas ganaderas, siguiendo las recomendaciones para su buen funcionamiento.
- Se intensificó la educación cooperativa y se logró la formación de tres cooperativas de producción y consumo.

Los lugares que por ahora recuerdo que se escogieron previamente para trabajar fueron San Juan Evangelista y San Miguel Cuyutlán, en el municipio de Tlajomulco; San Nicolás de Acuña, en Cocula; La Capilla y Atequiza, en Ixtlahuacán de los Membrillos; San José Casas Caídas, El Gobernador, El Portezuelo, El Carmen, San Francisco de Rivas, Loreto, El Tarengo, El Nuevo Tarengo y San Ramón, en La Barca; El Xoconostle y Paso de la Comunidad, en Ocotlán; Las Margaritas, en Atotonilco; Jamay; Los Tecomates y El Coyumel, en Casimiro Castillo; La Concha, en La Huerta; Plan de Calderón y la Ex Hacienda de Guadalupe, en Zapotlanejo, entre otros muchos, que sería largo enumerar. En total fueron 25 zonas con tres ejidos cada una.

No deseo terminar esta parte sin presentar el texto de una carta que al final del programa me entregaron en propia mano los jefes de las brigadas de trabajo:

«Hemos entendido y asimilado que nuestro servicio a la comunidad a manera de Servicio Social no puede ni debe ser un mero trámite burocrático, un requisito con el que hay que cumplir antes de obtener nuestro título profesional o bien una efímera actividad que nos sedujo románticamente durante estos cien días. Para nosotros estas prácticas fueron la integración global en nuestra formación de hombres; una oportunidad para conocer y vincularse con nuestro trabajo permanente y futuro. Nos permitió realizar actividades tendientes a mejorar las condiciones de vida de comunidades atrasadas, de grupos al margen de los beneficios derivados de la riqueza nacional. Consideramos que lo realizado constituye realmente un acto de auténtica justicia social.

»Gracias, Dr. Figueroa, por su apoyo entusiasta y por su confianza. Empeñamos ante usted nuestra palabra, manifestándole ahora que, después de estas experiencias tan ricas y sustanciales, las seguiremos haciendo de viva voz y por todos los medios de transmisión de ideas para que en el porvenir troquemos carencias por esfuerzo; avatares por trabajo y optimismo; desaliento por amor y fe en Jalisco y en México, y los imponderables por nuestra mejor preparación, que le debemos a nuestros maestros, escuela y universidad.»



Con este testimonio creo que está dicho todo. En esa carta se estamparon las firmas de Jorge Eduardo Gazcón, Adán, Enrique de Jesús, Maurilio, Salvador Vicente Vidal, Rogelio, Benjamín, Héctor Jaime Mendoza Duarte, Tomás Lasso Gómez, José de Jesús Pérez, Daniel Preciado Santana, Rubén Rafael Vizcarra, Adolfo Mora Gómez, Arturo Quintero Ron, Josefina y Antonia, Jesús Orozco, Jesús Vargas y muchos, muchos más que guardo siempre en mi corazón agradecido.

Justo es reconocer a los maestros que colaboraron para hacer realidad esta experiencia: los ingenieros Gustavo Cortés Godínez, Rafael Ortiz Monasterio, Ramón Padilla Sánchez, Benjamín Ponce, José Alatorre Díaz, Bonifacio Zarazúa, Elena de Zarazúa, Ricardo Maciel, Carlos J. Erick Rivas Clemens, Heleno Félix Fregoso y Pedro Torres.

Y desde luego, en lugar especial, a mi querido amigo el doctor Enrique Estrada Faudón. También deseo dejar testimonio de algunos de los que presidieron la sociedad de alumnos de aquella época: Martínez Herrejón, Andrés García Rodríguez y Ricardo Meléndrez.

Muchas gracias a todos.



Remembranzas, 1964-1971

Benigno Rogaciano Gallardo González

Estudió en la Escuela Vocacional de 1964 a 1966, y en la Facultad de Comercio y Administración de la Universidad de Guadalajara la carrera de Contador Público y Auditor, generación 1966-1971. Cursó un posgrado en la Universidad La Salle, Administración y Finanzas, 1989-1990, y en la Universidad Interamericana para el Desarrollo la maestría en Educación, 2011-2012. Actualmente es profesor de asignatura en el Centro Universitario de la Ciénega.

Los inicios

Mi pueblo natal es Tuxpan, al sur del estado de Jalisco. Corría el año de 1964 y el que escribe apenas terminaba la educación secundaria en el pueblo, donde todavía viven muchos indígenas y mestizos. Estudié en la escuela secundaria federal «Miguel Hidalgo». Alguien, no recuerdo si algún compañero o una persona mayor, o tal vez en casa, hizo el comentario de seguir estudiando alguna carrera en la capital del estado, pues en Tuxpan no se contaba con más instituciones que esa secundaria federal y otra secundaria por cooperación nocturna, la «Justo Sierra», en la cual los docentes, que eran el mismo grupo de la secundaria federal, impartían sus asignaturas para apoyar la enseñanza en la región. En esos entonces había 11,300 habitantes, según lo manifestaba un letrero a la entrada del pueblo.

Con el interés surgido por el comentario anterior, conseguí un instructivo para ingresar a una preparatoria de la Universidad de Guadalajara. En Tuxpan no se contaba con más escuelas de educación media, pues sólo había en la ciudad de Zapotlán el Grande, a unos treinta kilómetros, una escuela preparatoria incorporada a la Universidad de Guadalajara. Con las condiciones tan difíciles de comunicación, lo mismo daba Zapotlán que Guadalajara. Después de muchas súplicas y «tanteadas», por fin mis padres accedieron a que pudiera presentar mis papeles de ingreso a la Universidad de Guadalajara.

El 10 de agosto de 1964 me encontraba haciendo el examen de admisión en la Escuela Vocacional, lo que no fue nada fácil. Por principio, en ese tiempo se tenía la creencia —nunca lo confirmé— de que

a la Universidad de Guadalajara sólo entraban a cursar el bachillerato los egresados de las secundarias de Guadalajara, sobre todo de las escuelas del régimen estatal. Esto obligaba a buscar ayuda para el ingreso a algún conocido, familiar o representante de la Universidad, lo cual resultaba difícil por no contar con ello, así que la única forma era aprobar el examen de admisión y tener un buen promedio en el certificado de secundaria.

En esos años se acercó en la población el licenciado José Guadalupe Zuno Arce, hijo del licenciado José Guadalupe Zuno Hernández, restaurador de nuestra Alma Mater, con quien mi padre, Ezequiel Gallardo Osorio, que se desempeñaba como empleado municipal, mantenía una amistad. Por medio también de mi madre, Aurora González Calleja, conseguimos una entrevista con Zuno Arce para explicarle el problema y solicitar su ayuda. Él personalmente me trasladó a Guadalajara y tuvimos una entrevista con el ingeniero Gustavo Vaca Villaseñor, en ese tiempo director de la Escuela Vocacional.

Recuerdo como si fuera ayer que el ingeniero Vaca me preguntó el porqué de mi deseo de ser alumno de la Escuela Vocacional: «¿Sabes que en esta escuela estamos cambiando el plan de estudios, que en lugar de ser una escuela con perfil técnico y dirigido a las ingenierías, los egresados ahora podrán estudiar un bachillerato unitario y luego pueden ingresar a cualquier carrera?», me dijo, y añadió: «Benigno, tienes ahora la oportunidad de tu vida, prepara a conciencia tu examen de admisión y luego ya veremos».

En verdad que su comentario me impactó a tal grado que me puse a repasar la guía de estudios, impresa en mimeógrafo sobre papel revolución tamaño oficio, un papel que se conseguía por kilos en las oficinas del periódico *El Informador*. Fueron días de estudio, estrés y muchas ganas de ingresar a la Universidad.

Llegó el día del examen de admisión, que se programaba durante tres días consecutivos para dar oportunidad a que los aspirantes tuvieran tiempo de meditar el examen el día siguiente; cada examen duraba alrededor de tres horas.

Para poder ingresar a la Universidad era necesario, primero, presentar una solicitud de ingreso y pagar los derechos a los exámenes de admisión, los cuales consistían en:

- Examen médico, que se aplicaba en las oficinas generales de la Universidad, donde se encuentra el Paraninfo, en la esquina de las avenidas Juárez y Enrique Díaz de León.

- Examen psicopedagógico, en los salones habilitados que tenía el propio edificio.
- Examen de la sangre, en el Instituto Dermatológico, situado en las calles de Independencia y Baeza Alzaga.
- Examen de tórax, en un instituto de salud localizado en las calles de Mezquitán, muy cerca del Panteón del mismo nombre.

El examen de conocimientos fue mi primer desencuentro con los universitarios. A las ocho de la mañana del 10 de agosto ya todos los aspirantes habíamos sido víctimas de las novatadas de los alumnos de grados superiores, que eran prácticamente obligatorias, las famosas *grajeadas*: nos raparon a todos y, en algunos casos, hasta nos rompieron las ropas. Qué tristeza, pero era la costumbre.

Inicio del año escolar

El primer día de clases fue el 17 de septiembre de 1964, día de reconocimiento de la escuela, de los compañeros de grupo, el horario, y de conocer a algunos de los maestros que se presentaron. Mi grupo, en todo el paso por la Universidad, siempre fue el B, decían que ahí estaban los maestros más duros y estrictos del plantel.

A los pocos días ya nos conocíamos todos los del grupo por nuestros nombres, y como es regla, comenzaron los apodos. En nuestro grupo, un compañero que nunca olvidaré, Rafael Gallardo Rincón, se encargó de asignarles el apodo a todos los demás, con tan buen tino que él fue el único al que después conocíamos como *el Nepo*.

Algunos compañeros del grupo B matutino eran:

- Celia Guadalupe Galarza Cruz
- Kinuko Matsura Maeda
- José Luis García Aceves †
- Juan José Mardueño Cervantes
- Alfonso Gutiérrez González
- Jorge González Solano †
- Luis Humberto Lomelí Berni †
- Pedro Hernández
- José Guadalupe Hernández Claire
- Joel Andrade
- Rafael Gallardo Rincón †

Los profesores y sus cátedras

El doctor Ernesto Flores Flores, profesor de literatura, originario de Nayarit. En 1996 la Universidad de Guadalajara le otorgó el reconocimiento de Maestro Emérito.

Gustavo Vaca Villaseñor, «suave y enérgico», como lo describe Emmanuel Carballo en sus *Memorias 1929-1953*: «Hábil para sortear los peligros políticos». Director de la Escuela Vocacional y maestro de química.

Doctor Jesús González, profesor de historia universal. Libro de texto: *Historia universal*, de Malet, seis tomos (y a nosotros que no nos gustaba la lectura).

Palafox, *el Pala*, profesor de educación física y prefecto; un hombre grueso y rudo, pero con una capacidad enorme de tolerancia con los alumnos de la Voca y de las facultades del Instituto Tecnológico de Guadalajara (ITG). Muy querido por maestros y alumnos, nunca nos negó un balón para jugar basquetbol en la cancha de la Escuela de Ingeniería.

Ingeniero Amadeo Ortega Barrios, profesor de física del primer año.

Licenciado Eduardo Bellón E., quien impartía la materia de sociología. Texto: *Introducción al estudio de la sociología*, de Felipe López Rosado.

El Furias —con todo respeto, no recuerdo su nombre— impartía la materia introducción a la filosofía. El autor del libro de texto era Jacinto Tredici. Se decía que el profesor trabajaba como policía investigador.

Ingeniero Eduardo Riverón Gámez, profesor de matemáticas. Texto: *Álgebra*, de Agustín Anfosi. Este profesor sí que era duro; en una ocasión nos hizo el siguiente comentario: «Miren, muchachos, yo no tengo ningún interés en reprobarlos, sólo les comento que tuve un maestro en la Facultad de Ingeniería que decía el cien es para Dios, el noventa, para el que inventó la materia; el ochenta, para el autor del libro; el setenta, para el maestro; el sesenta, para el mejor alumno, y para los demás, lo que sobre». Y lo cumplió: sólo pasaron el examen ordinario Celia Guadalupe Galarza Cruz y Alfonso Gutiérrez G., sin duda los mejores estudiantes del grupo. Los demás, ya se imaginarán, fuimos al extraordinario. Para pasar el examen tuvimos que aprendernos de memoria el libro de texto.

Doctor Felipe Varela García, profesor de biología, Maestro Emérito, que en paz descanse. Obstinado en que aprendiéramos «La ga-



metogénesis es un proceso meiótico que tiene la finalidad de producir gametos, los cuales, como ya sabemos, son haploides y participan en el proceso de reproducción», etcétera. ¡Uff!

Licenciado César de Alba y Alba, profesor de literatura universal.

Doctor Miguel Gutiérrez y Gutiérrez, profesor de psicología.

Presbítero Salvador Barba Adame, profesor de lógica.

Licenciado Antonio Basulto Ruiz, profesor de historia de México.

Ingeniero Pardiñas, profesor de dibujo.

Durante el primer año de preparatoria no resulté ser un alumno muy destacado pues reprobé álgebra, biología, física, inglés e historia universal.

Anécdotas de la Escuela Vocacional

En aquellos años se iniciaron las campañas para el cambio de la directiva de la Federación de Estudiantes de Guadalajara (FEG). Había dos candidatos: el arquitecto Enrique Zambrano Villa y el licenciado Montalverti Serrano López, ambos contendientes en su etapa de pasantes de su carrera universitaria. Recuerdo que estábamos en la clase de historia de la filosofía con el maestro *Furias*, de feliz memoria (perdón por olvidar su nombre, pero todos en la Voca lo identificábamos así), y tocó a la puerta el secretario de la escuela y le comentó algo al profesor. Al regresar éste al salón de clases nos dijo con voz entrecortada, sin querer alarmarnos: «Muchachos, a partir de este momento se suspenden las clases hasta nuevo aviso; por favor, llamen por teléfono para indicarles cuándo pueden regresar. Ha sucedido un incidente en la Escuela Preparatoria de Jalisco y desde este momento la Universidad no se hace responsable de sus vidas». Imagínense el pánico que provocó entre los estudiantes. En unos cuantos minutos la escuela quedó sin una alma, parecíamos becerros en estampida.

Después supimos que había tenido lugar un enfrentamiento entre ambos contendientes en las afueras de la Escuela Preparatoria de Jalisco, pero parece ser que no llegó a mayores.

En otra ocasión, la FEG y la propia Universidad decidieron realizar un campeonato de fútbol interuniversitario. Naturalmente, los principales contendientes eran los equipos de las preparatorias y algunas facultades. Los juegos se realizaban en el Estadio Olímpico, a unos metros de la Escuela Vocacional. En esa ocasión se enfrentaban los equipos de la Voca y la Preparatoria de Jalisco, una verdadera fiesta.

En la selección de fútbol de la Voca había varios jugadores excelentes y destacados que luego jugaron en el fútbol profesional.

Los preparatorianos de la Voca nos sentíamos muy seguros de ganar. En nuestro equipo jugaba Joel Andrade, que después triunfó en las filas del fútbol profesional como uno de los mejores jugadores de los años setenta, y estábamos seguros de que la copa sería nuestra. Por desgracia, poco a poco vimos que nuestra selección no le ponía las ganas y la envidia para lograr el triunfo. Al finalizar el primer tiempo, algunos compañeros nos acercamos a los vestidores. Ahí nos expresaron tanto el Majewski (nuestro compañero de grupo), Joel Andrade y creo que también jugaba uno de los hermanos Hernández Claire, que no querían continuar participando en el campeonato por haber sido amenazados por un grupo de estudiantes de la prepa 1, que con lo frío de las «chelas» ya se sentían campeones.

No pasaron ni quince minutos del segundo tiempo cuando se armó la trifulca en las tribunas, y «patitas para que las quiero», los estudiantes de la Voca corrimos a refugiarnos dentro de la escuela, pero no faltó alguien que nos levantara los ánimos y nos incitara a defendernos. Corrimos y los más valientes despojaron de escobas y trapeadores a don Nico, empleado de intendencia y encargado del aseo de los salones de la planta baja; era un señor bajito de estatura que casi siempre andaba alcoholizado. Él nos dijo con voz aguardentosa: «No se dejen, no sean coyones», y que nos sale la bravura. Un estudiante de segundo, que conocíamos como *el Watusi*, excelente corredor y fondista, hizo punta para enfrentar la agresión fuera del estadio, en la explanada. El grupo de la preparatoria 1 venía armado con palos y otros objetos, hasta pistolas. Recuerdo que a la cabeza del grupo de la Voca, decía, iba *el Watusi*. Él fue el primero que corrió; los demás sólo gritábamos al unísono: «¡No tiran! ¡No tiran!, y sí que nos tiraron balazos a los pies. ¡Córrele de nuevo!

Naturalmente, fue suspendido el encuentro y nunca más volvió a realizarse. Al día siguiente supimos que quien comandaba las huestes de la prepa 1 era el tristemente célebre Carlos Morales García, *el Pelacuas*.



Paso por la Facultad de Comercio y Administración

En julio o agosto de 1966 se iniciaron los registros de aspirantes para ingresar a la Facultad de Comercio y Administración. Tres de mis compañeros y yo logramos ingresar a la carrera de Contador Público y Auditor: Celia Guadalupe Galarza Cruz, Kinuko Matsura Maeda y José Luis García Aceves, de feliz memoria, y el suscrito. Otra vez las «grajeadas»; el primer mes fue de adaptación y de conocer a los nuevos maestros y compañeros. El grupo era numeroso: sesenta alumnos; nuestros maestros fueron Alejandro Hernández Alvirde, el contador Salvador Chong Ruiz, Felipe Zepeda, la maestra Carmelita, de quien no recuerdo sus apellidos —ella nos dio la clase de correspondencia mercantil y oficial— y el maestro Domínguez, que nos dio contabilidad. El más célebre era Hernández Alvirde, un profesor de mucho respeto; sus clases se impartían en el auditorio de la escuela, a espaldas del Parque Alcalde, por la Avenida de los Maestros y la calle Guanajuato, muy cerca del módulo de Ciencias Sociales y Humanidades, donde estaban las facultades de Economía, Derecho y Filosofía y Letras. Recuerdo también que cuando vino a México Salvador Allende, presidente de la República de Chile, quien fue recibido en el auditorio del Instituto de Ciencias Sociales y Humanidades, a principio de los años setenta. Ese auditorio lleva su nombre.

Alejandro Hernández Alvirde, hermano de uno de los grandes rectores de la Universidad de Guadalajara, Constancio Hernández Alvirde, acostumbraba impartir su cátedra en el auditorio de la propia escuela. La dirección asignaba a dos grupos cada año en el mismo lugar, más o menos ciento veinte alumnos. La inquietud propia de los estudiantes era aplacada con la sola presencia del profesor; durante su clase se podía escuchar hasta el ruido de una mosca, a pesar de que el grupo era muy numeroso.

Su forma de enseñar era a base de anécdotas, chistes y albures, todos ellos aplicados a la introducción del estudio del derecho, con una finura que a veces ni siquiera nos percatábamos del albur. ¡Qué tiempos!

Era común que por aquellos años, al finalizar el ciclo escolar, se hacía una gran fiesta el último día de clases. No me explico de dónde salía el dinero para pagar banda de música y a los *calandrieros* para hacer un gran desfile por la avenida Alcalde hasta la Plaza de Armas. Se imaginan el gusto y la alegría de los estudiantes; bueno, pues era día jueves, con serenata, charros y verbena popular. En la Plaza de



Armas tocaba la banda de música dirigida por el célebre Arturo Xavier González, que empezaba con los clásicos y al final tocaba pura música mexicana. En esa ocasión, «respetuosamente» la turba de estudiantes disfrutaba de su alegría, y ya con unas «cheves» nos dieron ganas de bailar. Nos apoderamos del quiosco y le pedimos al maestro González que nos complaciera con música más movida; a él también le gustaba el relajo y nos deleitó con «La rajita de canela», muy de moda en esos tiempos; imagínense la interpretación por una gran banda de música. Naturalmente, aquello no le pareció correcto al entonces gobernador del estado y nos envió a los granaderos, que en unos minutos rodearon la Plaza de Armas y a correr, jóvenes. Mi compadre José Luis García Aceves y yo decidimos refugiarnos en el Sagrario Metropolitano, pero no nos valió.

La misma incertidumbre de saber qué pasaba con los demás compañeros nos hizo salir del recinto; entonces fuimos presas de los guardianes del orden. Unas viejecitas que salían también del lugar no paraban de gritar: «¡Por comunistas! ¡Por comunistas!» No podíamos quejarnos: en las *julias* nos dieron un recorrido por la ciudad, nos regañó el secretario de gobierno y nos pasearon por todo Guadalajara hasta aproximadamente las diez de la noche.

Otros de nuestros maestros fueron Alejandro Navarro Flores, Herón Gallo Lozano, Emilio Gómez Pérez, Raúl Acosta Bayardo, Arturo Villanueva Varela, su hermano Jorge, Baudelio Hernández Orendáin, Daniel Ureña Acosta, Cástulo Rodríguez Sandoval, Florentino Macías García, Héctor Brambila, Guillermo Carrillo Arias, Miguel Ambrosio Jáuregui, Luis Jorge Cárdenas González, J. Trinidad Sahagún, Jaime A. Ramírez Gil, Rosalío Ramírez Rábago, Salvador Chong Ruiz y algunos más que no recuerdo.

Cursábamos el tercer año de la carrera cuando nos notificaron en el grupo que uno de los propios compañeros se lanzaría como presidente de la sociedad de alumnos de la facultad. Se trataba de Efraín Robles Vela, a quien nunca conocimos en el plan de político, pero con el tiempo nos demostró que era una de sus pasiones. Efraín se colocó muy bien en el campo de la docencia y en la administración de la Universidad y llegó a ser director de la Escuela Politécnica de la Universidad. Nunca fue un gran orador, pero no lo íbamos a dejar solo en su campaña. Todos lo apoyamos.

Había en el grupo un compañero de Tepic, Mario Humberto Hernández Téllez, que conocía en aquellos tiempos cómo dirigirse a las masas del estudiantado. Recorrimos todas las aulas de la escuela

haciendo la campaña para elegir el nuevo presidente y era imperativo que después del discurso de presentación que hacía Hernández Téllez, inmediatamente entraba Efraín con su discurso: «Compañeros, amigos todos, mi mayor anhelo es el de servirles. Mi mayor preocupación es no poder hacerlo. ¡Muchas gracias!» Ya podrán imaginar la «carrilla», en especial de José Ernesto García Wong, *el Chino*, especial, muy especial.

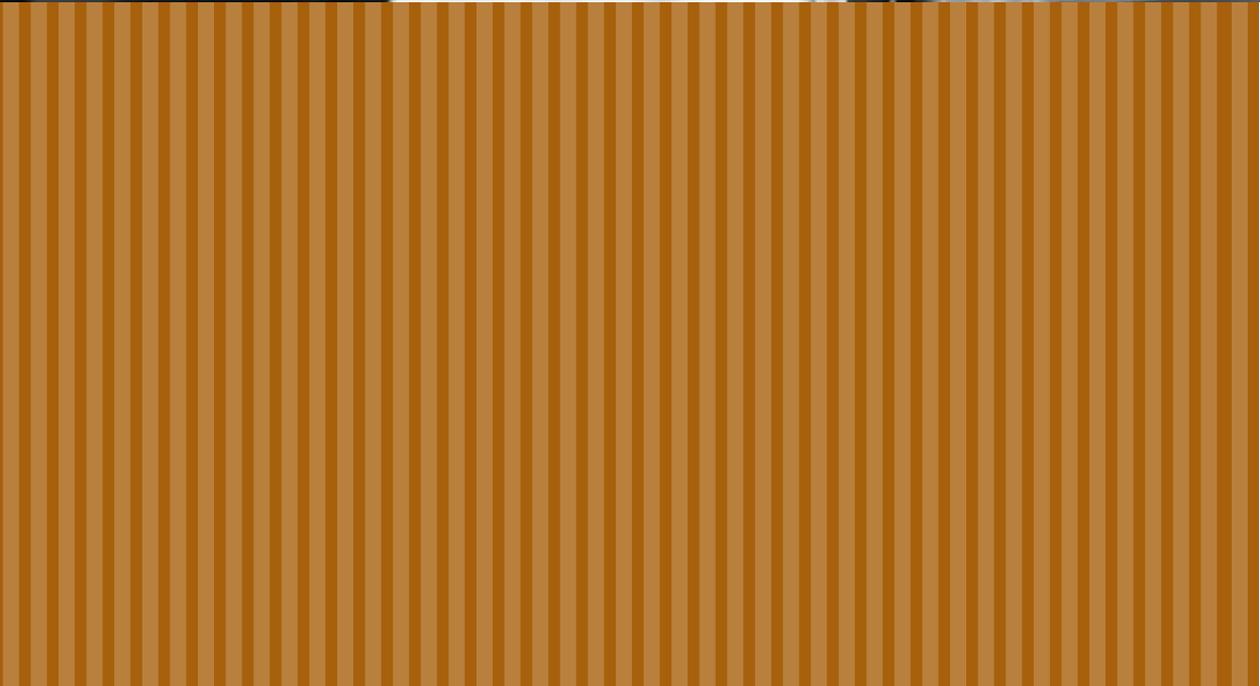
Tuvimos también otro compañero, Eustacio Hernández Quiñones, *la Madre*. Uno de los jóvenes más inteligentes e inquietos que he conocido. Fue el concejal del grupo durante varios años, casi todos, y su mote nació en una reunión de grupo. No podíamos ponernos de acuerdo para la realización de alguna actividad; el más preocupado era Tacho y en su desesperación por controlar al grupo tan desordenado, casi a punto de las lágrimas, nos dijo en voz alta: «¡Bueno compañeros, por favor no discutan lo acordado, me van hacer quedar mal, ya di mi palabra, ayúdenme, no me puedo echar para atrás, *esto es muy sumamente muy complicado para mí*, ¿qué acaso no he sido yo como una madre para ustedes?» Primero silencio y luego ¡ja, ja, ja!, estallaron las carcajadas.

A continuación, los nombres de mis compañeros (me disculpo si no recuerdo a alguno): Casas Pérez, Raúl René; De la Lastra y Orihuela, Ma. del Carmen; Esqueda Ortiz, José Eduardo; Estrada Álvarez, Jorge; Favela Ochoa, Jorge Mario; Félix Estrada, Bernardo; Fonseca Estrada, Víctor; Franco Martínez, Pedro; Galarza Cruz, Celia Guadalupe; Galván Urzúa, José Guadalupe; Gallardo González, Benigno Rogaciano; Gante Casas, Efigenia Gilda; García Aceves, José Luis; García de la Paz, Salvador; García Lara, Andrés Héctor; García Villa, Rodolfo; García Wong, José Ernesto; Gastelum Félix, Felizardo; Godina Castillo, Ma. Enriqueta; Gómez I. Ontiveros, Gustavo; González de Santiago, Jorge; González García, Manuel; González Robledo, Fernando; Gutiérrez González, Carlos; Guzmán Reynoso, Saúl; Hernández Gómez, Lilia; Hernández Quiñones, Eustacio; Hernández Reyes, José León; Hernández Téllez, Mario Humberto; Huerta Anaya, Carlos Eduardo; Huerta Lora, María del Carmen; Ibarra Ibarra, Marco Vinicio; Íñiguez Martínez, Ma. Guadalupe; Jaramillo Íñiguez, Mauricio; Lara Castañeda, Eutimio; Lima Fernández, María Luisa; López Cásares, Horacio E.; López Cortés, Óscar; López Valencia, Josefina; Llamas García, Ernesto; Macías Carranza, Gustavo; Martínez Ayón, Elvira; Matsura Maeda, Kinuko; Miramontes Loza, Francisco Javier; Michel Valdivia, Guillermo; Paz Uribe, Daniel; Pérez González, José

Manuel; Ramos Alvarado, Felipe; Ramos Ochoa, Arturo; Rangel Barbosa, María Concepción; Robles Vela, Efraín; Rodríguez Chávez, Francisco Javier; Ruvalcaba Meza, Salvador; Tena Meza, José Luis Ramón; Ulloa Velazco, Felipe; Valadez Aguilar, Juan Francisco; Vázquez González, Esperanza; Vázquez Sánchez, Francisco Javier, y Woo Maldonado, Raúl Sergio.

Los rectores de la Universidad de Guadalajara de 1964 a la fecha son:

- Doctor Roberto Mendiola Orta, de 1959 a 1965.
- Ingeniero Hugo Vázquez Reyes, de 1965 a 1966.
- Abogado José Ignacio Maciel Salcedo, de 1966 a 1971.
- Abogado José Parres Arias, de 1971 a 1973.
- Abogado Rafael García de Quevedo Palacios, de 1973 a 1975.
- Arquitecto Jorge Enrique Zambrano Villa, de 1975 a 1983.
- Abogado Enrique Javier Alfaro Anguiano, de 1983 a 1989.
- Licenciado Raúl Padilla López, de 1989 a 1995.
- Doctor Víctor Manuel González Romero, de 1995 a 2001.
- Licenciado José Trinidad Padilla López, de 2001 a 2008.
- Maestro Carlos Jorge Briseño Torres, de 2008 a 2009.
- Doctor Marco Antonio Cortés Guardado, de 2009 a la fecha.



Las «grajeadas» en Medicina

Javier Eduardo García de Alba García

Egresado de la Facultad de Medicina de la Universidad de Guadalajara, generación 1963-1969. Trabaja en la Unidad de Investigación Social, Epidemiológica y de Servicio de Salud del IMSS. Es coordinador del posgrado en Sociomedicina y profesor de epidemiología de pregrado en esta casa de estudios. Es uno de los fundadores del Colegio Jalisciense de Salud Pública, A.C.

Una de las tradiciones paradójicas de la vida universitaria del siglo pasado, en la cual lo salvaje y lo folklórico se unían de manera inextricable, eran «las grajeadas», es decir, las novatadas que les hacían los alumnos de años superiores a los estudiantes de primer ingreso como recibimiento a la carrera de Medicina. En este relato me refiero a los hechos ocurridos en 1963 en las instalaciones de la nueva Facultad de Medicina, ubicada en la colonia Independencia, en los terrenos del antiguo predio de Las Fresas, precisamente un año después de que fue inaugurada por el rector Roberto Mendiola Orta.

El proceso para incorporarse a la licenciatura en esa época era interesante, pues, entre otros requisitos, al llenar la solicitud de ingreso se nos pedía anotar dos nombres de personas que lo recomendaran a uno y hacer una aportación voluntaria. En el primer caso, cada quien trataba de buscar el aval de personas destacadas y relacionadas con la Universidad o con la carrera elegida, con la promesa de que el estudio y la buena conducta serían las guías de nuestra actividad estudiantil. En el segundo aspecto, el del dinero, había muchas variantes: desde aportar intacto lo que nos daban nuestros padres o bien quedarse con la mayor parte para los gastos que se «ofrecieran».

La solicitud se entregaba en el edificio de la actual Rectoría General, donde también nos hacían las pruebas psicométricas, que consistían en la aplicación de toda una batería de exámenes. Por cierto, al comentar entre nosotros mismos lo que habíamos contestado nos dábamos cuenta de las diversas respuestas que ofrecíamos a una misma prueba, lo que ponía en duda nuestro granítico supuesto de ser una generación de adolescentes que pensábamos y actuábamos de igual manera.

Otro examen necesario era el de sangre, la serología luética, para detectar sífilis, que se hacía en la Facultad de Ciencias Químicas. Luego venía la espera, que se hacía más pesada con el calor del fin del verano tapatío. Esta situación a veces se complicaba debido a nuestra imaginación, matizada por nuestra inexperiencia, al analizar retrospectivamente las acciones realizadas durante los trámites de ingreso a la Universidad; pensábamos: ¿si hubiera puesto a fulano y no a zutano como recomendador? ¿Si mejor hubiera dado todo el dinero completo como aportación voluntaria?, o peor aún, ¿habré salido retrasado mental o psicópata en el psicométrico? ¿Y si salí mal en el examen de sangre?

Todo lo anterior desaparecía cuando llegaba la ansiada noticia. «¡Salieron las listas!» Los amigos de la bolita, que pretendíamos ingresar a Medicina, nos comunicábamos e íbamos en tropel a las vitrinas de la facultad. «No quiero ver, mejor dime tú». Gritos, maldiciones, silencios, aspavientos, discretas retiradas. Amistades que se iniciaban, truncaban o reforzaban. Ése era el principio formal de nuestra carrera para quienes habíamos sido aceptados.

En septiembre, el primer día de clases era de exploración: los horarios, los salones, las materias y los maestros, las secretarías, los mozos, la administración, la dirección, los muertos... Requeríamos ubicarnos de manera rápida y eficiente en espacio, tiempo y personas.

Sin embargo, y sin saberlo por el frenesí de haber ingresado a Medicina, no nos dábamos cuenta cabal de que estábamos siendo observados por los compañeros de los años superiores, quienes, de manera habilidosa, tramaban todo un plan para nuestro indeleble recibimiento.

El primer aviso ocurrió al iniciarse la segunda semana de clases. Fue cuando casi terminaba la primera clase del día, anatomía, que comenzaba a las siete de la mañana y era obligatoria para todos los grupos de primero. Empezamos a oír unos gritos desaforados detrás de la puerta de los anfiteatros: «¡Ya está el bóiler, ya está el bóiler, bola de *grajos!*»

Los profesores terminaron sus respectivas clases y tuvimos que abandonar los salones. Los primeros compañeros que salieron fueron recibidos a baldazos de agua y rápidamente se devolvieron al salón, sorprendidos y asustados, diciendo «Nos bañaron». Cundió el pánico, ¿qué hacer? Algunos optaron por encargar sus libros, batas y otros útiles a las compañeras (que apenas conocíamos), otros optamos por cubrir nuestras pertenencias debajo de la bata.

Todos tuvimos que salir y enfrentar como los demás *grajos* a una turba de bañadores, eufóricos y sádicos. Nuestros compañeros de se-

gundo y tercer año, celosos herederos y guardianes de la tradición, armados con baldes, botes y globos llenos de agua que nos aventaban, bañándonos una y otra vez, celebrándolo de manera festiva. Los que intentaban escapar eran atrapados al alcanzar las posibles salidas que estaban custodiadas de modo estratégico.

Ningún compañero varón de primero se escapó del baño, incluso entre los bañadores, en su euforia, se aplicaban una dosis del vital líquido y terminaban también mojados. Lo que en un principio causó temor por la tempranera empapada se transformó luego, de manera resignada, graciosa o iracunda, en parte de nuestra «grajil» cotidiana. «Ya está listo el bóiler».

Vale la pena comentar que a las compañeras por lo general se les respetaba y nunca se les bañaba, aunque en ocasiones «por accidente» alguna resultaba bañada, incluso a manos de otras compañeras de años superiores o de los compañeros «más desmadrosos». En realidad, estos excepcionales baños femeninos se producían sólo cuando había «razones» para hacerlo, ya sea de índole personal (pleitos desde la preparatoria) o por la particular personalidad de algunas de ellas (*fre-sas, creídas, cremas, igualadas* o llevadas).

Para bañar a una compañera había estrategias que iban desde el ataque directo y frontal, sin recato alguno, en los primeros casos, o por «equivocación» al tratar de bañar a un *grajo* escapista que se cruzaba o refugiaba detrás o al lado de una compañera, o de plano desde un piso superior tirándole el agua y escondiendo la mano —y la cara, por supuesto.

Ser *grajo* requería poseer un estigma fácilmente reconocible. Al efecto, una manera de serlo radicaba en mostrar la vejación de que éramos objeto mediante la eliminación de la cabellera, el copete o la melena.

En esa época la «grajez» tenía algo que ver con el término «pelado». Por eso, algunos compañeros, antes de entrar a la facultad, como prevención, se cortaban el cabello hasta quedar pelones, pero quienes no lo hacían por desconocimiento *in-exento*, valor temerario, esperanza inútil o inocencia supina, aparte del baño, eran conducidos al patio, donde los sentaban en una banca, en un balde o en el suelo, y empezaba la rapada a cargo de una serie de improvisados «figaros» con todo y bata, tijera (de disección anatómica) en mano, quienes realizaban los más variados, atrevidos e imaginativos cortes al estilo mohicano, mongol, tablero de ajedrez, mordida de burro, tupé o tonsura, entre otros. Arte efímero del cual, finalmente, un peluquero establecido hacía *tá-*

bula rasa al redondear el cráneo del susodicho con la máquina del cero. A veces, a los espontáneos rapapelos, en su afán depilatorio, se les iba la mano y esquilaban también, de manera graciosa, las cejas.

Los baños cotidianos continuaron semana tras semana, y de repente, sin decir agua va (¡válganme la expresión!). Todo estaba organizado para la culminación de las *grajeadas* con una serie de interesantes actividades, en las cuales los *grajos* resultamos ser los principales protagonistas.

Después del baño de ese fatal día, los *grajos* fuimos invitados de manera «convinciente» por una hilera de amenazantes estudiantes de los años superiores (los llamados golpeadores) a pasar al patio y a los jardines de la facultad nueva para participar en las «Olimpiadas de los *grajos*». Éstas se inauguraban con las pruebas de pista y campo, como el «naricinco», que consistía en poner en competencia principalmente a quienes poseían un apéndice nasal superlativo o diminutivo para empujar con éste una moneda a lo largo de un pasillo con suelo de concreto, donde había que recorrer un espacio de unos cinco metros, y de la forma más rápida, la aplanada pieza metálica. Asimismo, en ésa u otra improvisada pista se instalaba el «nalgódromo» y se seleccionaba a aquellos cuyo peso o trasero fuera notable.

En ambas competencias se tenían previstas las repeticiones en caso de empate o final de fotografía. También eran invitados aquellos que nos poníamos rejegos o que de plano les caíamos gordos a los organizadores de estos magnos actos. Es obvio decir que en estos lances las superficies de fricción (me refiero a la de los *grajos*) terminaban en pésimas condiciones.

Mientras tanto, a un lado de la facultad, en el «elefante blanco», antiguo nombre que se le daba al actual Nuevo Hospital Civil (que aún no estaba terminado), en el espacio correspondiente a los sótanos, transformados en piscinas a cielo abierto, semillenas de estancadas y verdes aguas pluviales, refugio o hábitat de una rica variedad de flora y fauna nativa y otros desechos, se instalaban unas improvisadas escaleras con trozos de madera o pedazos de troncos para que bajaran a combatir esforzados *grajos*, quienes debían demostrar sus habilidades luchísticas ante un recién ungido emperador romano y su corte (por cierto, debidamente ataviados con sábanas a manera de togas), so pena de ser apedreados o denostados en caso de no convencer a tan distinguida concurrencia y, sobre todo, a lo que indicara el dedo pulgar del emperador.

Al terminar los certámenes nos obligaban hacer una fila, que nos sugerían hacerla en paños menores (previo encargo de la ropa a



las compañeras); entonces, una comisión «enchapopotadora», con especial dedicación, embadurnaba a cada *grajo* con ayuda de una escoba vieja y lo transformaba de la cabeza a los pies en un «simpático negrito». Luego éramos amarrados con unas cuerdas para que no pudiéramos escapar y mantener el control del grupo. Con ello nuestros verdugos lograban, sin quererlo, que nos integráramos solidariamente. A la runfla de *grajos* enchapopotados y atados se nos conducía, a paso veloz y en fila india, desde la nueva facultad, pasando por la calzada Independencia, subiendo por la calle de Hospital, hasta el panteón romántico de Guadalajara, el panteón de Belén, donde nos esperaba otra bella recepción.

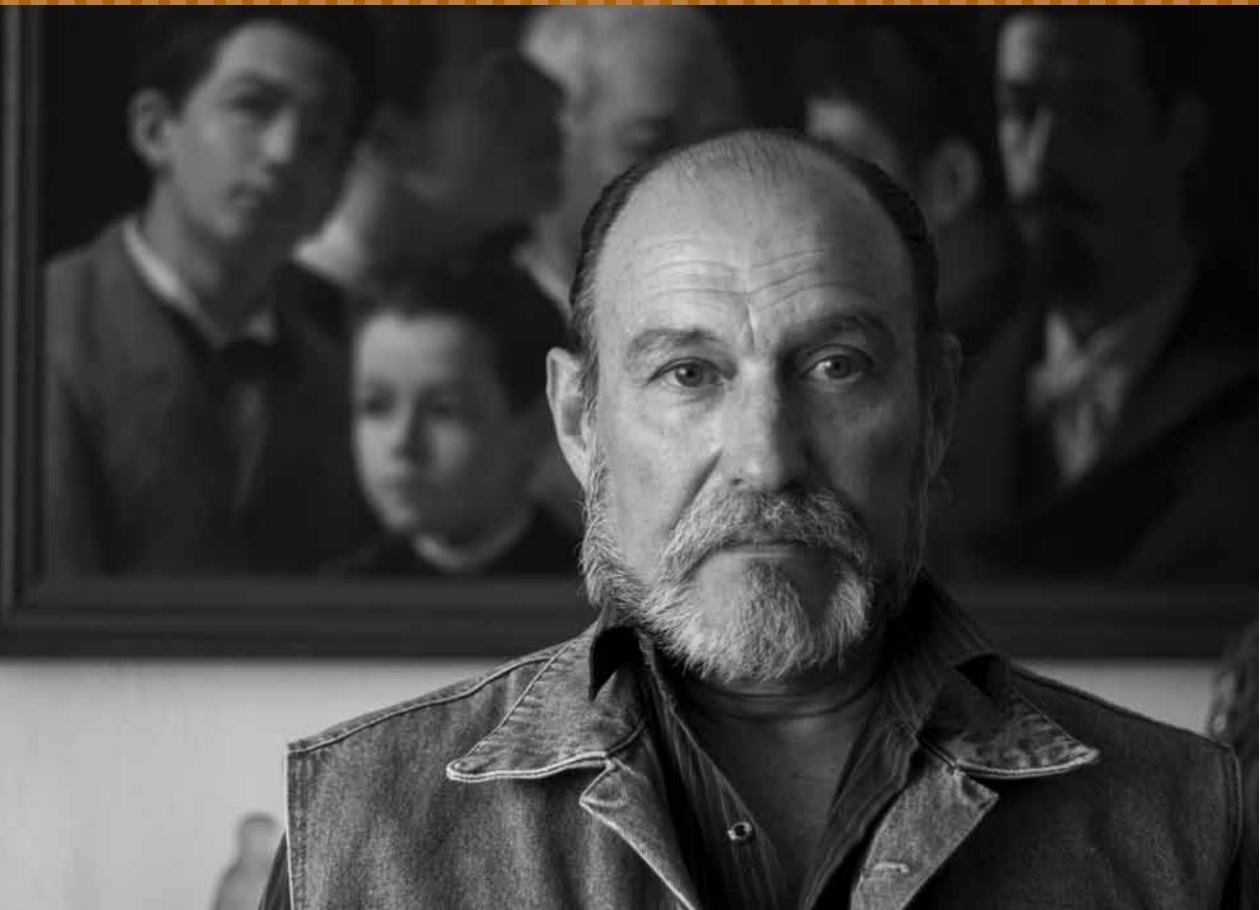
Efectivamente, nos conducían a la antigua tumba de los Jaliscienses Ilustres, y una vez agolpados en ella y protegidos por sus columnas, previa y oportuna cosecha de fruta del panteón —también huerto— empezaba el «homenaje» mediante una «guayabiza», que todos tratábamos de evitar al querer ubicarnos en el centro del monumento. Huelga decir que la masa de *grajos* se transformaba en un *maremágnum* en el que olas de unos entraban y olas de otros salían, para evitar ser blanco de los atinados y repetidos tiros, pues la cosecha de guayabas, en cantidades suficientes, estaba acomodada estratégicamente para que no hubiera problema de abasto para los francotiradores ubicados en el perímetro del mausoleo.

El fructífero homenaje acababa a la par de que se agotaban las guayabas, y en seguida se daba entrada al siguiente acto: salíamos del panteón en fila india, tomábamos rumbo al centro de la ciudad, por la avenida Alcalde, con la meta de llegar hasta la avenida Juárez. El espectacular recorrido era matizado con alegres gritos, cantos, piropos, tratar de abrazar a las espectadoras, saludar de mano y esconderse de los conocidos. La gente corría, quedaba expectante, nos gritaba, algunos comercios cerraban sus puertas. Al efecto, la gente de ese tiempo decía: «¡Ahí vienen los estudiantes!», como espontánea exclamación, cuando los educandos de las escuelas oficiales hacían sus actos en la vía pública.

En ese tiempo, el cruce de 16 de Septiembre y la avenida Juárez tenía de planta a un agente para dirigir el tráfico, montado en un banco, con objeto de ser más visible a los transeúntes y vehículos. Cuando los *grajos* llegaban a ese cruce de avenidas se aprovechaba la ocasión para hacer una rueda en torno al agente de tránsito. Nosotros no fuimos la excepción y cantamos alrededor del estoico «tamaro» (de tamarindo, por el color de su uniforme) la «Doña Blanca» y otras rondas infantiles.

La jornada terminaba en la Plaza de la Liberación, o «de las dos copas», ante la impávida mirada de don Miguel Hidalgo y la atenta oferta de una instantánea como recuerdo por parte de los fotógrafos de la plaza. Aprovechamos las dos fuentes para lavarnos el chapopote, cosa que no se lograba del todo, a pesar de que algunas solícitas compañeras nos llevaban bolsas con detergente en polvo, que producía una excelente espuma, lo que además de disimular los restos del betún adornaba las pilas. Luego fue necesario ir al vapor y bañarse durante varios días para eliminar los restos del hidrocarburo y las emociones encontradas.

Después, todo seguía con normalidad, pues ya no éramos *grajos*, sino estudiantes de medicina.



Sobre la identificación de los vampiros en el occidente de México

Álvaro Fernando Gutiérrez Villaseñor

Se desempeñó como técnico del Laboratorio de Virología en la Escuela de Medicina Veterinaria y Zootecnia (EMVZ) de la Universidad de Guadalajara y como maestro de virología, parasitología y radiología de la misma escuela. Trabajó en varias instituciones públicas y privadas. Ganó el Premio Estatal de Ciencia, Tecnología e Innovación 2009, otorgado por el Gobierno del estado de Jalisco, por conducto del Consejo Estatal de Ciencia y Tecnología del Estado.

Introducción

Este ensayo consta de tres secciones. En la primera se describe la importancia de los murciélagos vampiros o hematófagos en la epidemiología; en la segunda se mencionan brevemente los resultados de una búsqueda automatizada en internet, y en la tercera se hace referencia a la manera en que se obtuvieron especímenes y datos para la identificación de murciélagos del occidente de México en el periodo de 1969 a 1971.

Los vampiros en la epidemiología

En 1969 el estado de Jalisco, importante productor pecuario, carecía de personal experimentado en la identificación de quirópteros (etimológicamente «mano alada»); las vacunas contra derriengue (rabia paralítica del bovino transmitida por quirópteros) causaban graves reacciones, pues eran muy altas las bajas por muerte en los hatos afectados por derriengue y muy escasos los recursos para su control. Por si fuera poco, las personas que tomaban la iniciativa para disminuir la población de vampiros hematófagos (que se alimentan de sangre) solían hacer matanzas injustificadas de especies afines inocentes y benéficas para la agricultura.

Los murciélagos (etimológicamente «ratones ciegos alados») eliminan el virus de la rabia mucho tiempo antes de morir. Esta circunstancia y su necesidad de alimentarse de sangre convierten a los

vampiros en excelentes transmisores de rabia paralítica. A diferencia de los vampiros, los perros sólo portan el virus rábico en la saliva durante corto tiempo.

México tiene una importante población de vampiros, lo que permite su observación, estudio y conocimiento. Los murciélagos hematófagos son habitantes exclusivos de Hispanoamérica; su presencia en otras regiones del mundo es ocasional. Por lo mismo, el contacto con los murciélagos hematófagos se realiza sólo en una zona privilegiada por fauna autóctona, con temperaturas y humedades relativas muy precisas y estables, por debajo de dos mil metros sobre el nivel del mar.

Los representantes de los murciélagos vampiros son:

- *Desmodus rotundus*. Es frecuente encontrarlo pues es una especie común. Parasita mamíferos, aves y reptiles. Pesa hasta 43 gramos (el peso de una paloma es de 500 gramos).
- *Diaemus youngi*. Es raro, muy pocas personas lo han capturado. Se alimenta de sangre de aves.
- *Diphylla ecaudata*. Su presencia es menor que la del *Desmodus* y mayor que la del *Diaemus*; no se le encuentra con mucha frecuencia. Se alimenta de sangre de aves.

Cada género tiene una especie y no hay otra más dentro de la biodiversidad, aunque sí hay muchas especies de vampiros en las leyendas y en la literatura.

El vampiro limita el uso de zonas de pastoreo, transmite la rabia y predispone a gusaneras e infecciones bacterianas. Por ello, el impacto económico en la ganadería es cuantioso.

Sólo en ocasiones los humanos son mordidos por vampiros, aunque el riesgo de rabia existe, incluso se han conocido algunos casos de rabia humana en Jalisco y Nayarit transmitidos por quirópteros en zonas favorables a la población de murciélagos vampiros, en particular al norte de Jalisco, en la llamada zona de los cañones de Bolaños y Chimaltitán de Bolaños —ahí donde el estado tiene la forma de un tenedor.

Las mordeduras por vampiro en humanos se producen en ciertas condiciones ambientales o de manejo, por lo que son predecibles. Gracias a la tarea de investigadores nacionales y extranjeros fue posible desarrollar métodos y fármacos para el control específico del vampiro *Desmodus rotundus*. También se mejoró notablemente la inocuidad, seguridad y potencia de las vacunas contra el derriengue.

Búsqueda en internet

Recientemente recibí una invitación de mi colega Ernesto Zamora Nuño para dar una conferencia acerca de la rabia en murciélagos y su clasificación taxonómica. Esto me dio una magnífica oportunidad para actualizar conocimientos en un tema que fue de mis preferidos cuando era estudiante de medicina veterinaria y zootecnia. Así que encendí la computadora y recuperé información que complementó a la obtenida en fuentes bibliográficas en 1970 y en años previos.

Como resultado de la navegación por el ciberespacio, obtuve datos recientes de fuentes confiables sobre los avances en el conocimiento de la rabia y los quirópteros. Actualmente, los casos de rabia adquiridos de manera inexplicable tienen un nombre particular: crípticos. Por otra parte, los grupos taxonómicos para los murciélagos que se alimentan de sangre, vampiros o hematófagos han cambiado: de pertenecer a una familia exclusiva de chupadores de sangre, la *Desmodontidae*, pasaron a otra muy popular, la *Phyllostomatidae*.

La enciclopedia de todos, Wikipedia, presenta fotografías detalladas de vampiros (no tienen hoja nasal desarrollada) y menciona que mueren luego de cuarenta y ocho horas sin alimentarse, razón por la cual estos pequeños animales se donan mutuamente sangre regurgitada de sus estómagos cuando no tienen éxito para alimentarse en una noche, con lo que evitan la muerte.

Nadie piensa en usar las vacunas de Luis Pasteur para prevenir la presentación de un cuadro clínico de rabia; las vacunas son hoy en día más efectivas y seguras que las del genial francés precursor de la inmunología moderna.

Todo quedó perfectamente sustentado en términos bibliográficos, y no sólo eso: hermosas fotografías de murciélagos en color acompañaron mis viejas diapositivas de 1969 y años posteriores. También obtuve estadísticas recientes de casos de rabia y sus localizaciones y orígenes, de canino, quiróptero, entre otros. Se destaca la erradicación de la rabia urbana en la zona metropolitana de Guadalajara.

En unas cuantas horas recopilé un material digno de cualquier universidad de primer mundo. La obtención rápida de información de calidad es producto característico de internet, el moderno recurso de la humanidad, cuya importancia como herramienta está aún en proceso.

Los sitios en que se puede obtener información de rabia, derriengue, quirópteros e identificación de éstos son muchos. En cuestión de



minutos un internauta eficiente logra recuperar valiosa información, gratuita o mediante pago. Un internauta eficiente es una persona joven; la eficiencia en este trabajo está en relación inversa con la edad.

Identificación de murciélagos del occidente de México

Comenzaba el año de 1969 cuando mi estimado primo Pablo, de nueve años de edad, me asaltó con una pregunta: «¿Este murciélago es vampiro?» Me mostraba un frasco de café soluble con un prisionero que colgaba de cabeza asiéndose hábilmente con las uñas de sus patas en los bordes de hoyos que se habían hecho para el cambio de aire expirado por aire sin respirar, tal como deben descansar los quirópteros.

Se me hizo fácil encargarme de esa clasificación con ayuda de mis maestros de la EMVZ, institución entonces recién fundada gracias al esfuerzo conjunto de autoridades y profesionales, entre los que destacan el maestro Juan Gil Preciado, gobernador de Jalisco y luego secretario de Agricultura y Ganadería, el médico veterinario Ramón Fernández de Cevallos, mejor conocido como el doctor Cevallos, primer director de la escuela, y otros más que fueron igualmente entusiastas y su participación constructiva e importante.

Al encontrarme con la sorpresa de que la incógnita sobre la clasificación del quiróptero en cuestión permanecía sin ser resuelta, las pláticas sobre el tema se volvieron recurrentes. El ejemplar permaneció conservado en formol al diez por ciento y celosamente guardado. De manera fantasiosa, consideré que podría ser una especie rara de vampiro.

El maestro Rodolfo Barba López, quien en 1969 impartía la cátedra de virología antes de obtener el grado de licenciatura, por su capacidad técnica y por ser un excelente estudiante, ante la necesidad de maestros que sufría la escuela me invitó a colaborar en una vacunación contra derriengue de los bovinos en las inmediaciones de Ciudad Guzmán, hoy Zapotlán el Grande, con una vacuna moderna que probaría su eficacia y seguridad en campo. Rodolfo era estudiante al mismo tiempo que mi maestro y amigo. Yo pensaba detener la enfermedad milagrosamente.

Durante la exploración del hato de ganado lechero llamó la atención la afectación de los cuartos traseros —o patas traseras— de varias vacas que, lastimosamente, los arrastraban al caminar, retrasándose y surcando el suelo por su torpeza al levantar la pata; presentaban los

primeros síntomas del derriengue, lo que fue confirmado en el Laboratorio de Patología Animal. El derriengue comienza por las patas y causa la muerte por parálisis de músculos respiratorios y pérdida de funciones del sistema nervioso; es transmitida por quirópteros y no se manifiesta con furia como la rabia de los perros, que se vuelven agresivos y atacan. El virus del derriengue también enferma y mata a los humanos.

La vacunación del ganado y su identificación mediante aretes metálicos fue cuidadosa. El arete se colocaba en una parte selecta de la oreja para que no la tumbara, es decir, que no la agachara. Los resultados de la vacunación preventiva no fueron acordes con el esmero de mi maestro ni con mis deseos. Hubo muertes.

La información epidemiológica disponible en ese momento nos hacía dudar de la intervención de hematófagos en la zona como transmisores del virus rábico, pues la altura sobre el nivel del mar, la humedad y la temperatura en que se encontraba el ganado limitaba la alimentación de vampiros en esa área.

Luego de una inspección por los alrededores, localizamos refugios de murciélagos en los que había guano, el excremento de murciélago, con fuerte olor a nitrógeno y en forma de granos de arroz, lo cual es característico de murciélagos insectívoros. El material de lectura mencionaba el excremento del vampiro como una diarrea sanguinolenta fétida, e identificaba con facilidad su relación con la sangre —en pocas palabras, sangre digerida. En el piso del refugio de los pequeños mamíferos alados, que era un gran cuarto abandonado con techo de teja, localizamos algunos murciélagos agónicos, con dificultades de movimiento.

Un prestigioso zoólogo europeo publicó la foto de un vampiro, la única disponible por el momento para nosotros. La imagen era borrosa pero podíamos observar en ella un apéndice u hoja nasal desarrollada. Por el excremento y la apariencia facial sin hoja nasal era claro que no estábamos ante murciélagos vampiros. Se sumaban, pues, cuatro interrogantes: ¿qué murciélago había capturado Pablito? ¿Qué murciélagos encontramos en Ciudad Guzmán? ¿La torpeza y agonía de los nuevos especímenes colectados se debían a enfermedad por virus rábico? y ¿qué animal transmitió el derriengue a las vacas de Ciudad Guzmán?

Tratando de esclarecer estas preguntas surgió una sociedad entre profesionales en formación, Rodolfo y un servidor, para hacer un estudio sobre rabia en quirópteros; yo me encargaría de obtener especímenes para su análisis. La clasificación de éstos estaría pendiente y

recurriríamos a la máxima casa de estudios de la nación, es decir, la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), ya que la Universidad de Guadalajara no contaba aún con una escuela o facultad de Biología. El proyecto fue apoyado por el director de la EMVZ, el doctor Cevallos.

La vacuna aplicada no logró detener la mortalidad a pesar de su potencia y seguridad comprobadas, ello debido a que no se revierte la enfermedad con síntomas presentes por medio de la vacunación.

En la especie humana, la vacuna antirrábica se aplica luego de la exposición o el contacto con el virus; en los animales, primero se vacuna y luego ocurre el contacto. En cuanto a las vacunas antirrábicas, esta época se caracterizó por el hecho de que los animales tuvieron una mejor vacuna que los humanos. Las personas vacunadas recibían una serie de inyecciones alrededor del ombligo que provocaban inflamación y dolor constante si la reacción era leve, pero si era grave podría ocurrir parálisis. Peor aún era que se prohibía el consumo de alcohol a los pacientes vacunados. Un servidor recibió en dos ocasiones las vacunas, la primera luego de una mordedura de coyote.

Al grupo de estudio de los quirópteros de la EMVZ, formado hasta este momento por dos personas, se adhirió Juan Manuel Carrillo García, quien organizó una estancia en Puerto Vallarta con opciones de captura de especímenes.

El equipo que se usó para las capturas fue un rifle de diábolos impulsados por aire, calibre 4.5 mm, una escopeta cuata calibre 12 y un aparato para fumar que contenía amoniaco, a fin de hacer salir a los murciélagos de sus escondites. Los ejemplares colectados eran muertos a tiros, descansando o volando, y el cerebro conservado en glicerina al cincuenta por ciento. Para la movilización conseguimos en préstamo una moto Islo 175 cc. Vale decir que estas motos eran fabricadas en México, y si se les cuidaba podían durar toda la vida —eran las preferidas de los cobradores.

La bibliografía para taxonomía consultada en bibliotecas públicas y privadas, como la del doctor Enrique Estrada Faudón, no era suficiente para hacer separaciones precisas entre murciélagos insectívoros, piscívoros o hematófagos. El doctor Estrada se caracterizó por su incansable labor en pro del conocimiento de la biología, tanto dentro de la Universidad de Guadalajara como en sociedades de ciencias naturales.

El doctor Jorge Vilchis Villaseñor, director de Epidemiología y Campañas Sanitarias de la Secretaría de Salubridad y Asistencia, me



proporcionó abundante bibliografía sobre rabia y quirópteros. A pesar de que algunas claves para la identificación de murciélagos eran claras, requerían un cúmulo de conocimiento previo en descripciones tediosas y confusas para un principiante. Decidimos proceder sin exactitud en la identificación y luego subsanarlo consultando a expertos.

Transcurría septiembre de 1969 y las lluvias eran copiosas y frecuentes; el río Ameca estrenaba un puente que facilitaría el traslado hacia el vecino estado de Nayarit, en donde se localiza un valle, el de Banderas, con ganado en grandes cantidades y murciélagos también.

Al dejar la carretera Puerto Vallarta-Tepic tomamos un camino de terracería en donde los puentes estaban constituidos por vigas de madera de decenas de metros de largo; una llanta circulaba por una viga y la otra por otra paralela, no había más soporte. Ofrecían seguridad para un camión, pero no para una moto. Un resbalón podría provocar una caída, fractura o algo más grave. No obstante, teníamos que pasar, no existía otra opción: era sobre las vigas mojadas o no había paso.

Limpié de lodo las llantas de la moto, me encomendé a Dios y rogándole para que no perdiera el equilibrio, para que el motor no se apagara, pasé al otro lado. Mi compañero lo hizo a pie. Ese mismo día, montados en caballos, subimos a la sierra cercana a Valle de Banderas, en donde capturamos murciélagos robustos, con hoja nasal, en huecos de árboles; tentativamente, los consideré vampiros.

El lugar en la sierra poco accesible parecía ideal para seguir trabajando. La belleza del verde del monte en tiempo de aguas es indescriptible y las mordeduras por vampiro al ganado son frecuentes, tanto que los ganaderos debían estar cerca de sus vacas al parir porque una larva, la del gusano barrenador, se comía en vida a reses adultas y becerros a partir de una herida de parto, de un ombligo sangrante y, desde luego, de una mordedura de vampiro. Un tratamiento a tiempo con el larvicida Gusanol curaba gusaneras. Se dice fácil, pero requería fuerza para someter ganado cerril y oportunidad del tratamiento para evitar el daño irreversible a los tejidos.

Luego de las capturas de murciélagos, bajábamos de la sierra contentos y presurosos cuando los caballos se detuvieron bruscamente y no dieron paso adelante. No hicieron caso de riendas, azotes ni gritos y amenazaban con reparar. Desmonté e inspeccioné el lugar en busca de víboras, pero encontré un raro animal con apariencia de iguana gorda y botones de hueso en la piel: era un escorpión o monstruo de Gila el que inquietaba la remuda. Su gran lentitud permitió su sacrificio a machete, que dejó deforme su cabeza; bien muerto estaba cuando le

arrojé amoniaco en la cara. Surgió del suelo un bólido que, moviendo hierbas, desapareció en un instante y dejó mudos de la sorpresa a las personas y tranquilos a los caballos; fue algo parecido los pollos degollados que aun así aletean o corren.

Cuando volvimos a la población de donde partimos hacia la sierra para una nueva expedición y captura, la gente parecía no vernos y nuestras palabras no encontraban contestación. No éramos vistos ni oídos y llegué a pensar si yo era un fantasma. Entonces existía la creencia de que los vampiros estaban rabiosos porque comían mariguana.

Por fin encontré una respuesta a mis palabras: «¡Váyanse! Personas como ustedes no son bienvenidas aquí». Y ese lugar hermoso de la sierra, con el verde indescriptible del tiempo de aguas, no lo he vuelto a ver.

A excepción de ese incidente, sólo encontramos comprensión y apoyos en forma de información, hospedaje, comidas, vehículos, caballos y gasolina, tanto de ganaderos como de autoridades, colegas, parientes y población en general.

Se decía que la ganadería de El Tuito mantenía muchos «mampiros» y que en Tomatlán había un número mayor. Y no se dijo más, partió una expedición con un nuevo miembro de la localidad a visitar. Era una mañana clara por un camino de terracería que cruzaba montañas, arroyos, barrancos y que era cruzado por víboras, mapaches, venados y el casi mitológico pero real «tigre», es decir, el leopardo americano o jaguar, cuyos «pujidos» o rugidos llenan el vacío de los precipicios e imponen respeto. Con nuestra escopeta se le podía «topar al tigre», decían los lugareños, pero no vimos al tigre. Años después lo observé acechando unos pecaríes.

Los otros huéspedes de la carretera en construcción eran un par de camiones que hacían el servicio de transporte de El Tuito a Puerto Vallarta. Se detenían en un arroyo sin puente para el vehículo, pero con uno colgante para los pasajeros; del otro lado, otro camión esperaba a los clientes e intercambiaba la preciosa carga humana, volviendo atrás y cerrando un ciclo de transporte.

El puente no era largo. Tal vez la altura máxima era de unos diez metros. Abajo yacían unas piedras y el torrente cristalino y puro de aguas hacia el océano ya cercano. Intentamos cruzar en motocicleta pero la estructura de madera resultó susceptible a la aceleración de las llantas, las tablitas se soltaban y el puente en su totalidad se meció como un columpio. Di marcha atrás y el cruce se hizo por las aguas frías y cristalinas que arrebataban la máquina con su fuerza colosal, pero con paciencia permitieron nuestro paso.

Esto, que podría parecer cansado, no fue nada comparado con el esfuerzo para hacer arrancar de nuevo las motos; quitamos las bujías para secarlas, pedaleamos la palanca de arranque hasta causar la deformación de las sólidas botas con suela de vaqueta y correamos empujando hasta el cansancio extremo, pero los motores no prendieron. Tuvieron que pasar varias horas para que los motores encendieran.

Felices y mojados por una lluviecita, transitábamos un camino de tierra y lodo en una sección casi seca con un solo charquito, uno solo y pequeño que le pareció buen blanco para pasar por encima a Juan Manuel, piloto de la moto que me transportaba. Lo atacó como torero con el estoque y el charco respondió como toro enviándonos al aire como si los varios cientos de kilos de acero y personas fuéramos una pluma. Mi piloto resultó herido en el pectoral izquierdo, pues se clavó el manubrio del freno. Con prisa y miedo revisé la lesión para calcular la profundidad de la herida, la cual, a pesar de sangrar, no afectó estructura anatómica alguna por dentro del tórax. Magnífico, porque se hubiera ido al otro mundo sin atención médica ni santos óleos. No había nadie cerca en muchos kilómetros.

Nos acompañaba y ayudaba el amigo que tenía casa en El Tuito, adonde llegamos al oscurecer. Ese amigo tenía algo más valioso que una tarjeta de débito, él solamente decía: «Soy hijo del señor Pérez» y con esas palabras mágicas cenamos y fuimos muy bien atendidos en numerosas ocasiones.

El Tuito nos proporcionó varios murciélagos de los robustos y con hoja nasal que se clasificaban como vampiros; se capturaron de su refugio en el envés de las hojas de un vástago o planta productora de plátano. El muestreo en El Tuito y Tomatlán transcurrió con muchas caídas de la motocicleta, escasez económica, una gran cantidad de anécdotas y algo conmovedor: la solidaridad y generosidad de sus habitantes. Lo tocante a los especímenes colectados coincidió con lo descubierto antes. Este viaje duró casi una semana, durante la cual no me reporté a ninguna parte porque no encontré un teléfono público.

De vuelta a Puerto Vallarta, hicimos una excursión al vecino estado de Nayarit, en donde sacamos con fuego unos murciélagos del hueco de un árbol; nuestra bomba de amoniaco había perdido los paquetes por la acción corrosiva del contenido y no era posible usarla. La captura se hizo con sombreros o con las manos. El excremento de los animales capturados era sangre digerida y sus dentaduras no dejaban duda alguna de lo filoso de sus incisivos, adaptados para cortar la piel de sus donadores de sangre. Había coincidencia con las descripcio-



nes de los vampiros, sólo que no tenían la hoja nasal desarrollada que aparecía en la fotografía de la publicación equivocada del afamado zoólogo europeo que ya mencioné.

Encontramos y atrapamos vivos, por fin, a unos verdaderos vampiros. Me impresionó el color dorado de su pelo, la agilidad de movimiento, la finura de su cuerpo; eran unos animales muy agradados. El transporte lo hicimos en una camioneta prestada por un ganadero, con poca gasolina, que no fue suficiente para volver del viaje, pero una vez más la solidaridad se hizo presente en un turista que nos obsequió un galón de gasolina que hizo posible nuestro retorno a Puerto Vallarta con la preciada carga de vampiros.

Uno de esos vampiros llegó vivo a Guadalajara, en donde fue alimentado con sangre desfibrinada de bovino sin anticoagulantes que proporcionó Rodolfo. A pesar de ingerir una buena cantidad de sangre y de los esfuerzos de los veterinarios, nuestro vampiro murió.

Terminó septiembre y en octubre me presenté a clases, ya iniciadas, en el tercer año de la EMVZ. Recibí de la escuela una cantidad aproximada de doscientos pesos por concepto de gastos efectuados durante las capturas y por el revelado de material fotográfico. Algunos maestros justificaron mis faltas de asistencia a clases, otros no. También fui promovido para obtener el nombramiento de técnico del Laboratorio de Virología de la EMVZ que dirigía mi maestro Rodolfo.

Los resultados obtenidos al momento eran un gran avance, pues por fin conocíamos uno de los géneros de vampiros y lo comparábamos con otros murciélagos identificados equivocadamente en previas revisiones. Con esto, podrían salvarse poblaciones de murciélagos útiles o no parásitas, y se contaba con el dato preciso de una publicación denominada *Los murciélagos de México*. En esta edición el autor, Bernardo Villa Ramírez, catedrático de la UNAM y autoridad en el tema, ofrecía un trabajo monumental a la comunidad. La EMVZ hizo el pedido del libro por correo. Esperar largo tiempo (varios meses) cuando se compraba por correo era parte del sistema, no sólo en México, sino en todo el mundo. Algo similar ocurría al recuperar información científica de revistas o de comunicaciones personales.

Con la ayuda de las descripciones doctorales, los dibujos y las fotografías fue fácil incluir en sus respectivos grupos de familia, género, etcétera, a muchos de los animales en espera de clasificación en detalle de especie y subespecie; estábamos en 1970. Sin embargo, había duda sobre la nomenclatura binomial del murciélago (que no era vampiro) de mi primo y de otros más.

Aprovechando un asueto forzado por dificultades estudiantiles en la Universidad —que afortunadamente no se han repetido— asistí a la UNAM para aprender con precisión la identificación de los quirópteros mexicanos con la ayuda y cortesía del doctor Bernardo Villa Ramírez y su eficiente equipo formado por los biólogos José Ramírez Pulido y Cornelio Sánchez Hernández, y como secretaria Margarita Islas Luna.

El doctor Villa asesoraba científicos extranjeros en estudios de vampiros y con ellos visité varias cavernas en el estado de Morelos. Su conocimiento del tema sorprendía, pues al volar cualquier quiróptero, él mencionaba cuando menos su género; en su plática señalaba con el dedo y decía: «*Myotis... Tadarida... Lasiurus... Desmodus...*». Se le entendía perfectamente a pesar de las mascarillas que usaba y solicitaba que usaran sus acompañantes para evitar el contagio con el hongo histoplasma, que crece en el excremento de los quirópteros y causa en los humanos una grave enfermedad pulmonar.

En 1971 seguí haciendo colectas en Jalisco y estados colindantes con la ayuda de José Manuel Castañeda Ramírez, amigos y paisanos; obtuve vampiros en Milpillas de Allende, cerca de Teúl de González Ortega, en Zacatecas, adonde se accedía de manera preferencial en avioneta, a pesar de estar a menos de cien kilómetros de Guadalajara y en donde la comunicación para esta ciudad se hacía por medio de programas comerciales de radio que avisaban llegadas, noticias y recados o por un antiguo teléfono de pilas que enviaba telegramas.

La colecta en Zacatecas incluyó la necropsia de una vaca muerta por derriengue, comprobada con la muerte de los ratones de laboratorio inoculados con cerebro sospechoso y la opinión del mvz Jaime Aranda Velasco, quien nos asistió con su experiencia en patología para eliminar la confusión de inexpertos estudiantes que pretendíamos identificar unos corpúsculos de Negri, que son globulitos coloridos dentro de las células nerviosas. Un corpúsculo de Negri, en la observación microscópica, es diagnóstico certero e infalible de rabia o derriengue. La positividad de derriengue y la posibilidad de contagio me hizo merecedor, junto con dos compañeros, de una segunda serie de inyecciones vacunales para prevenir rabia por el virus del derriengue. No obstante, hay ciertas diferencias entre los virus, el de rabia protege del derriengue o rabia paralítica. Nuestro caso se presentaba de manera inusual por el gran número de corpúsculos de Negri observados por campo microscópico.

En la rivera del lago de Chapala, en las norias o pozos y en la vieja mina de oro de Ajijic, estaban presentes los vampiros; en Mascota

colecté algunos en brigadas de trabajo con la dirección del maestro Ramón Zataráin Martínez, de grata memoria. También, participaron otros estudiantes de la EMVZ: Ignacio de Jesús Beas Nava, José Manuel Castañeda Ramírez, Juan Manuel Carrillo García, José Antonio González Godoy, Juan Antonio González Mendoza, Francisco Preciado de la Torre, Héctor Torres Fernández Guerra, Guillermo Valtierra Álvarez y Ernesto Zamora Nuño.

Para finalizar, quiero mencionar el magistral apoyo en mis actividades de dos conocedores parasitólogos de la EMVZ: Eneas Rendón Ruiz y Javier Rivera Hernández.



Recuento de pasos

Mario Eduardo Mejía Íñiguez

En 1969 hizo su debut como integrante oficial del Grupo Folclórico de la Universidad de Guadalajara. Con éste realizó giras a Japón, Argelia y la Unión Soviética acompañando al presidente de México José López Portillo. Desde 1980 se integró al Departamento de Artes Escénicas como docente en el área de danza.

En 1953 tuve mi primer encuentro con la danza folclórica pues un buen día se le ocurrió a mi madre que aprendiera a bailar sones y jarabes, como los que mi hermana y su novio bailaban en el grupo folclórico del Departamento de Educación Pública, que dirigía la *Miss* Cuca. Aunque ella les sugirió que fuera en la nohcecita, después de que yo hubiera terminado la tarea. ¿Aprender a zapatear a esa edad? ¿Por qué? ¿Y para qué? Mucho menos después de haber luchado toda la tarde en la escuela tratando de asimilar las letras, las sumas y las restas.

La verdad, idea de bailar no me convenía mucho. Para mí era más importante salir a jugar con todo el chiquillerío de mi cuadra, a las escondidas, el botecito, la chinchelegua y a otros muchos juegos que tenían como escenario la calle de Aldama, en el barrio de Analco. A mi mamá la quería mucho y esto de que aprendiera a zapatear había sido un deseo de ella, así que ni modo, había que hacerlo porque en ese tiempo uno tenía que obedecer a los papás.

Entonces aquellas tardes de correrías infantiles, que a decir verdad fueron muchas, de pronto se fueron alternando con frecuencia con otras tardes, a las que consideré eternas, aquellas en las que mi libertad se terminó cuando empezó la fuerte disciplina de mis primeros maestros de danza: mi hermana Ana María, *la Nany*, y mi cuñado Guillermo Rentería, *el Ciego*, a quienes de seguro no les resultó nada fácil aceptar la petición de mi mamá y luego tratar de concretar la pretensión de que un día yo bailara. Sin embargo, ellos aceptaron con gusto, a sabiendas de que esto significaba sacrificar sus preciadas horas de noviazgo con tal de que yo aprendiera los secretos de la danza. Lo mismo sucedería conmigo, que tuve que renunciar a mi holgada área de juegos

allá en la calle de Aldama, a la que poco a poco fui relegando por un espacio mucho más reducido... ¡la sala de mi casa!, de pronto convertida en un improvisado salón de clases, en el que noche tras noche tenía que demostrarles a quienes me enseñaban los pasos que me habían dejado de tarea que no sólo los había practicado, sino que además me sabía los nombres de cada uno de ellos y a cuáles sones pertenecían.

La revisión comenzaba con la ejecución de los diferentes tipos de zapateados, que iban desde los más sencillos, como el de puntas, luego el de punta y talón, y posteriormente los planos, que se hacían con toda la planta del pie, para finalizar con los zapateados «volados» del «Son de la Negra». Había otros pasos en verdad difíciles, como los de «El jarabe tapatío» y los del «Jarabe largo ranchero»: las «lazadas», en las que se dibujaba con la punta del pie un círculo en el aire simulando la reata de lazar. Si eran sencillas, se hacían con la pierna derecha, pero cuando eran alternadas, se utilizaban las dos piernas. Pasaba lo mismo con los pasos «cepillados». Había otros en los que se tenían que imitar los movimientos no sólo de algunos animales, como el «palomo», el «cócono» y el «burro», también el del «borracho». Con este paso, a la hora de bailar había que imitar su andar, con los incontrolados balanceos y trapiés característicos de un ebrio, de manera que se requería hacer alarde de equilibrio para no perder ni cadencia ni compás. Por último, el más complicado de todos, el famoso «tornillo», ese paso saltado en el que al momento de estar en el aire se debe imitar con los pies los giros que hacen las manos al realizar la acción de empujar un «tornillo». Este paso para mí era el «coco» de todos porque aparecía casi en todos los sones y jarabes de Jalisco. Quien lo dominaba, como ocurría en mi caso, ya podía decir orgulloso que era bailar de sones y jarabes.

Ahora, en el tiempo y la distancia, me asalta el recuerdo de aquellas tardes de ensayo, en las que a veces yo asumía una actitud de flojera y apatía, con la que trataba de decirles a *la Nany* y *al Ciego* que ya no quería aprender. Ellos, en respuesta, me daban la clase con tanta ternura y cariño que lograron sembrar en mí la pasión y la entrega, en cuerpo y alma, a la más maravillosa de las artes: la danza.

Algunos años después, mi hermana Ana María, que ya trabajaba en las oficinas de la Compañía Eléctrica Chapala, recibió una llamada telefónica de parte de la secretaria particular de don José Aceves, secretario general del Sindicato de los Electricistas, para comunicarle que el señor Aceves quería hablar con ella. El motivo tenía que ver con una convocatoria que se había lanzado para formar un grupo folclórico

con los trabajadores y con los hijos o familiares de éstos. El edificio sindical se hallaba relativamente cerca de su centro de trabajo, así que mi hermana no tardó mucho en hacer acto de presencia en la oficina del señor Aceves. Él la recibió con mucho entusiasmo y sin más ni más le dijo: «Ana María, yo quiero solicitarle a usted... ¿si lo acepta?, que se haga cargo del grupo folclórico. Yo sé de su experiencia y de sus habilidades, por eso estoy seguro de que éste, bajo su dirección, será el mejor grupo de Guadalajara». Ella, por supuesto, aceptó, y tarde se le hacía llegar a casa para darnos la noticia, así que en cuanto pudo hacerlo con mucha emoción les comentó a mis papás lo que le habían propuesto. Luego, me tomó de los hombros y sin dejar de sonreírme, me pidió: «Hermanito, pues me vas a tener que ayudar porque don José quiere que el grupo de baile esté listo para la visita del señor presidente don Adolfo López Mateos, que viene a inaugurar el nuevo edificio sindical». Al día siguiente, *la Nany* puso «pies a la obra».

Como no hay plazo que no se venza ni paso que no se aprenda, en poco menos de un año de ensayos y llegado el día de la inauguración, ante la orgullosa mirada de don José Aceves y la de las distinguidas personalidades presentes en ese acto, nuestro grupo interpretó con toda la enjundia del mundo los sones y jarabes más representativos de Jalisco.

Tres años después, en febrero de 1962, gracias a la danza folclórica, tuve mi primera oportunidad de viajar al extranjero en compañía de mi hermana. Seríamos invitados especiales del grupo folclórico de Tequila Sauza, el cual, junto con una parte del elenco artístico del programa televisivo *Noches tapatías*, transmitido por el Canal 4 de Guadalajara, haría varias presentaciones en Laredo, Texas, con motivo de los festejos del 232 aniversario del natalicio de George Washington.

Como responsable de la caravana artística iba el locutor de radio y televisión Juan Manuel Rojo, mejor conocido en los medios de comunicación como «Juan Colorado». Imagínense cómo me sentía yo, que iba con *la Nany* como mi pareja de baile formando parte del elenco artístico del famoso programa: claro que me sentía muy importante. Sin embargo, para mí esta primera gira resultó medio accidentada, incluso desde antes de salir de Guadalajara. Fue tanta mi emoción por ese viaje que con las prisas de la empacada me llevé dos huaraches izquierdos, lo que no descubrí sino hasta que me los puse para la primera actuación. Luego, para acabarla de amolar, al llegar a la frontera, antes de pasar al otro lado, nos vacunaron contra la viruela y ¡tómala, guajón!, fui el único al que le prendió la vacuna. Ya en Laredo, en pleno auditorio, tenía mucha temperatura y estábamos a unos minutos de



comenzar la presentación. Veía tan mortificada a *la Nany*, pero ya no tanto por los dos huaraches zurdos, sino por los escalofríos que me hacían vibrar como si estuviera abrazando una perforadora. Ella me tenía acurrucado entre sus brazos y bien tapado con su rebozo cuando de pronto se asomó al camerino el mentado «Juan Colorado» gritando: «¡Grupo folclórico a escena!» Entonces, *la Nany*, desesperada, le dijo al mismo tiempo que me señalaba, que viera cómo estaba: «Él así no puede bailar». Juan le respondió de forma por demás altanera: «¡Pues lo siento! Tiene que actuar porque esto es un compromiso y hay que cumplir». Yo, con el mismo tono, le respondí, pero viendo a *la Nany* así como dice el dicho: Te lo digo a ti mi'jo pa'que lo entiendas tú mi nuera, y dicho esto, me puse de pie, la tomé del brazo y le dije: «No, hermanita, primero muerto que rajarme. Además, vine como tu pareja de baile, y fallarte sería lo último que yo te haría». Con todo y la calentura, los huaraches zurdos y los pasos cuatrapiados, no me le rajé a los zapateados. ¡Adió! A esa edad a mí los percances nomás me pelaban los dientes.

Después de esta gira, como que la «danza fortuna» me empezó a sonreír. A lo mejor para algunos yo no era tan bueno para la bailadera, pero aferrado... ¡sí! Por eso tuve la oportunidad de estar en varios grupos al mismo tiempo: en el del Sindicato de Electricistas, que dirigía mi hermana Ana María, y luego, gracias a ella y a mi cuñado, Guillermo Rentería, que seguían manteniendo una buena amistad con la *Miss Cuca*, pude incorporarme al grupo del Departamento de Educación Pública, que ella dirigía. Fue en este grupo donde tuve la oportunidad no sólo de conocer a Rafael Zamarripa, sino hasta de decir con orgullo que fuimos compañeros en él, aunque fuera por un corto periodo porque en esa época él ya era integrante del Ballet Folclórico de Amalia Hernández y residía en el Distrito Federal.

También formé parte del grupo folclórico del Instituto Jalisciense de Bellas Artes, que dirigía Paz Martínez, quien tenía buena amistad con Rafael porque Paz había estado en el Ballet Folclórico de Amalia Hernández, aunque en el coro. Finalmente, y de nuevo gracias a la amistad que existía entre los exintegrantes del grupo de *Miss Cuca*, como fue el caso de mi cuñado y de Armando Partida, *el Caballo*, este último me invitó a bailar con el Grupo Folclórico de la Benemérita Escuela Normal de Jalisco, del que él era su director.

Si alguien estaba enterado de todos mis tejes y manejes en esto de la bailadera eran *el Ciego Rentería* y *la Nany*, quienes me insistían emocionados en «que no le parara, que iba bien, ¿por qué no continuas

con ese afán de superación?» Les respondí que eso era justamente lo que yo quería hacer, ¡pero bien hecho! El problema era ¿en dónde?, ¿con quién?, y lo más difícil de todo: si lo encuentro, ¿cómo le entro? La verdad es que yo les había preguntado, nomás por preguntar, pues sabía que para poder realizar mis aspiraciones en Guadalajara sólo existía un lugar, un grupo y un director que me permitirían hacer realidad mis anhelos. El lugar: la Escuela de Artes Plásticas, obviamente con su grupo folclórico y su director Rafael Zamarripa. ¿Por qué quería yo participar en este grupo? Por lo que ellos habían logrado hacer en tan poco tiempo; su trabajo era en verdad sorprendente. No obstante que su gestación había comenzado a comienzos de los años sesenta, gracias a la pasión y a la entrega de Emilio Pulido, Daniel González, Melitón Salas y Rafael Zamarripa, los artífices de su creación, y a su extraordinaria labor de equipo, apenas en seis años habían logrado hacer de éste el mejor grupo folclórico de México, al resultar ganador del Primer Concurso Nacional de Danza, organizado por el Instituto Nacional de Bellas Artes en 1966.

El grupo folclórico del departamento, por supuesto, también había participado en ese concurso, el cual, por cierto, hizo mucho ruido entre los directores de los grupos que existían en ese momento y que ya se sentían ganadores. Obviamente, *el Ciego Rentería*, como buen bailaror, enamorado de nuestro folclor, exintegrante del grupo de *Miss Cuca* y asesor de mi hermana en el del Sindicato, no sólo estuvo presente para echarnos porras el día de nuestra presentación, sino que además no falló a ninguna de las funciones de los demás grupos participantes. Aunque creo que cuando Guillermo vio la actuación del grupo folclórico de Artes Plásticas debió calificarla sin lugar a dudas de extraordinaria, la mejor y por mucho. Ellos tenían su propia filosofía y estaban formados, más que como grupo, como una hermandad que se fundamentaba en el amor a su institución, a la camiseta, a nuestras costumbres y tradiciones y, sobre todo, al sentido de pertenencia. En su ideología estaban tan arraigados esos valores de tal suerte que si alguno de sus miembros los quebrantaba, era expulsado de inmediato y, por otro lado, quien no los reuniera, no podía ingresar. Así que ya podrán imaginarse... ¿Yo tratando de ingresar a este grupo? ¡No, hombre!, ni soñando...

Cuando terminé de manifestarles mis aspiraciones, que por cierto habían sido escuchadas con mucha atención, Guillermo tomó por la cintura a mi hermana y se le acercó. No recuerdo haberle visto a *la Nany* una sonrisa tan plena de felicidad como la que me regaló cuando



Guillermo me dijo: «Mario, hablé con Rafael Zamarripa y le comenté que tú quieres bailar en su grupo, él aceptó y me dijo que mañana lo busques en el ensayo, allá en el patio de la Escuela de Artes Plásticas, porque va a darte la oportunidad de que te pruebes».

A la mañana siguiente me presenté en la Escuela de Artes Plásticas. Rafael estaba dirigiendo el ensayo del grupo en el patio, yo me le acerqué discretamente para no interrumpirlo. Él me hizo una seña para que lo siguiera hasta la planta alta con el pretexto de ver desde otro ángulo las coreografías, pero ya estando arriba la verdad fue otra. Rafael me dijo: Mira, Mario, yo te conozco bien y sé cómo bailas, *el Ciego Rentería* me dijo que quieres integrarte con nosotros y a mí también me interesa. Debo decirte que aquí la disciplina es muy diferente, son ensayos de dos horas diarias, toda la semana. Yo sé que aguantas eso y más, pero te voy a comentar otra cosa: todos los muchachos de este grupo saben que bailas con la *Miss Cuca*, o con Armando Partida en el grupo de la Normal de Jalisco, o yo no sé si con los dos, y por esas razones no te quieren aquí, pero ahí te va, si quieres formar parte de este grupo tienes que dejar de bailar en los otros porque yo ya les dije que te ibas a quedar con nosotros, ¡y te vas a quedar!

Y sí, me quedé, pero no de inmediato en el grupo oficial, sino en el de los aspirantes. Como los ensayos eran dirigidos por algunos de los integrantes inmediatamente se dieron cuenta de mi presencia. A veces los daba Julieta Camacho, *la Yuly*, Carlos Ochoa o Alberto Vega, y en otras el propio Rafael. Con él no tenía problema, pero qué tal con los otros... Ellos no me ocultaban ni tantito el desagrado que les ocasionaba mi presencia, por eso, cuando veía su actitud me asaltaba la duda de si valdría la pena abandonar el lugar que tenía asegurado en el grupo del departamento a cambio del rechazo absoluto y de la inseguridad de obtener uno en Artes Plásticas.

Tomé la decisión de demostrarme a mí mismo que el lugar en este grupo me lo iba ganar a pulso. En febrero de 1968 empecé a ir a los ensayos, aunque no de manera regular, para que *Miss Cuca* no se diera cuenta porque, si se enteraba, capaz que me borraba de su lista, me ponía una buena maltratada y me corría; a pesar de ser una mujer muy educada de pronto le ganaba el temperamento y así le andaba yendo a uno. Además, era muy celosa con sus muchachos y tampoco nos permitía bailar en otros grupos. ¡Qué bonito!, ¿no?, que existiera en esa época el amor a la camiseta y los celos profesionales. Por eso los integrantes de los diversos grupos tenían su propio sello de identidad: los del Seguro Social, los del Sindicato de Electricistas, los de Pita Sando-

val y, por supuesto, los de Artes Plásticas, que después de su triunfo en el concurso comenzaban a implantar, con su estilo, una forma distinta de hacer danza en Jalisco.

Para mí, lo más difícil de este proceso de aprendizaje no fueron los pasos ni las coreografías, sino lo complicado que fue romper su hermetismo. Tuve que pasarme todo un año ensayando en un salón de clases no sólo aprendiendo los bailes y el estilo tan particular que tenían sus integrantes, sino buscando la manera de integrarme social e ideológicamente a ellos. Después de ese año de aguantar con estoicismo los malos modos de todos, Zamarripa consideró que había llegado el momento de probarme y me dio la oportunidad de integrarme al grupo oficial, que ya desde su triunfo en el concurso tenía asignado para sus funciones el foro del Teatro Degollado. Esa anhelada, soñada y al final alcanzada oportunidad fue de quince minutos, que era justamente lo que duraba la región de Jalisco.

Al terminar la función, ya con el telón cerrado y en medio de la algarabía, los integrantes del grupo se acomodaron en el foro formando un gran círculo y, por supuesto, yo como apestado fuera de él. En ese momento entró Rafael y se hizo un profundo silencio; todos voltearon a ver el cuaderno que traía consigo, en el que anotaba hasta el mínimo detalle los errores cometidos en las funciones. Con base en esas notas él hacía la programación de los ensayos y decidía cómo se trabajaría durante la semana para corregirlos y pulirlos. Cuando terminó de repasar las correcciones, de las que yo no escapé, volteó a buscarme, y cuando me localizó por allá, *atejonado*, me indicó con la mano: «Acércate, vente para acá». Luego, tomándome de los hombros como si fuera a escudarse detrás de mí, les dijo con mucha seguridad a todos los integrantes: «A partir de hoy, Mario se va quedar con un lugar en el grupo oficial». Yo, emocionado por esta noticia, no dejaba de ver el gesto de descontento en los rostros de los compañeros, pero Rafael, antes de que le reclamaran, se dirigió a Cliserio Olivares Borja y Rafael Arreguín Gómez, dos de los integrantes con más poder de convocatoria en el grupo, y les expresó mostrándoles su autoridad: «A partir del lunes, ustedes dos van a enseñarle a Mario lo que le falta aprender de las regiones del programa que vamos a estrenar en mayo». Imagínense la tragada de bilis que se echaron estos amigos, pero sabían que las órdenes no se discutían, se cumplían. Nunca olvidaré el don de mando que caracterizaba a Rafael ni la disciplina que tenía ese grupo.



Cliserio y Rafael Arreguín, tal y como se los había indicado Zamarripa, a partir de ese momento me brindaron toda su atención y su tiempo, de tal forma que para el estreno del programa del 15 de mayo de 1969, a casi año y medio de no pocos esfuerzos, hice mi debut como integrante oficial del Grupo Folclórico de la Universidad de Guadalajara. Hace apenas cuarenta y cuatro años de mi llegada a esta maravillosa Escuela de Artes Plásticas; mi equipaje: una camiseta blanca, unas botas de ensayo y un paliacate para limpiarme el sudor. Doce años como integrante de este grupo, en los que tuve el orgullo de representar a mi Universidad de Guadalajara llevando por todo el mundo la riqueza cultural de nuestro México a través de la música, el canto y la danza.

Participación en distintos escenarios

- 1972 Entrega de la bandera olímpica en el estadio de Múnich.
- 1974 II Junta Internacional de Cancilleres Latinoamericanos en Atlanta, Georgia.
- 1975 Gira de la Amistad por el Caribe: Cuba, Jamaica, Venezuela, Panamá y Costa Rica, acompañando a la señora María Esther Zuno de Echeverría.
- 1977 Primer lugar en el Festival Internacional de Danza en Billingham, Inglaterra.
- 1978 Gira a Tokio, Japón, acompañando al presidente de la república José López Portillo.
- 1980 Gira a Argelia y Moscú, URSS, acompañando al presidente José López Portillo.
- Desde 1980, cuando la Universidad de Guadalajara me dio el privilegio de integrarme al Departamento de Artes Escénicas como docente en el área de danza, y hasta la fecha, me he dedicado no sólo a impartir mis conocimientos y experiencias en esta hermosa disciplina, sino a compartir con mis alumnos el amor y la pasión que le he profesado.

¡Y es que hay tanta danza en mi cuerpo que apenas me cabe en el alma!



Experiencia inolvidable de un viaje con el sabio Amado Ruiz Sánchez

Joel Robles Uribe

Realizó sus estudios en escuelas públicas. Cursó la secundaria en el internado para hijos de trabajadores y soldados, parte del proyecto nacionalista del presidente Lázaro Cárdenas. Ingresó a la Preparatoria de Jalisco, número 1, de la Universidad de Guadalajara, y luego a la antigua Facultad de Medicina, de la cual se graduó en 1957. Cuenta con una maestría en Salud Pública; en 2006 obtuvo el grado de doctor en Ciencias con Orientación en Sociomédica. Desde 1973 es docente de la Universidad de Guadalajara.

Nací el 22 de junio de 1932 en Tepic, Nayarit. Mis padres fueron J. Félix Robles Miramontes y María Uribe Sánchez. Tuve seis hermanos: Félix, Leticia, Martha, Elvia, José y Nérida. Todos mis estudios los hice en escuelas públicas. La educación primaria la cursé en la escuela Fernando Montaña. Ahí, un compañero de nombre Eugenio Noriega y yo fundamos el primer museo de la ciudad. En la secundaria estuve en el internado para hijos de trabajadores y soldados, como parte del proyecto nacionalista del presidente Lázaro Cárdenas que pretendía formar cuadros que dirigieran el país con otra visión, como varios de los que integraron el ala izquierda del PRI. Algunos llegaron a ser gobernadores, otros militamos en las filas del Partido Socialista y Comunista y ocupamos presidencias municipales, regidurías y puestos administrativos en algunas instituciones. Al terminar la secundaria me vine a Guadalajara, donde ingresé a la Preparatoria de Jalisco, número 1, de la Universidad de Guadalajara, y luego a la antigua Facultad de Medicina. Me gradué como Médico Cirujano y Partero en 1957. En 1973 culminé la maestría en Salud Pública y en noviembre de 2006 obtuve el grado de doctor en Ciencias con Orientación en Sociomédica. Desde 1973 ingresé a la Universidad de Guadalajara como docente e impartí diversas cátedras.

El maestro Amado Ruiz Sánchez nació en Guadalajara el 20 de septiembre de 1919 y murió en 1984. Lamentablemente, no me di cuenta de su fallecimiento. Con mucho mérito, sus restos se encuentran en la Rotonda de los Hombres Ilustres de Jalisco. En mi opinión, quien ve los restos de un hombre ilustre no alcanza a ver toda su rica y variada trayectoria.

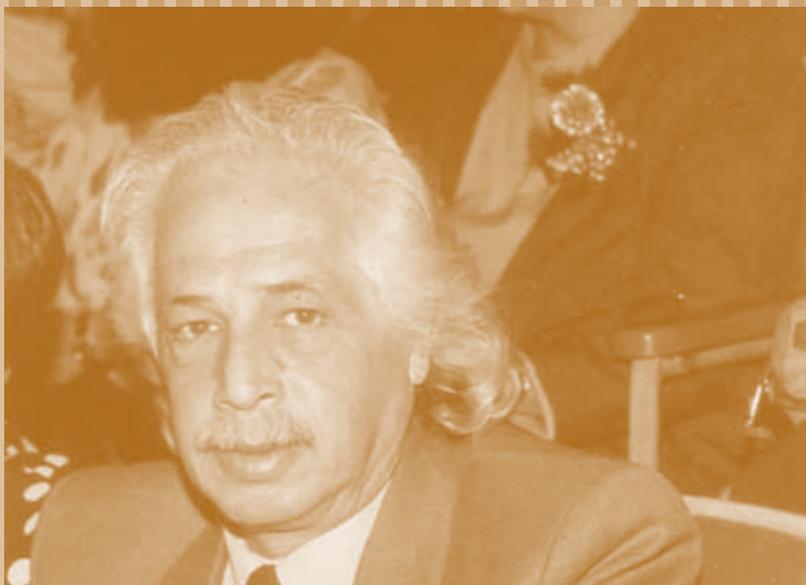
Sería largo señalar los libros publicados y de su intensa labor educativa. Recibió la presea «Fray Antonio Alcalde», así como el premio «Dr. Francisco Ruiz Sánchez». Él y su hermano fueron pioneros en la investigación de los primeros antibióticos que se usaron en nuestro país. Sus padres eran de Etzatlán, Jalisco, un poblado de pocas familias, pero en el que todavía podemos encontrar familias Ruiz y Sánchez.

No obstante la importancia de sus publicaciones y de sus estudios fuera del país, lo más relevante para la Universidad y para la sociedad de México fue cuando se desempeñó como director de la Escuela de Graduados, de 1973 a 1983, porque desde ahí impulsó la creación de la maestría en Salud Pública, que ahora es un doctorado que ha formado recursos humanos que hoy ocupan destacados puestos dentro y fuera de la Universidad y del estado, así como la maestría en Educación para la Salud, que después fue incorporada como una rama de la salud pública.

Ahí lo traté y recibí su comprensión, su tolerancia para este proyecto de la maestría en Salud Pública, sobre la cual yo argumentaba que debía ser rica en ciencias sociales y especialmente basada en la metodología marxista-leninista, y que tratara por primera vez en una maestría los problemas ecológicos y la sustentabilidad del planeta, la epidemiología de la vejez y la economía de la salud.

Incluimos también por primera vez la investigación en salud y su influencia en las políticas de Estado, así como la toma de decisiones en el campo de la salud. Pocos sabemos que el maestro Amado era un hombre de izquierda, sin ser un militante. Leía de principio a fin una revista semanal llamada *Siempre*, en la cual escribían muchas personas de izquierda del cuantioso exilio español; encuadernó esa revista durante años, y la colección debe estar en el legado histórico de los libros de la Escuela de Graduados. Lamentablemente, no sabemos qué pasó con su vasta biblioteca.

El maestro Amado fue un hombre muy culto. Convenció al rector Enrique Zambrano Villa —de quien impulsó su rectoría— de que fuéramos a varias ciudades de Europa y a la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas para aprender sus conceptos y experiencias en



salud pública y en educación para salud. Una vez allá procuraba que visitáramos los museos más importantes, donde nos daba clases de su sapiencia.

A ese viaje nos acompañaron su distinguida esposa doña Esthela Rasura y doña Santa, mi mujer. Hicieron muy buenas migas y eran tremendas para caminar, a tal grado que en una ocasión, cuando íbamos a Montmartre, el maestro Amado me dijo: «Mire, doctor Joel, estas mujeres nos quieren matar por cansancio, mejor las esperamos aquí, y le ruego me consiga una cocacola», bebida a la que era adicto.

De joven, el maestro Amado era un hombre extremadamente guapo que vestía siempre con traje blanco. Para dar sus clases traía bajo el brazo un gran libro. La acromegalia que sufrió lo deformó de manera notable. En ese tiempo yo no conocía el origen ni el tratamiento quirúrgico sin riesgo de esa enfermedad, pero lo que sí puedo asegurar es que, a causa de la acromegalia, a punto abordar el avión, el maestro Amado sufrió una intensa cefalea. Me pidió que lo acompañara a un baño y él mismo se inyectó lo que después supe que era somatostatina.

Disminuida la cefalea, abordamos el avión. Durante el viaje tuvo la sinceridad de pedirme que yo llevara las entrevistas, porque, como era evidente, él estaba muy enfermo y se dormía fácilmente. Con mucha discreción, y pena, yo lo disculpaba ante los funcionarios a los que entrevistábamos, y de ellos recibíamos su generosa comprensión.

Era un hombre humanista que gozaba de los grandes sucesos. En la visita al Museo de Pedro el Grande, un zar que se distinguía por su enorme estatura, el maestro nos contó que Pedro el Grande tenía unos pies demasiado chicos y por ello usaba unas botas sobrepuestas, aunque tenía el mérito de comprar obras completas de ciertos autores y secciones enteras de algunos museos para llevárselas a Rusia. En el Museo de San Petersburgo había una gran área pedregosa que teníamos que atravesar; el maestro me agarró del brazo y me dijo: «Mire, doctor Joel, usted y yo vamos a pasar juntos»; al hacerlo sufrimos un chapuzón que nos dejó totalmente empapados. Cuando regresamos del viaje elaboró un informe muy detallado de nuestra encomienda al rector Zambrano Villa.

Finalmente, la maestría en Salud Pública y en Educación para la Salud pasaron todas las aduanas burocráticas y la aprobación del Consejo General Universitario entre aplausos inusitados. Esa maestría se estableció en la azotea de la antigua Escuela de Medicina, junto al área donde estaban los perros para experimentación. ¡Ya se imaginarán el ambiente en que se encontraban los alumnos y los maestros!

En ese tiempo no se contaba con computadoras, laptops ni iPads, tampoco con profesores con grado de maestría para algunas materias. El maestro Amado me decía: «Si no hay nadie más, usted propóngalos y yo le explicaré al señor rector», y de esa manera nos acompañaron el brillante ingeniero Fernando Carmona y el profesor López Schulz.

Tuvimos también una situación particular: se inscribieron y pasaron el curso propedéutico un numeroso grupo de Trabajo Social y, otra vez, para no frustrar a las trabajadoras, el maestro Amado me indicó que las anotara en las listas de asistencia. Un acontecimiento muy especial fue que en el transcurso de la maestría el maestro Fernando Carmona ¡se casó con una trabajadora social del curso!

No fue tan fácil que la maestría se desarrollara porque «las vacas sagradas», como yo los llamaba con cariño, el doctor Luis Rodolfo Morán González, recién fallecido, y sus «espadachines», los maestros Javier García de Alba, Ignacio Villaseñor y Celedonio Cárdenas, no impartían sus clases con el compromiso que merecía el proyecto. El doctor Javier García de Alba todavía está en la trinchera de la enseñanza, ¡es un gran elemento!

No ha sido posible conseguir los históricos discursos que, al inaugurar las maestrías, pronunciaron el rector Enrique Zambrano Villa, el maestro Amado Ruiz Sánchez y su servidor.

Puedo decir con sinceridad que sin el apoyo del maestro Amado y el impulso que él le dio a mis propuestas, yo no hubiera alcanzado los modestos triunfos que he obtenido. Ser el primer coordinador y fundador de la maestría en Salud Pública me ha dado muchos laureles.

Recuerdo siempre con cariño, con respeto, con admiración, al maestro Amado Ruiz Sánchez. ¡Este texto no es más que un empeño de ello!



Testimonio pedagógico de un libre pensador

Francisco José Zamora Briseño

Licenciado en Filosofía y en Derecho por la Universidad de Guadalajara; maestro en ciencias de la educación por el Instituto Superior de Docencia e Investigación para el Magisterio; candidato a doctor por el Instituto Mexicano de Pedagogía. Imparte clases en la Universidad de Guadalajara y en la Universidad del Valle de México. Se ha hecho merecedor de distinciones como el mejor maestro y por su apoyo a la formación académica. Ha publicado libros sobre redacción y derecho mercantil.

Amicus Platus, sed magis amicus veritas
[Amigo de Platón, pero más de la verdad]

Durante seis años incursioné en escuelas de comercio de Guadalajara, donde impartí clases de taquigrafía, mecanografía, cálculo mercantil, contabilidad, español, archivo, aritmética y correspondencia mercantil. Esas academias aportaban a la sociedad tapatía el recurso humano capacitado para desempeñar actividades secretariales, administrativas y contables. Los egresados se colocaban en las casas comerciales de la época: Nuevo París, París-Londres, Almacenes Palacio, Casa de las Artesanías de Jalisco, Nuevo Mundo y Fábricas de Francia; en despachos contables ubicados en los edificios Plaza, Condominio, Lutecia, Emisa, entre otros. Al renunciar, en algunos casos o en otros al ser renunciado, permanecí sin actividad académica laboral una semana. Cursaba el sexto semestre de Filosofía y el primer año de Derecho en la Universidad de Guadalajara.

La Perla de Occidente aún respiraba aire propio. El transporte urbano transitaba por las principales calles del centro de la ciudad: Galeana, Colón, Pedro Loza, Pedro Moreno, Maestranza y Javier Mina, en doble sentido; esos camiones eran identificados preferentemente por sus colores plomos, amarillos, rojos, azules y verdes.

Los disturbios estudiantiles entre la FER y la FEG aparentemente ya habían sido resueltos. Los gobiernos estatal y municipal habían intervenido y como claro ejemplo puedo citar el derribo del antiguo FESO (Frente de Estudiantes Socialistas de Occidente), en la gestión gubernamental de Francisco Medina Ascencio. Eso, a su vez, fue un alivio para los giros comerciales aledaños al FESO, como La Alemana, El Lido y el Café Napolitano. En cuanto a la demolición, resultó afectada la Escuela de Música, la de Trabajo Social y, en la calle Pedro Moreno, la antigua oficina de la FEG —donde atendieron Hermenegildo Romo García y Fernando Medina Lúa, entre otros—, hoy Edificio Administrativo de la Universidad. Es cuando «Dios aprieta, pero no ahorca». Mi extinto amigo, compañero de Letras, Francisco Javier Villarreal Ortiz, le pidió el favor al ingeniero José Manuel Jurado Párreres, director de la preparatoria 5, de que me permitiera suplir al propio maestro Villarreal en la clase de desarrollo regional, quinto semestre, en el horario de 11 a 12. Fue entonces cuando el 4 de noviembre de 1976 me presenté frente al grupo universitario por vez primera, vistiendo mi único traje color negro de líneas, camisa blanca debidamente planchada por doña Mary y mi respectivo moño negro, tal como lo portaba el maestro Munguía, profesor de náhuatl en la Facultad de Filosofía. Así debía presentarme a mi primer compromiso académico en la Universidad, como una muestra fehaciente de alto respeto a mi casa de estudios y que, además, me estaba formando.

Hubo de inmediato una identificación plena con el alumnado y nos dimos a la tarea de salir a la comunidad. Nos concretamos a tres colonias aledañas a la preparatoria: Lomas de Polanco, la Echeverría y la José López Portillo. Abrimos dispensarios y dimos medicamentos (no caducos), pláticas de orientación a los jóvenes sobre «no a las drogas y alcoholismo». Los invité a la entonces cárcel municipal, hoy Departamento de Prevención Social Municipal, donde prestaba mi servicio social, por la carrera de Filosofía. Al ver las condiciones de la población, los alumnos ofrecieron regalarles las porterías metálicas, libros y algunos juegos. Al finalizar mi servicio social me ofrecieron la subjerfatura del departamento, cargo que acepté. Al siguiente semestre el nombramiento estuvo a mi nombre.

En la Universidad también fui alumno en la Preparatoria de Jalisco, en la licenciatura en Letras, en la de Filosofía, en la Facultad de Derecho y en la de Medicina. De las licenciaturas, sólo me titulé en dos: Filosofía y Derecho.

Preparatoria de Jalisco 1968

Primero C vespertino, año olímpico, cuando se vivió la XIX Olimpiada en México. Guadalajara fue sede del fútbol. La Universidad no participó en el movimiento del 68. Fuimos sólo espectadores, y los principios de popular, socialista, de conciencia de clase y de solidaridad fueron hechos a un lado.

Cuánta razón tenía Oscar Wilde cuando dijo: «El problema no es ser viejo, sino un día haber sido joven». Hoy, profesor de asignatura en la Escuela Preparatoria de Jalisco; ayer, alumno de ella, donde a las 19 horas, en el receso más prolongado, acudíamos al café de la preparatoria, hoy sala de cómputo; el café costaba cuarenta centavos y el cigarro marca Faros, cinco centavos; por lo tanto, con dos cigarros y un café la inversión ascendía a cincuenta centavos. Mis compañeros del primero C Francisco López Larios, *el Torito*, y José Luis Rodríguez, hablabamos de lo que pretendíamos estudiar después de la preparatoria y coincidíamos en que sería la carrera de Derecho. En mi caso, sentía un extremo interés, además, por la filosofía, las letras y la medicina.

José Luis laboraba en el archivo del Penal de Oblatos y nos invitó a trabajar. Paco Larios se desempeñó como escribiente e hizo carrera judicial hasta su jubilación, y yo me acomodé de «chícharo» en el juzgado cuarto penal.

Es de reconocer a los conspicuos maestros de la preparatoria, entre los que destacan Luis Vázquez Correa, quien impartía etimologías grecolatinas; José Guerrero Beas, historia universal; Venegas Serratos, física; Genoveva Sigala, química; el padre Adame, latín; el ingeniero Alcaraz, matemáticas; Blas Nuño Aguilar, lógica; Roberto Orozco, principios de derecho; Manuel González, historia de México; Preciado Quijade, psicología, y cómo olvidar al humanista José Moreno Flores, quien impartía prolegómenos de sociología. Cuando no acudía a los exámenes en las fechas por él programadas, consentía en que me presentara a realizarlos en su domicilio de la colonia Independencia, en donde su hija Silvia me ofrecía cada vez una exquisita agua de limón.

Facultad de Filosofía

Fui concejal de segundo a octavo semestre. Cuando cursaba el sexto semestre, en 1976, en la clase de lógica matemática con el ingeniero Edmundo Ponce Adame, me solicitó leer un texto de René Descartes y pronuncié tal cual el nombre de Descartes. Ante ello, de manera in-

voluntaria hice pasar al ingeniero un mal momento. Se indignó por mi paupérrima pronunciación, ya que lo correcto para él era «Descart» y argumentó que no era posible que un alumno de filosofía leyera en esos términos. Solicité permiso para abandonar el aula y acudí a la dirección, indignado, y le comenté al director, el doctor Pedro Quevedo Castañeda, lo acontecido. Él me dijo: «Zamora, no te preocupes, tú sigue pronunciando Hume, Berkeley, letra a letra, el ingeniero no sabe». Yo desconocía la mala relación entre Ponce Adame y el doctor Quevedo Castañeda. Al paso del tiempo, en el sepelio de Pedro Vallín Esparza, fui el segundo en acudir al Funeral Colonias por la estima y el reconocimiento que le tenía al maestro Vallín, pero el primero en llegar fue Ponce Adame, a quien le recordé su llamada de atención hacia mi persona por mi paupérrima lectura de la lengua francesa y el ingeniero sintió una pena enorme, que me transmitió. Al final, terminamos en francas sonrisas, no obstante el recinto en que nos encontrábamos. Me contó una anécdota de cuando pretendía entrevistarse con un rector de la Universidad y fortalecimos nuestro lazo de amistad.

Maestros de alta estima en la Facultad de Filosofía: don Adalberto Navarro Sánchez, doctor Adalberto Ladrón de Guevara, maestro Eusebio Gutiérrez, doctor José María Muriá, maestro Hugo Ibarra Farah, ingeniero Edmundo Ponce Adame, Pedro Vallín Esparza, Rubén Montes de Oca, Nacho Martínez, Ramón Contreras y Chuyita en Metafísica.

Facultad de Derecho

Al cursar el primer año de la carrera de Derecho, me desempeñaba como profesor de la preparatoria 5, por lo que no era posible asistir a la clase de historia del derecho, debidamente impartida por Pedro Vargas Ávalos. Le comenté que por atender mi grupo en la preparatoria no era posible asistir a su clase del día viernes. La celebridad del maestro Vargas Ávalos fue contundente: «Usted debe asistir a mi clase». Lo asumí de manera estoica. Sin embargo, al momento de la sesión pregunté de qué se había tratado la clase anterior. Nadie contestó. Pregunté a mis compañeros: Carlos D. Gutiérrez Hermosillo, Guillermo Furlong Estrada, Raúl Ríos, Mario Farasi, Fernando Fernández y Rogelio Rivera Delgadillo, quienes en fecha posterior publicaríamos la revista *La Lechuza*. La respuesta fue que era algo sobre los presocráticos.

Yo cursaba durante la tarde el cuarto año de Filosofía, por lo que le recité al maestro Vargas Ávalos lo aprendido con Vallín, esto fue

desde Tales de Mileto hasta el propio Sócrates. El maestro se indignó y abandonó el aula. Fue con el director de la facultad, José Mora Luna, a darle la queja de que un alumno ya había agotado el curso. Fui llamado a la dirección, platicué con Mora Luna y le prometí que de mi parte esa conducta no volvería a ocurrir. No obstante, mi malestar me llevó a pensar en abandonar la carrera o presentarle un escrito al rector sobre los hechos. A los pocos días del suceso, en las instalaciones de la nueva sede del Congreso local, por motivo de la lectura del sexto informe de gobierno de Alberto Orozco Romero, me encontré al maestro Vargas Ávalos, quien era el autor de una publicación sobre el Congreso del Estado que se repartió entre los asistentes. Fingiendo olvidar el incidente, le solicité que me dedicara su publicación, a lo cual accedió de buena manera. Hablamos de libros de filosofía, de literatura, y ahí nació una gran amistad y un profundo reconocimiento hacia él.

Docentes valiosos todos, pero de influencia formativa: Arturo Ramos Romero, en su excelsa cátedra de derecho constitucional; Romero González, derecho civil; Óscar Blanco Figueroa, derecho penal, y Jorge Miramontes de la Mora, quien en su clase de filosofía del derecho se refería en tono despectivo a Jean Paul Sartre y yo, al reclamarle por qué le decía payaso a Sartre, me contestaba de manera irónica: «Compañero Zamora, el asunto es que me encanta hacerlo enojar». Al final, optó por dejar la clase a mi cargo.

Facultad de Medicina

Una vez concluida las carreras de Filosofía y Derecho, me inscribí en la Facultad de Medicina en el turno nocturno, pero de nocturno en cuanto al horario era un tanto extraño, ya que las clases las recibíamos de las 15 a las 22 horas. Primer error en cuanto al factor tiempo, ya que atendía veinticuatro horas de clase en el Centro Vocacional de Actividades Administrativas, Humanidades y Pedagógicas (CVAAHP), además tenía el cargo de técnico académico, equivalente a veinticuatro horas; por otra parte, atendía mi despacho, la actividad partidista y también a mis hijos. No resultó fácil.

El primer día de clases correspondió a metodología científica. Me encontré con mi compañero de Filosofía Enrique Uribe Avin, quien además había cursado la carrera de Ingeniería. Al verlo en la puerta del salón lo saludé con afecto, un saludo recíproco, y después de veinte minutos le pregunté: «¿A qué hora?» Me contestó: «Cuando tú digas», y seguimos platicando. Craso error, yo pensaba que él era el

maestro de metodología y él pensó lo mismo. Nos dimos un abrazo y coincidimos en que los dos éramos alumnos de Medicina, donde tuvimos la fortuna de contar con la amistad del doctor Jaime Gómez, quien impartía la clase de anatomía. Al final de las clases Enrique me acercaba en su auto a mi domicilio, y al doctor Gómez lo dejaba en la puerta de su casa. Profunda amistad.

Posgrado en Derecho

Después de haber concluido los estudios de maestría en Ciencias de la Educación, terminal pedagogía en el Instituto Superior de Investigación y Docencia para el Magisterio, pretendí inscribirme en la maestría en Derecho. Cabe hacer notar que impartía la clase de filosofía del derecho en la propia facultad, merced a Jorge Miramontes de la Mora, quien me pidió que lo sustituyera. Al fallecer Miramontes de la Mora la asignatura quedó a mi nombre gracias al director de la facultad, buen amigo, al que conocía desde su gestión como presidente municipal de Guadalajara, don Guillermo Reyes Robles, además de la anuencia del jefe de departamento, quien en su momento me apoyó facilitándome textos y notas para mi tesis en derecho, Fernando Espinoza de los Monteros. Esa materia estuvo a mi cargo de 1997 a 2002, cuando acepté el cargo de jefe del Departamento de Disciplinas Auxiliares del Derecho en el Centro Universitario de la Ciénaga. De 2005 a 2007 coordiné las maestrías en Derecho, Educación y Ciencia Política, por lo que a la fecha acumulo doscientas intervenciones como jurado en exámenes de posgrado.

Gabriela Mora Casian, coordinadora de la maestría en Derecho en el Centro Universitario de Ciencias Sociales y Humanidades, había presentado mi caso a la junta académica para su estudio, ya que mi promedio de licenciatura no era del todo satisfactorio. Ante mi interés, le preguntaba por mi asunto todos los días, la incomodé a tal grado que me dijo: «Maestro, cuando tenga una respuesta, yo le haré saber de inmediato». A los pocos días recibí una llamada telefónica a mi oficina de la Tesorería Municipal de Guadalajara, donde me desempeñaba como jefe del Departamento de Ingresos. La llamada provenía de la maestra Gaby Mora, quien me citaba ese día a las 19 horas en su oficina en ese centro universitario.

Al verme en su oficina me expresó con desdén: «Su asunto no se ha concluido, acordamos que yo lo llamaría». Esperé a que terminara y tan sólo le dije: «A ver, a ver, usted me citó a esta hora, pero no me dijo que



era para regañarme». Me preguntó: «¿Usted es el maestro Zamora?», le dije que sí: Francisco José Zamora Briseño. Me ofreció una disculpa. Me había citado para proponerme que me incorporara a la planta docente de la maestría en Derecho para impartir la materia de filosofía jurídica en el propedéutico. Había sido ampliamente recomendado por varios académicos, entre ellos Guillermo Reyes Robles. Me dio a elegir la sede y opté por Ciudad Guzmán, posteriormente me fui a Autlán. Concluí en las instalaciones del propio centro de posgrado.

Después me enteré de que la maestra Gaby Mora era hija de José Mora Luna, a quien le comentó los hechos y no quedó otra más que reírnos y enviarle saludos a mi maestro y amigo, Pepe Mora Luna.

Actividad docente en la Universidad

Cuando el doctor José de Jesús Rodríguez Gurrola (Chuy Gurrola) se encontraba en Francia estudiando su doctorado, lo suplí en la clase de taller de redacción I, quinto semestre, sección I y II, los días lunes, martes, jueves y viernes en el CVAHP, cuyo jefe era Carlos Peña Razo. A su regreso, en 1977, le pidió al jefe del centro que, de no haber inconveniente, dejara a mi nombre esos dos grupos, lo cual Peña Razo aceptó.

A esa fecha ya había concluido la carrera de Filosofía y cursaba el segundo de Derecho. Durante la noche atendía la subdirección y la secretaría de la Escuela Secundaria por Cooperación «María A. Díaz», ubicada en La Experiencia, Jalisco, y me desempeñaba como asesor de personal, dependiente de la Oficialía Mayor Administrativa del Ayuntamiento de Guadalajara.

El CVAHP, ubicado en Boulevard Tlaquepaque (ahora General Marcelino García Barragán), entre la calle 40 y la Olímpica, del sector Reforma, albergaba por semestre entre veinte mil y veintidós mil alumnos, con una planta docente de 450 académicos (en 1985). Eran secretarios del centro, en principio, Genaro Cornejo García y luego Francisco Guerrero Cooley; oficiales mayores: Luis Antonio Jiménez y Miguel Ángel Lua Martínez. Secretarías del jefe: Dorita Casillas y Trini López; secretaria de Guerrero Cooley: Lety Sahagún. Responsable de los horarios: el químico Feliciano Castro Ramos, mejor conocido como Chano. A cargo de la biblioteca estaba la señorita Aurelia, oriunda de Atotonilco el Alto, quien en una ocasión me pidió que dejara en los pasillos cartulinas dirigidas a los alumnos, y en particular sobre los noviazgos, para que se abstuvieran de darse profundos ósculos porque para *Güeyita* eran actos inmorales. Al siguiente día de

la pega de los carteles me fueron a reclamar los muchachos por qué los había fijado, ya que sus susodichas ya no les permitían ni siquiera que les tomaran la mano. El proyecto de *Güeyita* resultó.

El 2 de febrero de cada año, en el aula magna del CVAAHP, se daban cita las autoridades universitarias para conmemorar el acto luctuoso de don Margarito Ramírez Miranda, padre del ideólogo universitario Carlos Ramírez Ladewig.

El jefe, Carlos Peña, en uno de esos actos me solicitó que fungiera como maestro de ceremonias. Aula completa, saturada, la dirigencia universitaria entraba y salía del aula, las sugerencias iban de un lado a otro: «Paco, él no viene, pero en lugar de él viene...». Llegó el momento de la ceremonia, nombré a los integrantes del presidium, y ¡oh! error, omití nombrar a José Manuel Correa Ceseña, secretario general de la Universidad. El acto se desarrolló en los mejores términos, y al final Correa Ceseña me mandó llamar para felicitar me, fue el único que lo hizo. Gran político y conocedor del esfuerzo de un eterno aprendiz en el arte del bien decir, me argumentó que era más complejo ser maestro de ceremonias que el orador oficial... tenía razón. A la fecha, guardamos profunda amistad.

En el CVAAHP, año 1977. Materias impartidas: redacción I, II, III; taller de redacción I y II; política mundial I y II; trabajo editorial y de imprenta, principios de derecho mercantil, técnicas de la disertación, expresión oral, redacción periodística I y II, asignaturas atendidas hasta 1991. El centro tenía tres turnos: 7-12; 12-17 y 17-21 o 22 horas.

De las tres áreas de estudio con sus respectivos adiestramientos, debemos señalar que los alumnos más dedicados, estudiosos, responsables y que además sabían qué camino elegir, eran los del área de pedagogía. De los egresados de esa área destaca la maestra Laura Margarita Puebla Pérez.

Gran ventaja tenían los alumnos del área administrativa en razón de las materias que cursaban: taquigrafía, contabilidad, mecanografía, principios de derecho mercantil, equipos mecánicos, laboratorios de contabilidad I y II, redacción I y II y demás, porque les permitía incursionar al final de su preparatoria en el trabajo laboral contable, secretarial-administrativo y, al ingresar a la entonces Facultad de Comercio y Administración, tenían una noción casi completa de las materias que cursarían. Hay que subrayar el amplio contenido programático de las asignaturas merced a las reformas de los programas de estudio. Esa reforma fue emprendida por el Departamento de Enseñanza Preparatoria a cargo de Juan Peña Razo y Bernardo González Mora.

Los alumnos de Humanidades tenían dos adiestramientos: como redactores y como promotores. No fue sino hasta 1985 cuando se incorporó otro adiestramiento de interés general para el alumnado, pero fue necesario que éste fuese selectivo, el de comunicación. No sé a la fecha si fue la gran publicidad que se le dio grupo por grupo a los alumnos de tercer semestre, además de las materias que conformaban el currículo, lo cierto es que si lo comparamos con el currículo de la carrera de licenciado en Periodismo que hoy se ofrece tanto en el Centro Universitario de la Ciénaga como en el Centro Universitario de Ciudad Guzmán, nada les pediría, estaba totalmente adelantado a los tiempos. En este adiestramiento intervinieron el profesor Heriberto Camacho y los maestros Angélica Gutiérrez Fonseca, Julio Santillán y Héctor Sepúlveda Barbier, y como asesores externos el doctor Francisco de Jesús Aceves y José Luis Castañeda. La planta académica la conformaban, además de los participantes en el proyecto, Romel Winkler, Ciro Ornelas, Óscar Aguirre Lomelí, Marco Aurelio Larios y José Barrera Castañeda. Carlos Peña Razo nombró dos coordinadores académicos por área; en Humanidades tuve de compañeros al principio a Óscar Aguirre Lomelí, José Barrera Castañeda y Héctor Sepúlveda Barbier. Dejé la Coordinación de Humanidades en 1990.

Los coordinadores académicos del área administrativa fueron los contadores Heriberto González Parra y Guillermo Heredia Méndez, así como Carmen Rivera de Anda y el maestro José Luis Jáuregui Gómez. En la pedagógica, Sandra Ibarra y Ramón Aguirre Parra. El coordinador general era el profesor Heriberto Camacho Becerra.

Los alumnos de Humanidades tendían a las carreras de Derecho, Letras, Filosofía, Psicología y Sociología; a manera de ejemplo, como alumno egresado el doctor Javier Hurtado González.

Eran alumnos inquietos, les gustaba la política y faltaban a clase, pero siempre tenían argumentos: «Maestro, no vine porque andaba en la 'FE'». «Oye, entonces eres muy católico, amante de la 'FE'». No, se trataba de la «FEG».

Les gustaba leer. Admito que abusaba en este rubro porque, dependiendo del grupo, fuera de programa los invitaba a que leyeran a Dostoievski, Francisco Rojas González, José Rubén Romero, Maquiavelo, siempre tendiendo a los clásicos. Un día, un exalumno me reclamó en mi despacho el que por haber leído *Crimen y castigo* había estudiado la carrera de Derecho, Letras y Psicología, además, había agotado la obra de Fedor M. Dostoievski.

A mis grandes amigos los conocí en las aulas, y aún los frecuento. El exdiputado Alberto Maldonado Chavarín, la diputada Rocío Corona Nakamura, Mara Robles, el doctor en Letras Eduardo Arámbula, José Luis Cuevas, Antonio Márquez, Lara González, hija de mi antiguo maestro de biología en la secundaria, César González Magaña, Claudia Martín del Campo, Gabriel Torres Espinoza, Magdiel Gómez Muñiz, Mario Ramos, Jéssica Martínez Torres, Germán Sadday Ochoa, Sara Dávalos... la lista sería muy extensa.

En 1992 se reestructuró el bachillerato y desaparecieron los centros vocacionales. En el caso del CVAHP, se preguntó a los profesores —gesto amable— dónde preferíamos continuar con nuestra actividad académica: en la preparatoria 10 o la Escuela Vocacional. Opté por la preparatoria y acudí por mi horario de clases en el mes de agosto para comenzar las actividades en septiembre. Se me informó, a través de un seudoprefecto, que el encargado en turno de la administración de la preparatoria, Juan Manuel Soto, por su conducto me mandaba decir que renunciara a mi actividad académica por mi iniciativa o me renunciaban. A la fecha desconozco la causa, pues me encontraba de vacaciones. Esto, después de haber trabajado durante quince años, la etapa más creativa como docente, y de haber aportado para su publicación material de apoyo como un manual de redacción I y II; taller de redacción I y II; técnicas de la disertación, principios de derecho mercantil, y un manual de términos periodísticos. Haber coordinado el área de Humanidades durante cinco años y ser coordinador del concurso de oratoria de los días 30 y 31 de mayo de 1981, en el que participaron más de cien estudiantes; de haber sido presidente de academia de varias asignaturas y coordinador general del programa de tutorías a pedimento del buen amigo Alfredo Rizo Penilla.

A la petición del licenciado Soto no le di respuesta. El lunes siguiente le comenté al doctor Javier Hurtado González la situación amarga y difícil en que me encontraba porque no concebía el mandar al cesto de la basura quince años de mi vida. Enhorabuena, en ese momento cubría una clase de la maestra María Esther Alvarado, esposa del doctor Chuy Gurrola, en la Facultad de Estudios Políticos y de Gobierno, por lo que el doctor Hurtado, jefe del departamento, conocía mi trayectoria académica y me ofreció de manera amable asilo académico ahí, donde permanecí de 1992 a 2002. Se hizo mi transferencia de profesor de medio tiempo titular A, al Centro Universitario de la Ciénega, donde a la fecha imparto la asignatura de gramática avanzada en la licenciatura en Periodismo.

El cambio de la modalidad en el bachillerato, que dejó fuera los adiestramientos a través de los centros vocacionales, como pedagogo lo considero un vil desatino pues los alumnos de bachillerato han quedado desprotegidos respecto del conocimiento y las habilidades que les ofrecían esos centros. Las asignaturas teóricas que les invitaban a ser reflexivos, agentes críticos con la finalidad de ser productivos en una sociedad competitiva, hoy no tienen alternancia educativa; se trata sólo de concluir su bachillerato por concluirlo, como una etapa más de información y no de formación.

Nota adicional: los felicito por la valiosa oportunidad de permitir la manifestación a través de este ejercicio reflexivo que sin pasión ni amargura se realiza y que nos llevó a «no olvidar, sólo recordar». Un beneplácito a una bicentennial universidad pública que a lo largo de su historia ha forjado entes críticos, reflexivos, tendentes a un profundo sentido social en el ejercicio de la profesión.

Semblanza

Licenciado en Filosofía y en Derecho por la Universidad de Guadalajara. Maestro en Ciencias de la Educación por el Instituto Superior de Docencia e Investigación para el Magisterio. Candidato a doctor por el Instituto Mexicano de Pedagogía. Maestro titular A en la Universidad de Guadalajara a cargo de las materias gramática avanzada y comprensión y exposición. Docente en la Universidad del Valle de México en las asignaturas argumentación lógica e interpretación jurídica, filosofía de la educación, contratos, psicología educativa e historia de la educación en México. Jefe de la Unidad de Archivo de Trámite y Concentración a partir de 2007 a la fecha. Coordinador general de las IX Jornadas de la Red Nacional de Archivos de Instituciones de Educación Superior. Coordinador de cursos sobre archivística y valoración documental.

Distinciones recibidas: «Mejor Maestro Universitario» año 1987 por la Federación de Profesores Universitarios; por el apoyo brindado a la formación académica; por excelencia en el dominio del tema y una buena pedagogía; de los mejores profesores del calendario 99 B año 2000 y por su destacada capacidad al impartir clases, por la Sociedad de Alumnos del Departamento de Estudios Políticos; reconocimiento L. Vallarta; por su responsabilidad, dedicación y calidad académica como maestro durante el ciclo 2004 A por la Sociedad de Alumnos del Centro Universitario de la Ciénega.

Libros publicados: *Técnicas de la disertación* (CVA AHP, 1985-1987); *Manual de redacción I* (CVA AHP, 1987 y 1988); *Taller de redacción II* (CVA AHP, 1987 y 1988); *Principios de derecho mercantil* (CVA AHP, 1988), y *Vocabulario periodístico* (CVA AHP, 1989).



Recuerdos de una docencia decretada

Óscar Espinoza de Santiago

Médico veterinario y zootecnista; licenciado en Educación Especial y Rehabilitación; maestro en Microbiología e Higiene de los Alimentos y en Ciencias de la Salud Ambiental. Profesor impulsor e iniciador de los cursos de etología en las primeras generaciones de Psicología y de la carrera de Medicina Veterinaria y Zootecnia. Participó en comisiones para la creación del Departamento de Neurociencias y de la Unidad de Atención en Neurociencias, así como en la elaboración de planes de estudios de la carrera de Psicología del Centro Universitario de Ciencias de la Salud. Profesor jubilado de carrera docente con más de treinta y cinco años de antigüedad.

Quizá los recuerdos son el pasatiempo involuntario de quienes estamos en las puertas de la tercera edad, pero ese particular momento en el que se evocan los pensamientos se traduce en emociones muchas veces prolongadas, de ahí que cuando se dan a temprana hora son el marco de un día en el que se perfila el buen humor.

La mayoría de los profesores vivimos con ellos y nos regocijan, otras veces nos entristecen. Algunos, por sus características, podemos compartirlos con la pareja, el amigo, la familia o con quienes nos rodean; en cambio, otros nos invitan a ocultarlos y hacerlos permanecer muy bien resguardados en nuestra memoria a largo plazo.

Son muchos los docentes que en sus momentos de reflexión — sentados en una banca del parque o en un jardín, tal vez en el retrete de su baño, en la cama o bien de viaje—, ese silencio que cobija al despier-to, que nomás observa el paisaje o a su alrededor, van entretejiendo la estructura de sus pensamientos siempre asociados al recuerdo.

Cuando viajamos, basta un ápice de confianza hacia nuestro acompañante para establecer comunicación y enterarnos de sus aspiraciones, propósitos e intereses y, a la vez, darle a conocer los nuestros buscando hacer agradables los momentos mientras se comparte el viaje a alguna ciudad o destino turístico.

Por momentos, quedamos callados y disfrutamos en silencio, con sumo deleite, el traer nuestros recuerdos al presente, los cuales entretienen la prolongación de la vida y enriquecen cada segundo del envejecimiento al estimular una sonrisa; también pueden detonar una carcajada o tal vez una descarga de bilis o el apretar los puños. ¡Ah, los recuerdos! Qué bien organizado debe estar el cerebro con sus estructuras y un mínimo deterioro neuronal para que las que constituyen la corteza funcionen y la memoria se mantenga activa.

A veces, los recuerdos son etiquetados como anécdotas, así como esa forma de describir una cohorte de la vida experimentada a lo largo de los momentos, días, semanas, meses, años. De pronto llegan: algunos son recurrentes, otros poco frecuentes, pero de seguro se repetirán, mientras que otros no retornarán.

Para poder contar alguna experiencia de mi vida como docente tengo que hacer uso de mis recuerdos sobre cómo, sin conocer la máxima casa de estudios de Jalisco, se gestaba para mí, como producto del destino, un futuro lleno de trabajo en las aulas de la gloriosa Universidad de Guadalajara, concretamente en las que hoy son las instalaciones de la carrera de Psicología del Centro Universitario de Ciencias de la Salud (CUCS).

Antes, debo remitirme a mi memoria desde una perspectiva histórica para contextualizar el hecho anecdótico. Radico en esta hermosa ciudad de Guadalajara desde 1968. Vengo del estado de Sonora, de Ciudad Obregón, antes Cajeme. Los sonorenses que viven allá están adaptados a su entorno y soportan esos embates del clima con altas temperaturas en el verano y muy bajas en el invierno. Son gente noble que trabaja día a día en extensos valles agrícolas o en una costa muy rica en especies marinas, o en zonas montañosas, en la minería de cobre, la industria o el comercio. En su conjunto, han hecho de esta región mexicana un importante polo de desarrollo benéfico para el país.

Así pues, debo presumirlo, soy de esa tierra, propiamente del Valle del Yaqui, que genera una valiosa economía y vida social a miles de habitantes que han nacido allá o que son vecindados. Viven con la esperanza de lograr un progreso promisorio que determina su estancia y prolonga su permanencia por esos rumbos del noroeste de México, cuna de revolucionarios, como el general Plutarco Elías Calles, entre otros, que me influenciaron con su pensamiento libertario a través de la promoción de la educación laica, gratuita y obligatoria.

Recibí la instrucción primaria en la escuela Cajeme. Uno de mis compañeritos fue el ahora licenciado Manlio Fabio Beltrones, destaca-

do priista. Los tres últimos años los cursé en una escuela federal en mi colonia Plano Oriente, ahora llamada Benito Juárez, nombre impuesto por el cabildo de ese tiempo a solicitud de unas damas reaccionarias para borrar la mala fama del barrio, ya que ahí se ubicaban los prostíbulos. Me tocó convivir con nuevos compañeritos, hijos de prostitutas muchos de ellos —así que mi vocabulario se enriqueció.

En 1965 era ya un joven de catorce años de edad y cursaba el segundo año de secundaria en la Escuela Técnica Industrial 64, en Ciudad Obregón. En esa etapa los jovencitos somos muy inquietos y hacemos amistades con estudiantes de otros grupos. Organizábamos fiestas, como era natural, y así se fortalecían los lazos de amistad. En una cálida tarde de verano, de ésas que si estás a la intemperie te sofoca la temperatura de 40° C, y pocas veces llega un viento a refrescar el rostro, me encontraba en el pasillo del primer piso del edificio escolar (una escuela federal, que existe todavía y tiene desde entonces cuatro niveles) con una amiga, Guadalupe López Vizcaíno, quien se despidió de mí porque se vendría a radicar a Guadalajara a estudiar el último año de la secundaria y luego la preparatoria en la Universidad de Guadalajara. En nuestra plática me preguntó qué haría yo una vez que terminara la secundaria, y le contesté que tal vez me fuera a Hermosillo a la Escuela Normal, ya que desde entonces mostraba una profunda vocación por ser profesor.

La vocación por la enseñanza la desarrollé desde niño, y mi juego predilecto era el de «la escolita». Me gustaba pegarles con una tablita a mis alumnos, pues ésa era la imagen que tenía de mis maestros de primaria. También aprovechaba para ayudar a la profesora a calificar tareas o se me comisionaba para estar al pendiente del resguardo del orden en el salón de clases.

Claro que también jugué con las niñas a «la comidita» y a la pelota, y desde entonces ya organizaba certámenes de reinas. Jugué de todo, al cabo ya estoy viejo y jubilado y no me da vergüenza confesarlo, qué más da. Hace poco me enteré de que mi abuelita Amparo fue maestra rural en los tiempos del presidente Lázaro Cárdenas.

Lupita, mi compañera, y yo continuamos platicando: «¿Qué tal si algún día yo llegara a ser profesor en la Universidad de Guadalajara?» Me contestó: «¡Uh, no!, imposible, primero tendrías que irte a terminar la secundaria a Guadalajara, después hacer la prepa allá en la Universidad, pero para eso necesitarías tener palancas en la Federación de Estudiantes de Guadalajara (FEG) y familiares en la Universidad. No, Óscar, imposible, no, ni cuándo». Le pregunté qué era la FEG: «Pues

UNIVERSIDAD DE GUADALAJARA



NOMBRES DEL ALUMNO		EDAD (AÑOS)	
CUYA FOTOGRAFIA Y FIRMA CONSTAN AL MARGEN ES ALUMNO.			
CATEGORIA	AÑO	DEPENDENCIA	
GUADALAJARA, DAL			
INSCRIPCION	AÑO	MES	DIA
NÚM. DE REGISTRO		AÑO ESCOLAR	

V. B.


 Firma del Intendente


 El Director del
 Grupo Escolar


 El Secretario



dice mi tía que es como una sociedad de alumnos de la Universidad; están en todas las escuelas y hacen fiestas divertidas. Algunos andan armados, sabrá Dios qué tanto harán». Nos despedimos con un abrazo.

Sentí miedo y, en forma natural, mi memoria guardó en lo más profundo esa información. Pasó el tiempo y al año siguiente concluí mis estudios de secundaria, como muchos de mis compañeros que ahora son destacados profesionales.

En los años sesenta la Universidad de Sonora no tenía la expansión, organización, cobertura ni la oferta de carreras que hoy tiene. La otra opción para estudiar era la Escuela Normal para Maestros, ubicada en Hermosillo, la capital del estado. Muchos egresados de secundaria o preparatoria optaban por trasladarse a esa ciudad desde distintas poblaciones para poder prepararse e involucrarse luego en los procesos productivos y en el desarrollo social del estado.

Con el ánimo de asegurar un futuro en nuestras vidas, muchos jóvenes en esos tiempos tuvimos la oportunidad de emigrar, por ejemplo, a la Ciudad de México para estudiar en la UNAM o en el Instituto Politécnico Nacional. Yo decidí desplazarme a Guadalajara.

El periodo de trámites para ingresar a la Universidad de Guadalajara había concluido, no así para las escuelas preparatorias incorporadas. Por ello, opté por ingresar al Instituto «Alfonso Reyes», ubicado en la calle de Miguel Blanco, cerca del restaurante Lido, en el centro de la ciudad, a cursar el primer año, ya que el bachillerato unitario era de dos años. En ese tiempo me tocó presenciar el derrumbe de la Casa del Estudiante del FESO (Frente de Estudiantes Socialistas de Occidente) y los frailes del templo de San Francisco bailaban y festejaban muy contentos.

Al año siguiente hice trámites a la escuela preparatoria número 3 de la Universidad de Guadalajara, en la que cursé el segundo año y tuve el privilegio de tener como profesora a Luz María Villarreal de Puga, Maestra Emérita de la Universidad, con quien siempre he mantenido una profunda amistad y le profesó desde entonces mi consideración y reconocimiento.

Esta distinguida maestra forjó en mí un carácter de disciplina, dedicación e interés por la investigación en el campo de las ciencias naturales. Siempre me ofreció el más amplio de los apoyos en mi formación como estudiante preparatoriano, y con sus clases me motivó al encuentro con el conocimiento científico, pues su vasta experiencia ya la colocaba entre las investigadoras más importantes de México en el área de la botánica, ciencia que desarrolló en beneficio de la Universidad y del estado de Jalisco.

En 1971 ingresé a la entonces Facultad de Medicina Veterinaria y Zootecnia. Así, ya incorporado a la Universidad, y con algunos años de experiencia, pude comprender su estructura política, académica y administrativa, así como la forma en que estaba organizada la FEG y su modo de operar en las escuelas, sobre todo en el ámbito académico, de acuerdo con los objetivos de esa organización estudiantil, además de su participación e implicación en el campo político y social.

Inicié mi actividad como profesor en la Universidad y desarrollé otras tareas, como técnico de laboratorios y administrador del zooterio, oportunidad que aproveché gracias al apoyo del doctor Ramón Fernández de Cevallos, fundador de la carrera de Medicina Veterinaria y Zootecnia, quien tenía aprecio por los estudiantes que veníamos del noroeste del país.

El doctor Wenceslao Orozco y Sevilla, director de la Escuela de Psicología, me extendió la invitación a participar como profesor en esa carrera en 1975. Una vez incorporado me enfrenté a situaciones como el condicionamiento de mi trabajo por estudiantes que exigían los mejores docentes para su plantilla y rechazaban a los profesores con formación médica.

Recuerdo que el primer día de clases, en mi primera presentación en un grupo, llegó de manera abrupta el estudiante Jeffrey Stevens Fernández, quien andaba en campaña política para presidente de la sociedad de alumnos de esta carrera, y sin considerar mi presencia, señaló: «Cómo ven a este pinche director, ahora hasta un veterinario nos puso de profesor». Ante ello, respondí: «Sólo les pido la oportunidad de que me dejen demostrar que cuando hay vocación para ser profesor, cualquier profesión ligada a la psicología no está de más, sino, al contrario, contribuye a mejorar el conocimiento en este campo».

Aquel momento fue como recibir un golpe en el estómago, pero me dio valor para enfrentarlo y dirigirme al grupo con sinceridad. Fue una experiencia que me permitió ser cuidadoso con la preparación de mis temas y exigente. De verdad, lo fui demasiado con mis alumnos y conmigo mismo. Fui un profesor tradicionalista en mis comienzos, después, conforme pasó el tiempo, la Universidad incorporó dependencias encargadas de preparar a los profesores e incorporarlos a la carrera docente conforme llegaron las demás corrientes pedagógicas y nuevas técnicas de la enseñanza.

Años después, mientras pasaba lista, me llamaron la atención los apellidos de la estudiante María del Carmen López Vizcaíno y le pregunté de dónde era. Cuando me contestó que de Ciudad Obregón le

hice otra pregunta: «¿Qué eres de Guadalupe López Vizcaíno?» Me respondió que su hermana. Me contó que Guadalupe había egresado de la carrera de Contaduría Pública y laboraba en la empresa Trasca, Caterpillar de Occidente. Le envié un recado: «Lupita, sí se me hizo ser profesor en la Universidad de Guadalajara, y soy maestro de tu hermana». María del Carmen me comentó que Lupita quedó sorprendida y se acordó de lo que le pareció imposible en aquellos años.

Mi papel en la enseñanza de la conducta animal en la carrera de Psicología, durante la mayor parte del tiempo, se concretó a enseñar el papel de la evolución del sistema nervioso de los animales y del hombre y cómo las especies relacionadas taxonómicamente comparten algunos patrones de conducta.

En las aulas se fueron formando estudiantes que ahora recuerdo, como la maestra Pilar Aguirre, secretaria particular del exrector Trinidad Padilla López; la maestra Mónica Almeida, rectora del Centro Universitario de Valles; la doctora Teresita Villaseñor Cabrera, exjefa del Departamento de Neurociencias del CUCS; José de Jesús Gutiérrez Rodríguez, jefe del Departamento de Salud Mental del mismo centro, y Arturo Aguilar Santacruz, coordinador de la carrera de Psicología, también de ese centro. Todos ellos, de algún modo, participaron con su talento y sus aportaciones en las comisiones que, en su momento, trabajamos para el desarrollo de la carrera de Psicología y para la creación del CUCS.

Con el tiempo, mi interés por la conducta animal creció a partir de mi experiencia en la carrera de Psicología y de crecer sobre todo de los conocimientos adquiridos y que aportaron, en su momento, cada una de las corrientes de pensamiento que constituyen la psicología. En una ocasión me dirigí a las oficinas de la carrera y por casualidad me encontré tirada, cerca de un bote de basura, una convocatoria para asistir al I Congreso Mundial de Etología Aplicada a la Zootecnia, en 1978. Este hallazgo marcó mi vida docente.

Tomando en cuenta la importancia de la convocatoria, acudí a las oficinas que precedieron al Departamento de Investigación Científica y Superación Académica (DICSA) y solicité apoyo al licenciado Raúl Padilla López, entonces director de esta dependencia. También pedí apoyo económico a la dirección de la Escuela de Psicología para asistir al congreso en Madrid. Me dijeron que sí, pero el dinero nunca llegó, así que me fui con mis ahorros.

Allá tuve la oportunidad de conocer destacados etólogos y conversar con el coordinador general del congreso, el doctor Carlos Luis de Cuenca, jefe del Departamento de Genética y Mejora Animal de la

Universidad Complutense de Madrid, que Dios guarde en su gloria. Después de esa entrevista nació un lazo afectivo y una estrecha relación y apoyo con conocimientos de etología aplicada a la producción animal, en beneficio de la carrera de Medicina Veterinaria y Zootecnia, pues se presentaba la oportunidad de trabajar esta ciencia en México.

Desgraciadamente, no hubo el interés por esta ciencia de la conducta animal hasta que la UNESCO decretó la obligatoriedad de que las escuelas de veterinaria la incluyeran como materia en sus planes de estudio. Así lo hicieron la UNAM, la Universidad de Guadalajara, la Universidad Veracruzana y la Universidad Autónoma de Nuevo León.

En aquellos años conocí a la doctora Aline S. de Aluja, jefa del Departamento de Patología Animal de la Facultad de Medicina Veterinaria y Zootecnia de la UNAM, incansable luchadora por el bienestar de los animales domésticos. Ella invitó al doctor Carlos Luis de Cuenca para que ofreciera unas conferencias en México. Una vez en la Ciudad de México, el doctor me hizo una llamada telefónica y me pidió que preguntara a la dirección de la carrera de Veterinaria y Zootecnia de la Universidad, en ese tiempo a cargo del doctor Rodolfo Barba López, sobre la posibilidad de organizar una conferencia sobre «Etología y producción animal, perspectivas de una nueva ciencia», que él mismo daría. Yo sólo tenía un día de plazo para conseguir el auditorio principal del edificio que hoy ocupa el Sistema de Educación Media Superior (SEMS) y difundir la convocatoria. El director de la carrera brindó todo su apoyo.

Al siguiente día se verificaría la conferencia programada para las 11 de la mañana. Muy temprano acudí al edificio citado y sinceramente pasé una de las peores angustias de mi vida docente al no encontrar las llaves que abrirían las puertas del auditorio. Las busqué piso por piso. No había personal, pues era sábado y el vigilante las había dejado quién sabe dónde. La hora se acercaba y la gente empezaba a llegar. Me desesperé, subí y subí pisos, seguía buscando las llaves sin resultado.

Desde arriba, a través de los ventanales, me percaté de la llegada del distinguido ponente en un taxi que venía del aeropuerto. Cansado de buscar y muy avergonzado, me senté sobre un rollo de alfombra, me llevé las manos a la cabeza y exclamé: «¡Dios mío, ayúdame! ¿Qué hago?»

Cuando bajé mis manos, una de ellas tocó un objeto pequeño y, al revisarlo, comprobé de que se trataba de una medallita que estaba sobre el rollo. Creo que era de la Virgen de Nuestra Señora del Carmen, todavía la conservo como reliquia. Con mucha fe le pedí que me ayudara a encontrar las llaves, hasta lloré de impotencia.



Una vez que me incorporé, al caminar, tropecé con el mismo rollo de alfombra. Cuando intenté moverlo, para mi sorpresa salieron las llaves más buscadas. Con alegría, me pregunté si sería un milagro o una coincidencia. No había tiempo para una respuesta en ese momento y velozmente me dirigí a abrir el auditorio. No sé qué tan rápido bajé. Para mi fortuna, el espacio estaba limpio y habían quedado acomodados los equipos y el presídium desde el viernes.

La conferencia se desarrolló ante un auditorio plétorico de asistentes, y yo participé como organizador y maestro de ceremonias. Desde ese momento la conducta animal quedó establecida como una herramienta necesaria para la formación del médico veterinario en Jalisco. Ésa era la cátedra que impartía en la carrera de Psicología. Tiempo después se hicieron varios intentos para incorporarla al plan de estudios de la carrera de Medicina Veterinaria y Zootecnia. Cuando se logró ese propósito fui invitado a impartir el curso, el cual doy hasta la fecha, ahora de forma honorífica en el Centro Universitario de Ciencias Biológicas y Agropecuarias.

Gracias a los cursos sobre esta ciencia he desarrollado una profunda sensibilidad hacia los perros, y puedo afirmar que, como animales, en México les ha tocado sufrir el desprecio de la gente, ya que son considerados, desde el punto de vista religioso, como auxiliares del mal y han sido satanizados. Por fortuna, existe una lucha constante de parte de las organizaciones por la defensa de sus derechos y están a punto de concretarse logros importantes.

Los años pasan y la estructuración de la carrera docente ha logrado cimentarse. Las características de mi persona y las habilidades adquiridas y perfeccionadas facilitaron mi incursión en el desarrollo de la extensión y vinculación del Departamento de Neurociencias del CUCS con mi adscripción a éste.

Esta área abrió el camino de la organización de actividades académicas y científicas que me permitieron encontrar amistades muy queridas. Agradezco a la vida que me dio la oportunidad de dar y recibir el afecto de la maestra Leticia Díaz Navarro, que el tiempo, como cómplice, se encargó de fortalecer.

Juntos logramos llevar a cabo actividades culturales para el rescate de tradiciones, como el festejo del Día de Muertos en el CUCS; el panel científico «Muerte y reflexión»; el concurso de altares de muerto; el ciclo de videocine «Vida y muerte»; el certamen «Catrina» y el «Baile de la Calaca». Promovimos la actualización continua de los docentes mediante cursos y seminarios, además de múltiples actos cívicos, hasta llegar al abanderamiento del CUCS por autoridades milita-

res de Jalisco. Muchos de ellos han sido registrados como patrimonio de cada división o departamento organizador, así como de la propia Rectoría.

Leticia Díaz Navarro murió el 14 de mayo de 2012. En estas líneas rindo humilde homenaje a su memoria.

Ahí quedan también los foros que de manera tradicional organicé en el Departamento de Neurociencias: la Exponeuro, el Encuentro Interacademias, los cursos Lenguaje Manual o de Señas Mexicanas y Miss Neuronas. Tengo la plena seguridad de que éstos seguirán desarrollándose y otros docentes los irán mejorando, pues con ellos se logra sensibilizar a la comunidad universitaria sobre aspectos que tal vez en las aulas sería difícil.

Fue muy interesante haber cursado la licenciatura en Educación Especial y Rehabilitación en la Escuela Normal Superior de Especialidades de Jalisco, pues el conjunto de conocimientos y la adquisición de habilidades en el campo de la enseñanza me permitieron hacer aportes en el desarrollo de las neurociencias y su impacto en la psicología, así como poder explicar con claridad la importancia del sistema nervioso en la estructuración del pensamiento, el desarrollo del lenguaje y el mecanismo del aprendizaje, entre otras funciones cerebrales.

Ahora tengo sesenta años. Debo organizar mis ideas y acudir a mis recuerdos para que no me domine la nostalgia. Mi jubilación fue anticipada, pues la manera directa de expresar mis ideas y el propugnar por los derechos de los animales, al parecer, pusieron en riesgo mi integridad. En la actualidad sigo colaborando de manera honorífica con mi querida Universidad de Guadalajara.



Un código universitario, una historia de vida

Ana María de la Paz Huerta Orozco

Realizó sus estudios de secretaria ejecutiva. En 1966 recibió su nombramiento definitivo en la Universidad de Guadalajara. Participó en el grupo de teatro de la entonces Facultad de Comercio y Administración de la Universidad. Trabajó en las primeras ediciones de la Feria Internacional del Libro y la Muestra de Cine Mexicano en Guadalajara.

El sólo pensar que voy a revivir la hermosa época de mi juventud me emociona. Debo tratar de recordar lo más y mejor que pueda a personas, hechos y situaciones que de alguna manera marcaron mi trayectoria en la Universidad de Guadalajara y han enriquecido experiencias, vivencias y conocimientos; con los años, éstos han logrado hacer de mí lo que ahora soy.

Hace muchos años, cuando era una niña, como muchos hijos de mis actuales compañeros, corría por los pasillos y las oficinas de la Universidad de Guadalajara. Me gustaba visitar a mi tía Celia, hermana de mi mamá, ahora con poco más de ochenta años de vida. Ella siempre trabajó con personas muy importantes y por eso, dice, se le «cansó la mente». Cuando era secretaria del rector y había Consejo Universitario (ahora Consejo de Rectores) debía anotar en taquigrafía todo lo que ahí se decía; con frecuencia terminaban hasta altas horas de la noche. Por cierto, con mucho gusto y gratitud recuerdo que su jefe, quien estaba en Europa, al enterarse de que yo cumpliría quince años me envió un obsequio: un anillo de oro blanco precioso, que le agradecí no tanto por su valor sino por su significado. A pesar de su cariño por la Universidad, mi tía no pudo negarse a la invitación que le hizo la señora Margarita López Portillo para que fuera su secretaria en la Comisión Federal de Electricidad.

En 1964 mi hermana mayor, que laboraba también en la Universidad, en el Departamento Escolar, decidió casarse. Ella era el único sostén económico de mi madre, así es que buscó el apoyo de su jefe. A mí me preguntó si quería trabajar en la Universidad; por supuesto que la propuesta me causó una revolución, y aunque soñaba en trabajar

como mi hermana sentí mucha emoción y miedo a la vez. Una noche antes de llevarme a presentar con su jefe, el ingeniero Edmundo Ponce Adame, casi no dormí: cambiaría mis zapatos de la escuela por medias y zapatos de tacón y me pondría mi traje sastre; debía estar muy presentable y parecer mayor. Para mi arreglo me inspiré en alguna película de Rocío Dúrcal, debí haberme visto muy guapa (¡fea no era!).

El ingeniero Edmundo Ponce Adame, al verme entrar a su oficina (recuerdo su expresión de asombro), dijo: «Julia, pero si es una niña, claro que deseo ayudarle, pero usted sabe que aquí se trata con muchachos», a lo que mi hermana respondió de inmediato: «Ingeniero, ella sabe poner a la gente en su lugar, es eficiente y responsable, y apenas acaba de terminar sus estudios de secretaria ejecutiva». Él, no muy convencido, aceptó ayudar. «Está bien, siempre y cuando apruebe los exámenes a los que la voy a someter. Estará a prueba unas semanas y si veo que puede, hacemos lo posible por que se quede en su lugar; en realidad, sí se necesita personal».

Me asignaron un escritorio cerca de la puerta de su oficina, en el pasillo. Primero fue la entrevista, le siguieron dictados en taquigrafía y mecanografía, exámenes de ortografía, archivo... ¡Uf! Es verdad, no tenía experiencia en el campo laboral, pero tenía a mi favor preparación, juventud, ganas de salir adelante y, sobre todo, el deseo de no defraudar a mi hermana. Por fortuna, aprobé y estuve laborando a sus órdenes durante siete años.

El 1 de mayo de 1966 recibí mi nombramiento definitivo: «Taquimecanógrafa de primera», firmado por el entonces rector general Ignacio Maciel Salcedo. El sentirme parte del personal de la Universidad de Guadalajara me llenaba y me llena de orgullo todavía. Me dieron excelentes resultados los consejos sabios de mi abuelo, a quien veía como mi padre, sobre el ser feliz y estar en paz en mi trabajo y en mi vida.

Mi permanencia en la Universidad ha sido una de las mejores épocas de mi vida; no dejan de llegar a mi mente personas que fueron importantes y significaron mucho para mí, como Emilia Mendoza, Lucita y Toñita Ruvalcaba, Ismael Lozano, Hermenegildo Romo, *el Gorilón*, Medina Lúa, *el Caballo*, Enrique Alfaro Anguiano, Rosa María Rayas, Helmut Goldman, Heriberto García (a quien todavía escucho por la radio), Rosalba Hoeflich, Félix Vargas, Florentino Macías y Roberto Padilla.

En el Departamento Escolar estuve encargada de una ventanilla para la atención de los aspirantes, ubicada a mano derecha de la entra-



da principal del edificio de la Rectoría general, que ahora es parte del museo. Una de mis múltiples ocupaciones era atenderlos, revisar y recibir su documentación, preparar los expedientes y elaborar la lista para los miembros de las comisiones de las diferentes escuelas y facultades encargados de calificar y hacer la selección de admitidos. Posteriormente, mecanografiaba esos dictámenes a máquina. Gracias a ello tuve la oportunidad de conocer a personas muy valiosas, que en el futuro y por diferentes circunstancias serían de mucha estima en mi vida personal.

En ese entonces eran dos facultades y seis escuelas: Facultad de Medicina, Facultad de Comercio y Administración, Escuela de Veterinaria y Zootecnia, Escuela de Trabajo Social, Escuela de Enfermería, Escuela de Arquitectura, el Politécnico y la Escuela de Música.

En la temporada de inscripciones los pasillos y el patio se llenaban de muchachos, por lo que se requería el apoyo de la Federación de Estudiantes para guardar el orden; tiempo después, uno de ellos se convirtió en mi esposo y padre de mis tres hermosos hijos.

En relación con la Facultad de Medicina, recuerdo un incidente con el presidente de la sociedad de alumnos, quien me solicitó que agregara al dictamen a unos aspirantes. Me aseguró que eso le había sido autorizado por los miembros del comité, a lo que me negué pues a mí no me habían dado ninguna indicación. Por supuesto, se molestó y me dijo que yo únicamente era una secretaria y que debía hacerlo: «Ya verás, te va a ir mal en el baile». (Ese día, durante la noche, se organizaría un baile de bienvenida a los nuevos alumnos.) Le respondí que no le tenía miedo y lo dejé con las palabras en la boca.

Tiempo después, por circunstancias de la vida, estuvo disponible una plaza para ingresar a trabajar al ISSSTE, así que me presenté con el subdirector general. Mi sorpresa fue que éste era nada menos que aquel muchacho presidente de la Facultad de Medicina. No me amedrenté cuando vi en la entrada su nombre e hice lo que tenía que hacer. Me recibió muy amable y sonriente. Recordó el incidente al verme: «Hola, así que es usted quien aspira a la plaza». Le contesté apenada: «Pues sí, doctor». «¿Por qué no fue al baile?, no le iba a pasar nada». Entonces, sonreí y respiré tranquila. En seguida expresó: «Es usted mi gallo, así es que no me haga quedar mal». Yo debía concursar contra otra persona que proponía el sindicato. Le eché muchas ganas y la gané. Laboré en el ISSSTE poco menos de catorce años, pero ésa es otra historia.

Regresando a la Universidad de Guadalajara, en el tiempo en que trabajé no teníamos seguro social, sindicato, Infonavit, afores, seguros ni mucho menos beneficios con los que ahora contamos.

En el Departamento Escolar, un día normal de labores, de pronto se escucharon balazos y gritos; todo se volvió un caos, gente corriendo por todos lados. Los jefes decían que personas armadas estaban tomando las oficinas del rector general, por lo que debíamos abandonar el edificio. Nos ayudaron a brincar por las ventanas que dan a la calle de Enrique Díaz de León (antes Munguía); nos recomendaron que fuéramos hacia la avenida La Paz y que no regresáramos hasta que nos llamaran a nuestras casas. Yo corrí precisamente al lado contrario, pues cruzando la calle Pedro Moreno, donde estaba en esos momentos lo más intenso de la balacera, hacia la calle Juan Manuel, vivía mi hermana; mi único pensamiento era ir a resguardarme con ella.

Esa misma historia se repitió, pero en la Facultad de Comercio y Administración (donde trabajaba y estudiaba). Como ahí había una sola entrada no había hacia dónde correr. Me protegí bajo mi escritorio, pecho a tierra. Confieso que me resultaba muy emocionante participar de alguna manera en esos acontecimientos, pues cuando uno es joven generalmente no se siente temor.

En una ocasión le comenté a mi jefe, el director de esa facultad, el maestro Florentino Macías, mis aspiraciones y gustos por el teatro, por lo que me presentó a su amigo el maestro Félix Vargas, escritor, pintor y director del grupo de teatro de la misma facultad.

Eso fue la realización de otro de mis sueños: estudiar teatro. Tiempo después formé parte de su grupo y participé en algunas presentaciones: conocí algunos teatros de la ciudad y de fuera. En Guadalajara, estuvimos en el Teatro Degollado con *El Principito*. Nos presentamos en el Teatro Experimental y en el Teatro del Seguro Social con *La casa de los siete balcones* y *El Coyote*. Participamos como grupo de la Universidad de Guadalajara en la Ciudad de México. Concurramos con grupos de teatro de varias universidades del país y obtuvimos un muy honroso lugar y un reconocimiento a nuestro director. Hicimos giras en plazas y hasta en la calle en Lagos de Moreno y en Zacatecas. En esa ciudad uno de mis compañeros subió al escenario en pantuflas de peluche porque tenía frío; tras bambalinas nos cubríamos porque el vestuario para las mujeres eran naguas y, para los hombres, calzón, pero íbamos descalzos.

En otra ocasión, en el concurso nacional en la Ciudad de México, representamos la obra *El Coyote*, en la que yo era la madre del *Coyote*. Cuando llegamos a la Ciudad de México, el maestro Félix nos dijo que como regalo por nuestra participación invitaba a todo el grupo a un lugar de diversión llamado La Disco; mi mamá, que viajaba con no-



sotros, no me dio permiso. Ahí no terminó el detalle, pues *el Coyote* era mi pretendiente, quien al saber de mi tristeza me llevó serenata hasta la puerta de mi habitación y me cantó repetidamente «La gloria eres tú», pero como lloré tanto me quedé profundamente dormida y no lo escuché. El maestro le hacía repetir una y otra vez un diálogo que decía: «Mamacita, yo soy chico todavía y me hará falta tu amor», nada más que el «mamacita» no tenía la intención que el maestro quería.

Ésta fue mi primera época en la Universidad de Guadalajara, porque me casé y me retiré durante algún tiempo. Después se presentó de nuevo la oportunidad para regresar; por unas amigas me enteré de que necesitaban una asistente en una dependencia llamada CIEC, dirigida por el escritor y crítico de cine Emilio García Riera, con quien tuve también la fortuna de colaborar.

Viví los inicios de la Muestra de Cine Mexicano en Guadalajara, entre tantos estimados y queridos compañeros. Conocí a Guillermo del Toro y a muchas otras personalidades del medio artístico, como Silvia Pinal, Pedro Armendáriz Jr., Roberto Cobo y Ofelia Medina.

También estuve en los inicios de la Feria Internacional del Libro, con sus trajines y premuras. Teníamos que trabajar algunas veces hasta altas horas de la noche; éramos pocos para la infinidad de tareas que debíamos cubrir: elaboración de agendas de invitados, gafetes, clasificar y ordenar libros para su presentación y venta, entre otras muchas tareas. En fin, temporadas muy intensas de trabajo, desayunábamos, comíamos y cenábamos sobre algunos escritorios —pizzas, con mucha frecuencia. Éramos un lindo equipo, regresaba a casa muy cansada, pero feliz.

Tiempo después se creó el Departamento de Televisión y Video, en la avenida Hidalgo, en una de esas hermosas casonas que, por fortuna, existen todavía. Esa área fue dirigida por Daniel Varela, quien sería mi jefe. Mi horario de trabajo era durante las mañanas, y el licenciado Varela me propuso que por las tardes me encargara de una pequeña cafetería que estaba en una sala de cine, llamada la Videosala, ubicada junto a las oficinas. Los jueves, sobre todo, teníamos mucha afluencia de personas mayores de Ajijic, gran parte de ellas estadounidenses, que acudían a la sala y debíamos ofrecerles café y unas empanadas muy ricas.

En esa dependencia se suscitó un incidente chusco y peligroso a la vez. Un día normal de quincena debía recoger nóminas y cheques del edificio administrativo, directamente con el jefe de egresos en el primer piso. El chofer y yo nos trasladábamos en una combi por la ave-

nida Hidalgo; al salir de la dependencia, de pronto nos vimos rodeados de patrullas de tránsito y de la policía con sirena abierta y pistolas en mano, que hacían un escándalo tremendo. Entonces, le dije a mi compañero que los dejara pasar; saqué mi mano e hice señas de que pasaran; pensé que debían llevar mucha prisa. Para nuestra sorpresa, no nos rebasaron. Al detenernos en la calle Escorza de inmediato un policía abrió la puerta de mi lado y me bajó tomándome del brazo. Me preguntó: «¿Lo conoce?» «Pues claro», le respondí que era mi compañero. Cuando me percaté de que a Ramón lo esposaron, sin pensarlo corrí por entre los policías hasta llegar a las puertas del mismo jefe de egresos con quien iba. Lo tomé de la mano y le dije: «Córrale, se llevan a Ramón». Me contestó: «Espera, deja agarro mi credencial, si no también a mí me llevan». Me acompañó a la calle y ahí nos enteramos de que habían robado un banco y que habían confundido al chofer con el ladrón. Con un «Usted dispense» le quitaron las esposas y lo regresaron a la combi.



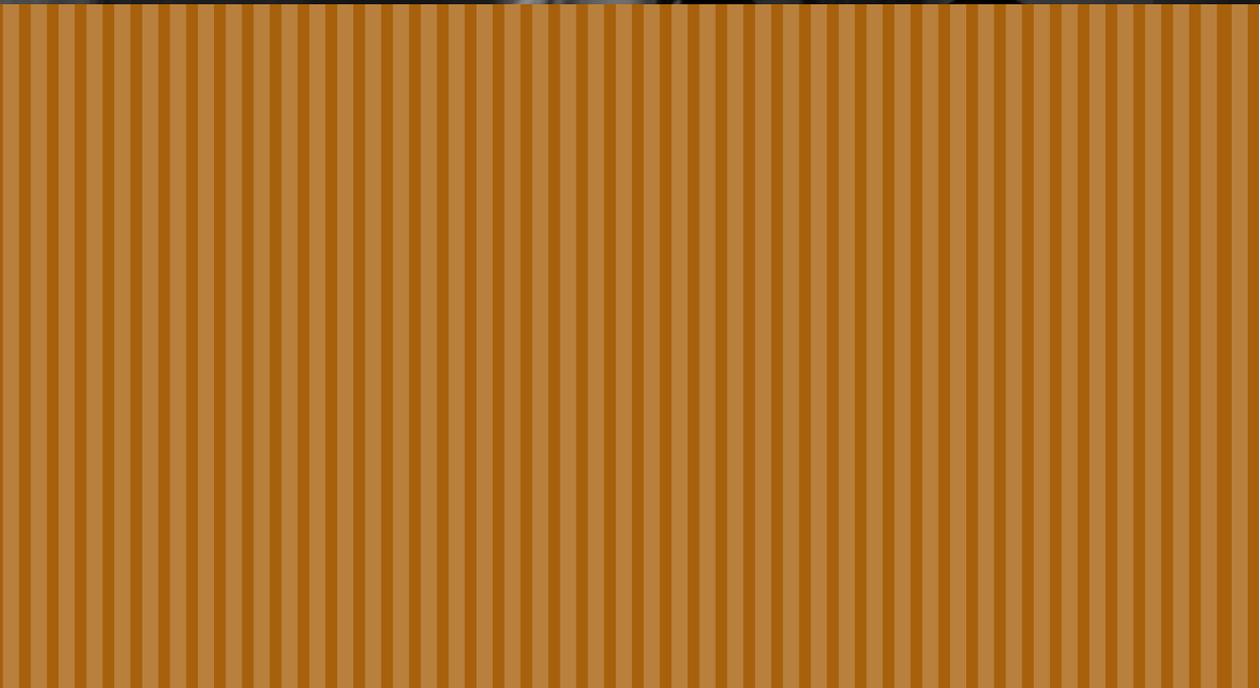
Tiempo después me transfirieron a la Coordinación de Medios, con la dirección de Guillermo Vaidovits, una persona muy humana y solidaria, quien me brindó un apoyo incondicional a lo que estábamos viviendo toda mi familia, amistades, compañeros y personas en general que conocieron a mi hija, quien por desgracia falleció a causa del cáncer a sus veinticinco años, hermosa, próxima a casarse con una persona maravillosa después de siete años de noviazgo. Esta pérdida superó en mucho y por completo cualquier otra pena o dolor que hubiera sufrido antes; creí que perdería la razón. Por fortuna y gracias a Dios, a mis hijos, mi familia y a todas aquellas personas tan solidarias que me brindaron amor, apoyo y comprensión, logré salir adelante. Aprovecho para agradecerles profundamente otra vez. Comprendí lo gratificante que es saber que en el lugar donde laboramos nos convertimos en una gran familia.

Ahora me encuentro en un lugar maravilloso: el Sistema de Universidad Virtual, en donde trabajo bajo las órdenes del maestro Manuel Moreno Castañeda, persona que aprecio, admiro y respeto.

Ahora la tecnología supera todo lo que hace años pude haber imaginado. No olvido cuando por primera vez toqué una máquina eléctrica y me pareció muy veloz. Yo estaba acostumbrada a teclear las máquinas viejitas con fuerza para que pintara, y que por lo general reponíamos hasta que tuvieran hoyos. He tomado cursos que me han dado la oportunidad de adquirir más y mayores conocimientos sobre las nuevas tecnologías.

En el transcurso de este tiempo, además de anécdotas y situaciones buenas y no tan buenas en el desempeño de mis funciones, en general he vivido cosas maravillosas y he conocido y espero seguir conociendo gente que me ha ayudado a sentirme plena.

Amé, fui amada, el sol acarició mi faz. Como escribió Amado Nervo: ¡Vida, nada me debes! ¡Vida, estamos en paz!



Estudiante, ingeniero, padre, profesionalista y docente: una mirada desde y para mi Universidad de Guadalajara

Benjamín Flores Briseño

Ingresó a la Facultad de Ingeniería en 1965, donde estudió la carrera de Ingeniero civil. Es docente en la Universidad de Guadalajara. Actualmente estudia la maestría en Valuación en el Sistema de Universidad Virtual.

Todos en mi familia, incluyéndome, nacimos en Analco. Soy el mayor de ocho hermanos; uno falleció hace poco. Como yo era el mayor, me hacían estudiar en la tarde para ayudar en la mañana a mi mamá. Mi papá era chofer. En la escuela urbana número 4 estudié la primaria y, por fortuna, siempre me gustó el deporte. En quinto y sexto grados llegó a la escuela un entrenador de basquetbol y yo me sentía realizado. El deporte me ayudó mucho cuando entré a la secundaria; en ese tiempo empecé a jugar en torneos en todo el estado y en los nacionales de infantiles. Había un pique muy marcado con los equipos de colegios, cuyos integrantes usaban pants y tenis de marcas que yo no conocía.

Entré a la vocacional después de egresar de la secundaria número 2. En la vocacional nos daban permiso de usar el escudo de la Universidad de Guadalajara, que siempre se me ha hecho hermoso; en las tiendas de deportes vendían fistles alusivos y yo los compraba. Para mí era una bendición que existiera la Universidad, sobre todo cuando sabía lo que pagaban algunos amigos que estudiaban en colegios. Cuando terminé, en 1965, ya tenía la inquietud de estudiar la carrera de Ingeniería. En ese entonces la Facultad de Ingeniería parecía jardín botánico; había dos construcciones con salones arriba y abajo y una cancha para jugar futbol. Todo cambió muy rápido... ¡y no siento que haya pasado tanto tiempo!

En 1970 salí de la carrera y me recibí en 1971. Me fui a Sonora a trabajar y a los cinco años regresé. Ya en Guadalajara, veía a menudo

a los egresados de mi generación; organizábamos reuniones anuales, a las que asistían los compañeros que vivían fuera.

En una ocasión, cuando organizamos la reunión de la generación, ya todos cuarentones, no reunimos la cantidad suficiente (era la época de la devaluación) para la música; ya todo lo demás estaba pagado. Venían de Tijuana y de otros lados. Un compañero de la facultad nos dijo que él había tenido un grupo de rock y tenía todo guardado, pero faltaba alguien que supiera todas las canciones y tocara la guitarra. Como yo me sabía las canciones de rocanrol, entonces decidí participar. Seguimos tocando. Al principio nos pagaban cinco pesos por persona; tenemos ya seis años tocando en un restaurante en Chapalita todos los viernes y los sábados.

Desde muy joven trabajé. Durante la prepa estuve en una fábrica de ropa que se llamaba La Cadena; en la bodega cargaba pantalones. Al final de la prepa me dieron trabajo en un banco haciendo planos para la gente que pedía préstamos; ahí me sentía mejor. Ya en la facultad, cuando estaba en primero, me ofrecieron un trabajo como asistente (por decirlo elegantemente) de un ingeniero que necesitaba un chalán que fuera a sacar permisos o a pagar cosas. De ahí me fui a otra constructora como dibujante; me pagaban por horas.

La mayoría de mis compañeros tenían que trabajar. En mi caso, yo tenía seis hermanos menores; mi papá murió cuando yo estaba en primero de Ingeniería, entonces mi mamá me dijo: «M'ijo, hay que trabajar». Se me hacía curioso que te pagaran por horas, es decir, tú podías llegar al lugar, checabas y trabajabas cinco horas y ésas te pagaban.

Tengo dos hijos. Nicolás, al nacer, por un error médico, le dio un ataque de hipoxia cerebral; siempre ha sido una responsabilidad muy grande, pero muy hermosa de servirle. Él no camina, yo soy sus manos y sus ojos. Todo este tiempo me he dedicado a él; mi esposa nos dejó y nos quedamos él y yo solos. Mi otro hijo tiene su carrera y trabaja bien.

Le tengo mucho amor a mi carrera. Me dediqué en cuerpo y alma a la construcción. Todos mis recuerdos son positivos, aunque con algunos socios y constructoras no me fue muy bien. También he tenido la suerte de trabajar con mucha gente de diversas universidades, incluso internacionales, y estoy convencido de que estamos muy bien, aunque muchos en la actualidad digan lo contrario. Yo trabajé en el edificio del Seguro Social y venían muchos arquitectos europeos y de otras partes de la república y no nos enseñaban nada nuevo que no supiéramos ya.

Me impacta mucho el cambio que empecé a ver desde mi generación; por ejemplo, en primero o segundo de secundaria, cuando había



elecciones, surgían golpes, desórdenes, ruidos con matracas, suspendían las clases. Nunca me ha gustado el desorden, incluso de niño iba al cine y cuando se tronaba la cinta, gritaban «¡Cácaro, cácaro!», hacían desorden y a mí eso me molestaba.

Recuerdo que en la vocacional, en una contienda por la presidencia de la escuela, también hacían desorden y nos pegaban a todos cuando nos gustaba la corriente antigua; si no te querías cortar el pelo, te lo cortaban ellos a rapa. Ya en la facultad hubo un cambio.

En la facultad, uno de los candidatos para presidente, que al final no ganó, en lugar de dar cosas inservibles como propaganda, repartió copias de logaritmos y de un libro de aerodinámica, que era muy caro; él no era golpeador. Desde entonces me impactó esa generación, fue increíble, en 1968.

Había un baile anual y era forzoso asistir. ¡Esa actitud negativa de hacer negocio con lo que no se debe hacer! Pero cuando entramos éramos muy ingenuos y había algunos que querían sacar ventaja y hacer negocio con los anillos, el baile, las orquestas.

En esa generación estaba el hijo del ingeniero Matute Remus, que es una insignia en el mundo (fue él quien movió el edificio de la Telefónica); pues bien, su hijo, con las utilidades del baile, impulsó la construcción de una obra magna en la escuela: un salón donde se hacían actividades. Ello habla de empezar hacer las cosas de otra forma, de retribuir lo que tanto recibimos: una educación gratuita muy buena.

Hace algún tiempo tuve la oportunidad de ingresar a la Universidad como docente. Aun cuando siempre tuve el deseo de dedicarme a la docencia, me llamaba más la construcción, ya que necesitaba hacer un patrimonio. Desde que entré a estudiar de nuevo a la Universidad, la maestría en Valuación, la mente me volvió, fue como si no hubiera pasado el tiempo. Yo tengo sesenta y cuatro años, y difícilmente encuentro gente mayor que yo, todos son más jóvenes. Por eso me emociona mucho vivir el ambiente estudiantil otra vez; poner toda la capacidad de mi cerebro para orientar a la gente joven y recibir también retroalimentación. Me siento muy honrado de alcanzar un sueño: retribuir a la Universidad todo lo que me dio. Estoy muy contento con todo lo que he logrado gracias a ella.

Me interesa mucho que el beneficiario de todos mis logros sea mi hijo Nicolás, porque aunque no hable ni camine, lo demás está intacto. Él batalló mucho conmigo cuando tuve tiempos malos, pero ahora mi vida también cambió, así como mi carácter. Mi ilusión por la vida se incrementó, como cuando entré a la facultad, época en la que tienes

muchos sueños, un futuro por delante; todo te da gusto: «Cuando tenga coche, cuando me reciba, cuando tenga novia», todo es futuro y ahora, cuando doy mis materias, me da el mismo gusto.

No hay cosa más hermosa que la labor docente; se recibe mucho más cuando se da. A la hora que estoy con los alumnos, me vuelco hacia ellos. Tengo alumnos que son de pueblo y enfrentan muchas dificultades diferentes a las de mi tiempo. A veces me dicen: «Maestro, se fue la luz en mi pueblo una semana». Entonces, ya no les exijo tanto y les doy la oportunidad con tal de que no deserten.

El primer día que entré a la facultad me dije. «Por este mismo lugar, cinco años después, voy a salir». Siempre tuve la certeza de que iba a salir, aunque a veces había maestros que te metían miedo, temor, en lugar de decirte; Claro que vamos a poder! Mi hijo mayor me decía, cuando él estaba en la prepa: «Lo que pasa es que no se me dan las matemáticas». Le respondí: «M'ijo, te tengo una noticia, esto es de a fuerzas y no se te da porque no quieres, si quieres y le pones interés vas a poder, así pudimos todos».

Para mí es muy fácil y reconfortante ayudar a mis alumnos cuando tienen un problema; por ejemplo, hay muchas mamás solteras y que trabajan. Me gusta el cambio, pero son necesarios el apoyo y las palabras de aliento. Eso no significa que les tengas que regalar algo, porque la ética te lo dice y yo lo aprendí en mi casa: mentir es malo, no ser responsable es malo, hablar de lo que no sabes es malo. Cuando di clases en el Conalep fue una experiencia hermosa.

A veces, cuando eres maestro, docente o asesor, te enfocas únicamente a enseñar la materia, pero enseñar va más allá y a mí me lo dieron en la Universidad. Por eso, cuando alguien dice que no quiere estudiar es porque no saben lo que están haciendo: el simple hecho de inscribirte, el roce con tus maestros, ver el ejemplo, vivirlo, cómo se visten, cómo se comportan. Por ejemplo, un doctor se viste diferente que un licenciado; todo eso es aprendizaje y cuando tú te cierras esa posibilidad, difícilmente vas a ir hacia adelante.

En 1968 yo estaba en tercero de facultad y sí supimos que había problemas allá. Lo que leíamos en ese tiempo no se parecía a lo que la gente sabía. Lo que alcanzamos a discernir fue que era un movimiento que empezó con unos médicos que se manifestaron y hubo una represión; también lo que se dice es que esa represión fue aprovechada por otras personas. Aquí fue diferente, nosotros ni siquiera dejamos de tener clases. Sólo nos enteramos de que en el Estadio Olímpico había gente armada. Lo del 68 fue una efervescencia mundial, sucedió en

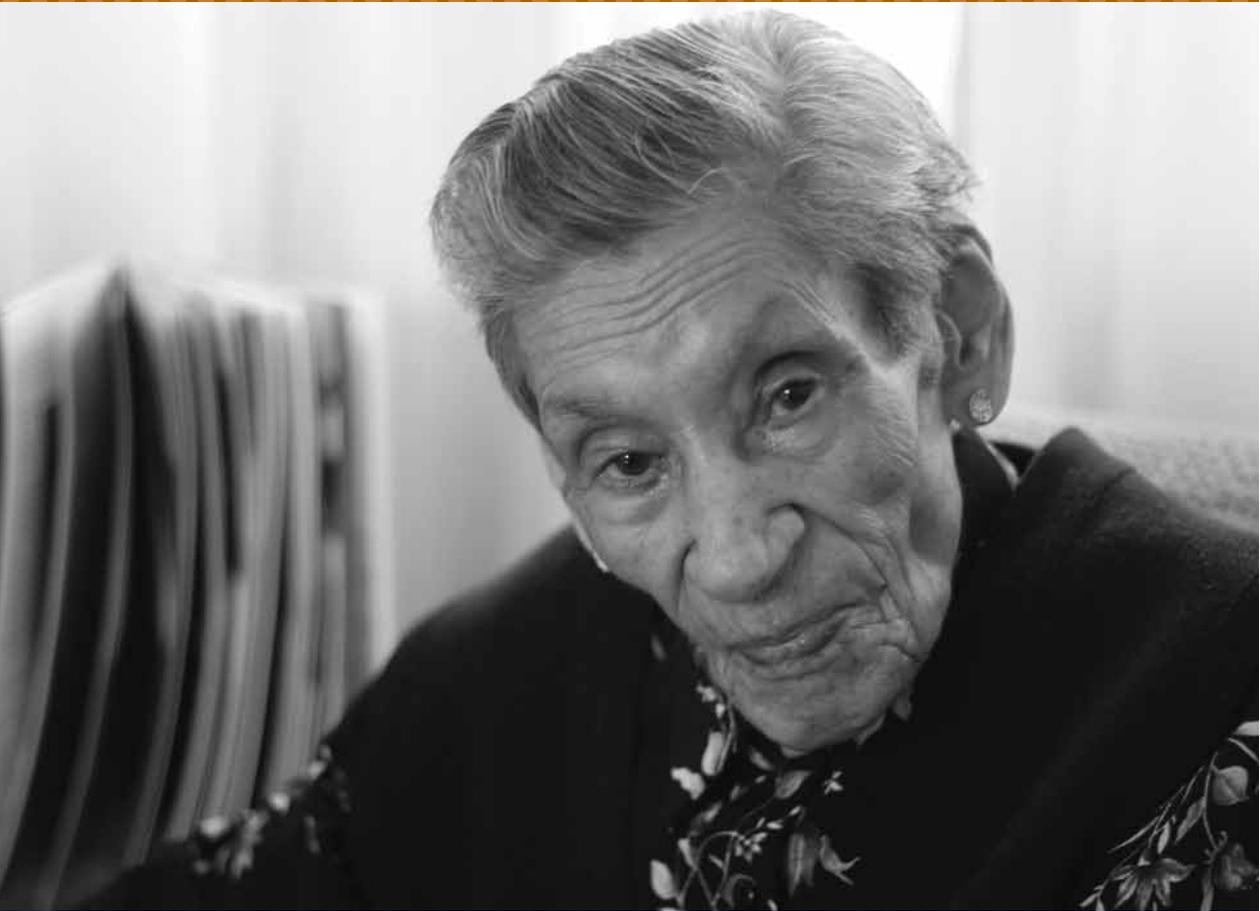


París, en Estados Unidos, había mucha inconformidad a lo que ya estaba establecido. Eran más problemáticas las elecciones de las escuelas que el movimiento del 68.

De mis profesores, recuerdo sobre todo al ingeniero Raúl Gómez Tremari, quien aún vive, me dio clases de concreto; a Paco González Rojo, *el Fuercitas*, y al maestro de matemáticas, Francisco González. Ellos me marcaron con su disciplina y su puntualidad. Era todo un reto pasar con ellos. Yo siempre decía que quería ser como el maestro Tremari.

Hay una palabra que se llama autogestión, que significa ser responsable. Uno debe hacer las cosas por pasos, pedir un tema e ir desarrollándolo. Muchos de mi generación nunca se titularon, no conocían la autogestión. Ahora, en el sistema virtual ésta es una palabra básica y mágica, ya que todo depende de ti.

Si de niño compraba mi escudo de la Universidad de Guadalajara, ahora me da mucho gusto abrir mi computadora y ver el escudo y sentirme que ayudo en lo que pueda.



Breve historia de la Escuela de Agricultura

María Llamas Gutiérrez

En 1950 empezó a trabajar en la Facultad de Ingeniería Civil de la Universidad de Guadalajara. Su primer nombramiento fue el de taquimecanógrafa, firmado por el entonces rector Jorge Matute Remus. También laboró en la Escuela de Agricultura y el Instituto de Botánica. El 16 de mayo de 1989 obtuvo su jubilación después de cuarenta años de trabajo en la Universidad de Guadalajara.

Nací en Atotonilco el Alto, Jalisco, el 28 de agosto de 1914, en una familia de once integrantes (padres y nueve hermanos), de la cual sólo quedo yo. Llegué a Guadalajara el 29 de septiembre de 1950 y me instalé en casa de mis hermanos, quienes ya radicaban en esta ciudad. Al día siguiente me dirigí a la Facultad de Ingeniería Civil de la Universidad de Guadalajara, en donde laboraba el señor Joaquín Márquez Salcedo (q.e.p.d), oriundo también de Atotonilco y quien desempeñaba el cargo de asistente de la dirección. Con su valiosa ayuda y después de presentarme con el ingeniero Parra, entonces director de la facultad, persona sencilla y bondadosa, empecé a trabajar con un horario de lunes a sábado durante la mañana y tarde. Tiempo después se estableció el horario corrido matutino.

El primer nombramiento que me fue otorgado fue el de taquimecanógrafa, el cual surtió efecto el 1 de octubre de 1950, firmado por el entonces rector Jorge Matute Remus. Fui asignada a las órdenes del ingeniero Hugo Vázquez Reyes, quien no terminó su periodo de director en virtud de que fue designado rector de la propia universidad, gestión que tampoco cubrió por su lamentable fallecimiento. Considero que pasé inadvertida en esa dependencia por la cantidad de personal que en ese tiempo laboraba ahí.

En 1964, cuando cumplí catorce años de antigüedad, me encontré con el profesor Pablo G. Franco, quien me dijo que estaba enterado de que quería cambiarme a otra dependencia. Por ello me propuso la Escuela de Agricultura, de reciente creación, y que, de ser aceptada, seguiría contando con mi antigüedad, motivo por el cual acepté.

Durante mi trabajo, y después de haberlo dejado, tuve el honor de recibir reconocimientos por parte de la dirección, así como de los ahora ingenieros de la primera generación.

Por situaciones que aún desconozco, se rumoraba de malos manejos del archivo, me enviaron al Instituto de Botánica, al frente del cual se encontraban el doctor Enrique Estrada Faudón y la profesora Luz María Villarreal de Puga, personas de gran calidad humana, quienes a mi llegada me colmaron de atenciones. No recuerdo en qué fecha me regresaron a la dirección de la que entonces era ya la Facultad de Agronomía. Así, volví a mi lugar.

Después de haber cumplido casi cuarenta años de antigüedad laboral, decidí hacer los trámites necesarios para mi jubilación. El ingeniero Andrés Rodríguez García, entonces director de la facultad y a cuyas órdenes estuve, bondadosamente realizó las gestiones necesarias. Recibí la autorización el 16 de mayo de 1989.

El ambiente de trabajo con mis compañeras era de tranquilidad y confianza, supe ganarme su amistad y la conservo todavía, ya que me llaman por teléfono para saludarme. Me desenvolví en un ambiente de paz, jamás hubo fricciones entre nosotras. En los diferentes periodos de los distintos directores tuve la gran fortuna de ser secretaria de algunos de ellos.

Agradezco de corazón las invitaciones a los diversos actos en los que me honraron entregándome reconocimientos, los cuales guardo con mucha gratitud. Por ningún motivo quiero omitir la deferencia de que fui objeto por parte de la primera generación, que me otorgó un reconocimiento que valoro mucho sentimentalmente. También me siento halagada por las invitaciones que recibí de otras generaciones a sus festejos de graduación, las que me regalaron y dedicaron ejemplares de sus tesis.

Recuerdo al señor Magdaleno, quien, cuando se acercaba la Navidad, me llevaba una ramita de pino —de los muchos que rodean el edificio y que despiden una agradable fragancia, a la cual el señor Edwiges se encargaba de ponerle base, así me hacían sentir consentida año tras año.

Doy gracias a Dios por la linda familia que me tocó, de corazón de oro (sobrinos), pues en mi ancianidad me cuidan y protegen.

Gracias a cada uno de los compañeros y compañeras de trabajo, por su amistad y apoyo.

Gracias a los familiares y amigos, quienes en mis momentos de alegría o tristeza me alentaron.

Y gracias mil a la Universidad de Guadalajara, por el bienestar que en la actualidad gozo.



La Escuela de Agricultura nació el 17 de septiembre de 1964, cuando era presidente de la república Adolfo López Mateos; gobernador del estado, Juan Gil Preciado; presidente municipal, Francisco Medina Ascencio, y rector de la Universidad de Guadalajara el doctor Roberto Mendiola Orta. Fue designado director Rafael Ortiz Monasterio y secretario Benjamín Ponce Romero. Los alumnos de primer ingreso fueron 65. Al fundarse la escuela se aprobó un plan de estudios de cinco años, con las orientaciones de Ingeniero agrónomo en fitotecnia, Industrias agropecuarias y Extensión agrícola.

Inicialmente, la escuela estuvo ubicada en terrenos del Instituto Tecnológico de la propia universidad, y en 1967 cambió sus instalaciones al predio denominado Los Belenes, en Zapopan, cuando era director de la escuela Raúl Palacios Avilés. Fue inaugurado por el entonces presidente de la república, Gustavo Díaz Ordaz, el 1 de agosto del mismo año.

A continuación presento al personal docente, administrativo y de servicios en el tiempo de su fundación:

- Director: Rafael Ortiz Monasterio
- Secretario: Benjamín Ponce Romero.
- Personal administrativo: Elvira Chavoya Barajas, María Llamas Gutiérrez.
- Personal docente: Pablo G. Franco, Luis Basich Leija, Ramón Padilla Sánchez, Raúl Palacios Avilés, Gustavo Cortés Godínez, Luis Velázquez Martínez, Enrique Gutiérrez Gutiérrez, Eduardo Reyes Fernández, Aldegundo González Orihuela.
- Personal de servicios: Roberto Rubio Sandoval, Antonio López Mendoza, Armando Pedroza Sención, Edwiges Ramírez Herrera,
- Juan Francisco Delgadillo Cercado, Vicente Núñez Barajas,
- Bernardo Núñez Valera, Salvador González Jiménez.

Los directores que estuvieron al frente de la escuela en sus diversos periodos son los ingenieros:

- 1° Rafael Ortiz Monasterio, periodo 1964-1968
- 2° Raúl Palacios Avilés, periodo 1968-1971
- 3° Aldegundo González Orihuela, periodo 1971-1972
- 4° Gustavo Cortés Godínez, periodo 1972-1974
- 5° Ramón Padilla Sánchez, periodo 1974-1975
- 6° Rigoberto Parga Íñiguez, periodo 1975-1977
- 7° Antonio Álvarez González, periodo 1977-1980

- 8° Leonel González Jáuregui, periodo 1980-1983
- 9° Andrés Rodríguez García, periodo 1986-1989

Los personajes que presidieron la sociedad de profesores en la Escuela de Agricultura de la Universidad de Guadalajara fueron los ingenieros:

- Ricardo Maciel Gutiérrez, 1970-1972
- Juan José Hernández Flores, 1972-1974
- Rigoberto Parga Íñiguez, 1974-1976
- Leonel González Jáuregui, 1976-1978
- José Antonio Sandoval Madrigal, 1978-1980
- Andrés Rodríguez García, 1980-1982
- Daniel Santana Covarrubias, 1982-1984
- Eleno Félix Fregoso, 1984-1986
- Elías Sandoval Islas, 1986-1988
- Salvador Mena Munguía, 1989-1990

Dirigentes de la sociedad de alumnos, entre otros:

- 1964-1965 Rigoberto Parga Íñiguez (delegado)
- 1965-1966 Lorenzo Martínez Cordero (primer presidente)
- 1966-1967 José Alatorre Díaz
- 1967-1968 J. Agustín Urzúa Barbosa
- 1968-1969 Gustavo González Paredes
- 1969-1970 J. Humberto Martínez Herrejón
- 1970-1971 Ricardo Ramírez Meléndrez
- 1971-1972 Javier Valencia Zepeda
- 1972-1973 Alfredo Mendoza Cornejo
- 1973-1974 Heriberto Santacruz Cano
- 1974-1975 Andrés Rodríguez García
- 1975-1976 Armando Ramírez Meléndrez
- 1976-1977 Raúl Toral Flores
- 1977-1978 José Luis Alvarado Hernández
- 1978-1979 Francisco González Moreno
- 1979-1980 Gustavo García Pérez
- 1980-1981 José César Mendoza Cornejo
- 1981-1982 Miguel Ángel Navarrete Ruiz
- 1982-1983 Francisco Javier Salcedo Vega
- 1983-1984 José Manuel Becerra Lizaurdi



Por último, las personalidades que han sido padrinos de generación:

- 1964-1969 Gral. Lázaro Cárdenas del Río
- 1965-1970 Lic. Miguel Alemán Valdez
- 1966-1971 Lic. Augusto Gómez Villanueva
- 1967-1972 Lic. Luis Echeverría Álvarez
- 1968-1973 Ing. Raúl Palacios Avilés (Orientación Ganadería)
- Emiliano Zapata (Orientación Agrícola)
- 1969-1974 Ing. Rafael Ortiz Monasterio
- 1970-1975 Ing. Ramón Covarrubias Celis
- 1971-1976 Lic. José López Portillo
- 1972-1977 C. José María Martínez
- 1973-1978 Ing. Óscar Castilla Pérez
- 1974-1979 Ing. Cuauhtémoc Cárdenas Solórzano



Yo presidenta

Cecilia Plazola Rodríguez

En 1972 estudió para auxiliar de enfermería en el Hospital Civil de Guadalajara. En 1981 decidió continuar con sus estudios y cursó la secundaria en la nocturna para trabajadores. Participó como miembro del consejo de la Escuela de Enfermería en calidad de suplente en la Comisión de Educación y Revalidación.

Nací en Guadalajara, Jalisco, el 16 de agosto de 1949. Soy hija de Francisco Plazola Jiménez, exveterano de la Revolución de 1910, y Elisa Rodríguez Gómez, comerciante. Aún recuerdo que mi padre me presumía ante sus compañeros de lucha, también veteranos de la Revolución, de que yo me sabía la Constitución Política de los Estados Unidos Mexicanos. Cuando tenía diez años me paraba frente a ellos y recitaba el artículo tercero, luego el 20, el 24... Además, les platicaba la historia del PRI. Mi padre y sus compañeros se reunían cada ocho días en la Quinceava Zona Militar y ahí relataban lo vivido en la época revolucionaria. Cursé la educación primaria en la escuela urbana 37. Mi maestra, Graciela González, me elegía para que recitara alguna poesía o composición referente a los héroes de la Independencia. Mi padre me ayudaba a componer esas poesías. Tal vez la elección se debía a mi voz fuerte y con un tono muy especial.

Mi gusto por la lectura comenzó de una manera un poco chusca, cuando llamaron mi atención unos artículos de la revista de nota roja *Alarma!* sobre la muerte del Che Guevara, las Poquianchis y el asesino serial Goyo Cárdenas, entre otros. Este último relató lo que se vivía en la cárcel de Lecumberri. También leía el periódico *El Sol de Guadalajara*. Éramos muy pobres y la pensión de mi padre no alcanzaba para mantener a cuatro hijos, esposa y sus propios gastos.

En 1972 estudié para auxiliar de enfermería en el venerable Hospital Civil de Guadalajara. Por fortuna, una mujer marcó mi historia: sor Manuela Lozano, quien al ver mi entusiasmo comenzó por asignarme guardias; también me enviaba a laborar al quirófano y me dio una base en la sala de operaciones.

En 1974 contraí matrimonio, del cual nacieron dos hermosos hijos, producto de un gran amor: Alejandro y Gardenia. En 1981 decidí continuar mis estudios y cursé la secundaria en la nocturna para trabajadores. Conocí personas que me ayudaron a relacionarme con la Universidad de Guadalajara y mi amor por la institución creció de manera gradual.

Introducción

En la historia de la Universidad de Guadalajara, desde su fundación, siempre existieron conflictos políticos, y por esta causa hubo cambios de funcionarios, golpes, expulsados, destituidos, desaparecidos, muertos... Por consecuencia, también sucedieron hechos como éstos en la organización estudiantil, la Federación de Estudiantes de Guadalajara (FEG), que era un apéndice de la Universidad de Guadalajara.

El 23 de mayo era día del estudiante de la FEG, día en que los negocios cerraban, pues había robos, cristalazos y secuestro de camiones; a todo esto lo llamaban «baje». Yo vivía en el barrio de San Juan de Dios, donde había temor entre los comerciantes. Durante décadas la FEG fue protagonista de grandes escándalos; recuerdo algunos motes de estudiantes: *el Gorilón, el Pelacuas, el Wama, el Sherezada, el Cochiloco, el Perico*... Cuando entré a trabajar al Hospital Civil supe que el mencionado *Perico* se fugó de la sala FMG.

Me divertía ver pasar a los estudiantes de nuevo ingreso en las «grajeadas», término que se le daba a las novatadas o travesuras que les hacían.

Desarrollo

En cierta ocasión, el Hospital Civil se llenó de autoridades universitarias y líderes de la FEG. Pregunté a los médicos que quiénes eran. Las calles se inundaron de policías, patrullas, estudiantes, gente de todos lados, personal de Gobernación; era un caos por la cantidad de personas que querían ingresar al hospital, pero no se les permitió la entrada. Ese día mataron a Carlos Ramírez Ladewig.

Al cumplir un año de su asesinato, el doctor Alfredo Lepe, secretario general del sindicato en ese entonces, invitó a varios trabajadores al panteón de Mezquitán para el homenaje luctuoso. En el momento en que montaban guardia de honor los trabajadores, junto con el doctor Lepe, estalló una bomba, que causó la muerte a don Jesús García,

trabajador de la cocina del hospital. Resultaron heridos Isidro Lepe, José Cadena, Juan Rizo y una docena más de trabajadores. Yo estaba de vacaciones, por eso no asistí. Este hecho me generó un sentimiento que nunca he superado.

Elecciones democráticas

En 1983, por primera vez en el Hospital Civil de Guadalajara se realizaron elecciones para elegir secretario general del Sindicato Único de Trabajadores del Hospital Civil de Guadalajara (SUTHCG) para el periodo 1983 a 1985; el ambiente estaba tenso, era un entrar y salir de los líderes de la FEG y de la Universidad a la dirección del hospital.

Los candidatos eran el doctor Roberto Andrade Limón frente al doctor Reynaldo Radillo, y resultó triunfador el primero. Al salir de la dirección, los líderes se despedían cuando me acerqué y le dije al ingeniero Álvaro Ramírez Ladewig: «Ganamos, como dice el dicho, zapatero a tus zapatos», y me contestó: «Se equivoca, señorita, el hospital es más mío que suyo». En ese entonces yo no sabía nada de la relación Universidad-FEG-hospital, y pensé que qué hacía un ingeniero en un hospital, sólo debería haber médicos. El doctor Adalberto Gómez Rodríguez disculpó mi comentario. Me regañaron, me asustaron en diferentes tonos y palabras, y me preguntaron que si no sabía quién era el ingeniero; respondí que no.

En 1987 realicé trámites de primer ingreso a la carrera de Enfermería básica y fui aceptada; empecé a tener amistad con la entonces presidenta de la sociedad de alumnos, Juana González Muñoz, quien me invitó a participar como miembro del consejo de la Escuela de Enfermería, en calidad de suplente en la Comisión de Educación y Revalidación; el director era el doctor Óscar González Bartell. Ya con confianza en el comité, organicé el Primer Kilómetro del Libro, que fue todo un éxito; recabamos memorias, tesis y libros de medicina y enfermería. En ese tiempo, existía la sala de lectura, pero sin libros.

En 1989 salió la convocatoria para las elecciones de la sociedad de alumnos; registré mi candidatura en la FEG y asistí al Instituto de Capacitación Política (ICAP), donde me enseñaron a realizar periódicos murales, boletines y oratoria. Nos mandaban a los camiones a repartir propaganda en contra del rector. El primer día observé que en la sala de expresidentes de la FEG la fotografía de Raúl Padilla estaba de cabeza y le pregunté a Manuel Sánchez por qué. Me contestó que por traidor. A los pocos días también estaba de cabeza la foto de Trino.

En la FEG me volví a encontrar al ingeniero Álvaro Ramírez, quien me saludó amablemente; me dio la impresión de ser un hombre noble, tranquilo y paciente.

Me registré. Mis adversarios eran dos compañeros que el día de la elección, en el tercer turno, se unieron contra mí; aun así, salí triunfadora con 505 votos contra 380 de ellos. El presidente era Oliverio Ramos, quien me ayudó a conocer a muchas estudiantes que habían realizado sus prácticas en el quirófano donde yo trabajaba; también había compañeras de trabajo estudiando y me conocían maestras y pasantes. Así, fui miembro del Consejo General Universitario.

Ya como presidenta, organicé partidos de basquetbol y voleibol los sábados, de alumnos contra maestros, el clásico de clásicos. El director del Departamento de Cultura Física era el doctor Víctor Ramírez Anguiano, quien nos proporcionaba balones, redes y trofeos. Participamos como porristas en los encuentros de los Leones Negros de la Universidad. En esas actividades encontré apoyo en la maestra Laura Margarita Padilla, pues ella sabía que lo que hacíamos era sano.

Como no tenía presupuesto para estas actividades, era costumbre pedirles apoyo a los dueños de los puestos instalados en las calles aledañas, y nos daban lo que ellos vendían, paletas, papas, dulces, hot dogs, agua. También entre los concejales se cooperaban para lo que faltara.

En una ocasión la radiodifusora HL convocó a todas las escuelas a que llamaran telefónicamente a ésta y la escuela que más llamadas hiciera ganaría una presentación de la cantante Alejandra Guzmán, quien en ese entonces iniciaba su carrera. Nosotros ganamos.

En Navidad organizamos el concurso de arreglos navideños y nacimientos con el fin de que todos los estudiantes participaran, también colocamos un buzón para que enviaran tarjetas navideñas a los maestros o compañeros.

El baile de bienvenida a los estudiantes de nuevo ingreso era toda una tradición, venían de otras escuelas a invitar a las muchachas de enfermería. Ante todo, les exigía respeto hacia ellas. También organizábamos paseos al club de la Universidad para pasar ratos de sano esparcimiento.

El día del niño y de la madre asistíamos a los hospitales civiles a llevarles regalos. No había un día en que no tuviéramos actividades, siempre sin suspender las clases. Asimismo, editamos un boletín informativo llamado *Voz Estudiantil* y colocábamos periódicos murales.

En la Escuela de Enfermería vivíamos en un «mundo de caramelo», pues no sabíamos todo lo que se estaba gestando fuera de ella.



Nace el conflicto universitario

En 1989 se presentó la terna para rector de la Universidad de Guadalajara, en la que participaba Raúl Padilla López, quien resultó elegido. Al tomar posesión del cargo nombró a quienes lo acompañarían en su gestión sin consultar a los jerarcas universitarios o líderes morales. Esta acción los desconcertó. En su discurso, Padilla mencionó una reforma universitaria con la creación de un sistema de educación a distancia y abierta y la descentralización de la Universidad.

En la elección de directores de las diferentes facultades y escuelas, por parte de Raúl, no existió acuerdo de los antiguos dirigentes, quienes empezaron a hablar con los estudiantes y a tomar las escuelas. Entró a la batalla el Sindicato de Trabajadores de la Universidad y a la FEG se le retiró la ayuda económica que la Universidad le aportaba.

Cuando estalló el conflicto en contra del rector, a diario llegaban grupos de estudiantes a cerrar la escuela. Yo les decía que si les hacían algo a las muchachas así les iba a ir, ya que eran menores de edad. Las estudiantes les lanzaban bombas llenas de agua y todo lo que podían, a los profesores los metíamos por un alambrado roto y nos daban clases; algunos maestros se resistían.

Empezaron también las marchas de protesta contra el rector, en las que participaron empleados del hospital.

A nosotros no pudieron sacarnos de la escuela. Casi al final del conflicto soldaron las puertas por dentro. Entonces rompimos los vidrios para poder ingresar. Golpearon a estudiantes de Ingeniería, Contaduría, de preparatorias... A nosotros nos respetaron, tal vez por ser mujeres o por la inteligencia y el tacto con que manejamos el problema, sin agredir a nadie. Todos los días en los diarios salían desplegados en contra del rector, hacían panfletos y lo llamaban *Ratul*. Por su parte, el nuevo grupo de la Rectoría publicaba desplegados para aclarar ciertas cosas o hechos.

La Universidad, las escuelas y la FEG estaban muy divididas. Unos maestros nos contaban una cosa, después otros nos querían hacer participar, pero no quisimos; siempre fuimos respetuosas de esta causa.

Llegó el tiempo de cambio de la sociedad de alumnos de las escuelas y surgió otra vez el conflicto de dualidad. Después de haber realizado elecciones democráticas en mi escuela, al otro día llegó Juan Manuel Soto, quien era vicepresidente, a llevar a cabo otras elecciones. No opusimos porque ya había ganado nuestra candidata, Gloria Vázquez, y se habían efectuado con orden y siguiendo los lineamientos.

Reforma académica

El Consejo General Universitario reprobó el uso de la violencia. Entonces se llegó a un acuerdo y poco a poco imperó la paz. Para la reforma académica se organizaron mesas de trabajo. Al paso de los años se crearon los centros universitarios, preparatorias en comunidades fuera de Guadalajara, así como algunas carreras; se descentralizaron los servicios administrativos y se ofrecieron nuevas disciplinas, como radiología, nutrición y medicina del deporte, entre otras. En la Escuela de Enfermería se organizaron los posbásicos, los cursos semiescolarizados, la licenciatura en Enfermería, así como diferentes especialidades.

En el hospital se realizaron trasplantes de órganos, se abrieron servicios para niños con cáncer, la sala para pacientes de VIH, cirugías sin heridas, hemodiálisis y cardiología. Se arreglaron las salas generales, terapia intensiva y los quirófanos. Se capacitó al personal para el manejo de aparatos, como el Pixys y el RCP. Se puso en red la administración de camas; mejoró el servicio médico para empleados, a través del SUTHCG; se adquirieron nuevas prestaciones, como el pago de la insalubridad, becas para los hijos de los trabajadores, cuidados maternos, hora de lactancia y estímulos económicos.

En lo académico, surgió el intercambio con estudiantes de otros países y se empleó la tecnología para agilizar las cirugías y optimizar el tiempo anestésico en neurología con el uso del Midas Rex, rayo láser y el fluoroscopio. Además, se certificaron los hospitales civiles en ISO 9000 y se mantuvieron actualizados con los estándares internacionales en salud. El rector proyectó la Universidad más allá del ámbito nacional con la Feria Internacional del Libro y la Muestra de Cine Mexicano.

Conclusiones

Hay quienes criticaron la fundación del Teatro Diana, del Auditorio Telmex y la Calle 2, pero no debemos olvidar que la Universidad de Guadalajara tiene más de doscientos años y ningún rector había hecho lo que ahora se tiene; además, es su tarea difundir la cultura.

Estos avances me permitieron, en particular, estudiar la licenciatura a distancia por medio de la plataforma Moodle, en 2004. Actualmente soy asesora de la licenciatura semiescolarizada y sigo activa en mi trabajo como jefa de quirófanos. Esto ha sido gracias a la reforma académica. Mi formación académica, política y personal la debo a esas dos grandes instituciones creadas por fray Antonio Alcalde, apoyada por mi familia, amigos, directivos y maestros.

Subdirección

Edgardo Flavio López Martínez

Coordinación editorial

Sayri Karp Mitastein

Corrección

Rogelio Villarreal

Diseño de maqueta

Editorial Universitaria

**Diseño de portada, diagramación
y cuidado tipográfico**

Lopx. Diseño y Comunicación Visual

No olvido, recuerdo.***Crónicas universitarias desde la tercera edad***

se terminó de imprimir en el mes de abril de 2013

en los talleres de Editorial Pandora, S.A. de C.V.

Caña 3657, La Nogalera

44470, Guadalajara, Jalisco.

La edición consta de 1,000 ejemplares.

Para su formación se utilizaron las tipografías

Garamond Premier Pro, de Robert Slimbach

y Avenir Next LT Pro, de Adrian Frutiger y Akira Kobayashi.

Siempre hay algo que contar. Contar con sonidos, con letras y con miradas. Contar desde la voz del que ha vivido la historia. Contar su historia en estas hojas. El presente libro es el resultado de la recuperación de las experiencias y las vivencias de personas que tienen mucho que contarnos desde distintas áreas laborales en la Universidad de Guadalajara. Historias que le han dado color, alegría, emotividad y sentimientos a la ya larga vida universitaria.

En los contenidos de esta obra se rescatan relatos, algunos escritos directamente por sus protagonistas y otros recuperados mediante entrevistas, que nos permiten observar la gran diversidad de actividades que realiza la comunidad universitaria en los ámbitos académico, administrativo, directivo y de apoyo a todas estas actividades.

No olvido, recuerdo. Crónicas universitarias desde la tercera edad, es un libro que contiene diez entrevistas y trece ensayos; biografías, prácticas docentes, experiencias estudiantiles, anécdotas, trabajos de campo, actividades artísticas... En suma, un crisol multifacético que nos da cuenta de la diversidad de vidas que han confluído en la Universidad de Guadalajara desde sus primeros años. Por lo que esta publicación se caracteriza por la variedad de vivencias, la pluralidad de visiones, la frescura de sus narraciones, la autenticidad de sus autores, la espontaneidad de sus emociones y su cotidianidad tan vigente.



EDITORIAL
UNIVERSITARIA

Libros que transforman

UDGVIRTUAL

Universidad
de Guadalajara